BREVE HISTORIA de la...

ARQUEOLOGÍA

Jorge García Sánchez



Conozca la historia de la arqueología desde la antigüedad, el despertar renacentista, los anticuarios ilustrados y los pioneros decimonónicos, hasta los avances científicos modernos y el radiocarbono. Embárquese con Schliemann, Evans, Carter o Sanz de Sautuola en un apasionante viaje arqueológico de más de 2000 años

nowtilus saber

Breve historia de la Arqueología

Breve historia de la Arqueología

Jorge García Sánchez



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la arqueología*
Autor: © Jorge García Sánchez

Copyright de la presente edición: © 2014 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter
Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid
Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio
Imagen de portada: Máscara de Agamenón, 1550 a. C., Museo Arqueológico Nacional de Atenas

ISBN edición digital: 978-84-9967-565-7
Fecha de edición: Mayo 2014

Depósito legal: M-10684-2014

A mi familia y a mis amigos,
que lo significan todo en mi vida.

Prólogo

Lord Carnarvon: «¿Ve usted algo?»
Howard Carter: «¡Sí, cosas maravillosas!»

La famosa respuesta de Howard Carter, atisbando por una pequeña abertura de la puerta sellada de la antecámara funeraria de Tutankhamon el 26 de noviembre de 1922, puede entenderse como confirmación del hecho de que la historia de la arqueología es una disciplina tan fascinante como la arqueología misma. Los grandes descubrimientos de civilizaciones pasadas han cautivado desde siempre el interés, la curiosidad y la admiración de todo el mundo, especialistas y gente común: la resurrección de Pompeya y Herculano, el desciframiento de los jeroglíficos por Jean-François Champollion, las ruinas de Troya y Micenas excavadas por Heinrich Schliemann, las ciudades de Mesopotamia desenterradas por Paul Émile Botta, Henry Austen Layard, Robert Koldewey y Leonard Woolley, el palacio de Cnosos descubierto por Arthur Evans, la localización de las ciudades perdidas precolombinas.

Aun no siendo el primero, el libro de C. W. Ceram –seudónimo del periodista alemán Kurt Wilhelm Marek– *Götter, Gräber und Gelehrte. Roman der Archäologie,* de 1949 (en castellano *Dioses, tumbas y sabios. La novela de la arqueología,* publicado por Ediciones Destino, Barcelona, 1953, con múltiples reimpresiones desde entonces) contribuyó como ningún otro a dar a conocer mundialmente la historia de estos maravillosos hallazgos y la de quienes los llevaron a cabo en épocas en que la arqueología no era todavía una disciplina consolidada ni apenas profesional. La imagen del arqueólogo plasmada desde entonces resulta novelesca, romántica, a veces fantasiosa. La arqueología real es mucho más que aventuras y descubrimientos casuales, pero resulta difícil asumir que los arqueólogos que no pertenecen a esta élite son también héroes aunque no realicen descubrimientos tan impactantes.

Por ello son bienvenidas las obras que, escritas desde el conocimiento directo de la profesión, saben explicar la historia verdadera de esta recuperación del pasado, cómo y por qué se sucedieron los descubrimientos de civilizaciones desaparecidas, cuáles fueron los aciertos y cuáles los errores de aquellos arqueólogos aficionados o profesionales. Hace unos treinta años, con cierto retraso respecto a otros países de nuestro entorno, se introdujeron en España las primeras investigaciones, proyectos, congresos y publicaciones sobre historia de la arqueología. Pero, a diferencia de Europa, no disponíamos de ninguna monografía sobre este tema dirigida al gran público. Hasta ahora, porque

tengo el placer de presentar el último libro escrito por Jorge García Sánchez, un joven pero ya prestigioso investigador del Departamento de Ciencias y Técnicas Historiográficas de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense.

Jorge García es un gran conocedor de la arqueología clásica y de la historia de esta disciplina gracias a sus investigaciones desarrolladas en instituciones científicas españolas y europeas, especialmente en Roma y en Londres. Sus proyectos y trabajos publicados se han centrado en un tema tan interesante como el estudio de los arquitectos españoles pensionados en Roma y su relación con la arquitectura clásica, así como los viajeros españoles por Italia y Grecia durante los siglos XVIII y XIX, enmarcados en ese apasionante movimiento cultural que fue el Grand Tour. Fruto de estos estudios cabe señalar, además de diversos artículos en revistas especializadas y capítulos de libro, las siguientes monografías: *El Palacio de España en Roma. Coleccionismo y antigüedades clásicas* (Roma, 2010, en colaboración con Antonio Monterroso), *Los arquitectos españoles frente a la antigüedad. Historia de las pensiones de arquitectura en Roma (siglos XVIII y XIX)* (Milán-Guadalajara, 2011), *La Italia de la Ilustración. Viajeros, artistas y arqueólogos españoles* (Madrid, 2014).

El libro que ahora prologo comienza justamente con una alusión a la obra de Ceram, pero no se limita a una historia de los grandes descubrimientos arqueológicos sino que profundiza en el contexto en que tales hallazgos se produjeron, en la evolución de la visión de la Antigüedad en los distintos períodos de la historia y en las motivaciones de toda índole que hicieron progresar los conocimientos sobre el pasado, sin olvidar los enigmas que aún quedan por desentrañar. A lo largo de ocho capítulos con atractivos títulos, muy bien ilustrados, el autor nos presenta un completo panorama de la historia del redescubrimiento del pasado con admirable capacidad de síntesis y gran sentido dramático desde el punto de vista literario. Comienza la historia con la valoración del propio pasado por griegos y romanos y en la Edad Media; las primeras colecciones de antigüedades en el Renacimiento; la arqueología de la Ilustración, con especial énfasis en el papel esencial de Johann Joachim Winckelmann; las excavaciones de Pompeya y Herculano promovidas por el que será Carlos III de Borbón; y el Grand Tour. Sigue un capítulo específico sobre la arqueología en Grecia, tema en el que el Dr. García es especialista, con las antigüedades dibujadas por James Stuart y Nicholas Revett por encargo de la Society of Dilettanti de Londres y la presencia de las grandes potencias en Grecia mediante la creación de las Escuelas de Arqueología y el comienzo de las grandes campañas de excavación en yacimientos como Delfos y Olimpia, sin olvidar el problema –muy actual– del expolio para beneficio de algunos museos europeos. A continuación, sendos capítulos repasan la arqueología en Egipto y en Mesopotamia durante el siglo XIX, el origen y desarrollo de los estudios prehistóricos y los grandes descubrimientos desde finales del siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial (Schliemann, Evans, Carter, Koldewey). El capítulo final está dedicado a «la mayoría de edad de la arqueología», es decir, a las nuevas técnicas de detección y análisis de datos y a las últimas tendencias en la práctica arqueológica.

No tengo la menor duda de que este libro se convertirá pronto en referencia indispensable tanto para arqueólogos profesionales que quieran conocer la historia de su propia disciplina como para aficionados e interesados en este apasionante quehacer.

Gloria Mora

Universidad Autónoma de Madrid

Introducción

En un libro publicado apenas comenzado el siglo XXI, la medievalista Sonia Gutiérrez Lloret recogía algunas definiciones de diferentes autores referidas al término «arqueología» formuladas en la década final de la centuria que se dejaba atrás. El especialista en el mundo ibérico Lorenzo Abad Casal discurría que la arqueología «es una forma de hacer historia a partir de los vestigios materiales de una cultura, con un método propio –que comparte en algunos aspectos con otras disciplinas–». La arqueóloga Gisela Ripoll López la explicaba como una «ciencia –sobre todo metodológica y analítica– que estudia el pasado del hombre a través de sus restos materiales. [...] No es una ciencia auxiliar, sino una ciencia histórica, que existe por sí misma y en sí misma». Asimismo, Sonia Gutiérrez apuntaba su propia enunciación: «La arqueología aspira a explicar de forma científica problemas históricos, previamente planteados, a partir de la recuperación y el estudio de los restos materiales de las sociedades del pasado». Las tres definiciones comparten una serie de axiomas que debemos retener acerca de lo que es la disciplina que vamos a tratar: es una ciencia independiente y, por lo tanto, no auxiliar, ni una rama de los estudios históricos junto a la epigrafía, la paleografía, la diplomática y la numismática; se dedicada a escribir la historia de las culturas del pasado, pero me atrevería a añadir que de igual manera puede investigar la sociedad del presente –ahí tenemos la arqueología industrial–, así que abarca el amplio abanico cronológico que transcurre desde la prehistoria hasta el siglo XX; su objeto de análisis son los restos materiales provenientes de la actividad humana, que rescata e interpreta a través de un determinado método de trabajo y del empleo de unos instrumentos y de unas tecnologías que, en efecto, comparte con otras disciplinas.

Un libro que se plantee una historia de la arqueología basada en los principios expuestos tendría que arrancar su relato, de forma aproximada, hacia finales del siglo XIX o comienzos del siguiente. Pero obviaría dos factores fundamentales: primero, el proceso de formación progresiva del pensamiento arqueológico, de su metodología y de las herramientas que utiliza, hasta llegar al momento en que los profesionales se vieron en grado de ilustrarnos sobre lo que es o no es la arqueología. Y segundo, que en fechas remotas se tenía ya conciencia del pasado y de la necesidad de indagarlo hasta sus orígenes. Quiénes somos, de dónde venimos y –por consiguiente– a dónde vamos son interrogante intrínseco a nuestra condición humana. Lógicamente, la arqueología, con este u otros nombres más apropiados con los que podemos rotular la aproximación del hombre a su historia desde tiempos antiguos, no fue siempre la ciencia que hoy conocemos. La arqueología que

incorporó los avances científicos, en especial desde mediados del siglo XX, poco o nada tiene que ver con la curiosidad de los humanistas del Renacimiento y de los anticuarios y diletantes del Siglo de las Luces por el clasicismo, que se traducía en arrancar de la tierra las obras de arte grecorromanas, ni con el apasionamiento naíf y destructivo por las ruinas exóticas de Egipto, Mesopotamia y el continente americano por parte de orientalistas y cazatesoros. De hecho, durante siglos la disciplina únicamente sirvió de excusa académica para el expolio sistemático de los monumentos y de los objetos de la Antigüedad, ya fuera para su exhibición en colecciones nobiliarias o su incorporación a fondos museísticos. Por desgracia, hasta la actualidad, la literatura, el cine y la prensa han hermanado estas actitudes y otras aún peores con el quehacer de la arqueología real, prolongando de modo indefinido en el imaginario popular los estereotipos que desvirtúan la práctica arqueológica y al oficio de arqueólogo. Si se le pregunta a una persona de la calle por la arqueología, o por el arqueólogo, enseguida le vendrá a la cabeza la imagen de un aventurero paseándose armado por la recreación cinematográfica de una excavación en el desierto, donde cientos de pares de ojos indígenas lo observan como a un ser todopoderoso, depositario de extraños saberes, algo loco por consagrarse a desenterrar reliquias arcaicas. Con diferencia, el estereotipo del celuloide por excelencia es el personaje del doctor Henry Jones Jr., Indiana Jones: un profesor del imaginario Marshall College de Nueva York que lee el sánscrito, el latín medieval, los jeroglíficos egipcios y los pictogramas mayas, y que tan pronto saquea cementerios y santuarios precolombinos, o tumbas manchúes, como excava en la Tanis faraónica a fin de recopilar piezas que vender unas veces a museos y otras a coleccionistas privados con oscuras intenciones. Un arqueólogo que ningún departamento universitario querría contratar a causa de su falta de ética profesional, por no hablar de su clara inclinación al absentismo laboral.

El cine de hoy, al perpetuar la clase de arqueología que existía en otros períodos, ha idealizado a estos ladrones del patrimonio, además de convertir la investigación científica en una suerte de exploración esotérica de los secretos de civilizaciones perdidas. Nadie niega que en algunos de sus presupuestos, la disciplina, antes de asentar sus bases, no comportara varios de los elementos narrados por la ficción cinematográfica. La exagerada preparación multidisciplinar, impensable en nuestros días, no se alejaba tanto de, por ejemplo, casos como el del británico Leonard Woolley, quien participó o dirigió empresas arqueológicas en Egipto, Mesopotamia o Italia, cuyas fechas se extendían de la prehistoria a la Antigüedad clásica. Y el oficio de anticuario, de erudito o de profanador de tumbas, a menudo indistinguibles entre sí, entrañaba considerables riesgos. Howard Carter aludía a los «grandes días de las excavaciones en Egipto» al rememorar las azarosas peripecias del gigante italiano Giovanni Belzoni al apoderarse del obelisco de Filae, en 1819. Belzoni estuvo a punto de perder su vida apaleado o tiroteado mientras trasladaba el monumento, asaltado por los agentes del diplomático Bernardino Drouetti, quien sin embargo, movido por la presencia de una multitud de testigos nativos, intervino a su favor. «Todo se arreglaba con una pistola», proseguía Carter, no sin razón: en 1852, año del fallecimiento de Drouetti, el artista Félix Thomas, contratado por el Gobierno francés para asistir a Victor Place en sus operaciones arqueológicas en Khorsabad (Iraq), decidió dirimir a tiros sus diferencias con el caíd local; este no pereció a causa de sus heridas, pero tampoco Thomas sufrió proceso alguno por su violencia. En 1865 fue el arqueólogo Turtle Wood quien experimentó las iras autóctonas en Éfeso, donde recibió una cuchillada que de milagro no le alcanzó el corazón. Con frecuencia, la conflictividad nacía de las desavenencias entre grupos de interés pertenecientes a potencias enfrentadas, o sencillamente de

diferencias de opinión entre quienes se arrogaban mayor o menor derecho a espoliar un lugar. Las dos partes de la película *Die Spinnen* (*Las arañas*, 1919-1920), dirigidas por Fritz Lang, reflejaban esta contingencia: la competición entre el aventurero, deportista y viajero americano Kay Hoog y la sociedad criminal *Die Spinnen* por ser el primero en despojar de sus riquezas a una civilización inca escondida en la jungla. Desde el siglo XIX, el público europeo exigía que la arqueología consistiese en un cúmulo de peripecias y gestas heroicas, que condujesen a la ciencia moderna y a la pesquisa de las épocas lejanas hasta tierras remotas. El honor patrio y la conquista cultural de nuevos espacios geográficos entraban en juego en todo ello. Periódicos editados con estampas de sabor orientalista como *The Illustrated London News* o *The Penny Magazine* difundieron en Gran Bretaña los descubrimientos de Layard en la Asiria bíblica. El ciudadano común se sentía aún más orgulloso de ser inglés si un compatriota suyo se adelantaba a un arqueólogo francés o alemán en la carrera arqueológica de los escenarios coloniales. Por desgracia, quienes se han cuestionado en el presente la percepción de la arqueología en el séptimo arte y en el campo de la literatura –y son poderosas fuerzas que influyen en el punto de vista de la calle– han llegado a la conclusión de que, en esencia, han heredado el discurso mediático articulado hace siglos: el del imperialismo cultural de Occidente. Esto implica la sumisión de los indígenas a la actuación omnipotente de los arqueólogos extranjeros, al parecer, las únicas autoridades intelectuales que guardan la clave para entender y explicar la historia de los pueblos; el acercamiento de esos mismos autóctonos a su patrimonio, pero siempre a través de un filtro artificioso de superstición y de creencias arcanas; el supuesto derecho a rentabilizar la inversión arqueológica en términos de apropiación de la cultura material, principalmente con vistas a su exposición en los grandes museos; o la mezcla del misterio, la aventura, el ocultismo, el romance, el recorrer mundo, etc. en los caminos de la elaboración científica. Así son los conceptos arqueológicos con los que se bombardea a lectores y telespectadores, quizá derivados de la necesidad novelesca de vender con un lenguaje accesible un producto determinado, proceso en el que otras ciencias y ámbitos profesionales como la medicina, la psiquiatría o la jurisprudencia resultan igual de perjudicadas, cuando no banalizadas.

El siglo XXI ha traído una arqueología que pretende hacerse más accesible y próxima a las personas ajenas a la disciplina, que divulga el conocimiento de forma rápida, gracias a Internet, a la infinitud de medios audiovisuales y al incremento de publicaciones acerca de esta temática, y cuyas interpretaciones involucran a las nuevas tecnologías –podemos citar las reconstrucciones virtuales– a fin de hacerlas científica pero asimismo socialmente comprensibles. Por eso también esta *Breve Historia de la Arqueología* se orienta a un círculo amplio de lectores, a especialistas, a aficionados o a personas que sencillamente deseen acercarse por primera vez al mundo de la arqueología de una forma amena, pero sin renunciar a la rigurosidad histórica.

La visión del pasado en la Antigüedad y en la Edad Media

DIOSES, TUMBAS Y HÉROES

Al principio no existía la arqueología. Esta disciplina, que por méritos propios ha ganado su puesto entre las ciencias sociales, se revistió de una metodología y de unos objetivos que empezaron a definir su profesionalización en la segunda mitad del siglo XIX, y que no se consolidaron con validez hasta el siglo pasado.

Cuando el arqueólogo dirige la vista atrás, y se imbuye en la investigación de la actividad y del sentir humanos, cuando hace historia, se arma de hipótesis y de modelos, de una preparación técnica, de un equipo y, por supuesto, de herramientas informáticas. Como veremos, en la Antigüedad también se registró un interés por la recuperación de los acontecimientos cercanos y remotos, animado por diversos propósitos, entre los cuales no faltaba la sed de conocimiento. Los historiadores poseían su ciencia historiográfica, diferente a la nuestra, confeccionada a base de mitos, paradigmas, folclores y tradiciones orales, exhortaciones morales y, en ocasiones, restos materiales. Su estudio y/o su recuperación se produjo raramente –desde luego no se concretaron en objetivos sistemáticos de la investigación–, pero más adelante señalaremos algunas excepciones. El gran analista de la arqueología Alain Schnapp sostuvo que desde el momento en que un artefacto o un monumento se perciben como una fuente histórica, da comienzo la arqueología, y que esa circunstancia acaeció en Grecia, donde una vez que la historia maduró una identidad, aquella le corrió paralelo. El proceso contiene una amplia gama de matices, que el mismo estudioso francés anotó después de dicha aserción. En este capítulo se interpretarán esos matices en una búsqueda de las raíces de la inquietud del ser humano por sus orígenes.

Los mitos y la historia recorrían un trazado lineal en las épocas pasadas. Las leyendas cuyo reparto lo componían dioses y héroes no se diferenciaban de la estructura de eventos reales vividos por los pueblos. Los antiguos convivían, así, en estrecha armonía con su pasado. En Sumer no se cuestionaba que antes y después del Diluvio sus dinastías hubieran descendido de los cielos para asentarse en ciudades como Eridu, Larak, Kish, Ur o Uruk, donde cada rey había gobernado durante miles de años. La realeza, de orden divino, se turnaba en una u otra ciudad-estado, y así se explicaba

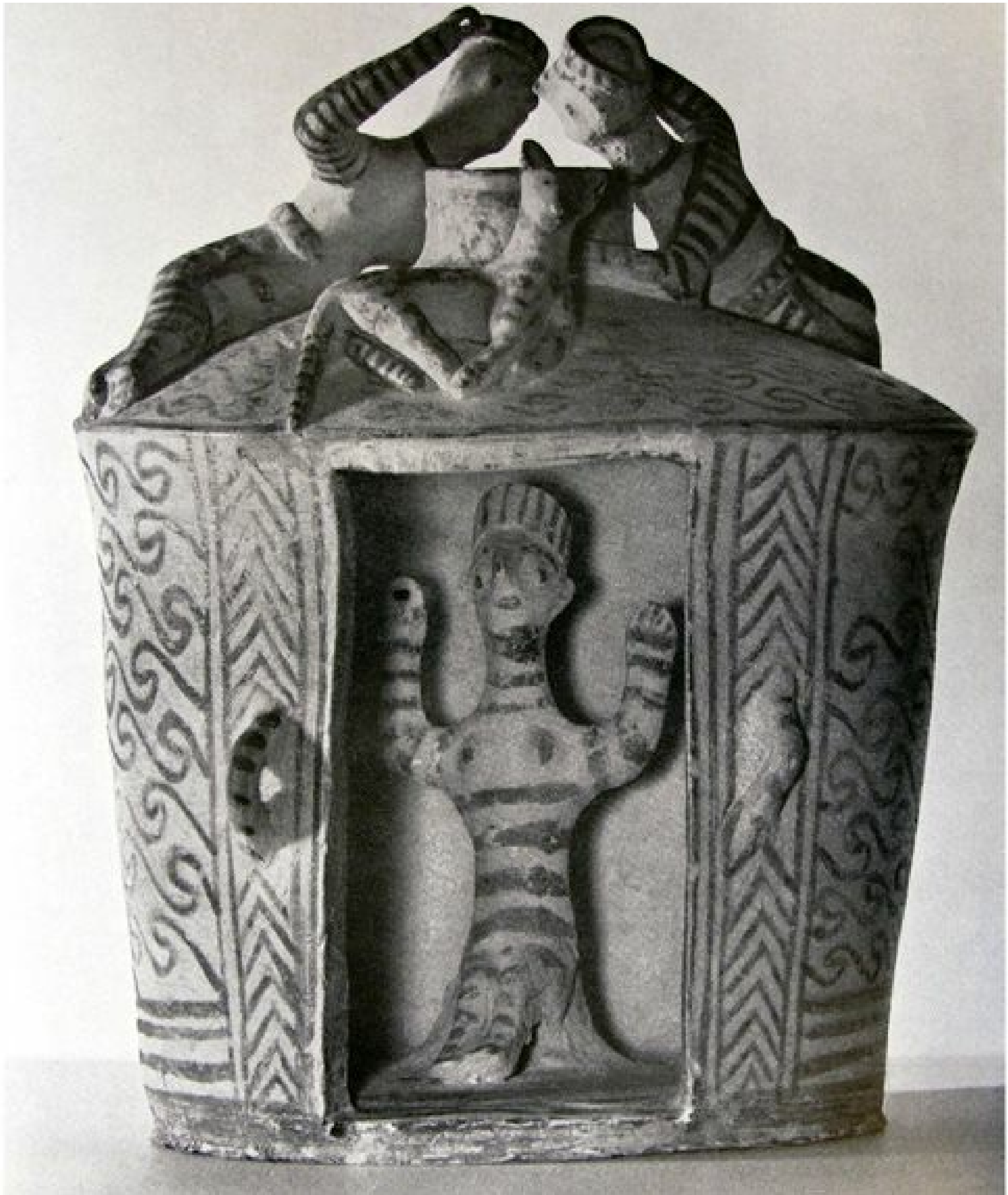
a través de una paradoja religiosa la belicosa inestabilidad de los reinos de Mesopotamia. Incluso la fundación y erección de los núcleos habitados eran obra de las divinidades de carácter urbanizador, Enki, Marduk; o en Egipto, Amón, Ra y Ptah. La edad mítica de Grecia no se dividía de la evolución histórica de los hombres, es más, los héroes y las deidades interactuaban en su existencia, los ayudaban o perjudicaban, se esposaban con ellos y mantenían relaciones sexuales, casi siempre forzadas. Los dioses todopoderosos determinaban el rumbo que la vida creada a los pies del Olimpo habría de tomar, periodizado por Hesíodo en el siglo VII a. C. mediante una sucesión de estirpes humanas en las edades de oro, plata, bronce y hierro. El curso de la raza helena avocaba a un empobrecimiento de sus condiciones vitales, partiendo de una existencia similar a la de sus inmortales hacedores hasta llegar a los contemporáneos del poeta tebano, pasando por los héroes homéricos que combatieron ante los muros de Troya. Filósofos de otras culturas, como la china, especularon en el siglo I a. C. con secuencias históricas demarcadas por el progreso tecnológico y la transición de la piedra al bronce y de este al hierro, en tanto que los romanos, asimismo, compartieron esas etapas del perfeccionamiento de la cultura material que condujo del uso de las manos al de la fabricación en piedra, bronce y hierro.

Entonces, en la mentalidad griega este ciclo no entroncaba tan sólo con el mito y la religión, sino con auténticos eventos pretéritos, los cuales, dado que no se había producido una ruptura tangible desde el período áureo, habían dejado huellas, se reconocían en la naturaleza, en las ruinas, en objetos concretos, y los artistas y literatos los ilustraban a su gusto, coloreándolos de modo imaginativo o, en ocasiones, basándose en lo que los restos materiales les sugerían. La decadencia de la civilización micénica a finales de la Edad del Bronce (hacia los siglos XIII-XII a. C.) sembró de vestigios de poblaciones fortificadas, de palacios y de enterramientos la geografía de la Hélade, los cuales se releyeron en clave heroica en torno a los siglos VIII y VII a. C. como lugares impregnados de un profundo simbolismo elucidado únicamente en la *Odisea* y en la *Ilíada,* los poemas del legendario aedo Homero.



Un evento histórico en la cultura grecorromana: *La introducción del Caballo dentro de los muros de Troya,* en un cuadro de Giovanni Domenico Tiepolo (1760). The National Gallery, Londres. Obsérvese la representación canónica del caballo, traducción artística de lo que los historiadores suponen una nave rematada con un prótomo equino.

Los griegos de esas centurias de la Edad Oscura aplicaron la máxima que aboga porque cualquier tiempo pasado fue mejor e integraron a los superhombres homéricos en su discurso religioso. Pequeñas comunidades se instalaron en las ruinas de las acrópolis aqueas de Micenas, de Atenas, de Pylos y Orcómenos, y sus enormes túmulos pétreos –los *tholoi,* identificados con depósitos de tesoros en época romana por su magnitud– y sus tumbas de cámara congregaron precarias necrópolis o focalizaron los actos cultuales, consistentes en banquetes rituales, libaciones, depósitos de ofrendas votivas, etc. El paisaje heleno se encontraba atestado de esos monumentos heroicos, así pues, salvo raras excepciones, no era necesario descubrirlos. Un modelillo de terracota fechado en el siglo IX a. C. (procedente de Arkhanes, cerca de Cnosos) podría mostrar el hallazgo accidental de uno de esos *tholoi* micénicos: dos personajes y un perro, el animal que los ha guiado hasta allí, se asoman al interior de la cámara de la tumba, ocupada por una divinidad femenina, tal vez figurada para sugerir la opinión de que se trataba de una capilla o de un templo.



Modelo de terracota de un templo (h. 1000 a. C.). Museo Arqueológico, Heraklion (Grecia). ¿Se trata del descubrimiento de una tumba micénica? Además de los dos sorprendidos personajes, el perro modelado a su lado podría haber sido el verdadero autor del hallazgo.

Conservar esas edificaciones con una historia legendaria y remota robustecía los sentimientos de identidad comunitaria identificando unos antepasados privativos, o respaldaba el gobierno de una familia específica y su presencia en un territorio connotaba una legitimización de su propiedad. Los monumentos, sobre todo los funerarios, exhalaban una clara rentabilidad político-social, y debido a ello, en el siglo II d. C., Pausanias pudo identificar cientos de ellos dispersos por toda Grecia, no a la

fuerza alzados en la Edad del Bronce, sino muchos durante la etapa arcaica (ss. VII-VI a.C.): en Megara, las tumbas de Alcmena, de la amazona Hipólita o de Tereo; en el Areópago ateniense, la de Edipo; en Corinto, las de los hijos lapidados de Medea; en Micenas, las de Atreo, Agamenón y sus compañeros asesinados tras su regreso de Ilión, la de Casandra, Clitemnestra y Egisto; en Troya, la estructura tumular de Áyax había sido violada en la Antigüedad, pero el emperador Adriano había trasladado su osamenta a otra nueva sepultura, mientras que el *Aquileion,* descrito por Homero como un túmulo levantado en un promontorio del Helesponto, se identifica en la actualidad con Yassi Tepe. Allí Alejandro Magno o Caracalla rindieron homenaje al de «los pies ligeros», y el segundo, personificándose en el guerrero aqueo, envenenó a su liberto Festo a fin de disponer las exequias de su Patroclo particular. Los objetos daban pie a semejantes reivindicaciones, ya que poseían un marcado contenido sacro. Cuanto mayor era su arcaísmo, más próximos se hallaban a la esfera legendaria de su elaboración y al momento de su empleo por las idolatradas figuras de la épica. Esta circunstancia les dotaba de poderes mágicos que bien transmitían al propietario, quien los lucía a sabiendas del rango distintivo que adquiría entre sus coterráneos, bien brindaban una protección sobrenatural sobre el grupo que tenía el privilegio de detentarlo. Por eso se sacaban a la luz deliberadamente las supuestas reliquias y los huesos de los semidioses, normalmente esqueletos de mamuts y otros vertebrados prehistóricos cuyas descomunales dimensiones se avenían a la perfección al tamaño que se les pensaba a los héroes (el cuerpo de Aquiles medía casi cinco metros, y un dedo de Hércules tuvo que ser sepultado en un túmulo), a los cíclopes o a los gigantes que engendró la diosa Gea. Una multitud de evocadores despojos humanos y militares adornaban los recintos cultuales a lo largo y ancho de la Hélade (fenómeno idéntico al de las iglesias con los santos). Nos cuentan las fuentes: los restos óseos de Tántalo y la cabeza de la Medusa reposaban en Argos, y el cadáver de Orestes en Esparta; las armas de Hércules se ofrecían a los ojos del visitante en Tebas, el escudo de Diomedes en Argos, la espada de Memnón en el Templo de Asclepios de Nicomedia y la lanza de Aquiles en el de Atenea de Faselis (Licia).

Igualmente, la arqueología funeraria ha recobrado evidencias del gusto por las antiguallas atesoradas en términos de prestigio o con un sentido ritual: una princesa tracia del siglo V a. C. yacía en su fosa junto a una colección de hachas de la Edad de Piedra. En una especie de palacete del año 1000 a. C. reconvertido en túmulo, el llamado *heroon* de Lefkandi (Eubea), el ajuar de una mujer inhumada contenía joyas mesopotámicas con mil años de antigüedad, mientras que las cenizas del varón que la acompañaba habían sido introducidas en una urna cineraria de la Edad del Bronce, de factura chipriota. Por anotar un caso español, en la necrópolis ibérica de Piquía (Arjona), una cámara principesca del siglo I a. C. contenía un precioso ajuar compuesto de armas, un carro, recipientes de vidrio y cráteras griegas de los siglos V y IV a. C., cuya iconografía mítica quizá los iberos asociasen a las epopeyas proverbiales de su pueblo. Cruzando el Atlántico, la aristocracia maya tenía en gran estima unas alhajas de jade que se transmitían de una generación a otra como recuerdos de familia, o que se despojaban de viejas tumbas.

Los santuarios helenos no eran por supuesto museos en el sentido estricto que concebimos hoy en día, sino receptores de ofrendas de variado tipo, que entroncaban con la esfera de lo sagrado y, en cierto modo, con el orgullo cívico, fundamentado en una retrospectiva sobre el pasado de la ciudad. Nada de esto resultaba nuevo, ya que la religión y los comportamientos devocionales habían sido los motores condicionantes de la investigación anticuaria en épocas pasadas de Egipto, y en la Mesopotamia del siglo VI a. C. grafitis grabados por oficiales y por escribas de la dinastía XVIII

(1552-1295 a. C. aprox.) describían sus visitas a templos y a otras construcciones abandonadas de Menfis, a las que se habían dirigido para examinar antiguos textos con la intención de resucitar los cultos y los festivales que se explicaban en ellos. Los soberanos del Imperio neobabilónico, por otro lado, se involucraron activamente en resucitar el pasado de Sumer y Akkad, restaurando edificaciones templares en ruinas, descifrando epígrafes oscuros e incluso promoviendo excavaciones en las cimentaciones de los complejos religiosos; la restitución de un monumento de estas características comportaba la identificación previa de las etapas remotas del mismo no sólo para recuperar clavos de consagración y textos cuneiformes referidos a las raíces históricas del templo –gracias a los cuales efectuar las reformas de su planta correctamente–, sino, asimismo, esculturas arcaicas que ubicar en la nueva fundación como alegato de la continuidad infinita de las obras de los gobernantes –y la descendencia lineal y legítima de unos a otros–, así como de la voluntad de los dioses. El último rey caldeo de Babilonia, Nabónido (reinó entre el 555 y el 538 a. C.), sacó a la luz las piedras fundacionales e inscripciones de dos mil años atrás en el zigurat de Ur; en el templo del dios sol Shamash, en Sippar, descubrió un retrato muy dañado del rey acadio Sargón (¡del siglo XXIII a. C.!), y su espíritu reverente lo movió a repararlo y a dejarlo depositado en su emplazamiento originario. De la misma manera recogió el legado de uno de sus predecesores, Nabucodonosor II (en el trono babilónico del 605 al 562 a. C.), al enriquecer la colección de antigüedades vinculada al palacio real, hallada después por los arqueólogos alemanes. En la mentalidad mesopotámica, las imágenes de culto de las deidades encarnaban la propia esencia divina, y sus fuerzas omnipotentes se extendían a quienes las cuidasen, de ahí que como aliados divinos constituyesen un ansiado botín de guerra y los templos enemigos se saquearan sistemáticamente (como si de tanques y de aviones se tratasen, Nabónido concentró en su capital cuantiosas tallas de dioses sumeroacadios con las que hacer frente a la ofensiva de Ciro el persa en el 539 a. C.). El «museo» de Nabucodonosor II comprendía inscripciones de Ur del 2400 a. C., imágenes de soberanos, como la de un príncipe de Mari (2300 a. C.), relieves, tablillas, estelas, cilindros-sellos asirios (900-650 a. C.), armas elamitas, figuras piadosas arameas... Esa «estancia de las maravillas de la humanidad», abierta a un público elitista, inspiró a la hija de Nabónido, la sacerdotisa Bel-Shalti-Nannar, a practicar excavaciones por su cuenta y a formar su colección privada, mientras que los escribas reales transitaban por todos los rincones del Imperio copiando los primitivos epígrafes que les salían al paso. En esta afición fueron superados por un gobernante contemporáneo, el asirio Asurbanipal, a quien placía interpretar las ininteligibles tablillas cuneiformes de los reinos engullidos por las arenas mesopotámicas, que creía antediluvianos, en su nutrida biblioteca de Nínive.

ANTES Y DESPUÉS DE LA ERA: LA *ARCHAIOLOGHÌA* DE LOS ANTIGUOS

Bajo los pies de los soberanos babilónicos yacieron riquezas que recolectaron a causa de diferentes motivaciones, especialmente religiosas, pero de igual forma porque eran reliquias que reflejaban épocas de esplendor, así como fuente de información de arquitecturas milenarias y de gobernantes largamente desaparecidos. Eso no los convierte en arqueólogos –hablamos de piedad y de tradición, no de investigación–, pero sí aporta indicadores de la complejidad de variantes que acercaban a los antiguos pueblos a asomarse a las simas de su historia. Entrando en las excavaciones y en los descubrimientos, ambos se producían por una infinidad de razones en nada relacionadas con la arqueología, y en los que la casualidad resultaba el factor decisivo. Los hechos azarosos conducían a los más variopintos hallazgos: durante el reinado de Nerón, un terremoto que se cernió sobre Cnosos provocó que aparecieran una serie de tablillas de lineal B (la escritura aquea) guardadas en una caja de estaño, entonces ilegibles para cualquier griego; o cuando Pausanias, que se encontraba de paso por Olimpia, contempló cómo al realizar los cimientos de un monumento conmemorativo romano se extrajeron fragmentos de armas, de herraduras y de bocados, seguramente restos de deposiciones votivas de los períodos arcaico y clásico. ¿Y qué decir de Pompeya y de las localidades siniestradas de la Campania? Después de desvanecerse de la faz de la tierra a consecuencia de la erupción del Vesubio en el 79 d. C., se convirtieron en un inmenso yacimiento en el cual los supervivientes emprendieron batidas y sondeos encauzados a liberar de su prisión volcánica los bienes propios y ajenos; pero además, liderado por los *curatores Campaniae restituendae* nominados por el emperador Tito, se puso en marcha un salvamento organizado de los materiales constructivos preciosos, tales como los mármoles que revestían los edificios públicos y los ornamentos arquitectónicos.

Un proceso idéntico al sucedido en la colonia Julia Cartago, establecida en el 29 a. C. sobre las ruinas de la capital púnica, devastada en el 146 a. C. Los romanos protegieron con leyes su patrimonio monumental (por ejemplo, la *Lex sepulcri* castigaba a quienes despojasen los monumentos funerarios de sus paramentos con objeto de emplearlos en otras construcciones, públicas o privadas), pero en el caso de Pompeya y de Herculano, la violenta erupción había transgredido cualquier legislación humana. Si la arqueología se redujese a la imagen cinematográfica y literaria que circula acerca del arqueólogo como un saqueador de tumbas que busca un beneficio económico de sus expolios (raramente académico), entonces en la Antigüedad habría existido ya la arqueología, pues ese tipo de depredación deliberada fue una actividad habitual. Tanto que hasta las obras de ficción se hacían eco de ella: en el siglo II d. C., el escritor satírico Luciano de Samósata narraba la incursión de unos ladrones de templos en el recinto consagrado a Anubis en Alejandría, del que sustrajeron diversos cuencos de libaciones y un caduceo fabricados en oro, y varias figurillas argénteas del dios. También Caritón de Afrodisias relató la profanación nocturna de la sepultura de la desventurada Calírroe por parte del pirata Terón y de sus secuaces, quienes, al asistir al sepelio, habían codiciado el oro y la plata de la dote, las ricas vestimentas y los dones de familiares y amigos que componían el ajuar mortuorio. Cabe la posibilidad de que el botín de sendas narraciones contuviese alguna pieza de factura antigua, pero en sí, la violación de los dos monumentos no implicaba acción alguna más allá del simple hurto. Esto intensifica el valor documental del episodio

consignado en el libro VIII de la *Geografía* de Estrabón, que versa sobre la ciudad de Corinto. Desmantelada en el 146 a. C. por Lucio Mumio, permaneció desierta hasta que Julio César decidió fundar allí una colonia romana. Los nuevos habitantes se dedicaron a remover los restos de la urbe helena y a no dejar tumba sin excavar, dando con una profusión de relieves de terracota y de vasos broncíneos. Estos vestigios de cien años de antigüedad alcanzaron precios inauditos en Roma, donde se los bautizó con el nombre de *nekrokorínthía,* y fueron tan explotados que finalmente su coste terminó por decrecer. Así que el coleccionismo sirvió de acicate de estos rastreos entre los escombros de ciudades muertas. Los romanos, es bien sabido, destacaron por su afición al coleccionismo: Suetonio citaba el repertorio de esqueletos de monstruos terrestres y marinos, además de las armas de héroes famosos, en posesión de Augusto (se cuenta también de Alejandro Magno que en el transcurso de su incursión en la India endosaba armaduras de los aqueos que sitiaron Troya); y a Pompeyo le gustaba lucir sobre sus hombros las capas tanto del mencionado conquistador macedonio como de Mitrídates. Los objetos mundanos no cobraron interés. Cientos y cientos de obras de arte griegas de todas las cronologías, provenientes del pillaje fomentado por los generales de Roma, afluyeron a raudales en la capital latina a partir del siglo III a. C. Sólo Marco Fulvio Nobilior sustrajo más de quinientas estatuas de mármol y de bronce en el 189 a. C., y Cayo Verres será siempre recordado por el proceso que se entabló contra él en el 70 a. C. por la corrupción y los excesos cometidos durante su administración de Sicilia, incluidos la confiscación ilegal y el latrocinio depredador de las esculturas de la isla. Las imágenes de culto y las ofrendas dedicadas a las deidades de los santuarios helenos adornaron teatros, termas, pórticos, basílicas, edificios administrativos y villas privadas. Casas como la de Cicerón, el jurista que acusó a Verres, engalanaron sus peristilos, sus salones, bibliotecas y atrios a la manera de museos a base de esculturas de atletas, dioses y de otras criaturas sobrenaturales, hermas y bustos de filósofos, políticos, literatos, militares o reyes, los cuales simbolizaban los arquetipos de la moralidad y de las virtudes a las que todo *dominus* debía aspirar.

La fe ciega, los sueños, oráculos y premoniciones igualmente se señalan como detonantes de fascinantes averiguaciones arqueológicas. El santoral cristiano, sin ir más lejos, tiene por patrona de la arqueología a la madre del emperador Constantino, Elena o santa Elena de Constantinopla. Su santificación arranca en un periplo a Tierra Santa, que al margen de la peregrinación al uso, tenía como finalidad la búsqueda del Santo Sepulcro y de la Vera Cruz en la que Jesús de Nazaret había fallecido martirizado. En el lugar exacto de la crucifixión –que la emperatriz sólo conoció tras obligar a revelárselo mediante torturas al rabino Judas, quien, convertido a posteriori al cristianismo, llegaría a ocupar el obispado de Jerusalén–, el monte Gólgota, ordenó derruir un templo pagano consagrado a Venus y excavó bajo su pavimento. Allí, el 3 de mayo del 326 d. C. aparecieron tres cruces: la de Cristo se diferenció de las de Gestas y Dimas al imponerla sobre el cuerpo de un joven fallecido, que de inmediato resucitó.

Crónicas inventadas e intereses político-religiosos se aúnan en esta fabulosa misión anticuaria, con aroma a los mecanismos paganos por los cuales los oráculos recomendaban los traslados de los cuerpos de los héroes de un lugar a otro y, por ende, la nueva ubicación de su veneración. Alejados de los procedimientos arqueológicos, eran descubrimientos prefabricados, o totalmente casuales, y no el resultado de una pesquisa premeditada de conocimiento relativo a los períodos anteriores, que ni daban pie a complejas clasificaciones ni a la busca de paralelos, y de los cuales tampoco se obtenían dataciones reales. Dentro de este panorama, el siglo V a. C. conllevó algunas

transformaciones perceptibles: al historiador Tucídides le sirvió la purificación religiosa de Delos que llevaron a cabo los atenienses como argumento a su tesis de que las islas egeas habían sido habitadas en tiempos anteriores por piratas carios y fenicios, puesto que los equipamientos militares que brotaban al profanar y retirar los enterramientos, y la tipología de estos mismos, señalaban al pueblo cario. Un detalle nimio –además de equivocado, porque dichas sepulturas se remontarían a los griegos de la Edad Oscura–, pero con importantes repercusiones metodológicas, pues a partir de un ritual funerario y de un ajuar, es decir, de datos arqueológicos, estilísticos y funcionales, Tucídides articulaba su hipótesis histórica. Su *archaiologhìa* –término que acuñó el analista ateniense– consistía en un «discurso de lo antiguo», lo que los historiadores, etnógrafos y geógrafos grecorromanos dejarían por escrito desde entonces, una historia antigua. El proemio de la *Historia* de Herodoto refería asimismo esa creciente preocupación porque los ultrajes del tiempo relegasen al olvido los hechos humanos, así como las singulares empresas de helenos y bárbaros. Una investigación personal, no exenta de juicio crítico, aguijoneada para legar una memoria colectiva.



GADDI, Agnolo. *Descubrimiento de la Vera Cruz* (h. 1380). Iglesia de la Santa Croce, Florencia.
Posiblemente la leyenda de este descubrimiento se forjó mucho tiempo después del reinado de Constantino.

En eso, a la distancia de seis siglos, Pausanias se asemejó, cuando en el siglo II d. C. abordó la descripción de los lugares, obras de arte y monumentos de Grecia condenados a desvanecerse, en una coyuntura en la que los intelectuales promovían el renacimiento de la cultura helena: su guía contenía una remembranza inventariada del decorado edilicio de las ciudades y de santuarios, con sus templetes, ofrendas, esculturas, altares y todo lo digno de mención, entrelazada con las tradiciones locales, las solemnidades, los mitos y las revelaciones históricas. Valga también de ejemplo de la

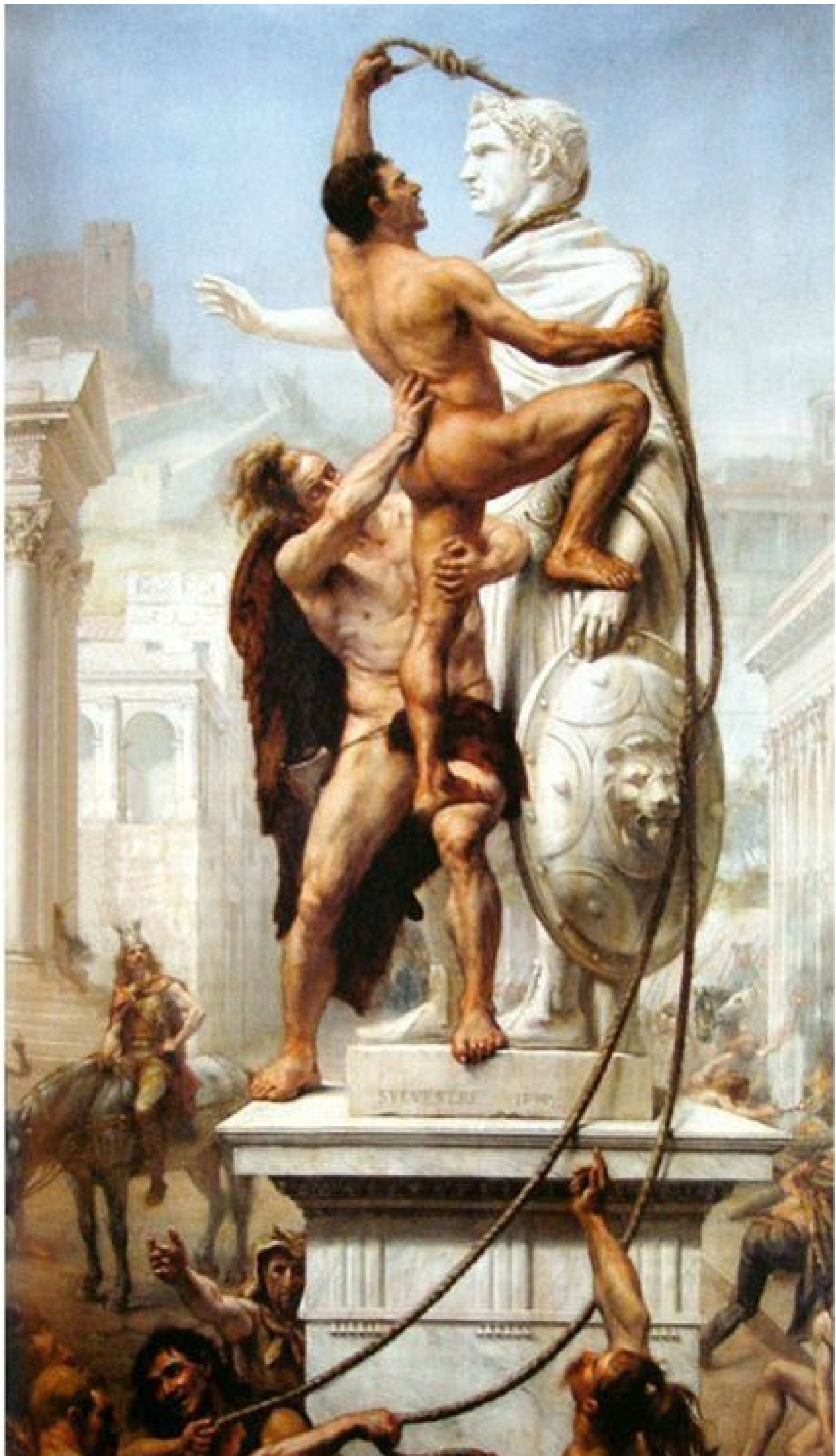
necesidad de «experimentar el conocimiento», germen del talante científico, la atracción que ejercía Egipto, región primordial de indagaciones anticuarias, dado que un lugar común de la Antigüedad situaba en ella el origen no sólo de la civilización, de la sabiduría, de la medicina o de las ciencias, sino, si cabía, de la humanidad. En época clásica, Herodoto había confiado en las declaraciones expresadas por los sacerdotes en lo concerniente a muchos asuntos, incluidas las proporciones de las pirámides; en el siglo II d. C., el sofista minorasiático Elio Aristides se hizo asistir igualmente por los clérigos locales en la tarea de tomar por sí mismo las medidas de pirámides, canales y templos, cálculos que sus esclavos fueron anotando y que ya por entonces se perdieron.

La virtud de estos cronistas viajeros residió en que su curiosidad por civilizaciones lejanas –o cercanas– y gentes y costumbres del pasado la vivieron en primera persona, aprehendiéndola a través del trabajo de campo, acudiendo para la composición de su relación a oráculos, libros escritos previamente, averiguaciones antropológicas y etnográficas, información oral, sin desdeñar –y he aquí su valor– el mundo material, los monumentos, las ruinas o las noticias epigráficas. En contrapartida, esos análisis de los artefactos no se aislaron conceptualmente de la tradición oral ni del testimonio literario, apenas se intuyeron las posibilidades que proporcionaban de ahondar desinteresadamente en el pasado, ni tampoco se organizaron siguiendo una lógica. No impulsaron, en resumen, el fermento de una disciplina debidamente arqueológica. Esa travesía del desierto no concluiría hasta el siglo de la Ilustración, pero ya el miramiento por el documento inscrito arraigó en la historiografía grecorromana, que se apoyó en él a la hora de demostrar o reafirmar sus argumentos. La propensión anticuaria del historiador siciliano Timeo de Tauromenio por merodear alrededor de los templos en busca de inscripciones pétreas reutilizadas en sus superficies no sería un fenómeno insólito a la altura del siglo IV a. C. Como tampoco –y con este episodio de *archaiologhìa* romana termino– la localización de tumbas, ya no sólo de héroes, sino de personajes históricos relativamente modernos, ni con intenciones delictivas, sino alentada, diríamos, por la nostalgia y el respeto intelectual. Tuvo que recalar Cicerón en Sicilia, durante el desempeño de una cuestura (hacia el 75 a. C.), para descubrirles a los siracusanos el emplazamiento de su genio más grande, el matemático Arquímedes, asesinado poco menos de ciento cincuenta años atrás. La lectura de ciertos versos antiguos le condujo frente a una columna cubierta de zarzas y arbustos, tras descartar abundantes sepulturas que se levantaban en la necrópolis de la puerta de Achradina. Una esfera y un cilindro tallados remataban el monumento, de lo cual también daba fe la fuente lírica. Sólo hubo que desbrozar con guadañas la vegetación a fin de abrirse camino hasta la inscripción del pedestal, que a pesar de sus líneas desgastadas corroboraba la identidad del difunto. Una de esas emocionantes situaciones en las que los restos arqueológicos y los escritos coinciden indujo a que un erudito natural de Arpino devolviera a su lugar de honor en la historia al científico más talentoso de la Antigüedad, cuya vida había segado un soldado romano durante el asalto a Siracusa.

LA DEVASTACIÓN MONUMENTAL A LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO

A partir del siglo IV d. C., dos calamidades se abatieron sobre la cultura, los ideales y los sueños marmóreos del mundo clásico: las invasiones de los pueblos germánicos y la oficialización del cristianismo como religión de Estado. De la primera de esas fatalidades, que atrajo sobre el Imperio romano un pillaje a gran escala de su caudal patrimonial, no escapó siquiera Roma, saqueada con furia por Alarico el visigodo en el 410 y expoliada a conciencia por los vándalos de Genserico en el 455.

La segunda, materializada con el Edicto de Tesalónica promulgado en el 380 por Teodosio I, representó una tragedia tanto para el legado monumental como para la cultura material pagana. Los adoradores de los dioses olímpicos, de las exóticas deidades orientales, de los fenómenos naturales y de los astros invocados en los altares sufrieron la proscripción de sus rituales y de sus sacrificios. Al año siguiente, en el 381, el emperador clausuró los templos paganos, a los que asimismo desposeyó del derecho a las tierras de las que subsistían. La conflictividad desatada entre sendas religiosidades trajo consigo la destrucción de las obras de arte fabricadas en torno a la piedad antigua, de imágenes, templos y exvotos. Los picos y los martillos cristianos se cebaron con las esculturas, relacionadas no sólo con el culto, sino con los usos mágicos, así que fueron abatidas, descabezadas, despedazadas en cientos de fragmentos (los arqueólogos encuentran hoy aquellas estatuas que los paganos enterraron o arrojaron al mar con objeto de salvarlas de este frenesí) e incluso cristianizadas, puesto que un modo de neutralizar sus maléficos poderes fue tallar cruces en sus frentes.



SYLVESTRE, Joseph Noel. *El saqueo de Roma por los visigodos en el año 410 d. C.*, (1890). Musée Paul Valéry, Francia. Este no sería el único saco sufrido por la capital imperial, de nuevo atacada en el 455 d. C. por los vándalos.

Los complejos sagrados padecieron una suerte análoga al ser demolidos por toda la geografía imperial; entre los afectados se contaban lugares en donde el paganismo había depositado su máximo fervor: el Templo de Artemisa de Éfeso –en su versión reconstruida del siglo IV a. C.–, una de las siete maravillas del mundo, había sobrevivido a la acometida de los godos del 262 d. C., pero no resistió a la incautación cristiana de sus materiales constructivos (varias de sus columnas se alzaron en el interior de la basílica de Santa Sofía, en Constantinopla). En el 391 d. C., los disturbios capitaneados por el patriarca Teófilo en Alejandría derivaron en la deflagración del Serapeum (el templo del dios Serapis) y de su riquísima biblioteca, seguramente una de las pérdidas del patrimonio bibliográfico grecorromano que más ha de lamentar el ser humano. El obispo Gregorio de Tours, san Benito de Nursia o san Gregorio Magno, los tres del siglo VI d. C., despuntaron entre quienes animaron a las turbas de monjes a borrar de la tierra la memoria del esplendor clásico (a fin de erigir la abadía de Montecasino, Benito de Nursia demolió los restos de un templo consagrado a Apolo e hizo añicos su imagen cultual), si bien la conversión en iglesias cristianas preservó del holocausto no pocos santuarios y edificios romanos. En la ciudad del Tíber, los templos de Antonino y Faustina, y el de Rómulo (en realidad un ábside de la basílica de Majencio), abrieron sus puertas a la devoción católica bajo los nombres de iglesia de San Lorenzo in Miranda e iglesia de San Cosme y Damián, respectivamente. La Curia de Julio César pasó a ser la iglesia de San Adriano, en el Pórtico de Octavia se insertaba la iglesia de San Angelo in Pescheria y en el Panteón la de Santa María ad Martyres (fundada hacia el 609). En las regiones carentes de estructuras romanas también se documenta la cristianización de los monumentos prehistóricos, bien grabando el símbolo de la cruz en menhires, bien adosando a los vestigios megalíticos una iglesia, en el caso del círculo de piedras neolítico de Avebury (Inglaterra). Se cita a menudo el estupor que causó en san Sansón de Dol (s. VI d. C.) el contemplar a las gentes de Cornualles reunidas en adoración alrededor de un menhir... A la erudición helénica todavía se le reservaba un duro golpe, que descargó el emperador bizantino Justiniano en el 529 d. C.: la disolución de la Academia Neoplatónica de Atenas, la cual llevaba unida la censura a los filósofos y profesores paganos de impartir sus corruptores preceptos, hecho que los obligó a emprender en masa el camino del exilio; apenas unos años después, sus libros, junto a cientos de pinturas y estatuas de sus dioses, se quemaron públicamente en el anfiteatro de Constantinopla. Mediante este procedimiento expeditivo se atajaba el peligro de que la filosofía griega contagiara a las doctrinas cristianas, lo cual sumió a la creación intelectual, especialmente en Occidente, en un oscurantismo que se prolongaría durante varios siglos.


EVSEBIV

D'ALEMAGNA, Giovanni. *Santa Apolonia destruyendo una escultura pagana* (h. 1445). National Gallery of Art, Washington. Si se observa el podio de la escultura, se observa el águila de alas desplegadas, elemento típico en aras y en relieves funerarios, que en el caso de las de personajes imperiales indican su apoteosis o ascensión a los cielos.

TRADICIONES CLÁSICAS Y TRADICIONES CRISTIANAS

A caballo entre las postrimerías de la Tardoantigüedad y la Alta Edad Media se fueron rellenando en el imaginario cristiano pertinente a su pasado los espacios vacíos dejados por el final del pensamiento de época clásica. La Biblia, contaminada con buenas dosis de leyendas populares, y un puñado de rastros supervivientes de la civilización grecorromana cubrieron las lagunas existentes. El Génesis eliminó cualquier suposición relativa a la población de la Tierra por hombres primitivos: el mundo había sido creado por Dios en seis días, y llegaría a su culmen el día del Juicio Final, mientras que la raza humana, asimismo de generación divina, surgió en el Jardín del Edén, enclavado en el Oriente Medio. De allí se esparció por el resto del mundo en dos oleadas, la primera identificada con la expulsión del Edén, y la segunda, cuando se calmaron las aguas –nunca mejor dicho– del Diluvio universal y los descendientes de Noé repoblaron el orbe. Este suceso se había fechado alrededor del 2500 a. C., ya que se concebía que la creación databa de unos pocos miles de años, aproximadamente de unos cinco mil. A nivel regional, no tardaría cada reino en especular acerca de sus genealogías posdiluvianas características; por ejemplo, el monje galés Nennius teorizó en el siglo IX que un príncipe troyano llamado Brutus, nieto de Eneas, se asentó en Britania pasado el Diluvio, tras expulsar a una raza de gigantes, y dio su nombre a la isla. Transcurridos tres siglos, el cronista Geoffrey de Monmouth fijó en el 1170 a. C. el desembarco de Brutus.

Respecto a la antigüedad romana, los estudiosos del Medievo no percibieron una cisura histórica ni civilizatoria entre su período y la caída del Imperio romano de Occidente. Su homogeneización de la línea cronológica evitó que comprendiesen las metamorfosis significativas de larga perspectiva, sea en lo cultural, en lo tecnológico o social, razón por la cual conjeturaron a los griegos y a los romanos como a versiones de sí mismos, compartiendo similares comportamientos, costumbres, ropajes y armamentos a los de los siglos medievales, peculiaridad que se observa en los tapices, las pinturas y los manuscritos miniados. En cuanto a la política, más adelante abordaremos la añoranza de la estabilidad y del poderío imperiales que sí se difundió en los reinos de la época. Por supuesto, arcos honoríficos, templos, basílicas, termas, anfiteatros, palacios, circos, estadios, villas, mosaicos o estatuas se veían por doquier en la Europa de la Edad Media. Conformaban hitos intrínsecos a la urbanística de las ciudades de la cuenca mediterránea; parecía que directamente se hubieran construido así, en un estado de declive, si bien entre el populacho de lugares como Francia se ponderaban obras de los sarracenos, o los remontaban a la épica nacional, así que llamaban al Teatro de Arlés la «Torre de Roland» y a una basílica bajoimperial de Vernou-sur-Brenne el «Palacio de Pipino el Breve».

La realidad histórica en torno a las construcciones romanas se fue tergiversando, celada detrás de un aura de misterio, lo cual dio pie a un cúmulo de fantasías, sobre todo a partir del siglo XI, que los anticuarios tardarían centurias en expurgar. Las quimeras de tipo arqueológico se encontraban a la orden del día. No existía una acumulación de muros invadidos por la hojarasca que no insinuase pasadizos subterráneos, mazmorras o criptas funerarias resguardadas por peligrosos hechizos y demonios (estos velaban el sueño eterno de Nerón, enterrado, se creía, bajo la iglesia de Santa Maria del Popolo). La imagen que guardaba el vulgo acerca de Roma era la de un vasto camposanto plagado de tesoros ocultos, en especial bajo los palacios, donde los emperadores habían escondido

auténticas fortunas. También del lecho del río Tíber se había generalizado la ficción de que ocultaba riquezas sin par, la Menorah (el candelabro de siete brazos) sustraída por Tito del Templo de Jerusalén, la cubierta dorada del Templo de Júpiter, la infinidad de obras de arte embarcadas en las naves de los vándalos de Genserico, zozobradas a causa del sobrepeso... A todo se le proveía de apelativos conectados a la mitología o se conectaba con los personajes de leyenda, lo que hacía de la Pirámide de Cayo Cestio la tumba de Remo, del Anfiteatro Flavio el palacio del rey Termal Coliseo –quien, momificado junto a su cónyuge y a la corte, reposaba en una cueva subterránea– y del obelisco vaticano el monumento mortuorio de Julio César, cuyo pináculo lo coronaba una esfera, supuesto receptáculo de las cenizas del dictador. Las ruinas se hacinaban en Roma a unos niveles tanto cualitativos como cuantitativos superiores a las demás localidades, aunque con su faz transfigurada, y con otras funcionalidades.

La ciudad medieval fue el escenario de las lidias intestinas entre las diversas facciones nobiliarias que pugnaban por prevalecer unas sobre otras y así controlar tanto la urbe como el trono papal, por lo que la mayoría de los monumentos antiguos se fortificaron con fines defensivos. A mediados del siglo XII, la familia de los Fabi adoptó el Teatro de Marcelo como su baluarte estratégico, que vigilaba el cruce del Tíber por la isla Tiberina y el puente *Quattro Capi*. Un siglo más tarde, los Savelli relevaron a los Fabi en el teatro al afianzar su dominio sobre Roma (con la ascensión de los papas Honorio III y Honorio IV), dictando su sobrenombre a la construcción: el *Quliseo de' Saveli,* porque se confundía su estructura con la de un anfiteatro. Contemporáneamente, las demás edificaciones clásicas con las dimensiones apropiadas fueron habitadas y alteradas en reductos amurallados: los Crescenzi se instalaron en el Mausoleo de Adriano, a la par que los Frangipane lo hacían en el Coliseo y en el Arco de Tito. Esta usurpación, con todo, en un período de devastaciones masivas dirigidas a la elevación de viviendas, iglesias o murallas debió de salvar muchos vestigios romanos de ser reducidos a meros esqueletos descarnados por completo de sus piedras y de sus mármoles. Resultaba fácil obtener por estos medios sillares perfectamente cortados, pulidos y listos para su empleo en una fábrica moderna; además, si el aparato administrativo del Imperio se había extinguido, ¿por qué se tenían que conservar en pie sus edificaciones, imposibles a todas luces de mantener?

Los desmantelamientos crónicos hubieron de comenzar muy pronto, a juzgar por las ordenaciones imperiales que intentaron ponerles coto: en el 376, los emperadores Graciano, Valente y Valentiniano prohibieron a los constructores de casas que sus materiales edilicios provinieran de monumentos (sin embargo, el Puente Cestio se restauró con bloques del Teatro de Marcelo por entonces), y el ostrogodo Teodorico, rey de Italia (en el trono del 494 al 526), emitió leyes destinadas a que la arquitectura antigua permaneciese inalterable, aunque tampoco se inmutó al transportar decenas de columnas de la Domus Pinciana a su palacio de Rávena, la capital del reino. Curiosamente, refrendó un «anticuariado» oficial, al franquear el camino a las excavaciones de individuos que supiesen el emplazamiento de tesoros sepultados, siempre en presencia de testigos, y a condición de que entregaran el oro y la plata desenterrados a sus arcas (las cenizas de los muertos, en cambio, vetaba siquiera tocarlas). Sin embargo, los propios mandatarios ejecutaban las depredaciones con repercusiones más aciagas para la ciudad. Se observa en la renovación decorativa de Constantinopla emprendida por el emperador bizantino Constante II (641-668), usando Roma como cantera, o en la proyección de los sepulcros de los soberanos franceses de Nápoles, los Anjou, extraordinariamente perjudiciales para la salud de los mármoles romanos hasta principios del siglo XIV. Con la

aquiescencia desapasionada de los pontífices, aún recelosos de la amenaza callada que ejercía la Antigüedad pagana, los elementos constructivos y las decoraciones arquitectónicas desfilaron fuera de las siete colinas, rumbo a las obras de las catedrales italianas, Montecasino, San Andrea de Amalfi, Spoleto, Pisa, Lucca, Orvieto, ¡incluso a la abadía de Westminster! En el interior de las basílicas cristianas, el arte y la cultura material de la Antigüedad clásica se leían a pedazos: los coloridos pavimentos se componían de mosaicos y mármoles variopintos; las estelas funerarias y toda clase de inscripciones ayudaban a que los pavimentos ajustasen o a resaltar los muros de las naves; los sarcófagos finamente labrados parecían buenas opciones para enterrar a personajes de la aristocracia y de la realeza –o de fuentes, si se les practicaba un agujero de desagüe–, aunque divididos en caras constituían lápidas igualmente deseables. Los altares se fabricaban a partir de aras paganas, y las bañeras termales y las urnas funerarias se reconvertían en pilas bautismales y pilas de agua bendita respectivamente. Junto a las reliquias de los santos brillaban las gemas y los camafeos de factura romana, asimismo perfectas piezas de entalle para cálices. ¿Y qué decir de las estatuas? Paralelamente suscitaban un pavor irracional, fundado en la noción de que poseían poderes mágicos y sobrenaturales, al tratarse de obras esculpidas por los demonios; una seducción arrolladora, pues la excelsa técnica del bulto redondo apenas se cultivaba ya, y a la admiración de la factura se sumaba el encanto casi humano de la epidermis marmórea, que en el siglo XII condujo al maestro Gregorio a rendirse a la fascinación de una imagen de Venus; y asimismo veneración, dado que una costumbre extendida residió en adulterarlas como retratos de santos (la santa Elena de la cripta de la iglesia de Santa Croce in Gerusalemme era una antigua Juno, y el san Sebastián de Sant'Agnese in Agone reutilizaba una efigie de Júpiter).

Con toda probabilidad, la reinterpretación cristiana de la Columna de Trajano y de la estatua de Vespasiano que la remataba (en el Renacimiento se trocaría por la de san Pedro) originó un decreto de 1162 que prevenía de no causarle perjuicio alguno, bajo pena capital. Los cálculos de las esculturas de mármol que acabaron devoradas por los hornos de cal o fundidas para fabricar armas, aparejos, monedas y campanas rebasan nuestra imaginación. En la romana plaza del Laterano se libró de la purga la estatua ecuestre de Marco Aurelio, confundida con Constantino, que decretó la libertad religiosa en el Imperio. Distintas partes del cuerpo de este emperador yacían dispersas asimismo allí, el Espinario se alzaba en la cima de una alta columna, y la Loba simbolizaba entonces la justicia, porque presidía las ejecuciones oficiales que se llevaban a cabo en los patíbulos instalados en la zona. Las personificaciones de los ríos Tíber y Nilo constituían bellos objetos de curiosidad en el monte Quirinal, aunque se los llamaba Salomón y Baco.

En la Edad Media se abrió la veda a la caza de tesoros en los reinos europeos y en el Imperio bizantino, aunque, por supuesto, sin ninguna intencionalidad académica. Antes de la invasión musulmana, Egipto era de sobra conocido por las riquezas almacenadas en las tumbas griegas, en cuyo desvalijamiento se especializaban las bandas de saqueadores. Poca diferencia guardaba esta actitud con la política nacional de rapiña organizada de pontífices como Silvestre II (999-1003), de quien la leyenda negra aseguraba que había cavado un hoyo en persona en el sitio donde apuntaba el índice de una estatua clásica. La aventura no concluía aquí, ya que su pasaje lo había guiado a una galería subterránea cubierta hasta sus bóvedas de piedras preciosas custodiadas por los espíritus de personalidades paganas, quienes, tan súbitamente despertadas de su letargo, acometieron contra este papa erudito, el cual inmediatamente se dio a la fuga. Historias novelescas de este género animaban a no renunciar a quebrantar el suelo romano, pero sin embargo –y con esto los cristianos imitaron los

usos de la Antigüedad– el detonante de un sinnúmero de labores arqueológicas, de nuevo, fue la fe.

Estas se ponen en relación con el traslado de las reliquias de los mártires y santos a las basílicas, motivado a partir del siglo VII, primero, por el riesgo que corrían de ser profanadas y, segundo, porque el acceso a las necrópolis y a las inestables catacumbas cada vez resultaba más complicado, de forma que su derrumbe las sepultaría para siempre. Así que los despojos sagrados se movieron a lugares seguros, dentro de las murallas ciudadanas, y, por si esto no bastara, se rebuscó estratégicamente en las ruinas de las termas antiguas a fin de sacar a la luz bañeras y *labra* en cuyo interior depositar con fastuosidad y decoro los restos. Así, en el 682, los huesos de Faustino, Simplicio y Beatriz reposaron definitivamente dentro de un cuenco de alabastro oriental en la iglesia de Santa Bibiana, y en el 816 una docena de mártires de las catacumbas de la Vía Latina acompañaron a los cuerpos de Eugenia y de Claudia a su nuevo emplazamiento bajo el altar de la basílica de Santi Apostoli. No sólo Italia, sino Europa en pleno siguió la pista de sus santos: Néstor, cronista del siglo XI, autor de una historia de los reinos eslavos y de una biografía sobre Teodosio, uno de los introductores del monaquismo en la Iglesia ortodoxa, se propuso encontrar los restos del santo, y así se verificó durante unas excavaciones realizadas en Kiev. Los estudiosos medievales no eran incapaces de identificar los vestigios del pasado clásico ni de dirigir hacia el subsuelo determinados interrogantes históricos que se pensaban capaces de dar solución a ciertas incógnitas, como cuando el príncipe Luis de Brieg (Silesia) excavó en 1390 la fortaleza eslava de Ryczyn a fin de averiguar si se trataba de la vieja sede de los obispos de Breslavia. Pero cuando emergía de la tierra la cultura material del pasado –y normalmente lo hacía por causas acientíficas– se veían en los mismos aprietos que los coleccionistas latinos o que los geógrafos grecorromanos para llevar a cabo una seria lectura histórica, investigar metódicamente los artefactos y asignarles una cronología: baste decir que a comienzos del siglo XII, en sus análisis de Novigentum (Nogent-sous-Coucy), el abad Guibert de Nogent ya no pudo atribuir al período merovingio (ss. V-VIII) los sarcófagos hallados alrededor de la iglesia local. La disposición de los enterramientos, o los vasos cerámicos colocados en ellos, lo llevaba a concluir que o bien eran tumbas paganas o de un cristianismo tan primitivo que todavía se observaban las costumbres de aquellos. Dieciséis centurias lo separaban del relato de Tucídides relativo a las sepulturas «carias» de Delos, pero el método de interpretación arqueológica no había hecho más que retroceder.



SCHNAPP, Alain. *Descubrimiento de las reliquias de san Anfíbalo, en la Chronica majora* (s. XIII). Las reliquias de los mártires y de los santos equivalían en el mundo cristiano a las de los héroes griegos.

DE LA *RENOVATIO ROMANI IMPERII* AL PRIMER HUMANISMO

En lo que sí se distinguió la Edad Media fue en la concienciación de que la reivindicación histórica de los acontecimientos lejanos reportaba formidables ventajas políticas, sociales y religiosas en los tiempos presentes, y de que los estudios anticuarios cumplían para ello un rol importante. En realidad, entre los siglos IX y XV Europa asistió a diferentes renacimientos, los cuales apelaban a un retorno de la romanidad en una serie de campos. En el político, la instauración de un reino vigoroso, como lo fue el franco, que había derrotado a los lombardos, a los sajones, a los pueblos eslavos y a los musulmanes, reclamó la reinstauración del Imperio de Occidente, la *Renovatio Romani Imperii*. Esta recuperación del sueño imperial, teñida de pretendidos legitimismos, miraba a hacer del Imperio carolingio no el heredero del Estado decadente de Rómulo Augústulo, sino del esplendor de Augusto, de Trajano o de Constantino. La *Renovatio* se alimentaba de la traslación de los valores o de las tradiciones antiguas al imperio medieval del presente –fuese cual fuese en ese momento–, de la reproducción del arte grecorromano, de actos simbólicos. Así, en la Navidad del año 800, León III coronó a Carlomagno emperador de los romanos en la basílica de San Pedro, pero el sostén carolingio al trono vaticano ya se había producido con Adriano I (772-795). Este permitió a Carlomagno que excavara la Ciudad Eterna y Rávena en búsqueda de mármoles y columnas de bella talla con las que engalanar la capital, Aquisgrán, así como las abadías de Aix la Chapelle y de San Ricario. En aquella se emplazó incluso una loba de bronce, a imitación de la futura *Capitolina,* y una estatua ecuestre de Teodorico tomada de Rávena. Igualmente, los artífices carolingios revivieron aspectos inherentes al arte romano, como la fundición de esculturas en bronce o la producción de mosaicos. A su muerte, el emperador de Occidente se inhumó en un sarcófago clásico en el que figuraba el mito de Proserpina (el monumento funerario de Otón II, situado en el Vaticano, se componía de un sarcófago encontrado en el Mausoleo de Adriano). Los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico recogieron el testigo de la llama prendida por la dinastía carolingia: Otón III, nieto de Otón el Grande, primogénito del matrimonio entre Otón II y la princesa bizantina Teofania, asumió el Imperio en Roma en el 996 y convirtió la urbe en su capital. Lo coronó el papa Gregorio V, primo del joven entronizado. Aquí, al modo de los antiguos césares, se asentó en un palacio del monte Palatino y se rodeó de una corte imbuida de ritualidad bizantina. Otro símbolo añadido: en el año 1000, Otón localizó los restos mortales de Carlomagno en la capilla del palacio real de Aquisgrán, y siguiendo la estela de Alejandro Magno, de Julio César, de Pompeyo y de Augusto, que gustaban de hacer suyas las armas y los despojos de los héroes, se apropió de la cruz de oro y de las vestiduras con las que el monarca franco había sido sepultado hacía casi doscientos años. A la vez santo, reliquia y curiosidad anticuaria, Carlomagno se utilizó como paradigma de la justificación del poder monárquico e imperial en Occidente, pues el *revival* antiguo no tenía por qué remitirse a la fuerza al legado clásico. En Inglaterra, Enrique II Plantagenet aprovechó el ciclo artúrico para usarlo como propaganda dinástica. Si los monarcas franceses se autonombraban los herederos de Carlomagno y exaltaban sus epopeyas, ¿por qué los Plantagenet no iban a efectuar lo mismo con la figura del rey Arturo? En 1191 mandó buscar los vestigios del caudillo bretón en la abadía de Glastonbury, la cual remontaba su ficticia antigüedad a un supuesto viaje atlántico de José de Arimatea, quien la habría fundado para alojar entre sus muros el Santo Grial. Los sondeos dieron

pronto sus frutos, al toparse con un ataúd tallado en un tronco de árbol hueco que contenía el cadáver de un hombre de 2,4 metros de altura, y otro más menudo de una mujer. La inscripción latina de una cruz atribuía el sepulcro a Arturo y a su esposa Ginebra, por lo cual Glastonbury además se identificó con la mítica Ávalon. Todos resultaron beneficiados de esta exhumación amañada: los monjes de la abadía llenaron sus arcas gracias a la afluencia de los peregrinos, y la Casa Plantagenet se reafirmó en el trono. Inglaterra desbordaba de reliquias artúricas: en el castillo de Dover se guardaba la calavera de *sir* Gawain, y en el de Winchester, la Tabla Redonda, que aún se expone (data del siglo XIII y las pinturas que la adornan son posteriores; de hecho, el rey Arturo representado es Enrique VIII).

Habría que esperar hasta los siglos XVIII y XIX para extirpar los aspectos fantásticos de la historia y de la arqueología. La Edad Media aún atravesaba una de las tantas infancias de la humanidad, y como la naturaleza manda en toda fase pueril, los monstruos campaban a su albedrío. Cuando en el siglo XII apareció la guía monumental de Roma más importante hasta entonces, la anónima *Mirabilia Urbis Romae* (traducida al italiano y a otras lenguas vulgares, incluido el islandés, en el transcurso de la centuria, se erigió en modelo de las «guías turísticas» hasta el Renacimiento), las fábulas de base popular convivían con la descripción del patrimonio arqueológico de la ciudad. Su público, en esencia de peregrinos de escasa cultura, asumía como fidedignas explicaciones históricas sin demasiada atención a los datos cronológicos ni topográficos (Fidias y Praxíteles habrían sido dos adivinos del reinado de Tiberio, según este libro de las maravillas), que más bien conectaba personajes ilustres a las edificaciones que recorrería el visitante, lo cual, en conjunto, ha hecho suponer que su autor no manejó apenas las fuentes escritas. En el extremo opuesto, los escritorios monásticos de la época altomedieval inauguraron una dinámica de trabajo de recopilación textual, de traducción y de copia de códices griegos y latinos, que estableció los pilares de los estudios filológicos futuros y, por qué no, también anticuarios, tan apegados al documento. Ahora no se lograron las posibilidades de estudio de las bibliotecas renacentistas, pero los sabios y eclesiásticos medievales difundieron la cultura grecorromana y se iniciaron en el desciframiento de los epígrafes que adornaban las iglesias. Aunque en esencia reducido a un minúsculo núcleo elitista y erudito, el coleccionismo de antigüedades clásicas daría sus primeros pasos a lo largo del siglo XII: se sabe que el cardenal Giordano Orsini exhibió una selección de piezas romanas abierta al público, sobre todo forastero, en su palacete, y que Henry de Blois, obispo de Winchester, adquirió en Italia una serie de estatuas femeninas que importó a su país. En el 1250 se extinguió la vida de un emperador filósofo y políglota, Federico II, cuya propaganda gubernativa había retomando tantos matices del mundo romano (la moneda, la arquitectura, la iconografía) que se aficionó no únicamente a la compra de antigüedades, sino a los escudriñamientos arqueológicos en demanda de piezas coleccionables.

El mundo material, los objetos, las inscripciones, las ruinas y los monumentos comenzaban a cobrar vida ante los ojos de quienes se interesaban en la civilización de los antiguos romanos, y la visita a Roma se consolidó entre los poetas que reedificaban con su lírica la gloria de los días pasados inspirándose en su realidad tangible. Fueron humanistas incipientes como Petrarca (1304-1374) quienes marcaron la diferencia respecto a los sabios de pensamiento continuista que los precedieron: el poeta de Arezzo sí se percató de que se hallaba inmerso en un escenario histórico inferior, culturalmente diverso a lo que los autores griegos y latinos habían registrado en sus obras. Él se zambulló de pleno en los hechos que narraban, viajó a la capital de los césares con las fuentes en la mano en 1337 y en 1341 (en esta ocasión fue galardonado con la corona de laurel dorado en una

ceremonia literaria celebrada en el Campidoglio), manifestó sus opiniones acerca de tal o cual estatua, casi siempre errando, escaló las estructuras de las Termas de Diocleciano... Las maravillas cantadas en las *Mirabilia Urbis,* suficientes para el peregrino, no colmaban las expectativas de cientificismo del humanista, primero italiano y luego europeo. Boccaccio o Giovanni Dondi abogaron por la experiencia del viaje de estudios como método para aproximarse desde una perspectiva crítica a los relieves narrativos de los arcos y de las columnas honoríficas, a las monedas, a las inscripciones que hablaban de las grandes empresas y de la vida cotidiana, incluso a los compendios técnicos sobre las artes y la arquitectura, el de Vitruvio sobre todo. En 1347, una multitud se congregó en la plaza del Capitolio, en Roma, para escuchar las palabras del «dictador» Cola di Rienzo (1313-1354). Un año atrás había descubierto en la basílica de San Juan de Letrán una tabla de bronce con el texto de la *Lex de Imperio,* con la cual se investía al emperador Vespasiano de todos sus poderes por la voluntad del pueblo romano, y ahora ejecutaba su lectura pública ante la población moderna. En este auténtico mitin político convenció a los asistentes de la supremacía de los súbditos al conferir a la figura imperial de sus atribuciones (y por ende, de su preponderancia sobre el pontificado), y arguyó la necesidad de instaurar una república romana. El fracaso de su experimento es otra historia. Lo fundamental es que había sabido interrogar al objeto arqueológico y, prosiguiendo más allá, aventurar una interpretación, si bien esta satisficiese un evidente cálculo político. Sucedió así que, a partir de estas premisas, el humanista se convirtió también en anticuario.

De las letras humanistas al coleccionismo barroco

ITALIA Y EL ANTICUARIADO RENACENTISTA

La tesis mayormente aceptada en relación con el origen del Renacimiento resuelve que fue la llegada de intelectuales griegos a Italia en 1453, una suerte de refugiados de primer orden que huía de la conquista de Constantinopla, la que detonó el movimiento generalizado de fervor por la civilización grecorromana. En el capítulo anterior hemos constatado que el espíritu de Roma iluminaba ya en la Edad Media buena parte de la producción cultural y de los anhelos políticos de la época; la antigüedad romana significaba una utopía áurea que había que recuperar, un estadio histórico ideal de cuya senda se habían apartado sus herederos. Este caldo de cultivo filoclasicista no necesitaba de ese aporte foráneo de estudiosos bizantinos, en quienes el legado tradicional de Grecia vivía latente, para eclosionar: desde el fértil subsuelo italiano florecía un vergel de restos arqueológicos que se integraba en la cotidianidad del viandante, cuya acepción, en cambio, sólo unos pocos humanistas del *Trecento* sabían descifrar a partir de las páginas rasgueadas por los autores antiguos (sí es cierto que el equipaje de los exiliados contribuyó a aumentar ese patrimonio bibliográfico). En el siglo XV, a los ejercicios filológicos de recuperación de la Antigüedad clásica, centrados hasta entonces en su lengua, su retórica, su filosofía, su literatura o su historia, se vino a sumar el interés por su arquitectura, su escultura, sus inscripciones y sus monedas. Los vestigios materiales se hallaban a libre disposición de los clasicistas, quienes desarrollaron las herramientas adecuadas para extraerles un sentido, procurando el progreso de la numismática, la epigrafía, la historia del arte y de una embrionaria arqueología. Una actividad en eminencia destructiva, como comprobaremos.

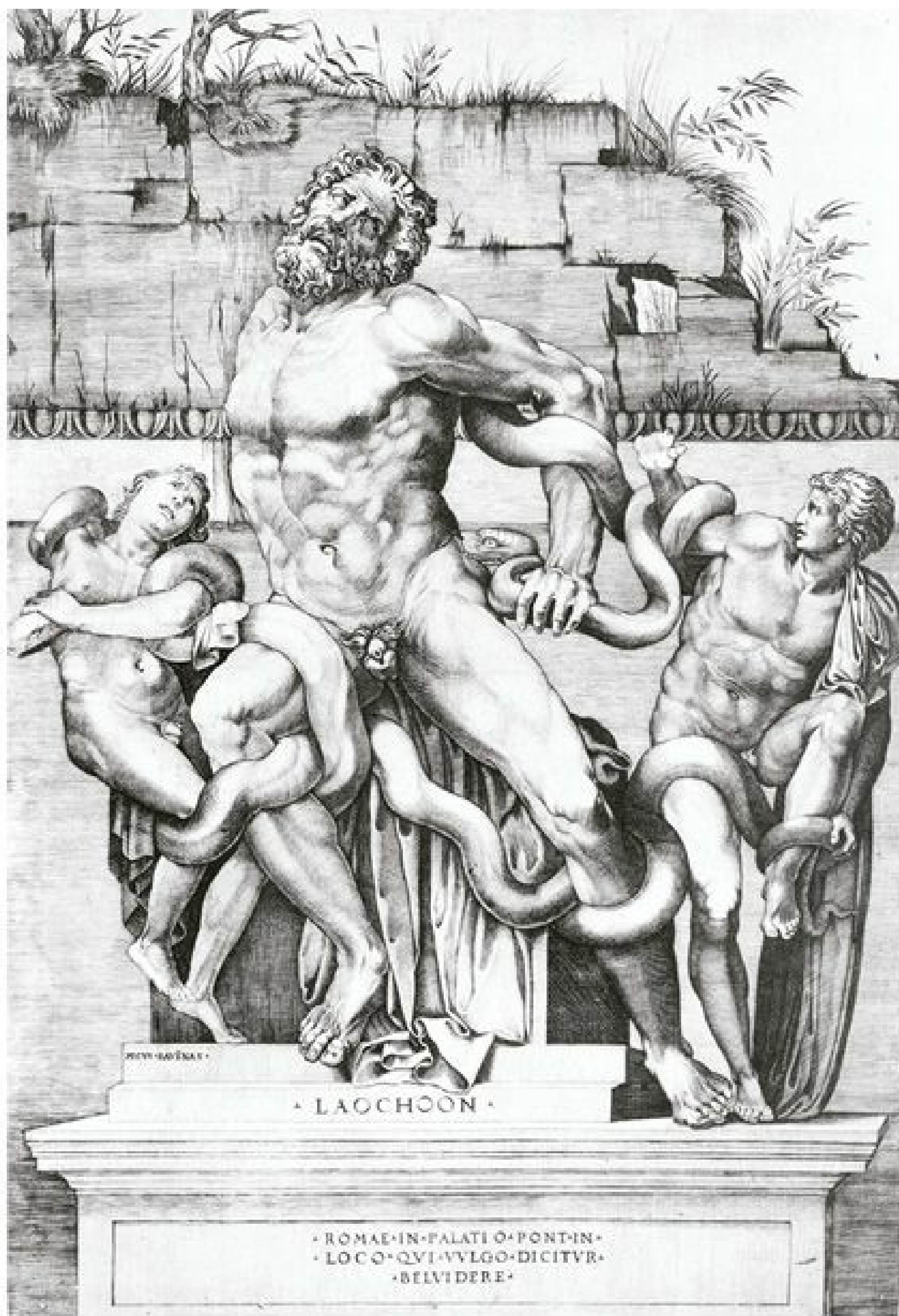
Comencemos por Roma, la urbe ideal en la que examinar las reliquias de la civilización romana. A comienzos del siglo XV, apenas se asemejaba a una ciudad: las casas y las iglesias se desmoronaban en ruinas, barrios enteros se habían abandonado (los montes Quirinal, Aventino y Celio aparecían asilvestrados, salpicados intermitentemente por algunas construcciones eclesiásticas y huertas), la pobreza y el hambre atenazaban a sus habitantes. El retrato de la desolación que Petrarca había denunciado previamente. Las leyes brillaban por su ausencia, la clase sacerdotal carecía de moralidad y los peregrinos que acudían en masa a visitar las basílicas de esta supuesta villa santa eran asaltados y robados con impunidad. Entre 1309 y 1377 Roma había perdido la capitalidad de la cristiandad, suplantada por Aviñón, y hasta el año 1417 el Cisma de Occidente no

se dio por concluido. Un siglo de desatención urbanística que le había costado cara a Roma. El regreso de la Corte papal inauguró la renovación del entramado medieval para conferir su debido decoro a la Ciudad Eterna, además de exaltar el poderío de cardenales, patricios y de la familia pontificia, a costa todo ello de la antigua Roma. Los nuevos palacios e iglesias requerían de piedra para ser alzados, por lo que o bien se demolían las arquitecturas preexistentes con ese designio o bien se acomodaban en sus estructuras. Los papas concedían licencia a los constructores para abatir los edificios a cambio de la cesión de un tercio de los materiales conseguidos: así se borraron del mapa el Templo de Venus y Roma en 1450 o la Casa de las Vestales en 1499. La situación se agravó en 1540, cuando Paolo III trasladó a los responsables de la *Fabbrica di San Pietro* un permiso global de excavaciones, de lo que les sirviera, donde quisieran, incluso reduciendo a polvo los monumentos, si así se agilizaba la erección de la basílica vaticana. Hacía siglos que los hornos de cal, obtenida a partir de esculturas y mármoles romanos abatidos, no se habían detenido, pero la necesidad de material edilicio aceleró el proceso destructivo. Los sepulcros se violaban en búsqueda de riquezas, y las esculturas, tachadas de paganas e inmorales, se decapitaban o se despedazaban.

Paradójicamente, al mismo tiempo la capital pontificia se convirtió en el epicentro de ese vehemente movimiento renacentista dirigido al estudio de la Antigüedad, en el núcleo propulsor de la moda coleccionista y donde se conformaría una disciplina –que denominaremos anticuaria– que enmarcaba la categoría innovadora de especialidades focalizadas a desenterrar el glorioso pasado. El paso inicial implicaba despojar a las *Mirabilia,* las guías e itinerarios enfocados a los peregrinos, de su pléyade de mitos y leyendas, de narraciones pseudohistóricas y de catálogos de monumentos teñidos de irrealidad. El conocimiento de la *Forma Urbis,* del trazado verídico de la Roma antigua en relación con la moderna, mantuvo siglos afanado a un ejército de humanistas en torno a los análisis de topografía, de arte y de arqueología. Fruto de ello, sobre todo en el *Cinquecento,* fue un fructífero mercado editorial referido a la historia y monumentalidad romana, docto y divulgativo, que denotaba un interés a todos los niveles, desde el erudito que leía en latín a los peregrinos y al pueblo llano que aprendían las lenguas vulgares. La *Roma instaurata* (1446) de Biondo Flavio señaló el camino metodológico de las publicaciones anticuarias de calado científico (no en vano se lo considera el primer arqueólogo): cumplió con el cometido de explicar razonadamente la topografía de la ciudad del Tíber y la funcionalidad de muchos de sus edificios, eliminando los elementos mágicos que los caracterizaban, documentándose a través de exploraciones *in loco* y acudiendo a los testimonios epigráficos, monetarios y filológicos, si bien hay que matizar que no dejó de corregir y pasar por la criba de la crítica las fuentes escritas. De la observación de las grandes construcciones imperiales, los artistas recogían paradigmas arquitectónicos, soluciones ornamentales y detalles escultóricos, a partir de los cuales concibieron un modelo de arquitectura contemporánea que se fue difundiendo en sucesivas ediciones que dotaban de especificidad al monumento, y que incluían plantas, ilustraciones y descripciones en mayor o menor medida objetivas. Casi la totalidad de los tratados partían de la cátedra sentada por el libro *De architectura* de Marco Vitruvio Polión (s. I a. C.), pero ambicionaban superarlo. Un ejemplo es el *De re aedificatoria* (1452) del florentino Leon Battista Alberti, en el que se confrontaban las proporciones y los dibujos de su autor con las noticias procedentes del ingeniero augusteo. Alberti se percató de que las costumbres arquitectónicas antiguas no sólo se habían desaprovechado sino que corrían el riesgo de desaparecer completamente, a tenor del rápido saqueo de los edificios romanos, por lo que mediante su trabajo trató de reapropiarse de

ese gran patrimonio en beneficio de sus contemporáneos. Un ánimo idéntico movió a Andrea Palladio a publicar, más de un siglo después, *I Quattro Libri dell'Architettura* (1570), en un ensayo de devolver el gusto de los antiguos, con todo su esplendor, a los usos edilicios modernos. Su obra se popularizó como un manual de la teoría arquitectónica renacentista sustentada en la tratadística previa, hasta Vitruvio, y en la arqueología que desempolvaba las urbes de la Antigüedad. Describió así las obras públicas y religiosas romanas (basílicas, palestras, templos) y la arquitectura doméstica, dando cuenta de construcciones aún en pie, pero destinadas a perecer: por ejemplo, el Templo de Minerva del Foro Transitorio (s. I d. C.), que el papa Clemente VIII comenzó a desmantelar para utilizar sus mármoles en la erección de la basílica de San Pedro, aunque el golpe de gracia lo descargó Paolo V en 1609, al ordenar la construcción de la fuente del Acqua Paola con los sillares del monumento.

Los más comprometidos en inquirir a las ruinas acerca de sus secretos, como se puede evidenciar, fueron artistas interesados en su función utilitaria. De ahí derivó la arqueología renacentista que se cuestionaba el arte del pasado, las reglas que guardaban sus estructuras, sus sistemas de proporciones, la gama de estilos decorativos. Incluso el tanteo de métodos innovadores de recuperación de las antigüedades. A Leon Battista Alberti se le recuerda por dirigir la fallida operación de salvamento de dos magníficas naves de recreo construidas bajo el reinado de Calígula, hundidas en el lago de Nemi. Las biografías del arquitecto Filippo Brunelleschi y del escultor Donatello refieren que en 1402 marcharon juntos de Florencia a Roma espoleados por su anhelo de descubrir los armoniosos métodos constructivos de los antiguos. Allí se encaramaron a las ruinas, escrutaron sus subestructuras, columnas, capiteles, cornisas y adornos escultóricos; anotaron sus medidas y tomaron bocetos de todo. No se preocupaban ni de lo que comían ni de cómo vestían, y el dinero que obtenían como orfebres lo invertían en peones que los ayudasen a excavar los restos enterrados. Los romanos los tenían por dos buscatesoros. No obstante, lo que realmente atesoraron fue la inspiración que redefiniría el arte renacentista. Sin ir más lejos, las lecciones aprendidas en Roma (como el estudio de la cúpula del Panteón), Brunelleschi las aplicaría en el domo de la catedral de Florencia. Cuando hacia 1480 se descubrieron las galerías subterráneas de la Domus Aurea de Nerón, los maestros del momento se apresuraron a examinar sus pinturas, casi inciertas hasta las excavaciones de Pompeya y de Herculano, visitas atestiguadas por los grafitis grabados en las bóvedas del palacio. Giovanni da Udine, Ghirlandaio o Rafael Sanzio admiraron sus sutiles ornamentos de estuco, y la sugestión que despertaron en este último se reflejó en los motivos del aparato pictórico de las logias vaticanas, denominados ahora grutescos (de las grutas que los habían insinuado). Aun más, estas fabulosas pinturas neronianas fijarían un gusto sensible y rococó en Europa durante los siglos venideros. Sería desatinado pensar que al resto del pueblo romano, y aún más, italiano, le resultaban indiferentes esos asuntos de eruditos y profesionales del arte; en verdad, ninguna revelación arqueológica pasaba inadvertida en una ciudad cuya historia se entremezclaba de forma natural con el presente. Así sucedió en 1506 con la estatua del *Laocoonte*. De pronto, nobles, eclesiásticos, toda la población sabía que Felice de Fredis, al caer en un hoyo de su viña en el Quirinal, se había topado casualmente con un grupo escultórico hecho fragmentos. Tantos espectadores se acercaban de día y de noche a las tierras de De Fredis que parecía el jubileo, según testigos oculares. Hasta el papa Julio II mandó a dos delegados de lujo para que lo mantuvieran informado, el arquitecto Giuliano da Sangallo y a Miguel Ángel Buonarotti. Versado en las letras clásicas, aquel no tardó en exclamar: «¡Es el *Laocoonte* que menciona Plinio!».



DENTE, Marco. *Estatua de Laocoonte* (h. 1525). Gabinetto Disegni e Stampe degli Uffizi, Florencia. La escultura, firmada por los escultores rodios Atenodoro, Agesandro y Polidoro, se exhibe en la actualidad en los Museos Vaticanos.

FALSARIOS, ANTICUARIOS, COLECCIONISTAS E HISTORIADORES EN ACCIÓN

Humanistas, sabios, filólogos y artistas se arremolinaban ante los frutos que la fortuna o que la construcción de palacios, iglesias y jardines les ponía en las manos. Obraban codo con codo, se notificaban novedades en sus misivas... Andrea Fulvio, famoso anticuario autor de *Antiquitates Urbis* (1527), acompañaba como un cicerone profesional a Rafael en su visita a las fábricas antiguas que «yacían en tinieblas», o le aconsejaba la manera de reconstruir la Roma de los césares en sus frescos. A los anticuarios renacentistas y barrocos se los asociaba con todo tipo de pericias: años de una estrecha familiaridad con los objetos antiguos, así como de inmersión en la literatura grecorromana, los dotaron de la destreza para valorar las piezas arqueológicas (en términos cualitativos y económicos, no sólo culturales), de llevar a cabo restauraciones –o al menos de saber subrayar las imprescindibles–, de interpretar las manifestaciones iconográficas, de descifrar hasta los epígrafes menos dóciles o, por supuesto, de emplazar las antigüedades dentro de un discurso histórico o de un contexto artístico. El término anticuario, de estos arqueólogos en ciernes, se aplicaba tanto a los humanistas con determinada celebridad, a los eruditos a cargo de colecciones importantes y a aquellos focalizados en la compraventa exitosa de obras de arte. Esta laxitud de significados ya demuestra de por sí que unos personajes se volcaban en el estudio de la Antigüedad en aras del puro conocimiento, mientras que a otros sus dotes les servían para distinguir con qué materiales estaban tratando y a qué precio comerciarlos, o que adquisiciones sugerir a sus clientes nobiliarios. Con frecuencia, ambos propósitos confluían en una misma persona. Por descontado, cualquier agricultor en cuyos cultivos se verificasen hallazgos corría a ofrecerlos a la venta en la plaza de Campo de' Fiori.

El mercado de antigüedades también lo sustentaban artesanos, orfebres, talladores de gemas y escultores que, al tanto de la avidez por acopiar tesoros artísticos de las casas aristocráticas, convertían sus talleres en auténticas tiendas de curiosidades. El lado oscuro de este negocio, documentado por una buena cantidad de procesos judiciales, era la asiduidad con que se producían los robos de piezas: en 1573, el escultor Bernardino de' Quadris había sido sorprendido *in fraganti* bajo el lecho del anticuario Vincenzo Stampa en posesión de anillos y medallas que pretendía sustraerle. El *boom* del anticuariado, señalaremos, no fue una prerrogativa restringida al Renacimiento italiano. En los siglos XVI y XVII otro tipo de sensibilidades cobraban vida entre las élites doctas del norte de Europa, receptivas hacia la aprehensión de una historia nacional sensata, expurgada de quimeras, que cada vez se constataba con mayor fuerza y solamente era accesible a través de la exploración de los monumentos, al no contar con la vasta literatura latina que la clarificase. En Inglaterra, Enrique VIII facultó el honor de *King's Antiquary* y al elegido, John Leland, lo envió de viaje por el país en 1540 con la misión de recopilar manuscritos en bibliotecas monásticas, desarrollar estudios topográficos, anotar topónimos y tipologías, así como describir los yacimientos visibles, algunos de ellos prehistóricos. En la isla, esa predisposición renacentista hacia el saber, unida a un detectable sentimiento de vanidad nacionalista pregonado por la dinastía Tudor, prendió la mecha en forma de los estudios prerromanos. Que los esfuerzos de Leland no cayeron en vano aporta buena prueba la fundación de la Sociedad de Anticuarios en 1572, comprometida a proteger el patrimonio británico, o la publicación en 1586 de la obra *Britannia,* un primer inventario

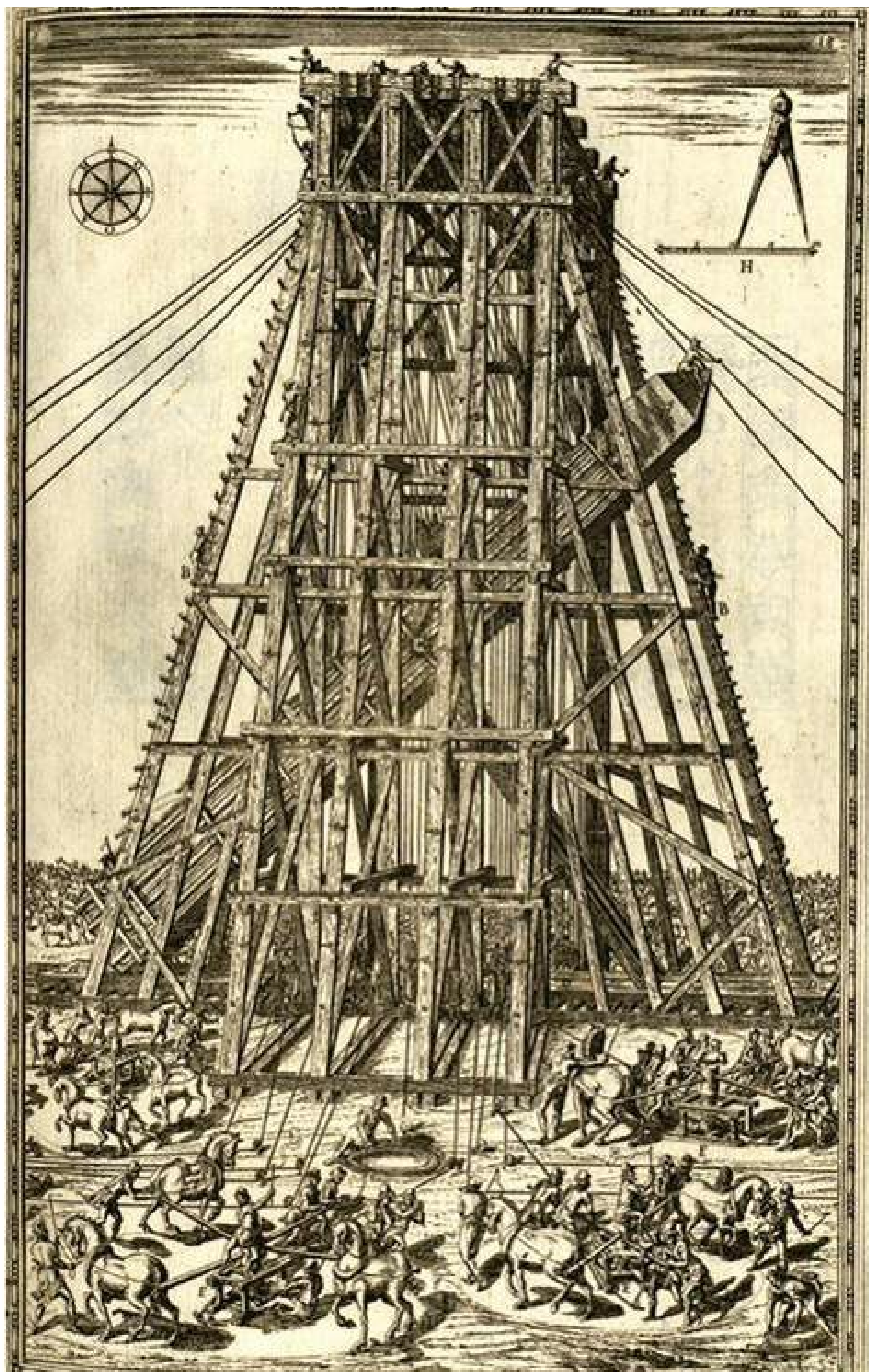
de los restos diseminados por el país –a imitación de los que hacían los topógrafos italianos– de la prehistoria a los sajones, incluida la muralla adrianea y el crómlech de Stonehenge, que situó antes de la conquista romana. El monumento megalítico, que en nuestros días se data entre el Neolítico y la Edad del Bronce (3000-2500 a. C.), despertaba incógnitas irresolubles entre los especialistas: los cronistas medievales lo creyeron obra de Merlín e insertaban sus orígenes en el ciclo artúrico; el arquitecto Íñigo Jones, que levantó su plano a comienzos del siglo XVII, lo entendió como un templo romano, y a la conclusión del siglo John Aubrey lo clasificó de bretón. A cualquier individuo que se le hubiese preguntado quién alzó Stonehenge habría respondido sin vacilar que los druidas, la clase sacerdotal de las comunidades celtas.

No por ello se ha de enaltecer el tipo de arqueología practicada en la época por estos anticuarios de talante más científico. A grandes rasgos, las excavaciones se juzgaban actividades circunstanciales e ingratas, un mal menor con el que había que transigir si el premio estribaba en reconocer la casa de campo de Cicerón, de Horacio o Mecenas (todas las ruinas se ponían en relación con las citas de las fuentes clásicas), o en un valioso depósito de relieves. En raras ocasiones se documentaban las estructuras arquitectónicas –o se hacía mediante unos presurosos bosquejos, sólo publicados esporádicamente–, meros impedimentos en la recuperación expeditiva de los tesoros, esculturas sobre todo, los cuales engrosaban las galerías de los patricios que financiaban esa arqueología de campo. La casualidad intervenía a favor de los coleccionistas todavía más a menudo, y los resultados para las construcciones que cobijaban las piezas fueron invariablemente dañinos. Muchas de las estatuas más famosas de los museos italianos salieron a la luz entonces, como el *Apolo de Belvedere,* cuyo descubrimiento a finales del siglo XV todavía resulta problemático (su origen se lo disputan Anzio y Grottaferrata, donde su propietario original, el cardenal Giuliano della Rovere, futuro papa Julio II, poseía terrenos), el *Hércules* de bronce dorado (s. II a. C.) procedente del Foro Boario –hoy expuesto en la exedra de Marco Aurelio de los Museos Capitolinos– o algunos miembros de la estatua colosal en mármol de Constantino (la cabeza, la mano, la rodilla, los pies y parte de un brazo), del que diferentes opiniones apuntaban que retrataba a Augusto, Nerón, Cómodo o Domiciano. En 1546, los operarios vaticanos de la fábrica de San Pedro que cavaban en las Termas de Caracalla, en una propiedad de la familia Farnesio –linaje del que había salido el papa de entonces, Pablo III–, extrajeron de su sepulcro térreo el grupo de *Dirce y el Toro* y el *Hércules* de Glykon (s. III d. C.), copia de un bronce helenístico, que durante generaciones dieron lustre al Palazzo Farnese, antes de su traslado a Nápoles, donde hoy se conservan. Imágenes de una vestal, de una ninfa, de un gladiador, columnas, bajorrelieves, mármoles de calidad insuperable, lucernas, medallas y estatuillas de metal se sumaban al botín de las Termas de Caracalla. Un cronista de la época, Pirro Ligorio (1513-1583), pintor y arquitecto, al que no cuesta además tildar de anticuario profesional, se estaba ocupando de registrar estos y otros resultados arqueológicos del momento. Lo traemos a colación como excepción, por su rigurosidad y por sus esfuerzos en que el anticuariado adoptase una metodología científica, prueba de lo cual son los cincuenta volúmenes que redactó concernientes a las antigüedades romanas, que restaron manuscritos sin que nadie se fijara en ellos hasta fechas relativamente recientes. En ellos documentó todas las investigaciones que se realizaban, incluso las de siglos atrás, el hallazgo de los relieves del *Hadrianeum,* consistentes en personificaciones femeninas de las provincias de Roma, del *Apolo Belvedere,* de las nueve *Musas* de Tívoli... Ningún arqueólogo moderno que hoy proyecte excavar en la tiburtina Villa de Adriano pasaría por alto sus notas, tomadas durante unas ambiciosas operaciones arqueológicas y sondeos que dirigió en la

residencia imperial –en la palestra, el teatro marítimo, el teatro griego, el *Pecile*–, alrededor de 1550, mientras planificaba el lujoso palacio del cardenal Ippolito d'Este, la prestigiosa Villa d'Este.

LOS PONTÍFICES Y LA CONSERVACIÓN DEL PATRIMONIO

El ritmo uniforme al que el esplendor de la ciudad antigua iba menguando agitó algunas conciencias. Antes del siglo XVIII, los pontífices ya emitieron algunos decretos en los que se procuraba poner coto al expolio sistemático de la herencia cultural romana, al que tanto habían contribuido. En cierto sentido, la idea de la Roma imperial no se alejaba demasiado de las pretensiones de esa nueva Roma cristiana, y su simbología, sus logros e instituciones resultaban rentables en términos políticos. La renovación urbanística emprendida por los papas constructores desde el siglo XV emulaba la labor edilicia de los emperadores y traía a la mente que las faraónicas posibilidades técnicas de ayer aún perduraban. Más que nunca, la Roma del *Cinquecento* recreó la urbe clásica: Sixto V recuperó y erigió gracias al arquitecto Domenico Fontana cuatro de los obeliscos que yacían postergados desde el Medievo –de aquí su sobrenombre del «papa obelisco»–, el de la Piazza di San Pietro (1586), el Esquilino (1587), el del Laterano (1588) y el de la Piazza del Popolo (1589); pero en 1649 y en 1667 se levantarían los de Piazza Navona y Piazza della Minerva respectivamente.



FONTANA, Domenico. *Erección del obelisco del Vaticano,* en *Della Trasportatione dell'Obelisco Vaticano* (1590). Casi mil hombres participaron en el alzamiento del obelisco de la plaza de San Pedro.

Se reconquistaron áreas de la población tiberina para albergar viviendas gracias a la reparación de los antiguos acueductos, y las prolongadas avenidas modernas que se trazaron restablecían los largos ejes viarios por los que circulaban las procesiones triunfales de las armas romanas. Ningún espacio público que se preciara carecía de inscripciones conmemorativas o de estatuas: en 1537 Paolo III acarreó la imagen ecuestre de Marco Aurelio de la vieja basílica del Laterano al centro de la Piazza del Campidoglio, donde los visitantes ilustres podían embelesarse con ella en un espacio privilegiado reservado a exhibir el poder del santo padre, refrendado por la memoria de la edad dorada imperial. Martín V ya había definido de sacrílega la devastación de los edificios antiguos, y al cabo de poco, el Coliseo se llevaría la gloria de haber sido el primer monumento protegido: en 1439, un breve de Eugenio IV vetaba que el anfiteatro se explotara como cantera, así que lo circundó de muros y encomendó su protección a los hermanos de la iglesia de Santa Maria Nova. En 1462 el blindaje se extendió al conjunto del patrimonio edilicio, aunque la normativa vaticana no encontró nunca una aplicación fehaciente. En 1515 Rafael Sanzio fue nombrado *commissario delle antichità,* investidura orientada a la salvaguarda del acervo histórico y artístico con la que se intentaba reforzar la acción de la legislación vigente. El pintor de Urbino se rodeó de un equipo de anticuarios que publicó documentados análisis topográficos y epigráficos de Roma, pero la tarea de tutelar los bienes culturales careció generalmente de efectividad; Rafael se dolía ante León X de observar a la noble ciudad que había sido la reina del mundo trocada en un cadáver lacerado, del que en sólo diez años se había arrancado el Templo de Ceres de la Vía Sacra, un sector del Foro Transitorio, una de las basílicas del Foro Republicano y un arco a la entrada a las Termas de Diocleciano. Desde entonces, otros sabios, anticuarios y artistas se sucederían en el puesto, entre los que destacaría Giovanni Pietro Bellori, comisario de 1670 a 1696. Las leyes codificaron también la sustracción clandestina de antigüedades y la mecánica de las excavaciones. En 1624, un edicto prohibió la extracción fluvial, marítima y terrestre de los Estados Pontificios de mármoles, figuras, ornamentos y metales sin previa licencia, infracción que se pagaba con castigos corporales y económicos (una multa de quinientos escudos), los mismos que se administraban a quienes no declarasen al cardenal Camerlengo el hallazgo de antigüedades en un plazo de veinticuatro horas tras su verificación. Un bando de 1646 especificaba que ese comercio ilícito incluía cabezas, torsos y fragmentos de estatuas, inscripciones, pedestales, frisos, medallas, camafeos y pinturas, y ampliaba las penas a todos aquellos implicados en el proceso de excavación, aunque fuera accidental (agricultores, obreros, *cavatori*), a los intermediarios y compradores con ánimo de lucro (artesanos, escultores, entalladores, orfebres, chamarileros), a los responsables de embalar y transportar las mercancías (carpinteros, canteros, porteadores, muleros, carreteros, marineros, barqueros) y a los oficiales que hiciesen la vista gorda en los puertos y en los accesos cívicos (guardianes, porteros, aduaneros). La culpabilidad se repartía así a gran escala. Cavar en las inmediaciones de murallas, cementerios, arcos, puertos, vías públicas y edificaciones quedaba terminantemente prohibido, restricción que se relajaba en el caso de obtener una licencia del Gobierno –receptor de un porcentaje fijo de las piezas que se encontraran–, cuya concesión entrañaba la estricta vigilancia de los trabajos arqueológicos por parte del *commissario delle antichità*. El hecho de que aquí en adelante un edicto tras otro

recalcara las mismas regulaciones, instrucciones y condenas expresa las perpetuas transgresiones que sufrían estas originales leyes patrimoniales. Pero, antes de la promulgación de estas leyes, también hubo que encerrar las antigüedades en interés de su conservación, su ostentación y su estudio.

EL COLECCIONISMO RENACENTISTA Y BARROCO: DE LOS GABINETES DE CURIOSIDADES A LAS PRIMERAS GALERÍAS PÚBLICAS

El ser humano es coleccionista por naturaleza. Aquejado de un síndrome de Diógenes biológico, a lo largo de su existencia ha envasado, etiquetado, confinado en vitrinas y cajones, ordenado en estanterías y sobre plintos las cosas objeto de su atención. El fenómeno coleccionista en Europa no fue homogéneo, sino que se vio sometido a la dictadura de las modas, a las manías del gusto, las cuales prescribieron qué piezas hechizaban al hombre en un momento u otro, o qué sujetos de la sociedad se arrogaban el derecho de recopilarlas. El pensamiento humanístico del siglo XVI abogó por un coleccionismo a la medida del individuo, que abarcara la mayor cantidad de materiales chocantes, valiosos y anómalos en el espacio reducido de la *Wunderkammer,* el gabinete de curiosidades o de maravillas. En el siglo XVI se concibieron a modo de sedes de experimentación y de divulgación del saber, todavía no a la manera de los museos posteriores –en algún caso también contemporáneos– instituidos a fin de saborear tesoros y obras de arte, sino como manifestaciones microscópicas del mundo conocido. Minerales, fósiles, especies vegetales, artefactos científicos y piezas arqueológicas y etnográficas se daban cita en estas cámaras sapientes, en las que a las excelencias de la creación congregadas se confrontaba siempre el poder humano de transformarlas. En 1565, el doctor belga Samuel von Quicchelberg teorizó que el gabinete ideal habría de contener *artificiosa* o *artificialia* (elementos de fabricación humana, tales como estatuas, monedas, cuadros, artesanías), *naturalia* (especímenes de los tres reinos de la naturaleza) e *instrumenta* (apartado que incluía no sólo maquinaria sino instrumentos musicales, artilugios médicos, utensilios agrícolas...). Cualquiera de ellos podían ser *exotica,* en esencia, extraeuropeos. En las *Wunderkammer* se esperaba que el visitante accediese a un conjunto de parcelas del entendimiento universal y que se extasiara ante esta enciclopedia visual. A finales del siglo XVI, del techo del gabinete napolitano de Ferrante Imperato, experto en fósiles y en botánica, colgaban decenas de criaturas marinas, y un impresionante cocodrilo disecado daba la bienvenida al atónito espectador, efecto imitado por las *naturalia* que Ole Worm ordenó en su museo privado de Copenhague.



IMPERATO, Ferrante. «Cámara de las Maravillas». Recogida en *Dell'Historia Naturale* (1599). Palazzo Gravina, Nápoles. Este palacio, en el que se hallaba instalada, se convirtió en una meta imprescindible para los apasionados por los fósiles a comienzos del siglo XVII.

No es de extrañar que uno de los hitos que marcaron el principio de la Edad Moderna fuese el encuentro entre Occidente y el continente americano en 1492. Estos camarines de maravillas se fraguaban en una Europa que averiguaba que otras culturas, otras vidas, otros valores, remotos en el espacio y en el tiempo, cohabitaban en un mundo paulatinamente menos estrecho. Las investigaciones etnográficas durante el Renacimiento estuvieron al orden del día, y ciertamente allanaron el camino al desarrollo de métodos arqueológicos. Los objetos exóticos provenientes de la otra orilla del Atlántico anidaron en las *Wunderkammer,* superada la curiosidad inicial, para explicar la civilización del Nuevo Mundo. ¿Quiénes eran esos indígenas? ¿Descendientes de otro Adán o los residuos de una migración pretérita desde, tal vez, la Atlántida o del Viejo Mundo? Todo apuntaba a lo segundo, a colonos fenicios, egipcios, escitas, romanos o judíos (los restos de las diez tribus perdidas de Israel, tesis que aún defienden los mormones). Así que los gabinetes ofrecían la cultura material que, cotejada con la de los pueblos conocidos, desvelara la clave de los orígenes de las civilizaciones aborígenes, su historia, su religión, su sociedad. Un efímero museo de la Universidad Complutense alojaba piezas precolombinas en tiempos del cardenal Cisneros. *Exotica* americanas, mexicanas y brasileñas se exhibían en las estanterías del museo boloñés del marqués Ferdinando

Cospi (1606-1686), junto a *artificiosa* y *naturalia,* urnas etruscas, candelabros, armas, fósiles, corales, conchas marinas, momias e ídolos egipcios... Cualquier elemento que se diferenciara de las antigüedades clásicas se amontonaba junto a las muestras de Egipto, ya que los estudiosos buscaban un punto de conexión entre los jeroglíficos del país del Nilo y la escritura azteca.

Las cámaras de las maravillas, típicas de la edad Barroca, se eclipsaron con las luces de la Ilustración. Pero desde antes, en Italia, la tendencia del coleccionismo apuntaba hacia una manifestación bien distinta del sentido de desplegar escénicamente las antigüedades. Cada fragmento, busto y escultura portaba reminiscencias ideológicas de lo que cultural y políticamente había significado la romanidad hacía más de mil años. En esa época, a Roma ya se la creía una ciudad superpoblada en paridad de hombres y de estatuas de mármol; hacía siglos que la existencia de aquellos se había sesgado, pero las obras de arte permanecían al alcance de quienes se apoderaran de ellas, y su posesión significaba una fuente inagotable de orgullo y de prestigio y un indicador del ascendiente social del propietario. No escaseaban las dinastías que incluso se jactaban de ser descendientes de ilustres *gentes* del patriciado romano, como los Santacroce del cónsul Valerio Poplicola o los Porcari de Marco Porcio Catón, especializándose en recopilar bustos y epígrafes afines a esta reivindicación. Por ello, uno más de los mecanismos de autopromoción ejercido por los pontífices, sus cardenales y sus familias, amén del de mecenazgo, fue el de monopolizar las obras llamativas del mercado de adquisiciones artísticas, conque junto a los linajes aristocráticos impusieron el gusto de especializarse en sumar tallas escultóricas con las que adornar sus palacios urbanos y los jardines de sus villas suburbanas, a imitación de las casas de recreo de los antiguos *domini*. Un escaparate de lujo enseñado al vulgo y a los pares esclarecidos. Los dibujos del *Quattrocento* y de las primeras décadas del *Cinquecento* muestran que los patios de las residencias señoriales abundaban en altares, estatuas mutiladas, torsos y cabezas yacientes en el suelo, bajo arcadas y escaleras o a la intemperie, con fragmentos de sarcófagos y de relieves encajados en los muros, sin orden ni concierto, ni programas figurativos, sencillamente acumulados como ídolos fantasmagóricos. Ni siquiera los papas tenían en mente un sistema expositivo claro en la colección pública, la más antigua del mundo, que se «devolvió» al pueblo romano en 1471, umbral de los futuros Musei Capitolini. Pero Sixto IV sí era consciente de su valor emblemático e histórico, cuando reunió ese conjunto de insignes imágenes heredadas del pasado en el Palazzo dei Conservatori, ubicado en el Campidoglio: bronces procedentes del palacio lateranense; la *Loba capitolina* (con el añadido renacentista de los pequeños Rómulo y Remo), cuya autoría etrusca trata de ser desbancada por los partidarios de una datación medieval; el *Espinario* o niño que se quita una espina; el *Hércules* broncíneo y la cabeza colosal y los miembros de *Constantino,* adjudicados a Domiciano y a Cómodo. El Campidoglio, el venerable monte del Capitolio, centro gubernativo de la Roma renacentista, acogía así los nuevos símbolos de la autoridad y de la soberanía papal. La loba, madre mítica de los romanos, desbancaba al viejo león medieval como enseña de la ciudad y enseñaba los dientes por toda Italia, dado que Sixto IV se mostró militarmente muy activo y combatió contra Florencia y Ferrara, además de urdir complots en otros estados. Su sobrino, Julio II (su pontificado duró diez años, de 1503 a 1513), percibió su belicosidad y sus cualidades de mecenas: a él se le debe la edificación de la basílica de San Pedro y la decoración de la Capilla Sixtina. En 1503 ordenó a Bramante incorporar arquitectónicamente al Vaticano una villa ajardinada, adquirida en tiempos de Inocencio VIII, conocida como el Belvedere. El patio de este ala anexa se diseñó a modo de un jardín de naranjos, regado por fuentes (las estatuas de los ríos Tíber y Nilo cumplían dicha

función), en cuyo ambiente refrescante y aromatizado se podía gozar de la contemplación de los mármoles dispuestos en sus nichos: el *Apolo,* el *Torso* de dimensiones colosales, la *Venus Felix,* la *Cleopatra* y el *Antinoo* (en realidad, una *Ariadna dormida* y un *Mercurio* respectivamente) o el *Laocoonte*. La belleza de estas obras hizo del Belvedere un referente de la perfección estética de la Antigüedad clásica a escala mundial, divulgada a través de centenares de dibujos y de grabados, y supuso un aliciente más para que artistas, anticuarios y viajeros se desplazaran hasta la Ciudad Eterna. Ya sólo por el *Laocoonte,* figuración del malhadado sacerdote que había avisado a los troyanos de no aceptar la ofrenda aquea del caballo dentro de los muros de la urbe, Julio II tuvo que superar en una puja sin igual la fuerte competencia de los embajadores extranjeros y de los príncipes italianos. El apetito que todos tenían de poseerla abrumó hasta tal punto a su propietario que la apostó junto a su lecho para tenerla vigilada hasta en las horas nocturnas.

Los soberanos europeos, a falta de la riqueza de tallas originales de la que disfrutaban los italianos, se contentaron con importar copias, vaciados en yeso y en bronce, que irradiaran la esplendidez de la teatralidad antigua en sus Cortes. Antes de que lo destronaran, Carlos I de Inglaterra llevó a Londres reproducciones del *Espinario,* el *Gladiador* Borghese, la *Cleopatra* o la *Venus* de Medici. Nicolass Poussin ejerció de agente en Roma a cuenta de Luis XIII de Francia, para quien ayudó a vaciar calcos de la *Flora* y el *Hércules* Farnesio, proyecto que el fallecimiento del monarca paralizó, aunque Versalles y las galerías del Louvre contaban ya con copias realizadas con anterioridad. La remodelación del alcázar de Madrid, sede regia de la capital, también movió a Felipe IV a enviar a Italia a su pintor de cámara, Diego de Silva y Velázquez, en 1650, para gestionar la obtención de réplicas broncíneas y de escayola con las que adornar sus salones: el genio sevillano seleccionaría alrededor de treinta y cinco obras de al menos siete colecciones incluidas la Borghese, la Ludovisi, la Montalto, la Farnese y las pontificias. Cuando se recibieron en el palacio madrileño, se colocaron en razón de su tamaño y de sus características formales con la intencionalidad de provocar un llamativo efecto estético, pero sin que por esto implicara un lenguaje iconográfico definido, ni siquiera de índole político, cronológico o temático. Idéntica desatención programática se percibía en la práctica totalidad de las colecciones italianas y europeas. Las salas recibían el nombre de la obra principal que hospedaban –a menudo falseado por el exceso de celo restaurador–, y así se anegaban en el anonimato de su descontextualización artística y arqueológica. Habría que esperar hasta el siglo XVIII a fin de que Winckelmann pusiera orden en la espesura de este ingente fichero moldeado en piedra, que reposaba en museos y caserones como un testigo mudo de los días antiguos.

EL RETORNO A GRECIA Y AL MEDITERRÁNEO ORIENTAL: VIAJES, DOCUMENTACIÓN Y COLECCIONISMO

En cierto modo, el Renacimiento italiano, además de una corriente cultural e intelectual, fue un movimiento de marcado nacionalismo. La mirada nostálgica que volvía hacia la Antigüedad propugnaba una grandeza imborrable de su pasado en la que la mayor parte de los estados, ducados y repúblicas podían contemplarse reflejados. Porque a diferencia que en la Edad Media, a los pensadores y a los políticos de la época humanista ya no les cabía duda acerca de la distancia histórica que los separaba de esos venerados tiempos antiguos: la civilización romana había desaparecido para siempre –hecho que reavivaba todavía más ese deseo de desvelar de nuevo sus secretos–, y los modernos italianos debían asumir la tarea de investigarla, de rescatar su memoria. Así que la fuente de inspiración del arte y de las letras renacentistas fue casi en exclusiva la antigua Roma, el germen primigenio del cual brotaban las raíces de la identidad cultural de la península italiana, puesto que Grecia siempre jugó un papel relativamente secundario en este proceso. El desapego de Occidente hacia la civilización helena se fundamentaba en una prolongada incomprensión religiosa y una singular hostilidad política: en el año 1054 se produjo el Gran Cisma de la Cristiandad (a partir de la mutua excomunión entre el pontífice y el patriarca de Constantinopla), y en el 1204 la Cuarta Cruzada señaló la fragmentación de los territorios egeos del Imperio bizantino en diferentes reinos latinos. Algunos, como el Reino de Tesalónica o el Imperio latino de Constantinopla, desaparecieron a lo largo de ese mismo siglo; otros, como el ducado de Atenas y el principado de Acaya, perduraron más de doscientos cincuenta años. La República de Venecia mantuvo posesiones griegas hasta el siglo XVIII, y así se aseguró su rol de intermediario comercial con el Oriente mediterráneo. Con todo, siete centurias de unidad durante el dominio romano de la cuenca mediterránea, una religiosidad compartida y la memoria de un pueblo que había dotado a Occidente de su ciencia, su filosofía o su arte no habían caído en el olvido. Bajo la égida de Bizancio y del Imperio otomano, Atenas se había convertido en una oscura y remota localidad de provincia, pero la llama de la polis de Pericles y de las escuelas filosóficas alumbraba aún los espíritus eruditos de los estudiosos del clasicismo. En Florencia, Cosimo de Medici no sólo atrajo a doctos maestros de griego y acopió manuscritos escritos en dicha lengua en el Palazzo Medici, sino que incluso patrocinó en 1462 la fundación de una academia, a semejanza de la platónica, en la cual el estrecho círculo de sus miembros (citaré a Pico della Mirandola y a Leon Battista Alberti) debatía sobre literatura, historia y pensamiento helenos, obteniendo para la ciudad del Arno el título de la Nueva Atenas. Antes de la caída de Constantinopla en poder de las tropas de Mehmed II, algunos aventureros y anticuarios italianos interesados en el legado del mundo clásico superaron la barrera de la indagación, sea en los textos grecorromanos o en las ruinas patrias, y se embarcaron en búsqueda de las antigüedades helenas. El primer intento de elaborar una cartografía histórica del Egeo se produjo de la mano de los viajes del monje florentino Cristoforo Buondelmonti (1386-1430). De su estancia en Rodas (1414-1422) y de sus largos periplos por las islas griegas, así como por las costas helenas y jónicas, se publicaron dos obras, una descripción de Creta y el más importante *Liber insularum Archipielagi* (1420). Este «isolario» recogía las investigaciones que desarrolló durante años: cada isla aparecía representada gráficamente (incluido un detallado plano

de la capital bizantina) junto a un escrupuloso relato de sus enclaves, fortificaciones, puertos, castillos, orografía, vegetación e historia. El conocimiento de la geografía marítima del Mediterráneo no resultaba un asunto baladí en una época en la que las potencias en expansión política y comercial se disputaban los mercados de Oriente, de ahí que numerosas copias de los escritos miniados de Buondelmonti circularan por Europa en los siglos XV y XVI. Así que a la par que cartógrafo e historiador, al monje italiano no hubieron de resultarle ajenas las habituales labores de espionaje adscritas a los navegantes y mercaderes del momento. Esta faceta la compartía su compatriota Ciriaco de Pizzicolli (1391-1455), comerciante natural de Ancona, seducido desde su niñez por las veleidades anticuarias, las cuales, sin embargo, determinaron buena parte de su devenir profesional y de sus desplazamientos por Grecia, Asia Menor, Egipto y Siria a lo largo de casi cuarenta años. Durante el pontificado de Eugenio IV (1431-1447) corrían voces de que el santo padre declararía la cruzada, así que el de Ancona asumió paralelamente el papel de informante de la realidad político-social y militar de las regiones que atravesaba. El empeño de Ciriaco de Ancona se acerca a la periégesis de Pausanias: consciente de que a diario los vestigios del pasado caían en ruinas a causa de la incuria de sus contemporáneos y del inexorable transcurso del tiempo, consideró su deber conservar su memoria visitando las pretéritas regiones del mundo a fin de buscar en ellas sus monumentos arcaicos. Desde su punto de vista, estos ofrecían el testimonio más fiable de que de los tiempos remotos se pudiera obtener, al contrario que la información textual, pensamiento del que derivó una ingente copia de inscripciones –muchas en el santuario de Delfos, o en Delos, aunque en ocasiones deficientemente copiadas–, medición de edificaciones –entre ellas, el Templo de Adriano de Cícico (Misia)–, reprodujo cuantiosos restos después desaparecidos o no explorados hasta siglos más tarde (un desprendimiento de rocas cubrió el Teatro de Delfos después de que Ciriaco lo contemplara, ocultándolo hasta el siglo XIX). si bien no estimó contradictorio el hacer pasar algunos epígrafes consignados en las fuentes como fragmentos realmente rescatados por él. La epigrafía no fue su fuerte, porque el latín y el griego los aprendió de adulto. Por desgracia, su colección de apuntes, acopiados bajo el nombre de *Comentarios,* se perdió ya en el Renacimiento, en el incendio de la biblioteca de Pésaro. Hoy subsisten apenas unos pocos fragmentos, y del mismo modo, sus dibujos nos han llegado incompletos. Su misión, argumentaba, residía en «despertar a los muertos», y desde luego su condición de mercader le permitió desplegar su talento de taumaturgo arqueológico, porque gracias a su profesión gozó de la fortuna de navegar por mares peligrosos, de inspeccionar urbes otomanas y de reconocer yacimientos citados en los autores antiguos, como Plinio y Estrabón, cuyos libros portaba perennemente en sus alforjas. El agonizante imperio de los emperadores Paleólogos otorgaba un buen laboratorio donde abordar amplios trabajos de campo. Asimismo, el intercambio de porcelanas, sedas, gemas y otros productos exóticos le puso en contacto con los jerarcas de la administración turca, a la que intentó aleccionar en materia patrimonial: en Bursa, sorprendido de la cantidad de material edilicio reutilizado de la vieja ciudad (la griega Prusa), así como de la cercana Cícico, rogó con vehemencia al gobernador local que detuviera la demolición de monumentos con esos fines.

Agotaríamos muchas páginas aludiendo a las ciudades con reminiscencias clásicas en las que Ciriaco de Ancona recaló: Bizancio (meta de uno de sus viajes iniciales en 1418), Rodas, Damasco, Alejandría, Beirut, Delfos, Tebas, Eleusis, Esparta, Corinto, Delos y, por supuesto, Roma. Pero Atenas, corazón del clasicismo pericleo, colmó las expectativas de su apasionada contemplación de antigüedades. En 1436 había llegado a la ciudad de Teseo en un itinerario griego que pretendía medir

los ánimos de los oriundos respecto a la guerra contra el Turco, pero enseguida la Acrópolis y el resto de monumentos captaron toda su atención. Le deslumbraron el mármol de sus murallas, los templos, las casas y las estatuas paganas, de una belleza sin paragón, reducidas a veces a un amasijo de escombros. Plasmó en sus cuadernos el Partenón, convertido en la iglesia de Nuestra Señora de Atenas, cuyos frontones se leían en clave bíblica, y le dio nombre a la célebre Torre de los Vientos, el Horologium sito en el Ágora romana. De creer los últimos relatos de su biografía, habría asistido en primera persona al ocaso del Imperio bizantino, dado que, convertido en secretario de Mehmed II, se dice que durante el asedio de Constantinopla le leía al sultán pasajes de Herodoto y de Tito Livio mientras las máquinas de asalto se aprestaban a demoler los muros de la ciudad. Los turcos otomanos legitimaban su acción proyectándola como la venganza moderna a la violenta caída de Troya en manos de los aqueos.

En época de Ciriaco de Ancona, muy pocos se aventuraban a extraer mármoles de suelo heleno. En Italia residía la principal cantera de material estatuario, las rutas griegas carecían de seguridad y existía un inmenso desconocimiento en lo concerniente a su arte. La desaparición de Bizancio restringió los viajes de europeos en la zona, pero no perpetuamente, pues las misiones católicas y las peregrinaciones a Tierra Santa atravesaron el Imperio otomano rumbo a Levante, y en el siglo XVII se retomaron las relaciones diplomáticas. Entre la nobleza de Europa, como apuntamos, crecía entonces la moda de formar colecciones de escultura clásica que adornasen palacios y jardines, y precisamente los encargados de las legaciones facilitaron a partir de entonces el trasiego de infinidad de mármoles. Este uso, que en el siglo XIX se mantendría vívido, inauguraba la competición entre los reinos por apoderarse de las mejores antigüedades. Almirantes, agentes y embajadores destacados en provincias otomanas surtieron a aristócratas británicos, como al duque de Buckingham, al conde de Pembroke o al propio monarca Carlos I. Después de un fallido envío inicial que terminó en el fondo del mar, un entero cargamento de doscientas cincuenta inscripciones griegas, treinta y siete estatuas, veintiocho bustos, además de diversos sarcófagos, altares (incluida una serie de relieves de la gigantomaquia del altar de Pérgamo), etc., embarcó en Esmirna dirigido a Thomas Howard, conde de Arundel (1585-1646). El aristócrata personificó el arquetipo de coleccionista de la edad barroca, poco escrupuloso, ávido del mero objeto, al que no rodeó de ningún tipo de discurso científico.



MYTENS, Daniel. *La galería de esculturas de lord Arundel* (h. 1618). The National Portrait Gallery, Londres. Buena parte de su colección pictórica y escultórica la recopiló lord Arundel en Italia. Murió en Padua, en 1646, rodeado de sus obras de arte.

En esta fase de emergente filohelenismo, el embajador de Luis XIV ante la Sublime Puerta y en Atenas, el marqués de Nointel (1635-1685), compartió la codicia de los anteriores al apropiarse de bajorrelieves, monedas, inscripciones y de una treintena de mármoles en sus viajes de inspección de los centros de religiosos bajo patronazgo francés. Nointel se encontraba plenamente convencido de que las obras originales del arte griego debían incorporarse a las galerías artísticas del Rey Sol antes de que la ignorancia y la barbarie turca (quienes valoraban idólatras las imágenes paganas que tan explícitamente mostraban el cuerpo humano; de hecho al Partenón se lo denominaba el «santuario de los ídolos») acabaran con ellas. Por este motivo, y en eso significó un salto cualitativo respecto al mero coleccionismo abusivo, también se propuso documentar buena parte de esa herencia monumental amenazada de extinción: en sus diez años de legado (1670-1679) amparó el trazado de un detallado mapa topográfico de Atenas, la redacción de una guía arqueológica de la ciudad, firmada por el jesuita Jean-Paul Babin, y comisionó al pintor Jacques Carrey la copia de las decenas de figuras que ornaban los frontones, las metopas y los frisos del Partenón.

Hoy sus diseños resultan esenciales para el conocimiento del aparato escultórico del templo, el cual sufrió el duro bombardeo de la armada veneciana durante el asalto a la capital ática en 1687. En septiembre de ese año, los proyectiles de los asediadores provocaron que el antiguo recinto de culto de la Atenea Partenos, en el que los otomanos habían instalado un polvorín, estallase por los aires. No hay que desestimar tampoco la relevancia de sus consejos en los planes de dos expedicionarios, el médico Jacob Spon y el joven turista del Grand Tour George Wheler. Ambos coincidían con Nointel en la superioridad cultural de Grecia sobre Roma y en la necesidad de revigorizar los estudios clásicos mediante la lectura de las «páginas de piedra y mármol», es decir, de los restos materiales del pasado, y no sólo a través de los análisis filológicos. Paso a paso, los volúmenes de Pausanias encaminaron a los dos expedicionarios hasta los vestigios de la Hélade que pretendían identificar, describir y plasmar, de ahí que su método se defina más de arqueográfico que de arqueológico, no del todo exento de errores (a menudo se recuerda su atribución de los relieves de Fidias a época adrianea). Así, la publicación del *Voyage d'Italie, de Dalmatie, de Grèce et du Levant* (1679) supuso un antes y un después en la literatura moderna de intencionalidad arqueologizante, un volumen imprescindible para quienes desearan lanzarse a la exploración del país heleno.

EL PERIPLO A ORIENTE DE PIETRO DELLA VALLE

Si en el siglo XVII se buscaban los pilares de la cultura europea en la antigua Grecia, todavía quedaba lejos el despertar de una fascinación similar por los parajes de la cuna de la civilización. En época moderna, el Próximo Oriente resultaba un lugar enormemente recóndito, hollado desde los siglos medievales por mercaderes, como el veneciano Marco Polo, al servicio del emperador chino Kubilai Khan a finales del siglo XIV, o diplomáticos, como el caballero madrileño Ruy González de Clavijo, enviado por Enrique III de Trastámara a la Corte del emperador de los mogoles, Tamerlán, en 1403. Las noticias transmitidas en sus escritos constituían relatos poco fidedignos en muchos aspectos, a causa de su notable contenido de elementos fantásticos, pero sí ayudaban a hacer más accesibles las rutas asiáticas para los futuros viajeros. Hasta el siglo XIX, con el auge del fenómeno orientalista, zonas de las actuales Turquía, Israel, Palestina, Siria, Jordania, Iraq e Irán resultarían hondamente desconocidas, tanto en su geográfica como en su historia y arqueología. Sin duda, la figura que ha merecido una mayor atención ha sido un noble oriundo de Roma, Pietro della Valle (1586-1652). Que fue un humanista atípico se colige de que su odisea asiática la desencadenó un desengaño amoroso, hacia 1614. Su consiguiente peregrinación a Tierra Santa derivó en un periplo que duró una década, período que lo llevó de Constantinopla a Egipto, de allí a Israel, Arabia, Persia y, como colofón, a la India, donde permaneció cerca de un año. En la tierra de los faraones no se limitó a describir las pirámides de Guiza y los edificios de alrededor, o a reunir especímenes de la fauna y la flora autóctonas, sino que en 1615 practicó excavaciones *amateurs* en un hipogeo de la localidad de Saqqara, fruto de las cuales fue el hallazgo de los sarcófagos decorados de una pareja de esposos, con sendas momias en su interior. El viajero italiano quiso admirar con sus propios ojos la estructura de la tumba, así que descendió con una soga atada a la cintura; y aún más, hastiado de las fábulas que le contaban los campesinos egipcios, decidió resquebrajar los cuerpos y rasgar los vendajes a fin de constatar la preservación de los huesos, la técnica de momificación y la presencia de idolillos u objetos de valor. Los retratos que portaban, del estilo de los de época romana de El Fayum, y los cuerpos de los difuntos se remitieron a Roma, donde fueron objeto de una extraordinaria atención, pero su rastro se perdió en el transcurso de los bombardeos aliados de Dresde, en cuyo museo se exponían. Sin embargo, su mención en estas líneas no se debe a esta primitiva operación arqueológica, sino a que a su regreso a Roma en 1625 introdujo en el Viejo Continente, por vez primera, un conjunto de tablillas cuneiformes conseguidas en Ur y en un pequeño ensayo arqueológico en Babilonia, así como copias de distintas inscripciones de la capital aqueménida, Persépolis. Las consecuencias de esto no superan el grado de la simple curiosidad, puesto que Della Valle no avanzó en la intuición de que se tratara de los caracteres escritos de la antigua Mesopotamia.



Pietro della Valle examinando momias en Dashur, en *Viaggi di Pietro della Valle*, *il Pellegrino*, (1674). La necrópolis real de Dashur no sólo contenía algunas de las pirámides más espectaculares que se conocen (del s. XXVI a. C.), sino numerosos enterramientos de oficiales y funcionarios datados entre el 2700 y el 1700 a. C.

Esta revelación le correspondió al hidalgo don García de Silva y Figueroa (1550-1624), embajador extraordinario de Felipe III en la Corte del soberano Shah Abbas el Grande, quien en 1618, dirigiéndose hacia Isfahán, viró hacia las ruinas de Chilminara, que al igual que el italiano atribuyó correctamente a Persépolis. Allí efectuó minuciosos exámenes de los vestigios existentes, que incluyeron la toma de datos *in situ,* la medida de los restos, el análisis de los materiales de construcción o la reproducción de inscripciones y de los bajorrelieves por un pintor de su séquito, todo ello contrastado con la lectura de las fuentes. Don García era un hombre dotado de gran perspicacia, gracias a la cual la segunda peculiaridad de su paso por Persépolis consistió en que asimiló el cuneiforme a una forma de escritura (era un debate que todavía alimentaba algunos humanistas de entonces), desestimando que los signos en cuestión fueran tan sólo una ornamentación palaciega.

La arqueología de la Ilustración

LA EUROPA DE LOS ANTICUARIOS

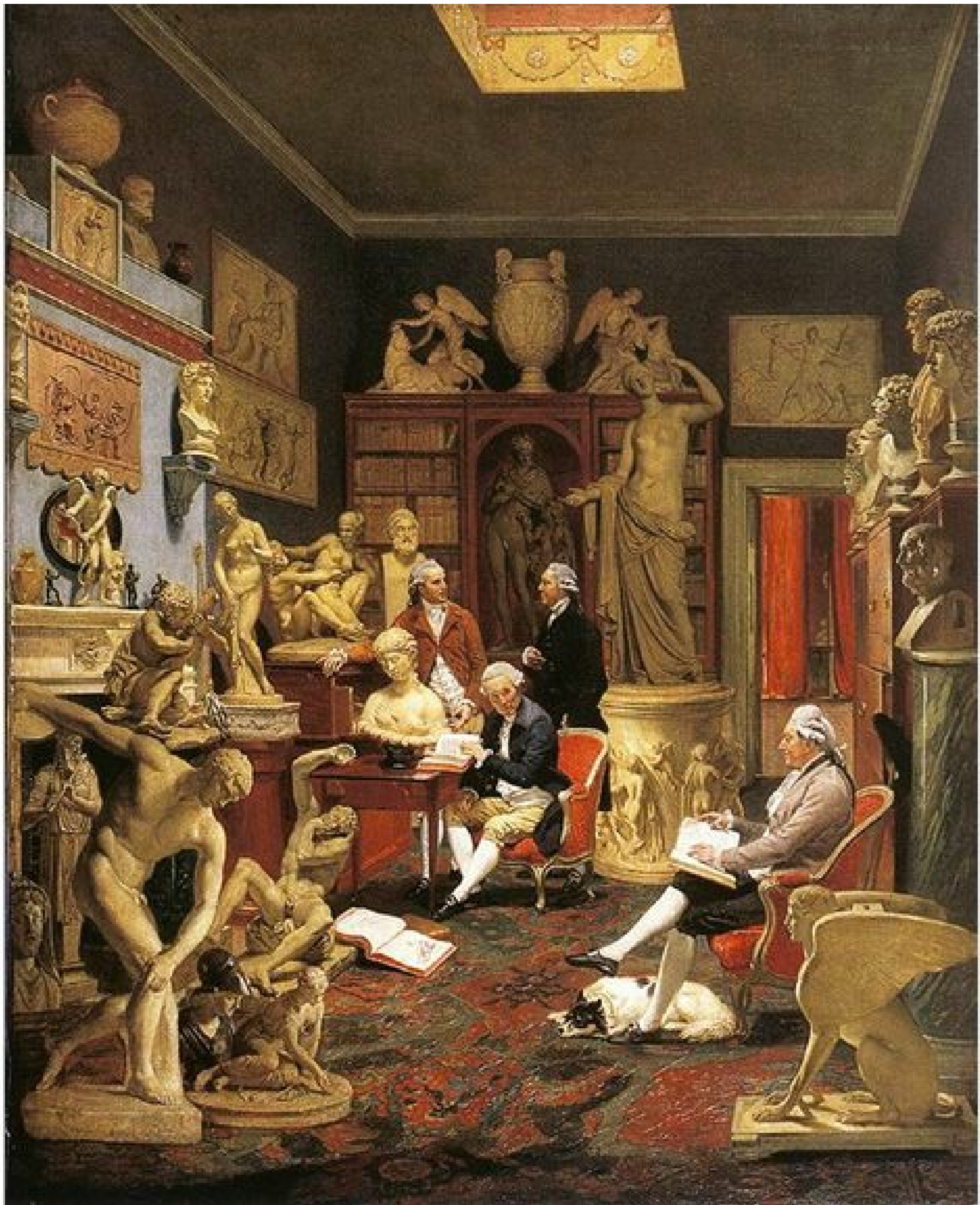
Sin las ideas de progreso que abanderaron la Ilustración, no se entiende el avance de la arqueología hacia su consolidación entre las ciencias modernas. El siglo XVIII, en su voluntad de extinguir el oscurantismo en el pensamiento y en el comportamiento humanos, en su persecución del desarrollo cultural, económico y social de las naciones, cultivó cada una de las ramas del saber, un saber elevado a derecho fundamental del hombre, dotó de instrumentos de conocimiento a los pueblos –por ejemplo, de la *Enciclopedia*– e institucionalizó los organismos que, bajo la protección de la Corona, debían de dirigir a la prosperidad común. El factor de concienciación de las monarquías y de las élites resultó fundamental para que las investigaciones en el campo de las artes, de las ciencias o de las letras recibieran un patrocinio estatal, de manera que los soberanos se presentaban ante sus súbditos como los adalides de expediciones geográficas, de invenciones mecánicas, de viajes de estudio, del mecenazgo artístico o de una legislación justa en materia cultural y patrimonial. Los parabienes de la razón prendieron en el conjunto de Europa e incluso atravesaron el Atlántico, gracias a la facilidad en cruzar fronteras, al cosmopolitismo de las Cortes, a la globalización de los medios de comunicación, escritos u orales (gacetas, publicaciones, salones eruditos, sociedades), y al academicismo pedagógico. El erudito se distanció de la encarnación del individuo aislado entre sus polvorientos libros; desde su gabinete, laboratorio o biblioteca se abría una ventana a un activo mundo de relaciones por correspondencia, de intercambio de impresiones, de alumbramiento misceláneo de manuscritos, de dialéctica científica, al que el anticuariado no fue ajeno. Los intelectuales del Renacimiento no habían constituido una clase particular ligada a la disciplina anticuaria; observaban con el mismo interés que a la pieza arqueológica un experimento físico o la pintura de una Madonna, y sus facultades se diversificaban en especialidades tan dispares como la anatomía, las matemáticas, la astronomía o la química. La ciencia anticuaria dieciochesca, por mucho que apenas se profesionalizase y diera rienda suelta a que abogados, doctores, militares, aristócratas, arquitectos, diplomáticos, clérigos, profesores o artistas satisficiesen sus ínfulas coleccionistas o sus inquietudes históricas, sí promovió un sentimiento de pertenencia a un círculo restringido aprestado al estudio de la Antigüedad. La identidad privativa de los aficionados a la arqueología y a las obras artísticas del mundo clásico se acentuó desde los primeros momentos de siglo por mor del

florecimiento de las sociedades ilustradas en las que se congregaron, tan en boga por entonces en cualquier campo del conocimiento.

En un orden cronológico, la francesa Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres inauguró el siglo con su fundación en 1701; a esta la siguieron la Society of Antiquaries de Londres (1707), la Accademia Etrusca di Cortona (1727), la Society of Dilettanti (1732), la Real Academia de la Historia (1738), la Pontifica Accademia Romana di Archeologia (1740) o la Accademia Ercolanese (1755), entre otras. Sus miembros, correspondientes u honorarios –también los había extranjeros–, se reunían en sesiones donde se daba lectura de óperas primas de temática anticuaria, se planificaban nuevos proyectos editoriales y viajes de indagación arqueológica, se leían los informes de exploraciones de campo y de los monumentos recién descubiertos... El foco de interés académico primordial residía en las civilizaciones mediterráneas. Los viajes guiados por un ánimo artístico y arqueológico no llegaron a Grecia y al Próximo Oriente hasta mediados del siglo XVIII, así que en Italia se afincó el laboratorio de experimentación anticuaria y de las formulaciones teóricas europeas. La Society of Dilettanti, según se explicará en el capítulo 4, propició ese fundamental salto al Egeo al subvencionar las expediciones de arquitectos británicos a Atenas o a la costa jónica, poniendo un grano de arena de repercusiones todavía infravaloradas en el desarrollo de la arqueología.

La condición para inscribirse en esta agrupación de caballeros de noble cuna radicaba en haber efectuado el Grand Tour europeo –los contemporáneos aseguraban que tampoco se despreciaba la cualidad de ingerir grandes dosis de alcohol–, por lo que, en principio, el sentido de asociarse pasaba por introducir en el país la cultura clásica que espoleaba a viajar, a través de su cultura material y de sus principios. «To Grecian Taste and Roman Gusto» se generalizó como el brindis más común en sus reuniones, palabras que resumen bien sus objetivos: la publicación de los resultados de sus misiones en las regiones donde afloró el clasicismo, el apoyo a las nacientes instituciones arqueológicas (el Museo Británico) y la transmisión del estilo neoclásico en Inglaterra, un homenaje a la noble belleza del pasado al que veneraban. Los *dilettanti* llevarían a la práctica ese goce estético de la Antigüedad desplegando impresionantes colecciones escultóricas adquiridas en Italia, las cuales no faltaban en sus casas de campo.

Los *antiquaries* de Londres también acumulaban en su sede retratos, pinturas, libros, manuscritos, diseños, grabados y piezas antiguas de pequeñas dimensiones que los miembros habían ido aportando y querían tener a mano en sus elucubraciones. En España, la Real Academia de la Historia contaba con un Gabinete de Antigüedades del que se encargaba desde 1763 un responsable nombrado a perpetuidad, el «Anticuario», formado principalmente por miles de monedas y de medallas, aunque asimismo de inscripciones, que en 1803 trataron de organizarse infructuosamente en la colección litológica. Los repertorios arqueológicos ligados a las sociedades y a las entidades científicas no tenían por qué limitarse a la exhibición de las esculturas de bulto redondo, a la pieza espectacular en mármol que el aristócrata de turno enseñaba orgulloso a sus convidados. Así lo demuestra el nacimiento del Museo Británico en su vieja sede de Montagu House, cuyos fondos, en 1759, lo componían libros impresos, manuscritos y unos pocos artefactos y especímenes naturales, a los que se añadieron en 1772 los lotes de vasos griegos adquiridos al embajador británico en Nápoles, *sir* William Hamilton. Hasta 1808 no ingresó un conjunto de escultura clásica, el perteneciente al aristócrata recién fallecido Charles Townley, cuya residencia de Park Street se adornaba con los preciosos *souvenirs* de sus escapadas a Roma, a la Campania y a Sicilia.



ZOFFANY, Johan. *La galería escultórica de Charles Townley en Park Street* (1782). Art Gallery and Museum, Burnley (Reino Unido). Muchas de las estatuas de la colección son perfectamente reconocibles, como el *Discóbolo* de Mirón o la *Jugadora de tabas*. En 1805, la colección pasó a englobar los fondos del Museo Británico de Londres.

El siglo XVIII supuso un paso más hacia la superación de la obra artística entendida sólo en su singularidad estética (visión que persistiría en la arqueología hasta al menos el siglo XX), reconociéndole la faceta de documento histórico. De la misma manera, cualquier evidencia de la cultura material se apreció por su significancia independientemente a su belleza o a su valor pecuniario: hasta el más nimio de los objetos antiguos le servía al anticuario a fin de asimilar la vida

cotidiana, los ritos sagrados, la tecnología o el comercio de la Antigüedad, temáticas que preocupaban en esa renovada mentalidad enciclopedista. La revelación de los *instrumenta domestica* en las excavaciones de Pompeya y de Herculano reafirmaría esta tendencia a partir de la mitad de siglo. Es por eso que el sector anticuario se puso al frente de la organización de los museos –así como de la redacción de sus catálogos– con criterios innovadores, los cuales ya acataban un orden geográfico y cronológico cuando Winckelmann aún andaba en pañales. *L'Antiquité expliquée en figures* del monje benedictino Bernard de Montfaucon (1655-1741) se imprimió en diez volúmenes, con cinco de suplemento, entre 1719 y 1724. A la vuelta de un periplo de tres años por Italia, Montfaucon había acumulado tal cantidad de apuntes y de dibujos que, ampliando la documentación gráfica en Francia, decidió reproducir diferentes aspectos globales del pasado, sus dioses, mitos, sacerdocios, cultos y ceremoniales, las instituciones y estructuras de la vida pública y privada (que contenía desde la guerra, la ingeniería y la navegación a las vestiduras y los recipientes que empleaban) y, finalmente, las costumbres funerarias y la arquitectura conectada a ellas. De los antiguos romanos, sí, pero sin desatender en absoluto a las civilizaciones egipcia y cartaginesa o a los pueblos germanos y galos. Como buen filólogo, de las ilustraciones no se separaban las correspondientes noticias redactadas a partir de las fuentes, que daban sentido al grabado; en la perspectiva dieciochesca en esto estribaba la arqueología, pero al menos su interés no privilegiaba el monumento individual, sino lo que las piezas coleccionadas (porque obviamente las antigüedades explicadas se localizaban en los gabinetes europeos) le susurraban al historiador respecto a personas que murieron hacía centurias. Tanto el conde de Caylus como Winckelmann ambicionaron ponerle remedio a ese problema de la descontextualización, del objeto que exhibido en una galería se había distanciado de su adscripción cronológica, geográfica y cultural, y fueron los autores de dos excelentes tratados anticuarios.

Anne-Claude-Philippe de Tubières-Grimoard, conde de Caylus (1692-1765), perteneció a una generación posterior a la de Montfaucon. Nacido de sangre azul, en una familia del alto estamento militar, fue miembro de la Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres (1742) y recibió la instrucción del Grand Tour, el cual prorrogó con un viaje a Grecia y Asia Menor en 1716. De su carácter picaresco se suele mentar su descubrimiento para la investigación ilustrada de las ruinas clásicas de Colofón: dado que la región sufría las correrías del bandido turco Caracayali, el aristócrata parisino, vestido pobremente, contrató de guías a dos de sus secuaces, servicios que únicamente se reembolsarían si llegaba a salvo a la ciudad de Éfeso. El lance le resultó tan burlesco al cabecilla de los malhechores que con placer le encaminó a los vestigios de Colofón, al norte de aquella. El apartamento de las Tullerías de Caylus guardaba el aspecto de un museo con objetos que sus agentes le remitían incluso de Siria: si en la entrada recibían las estatuas del país de los faraones, la escalera se encontraba tapizada de medallones y curiosidades de China y América; el gabinete de antigüedades lo invadían epígrafes, cerámicas, *instrumenta,* vasos de cristal, monedas, figuras marmóreas y broncíneas y armas romanas (el 55 % del total), etruscas, griegas, galas y egipcias. Pero no coleccionó por vanidad, ni por la avidez de acumular artefactos maravillosos, sino con el propósito de estudiar y educar: su colección privada constituyó el núcleo documental de la obra *Recueil des antiquités égyptiennes, étrusques, grecques, romaines et gauloises,* que vio la luz en siete volúmenes entre 1752 y 1767. Con casi tres mil restos y monumentos, distribuidos en dos mil seiscientas páginas y en ochocientas veinte láminas, su recopilación divulgó la visión personal que tenía el conde de la historia del arte antiguo, de la didáctica apoyada en el mundo material y de las

cuestiones en las que un anticuario se debía detener a reflexionar. Trascendió a los escritos, porque además leía mal el latín y peor la lengua griega, con motivo de meditar en torno al objeto, el auténtico testimonio de las gentes del pasado, e incluso al fragmento nimio, que esclarecía una nebulosa histórica mejor que una escultura de Venus o de Apolo; no obstante esperaba que el artista también se prendara de arquetipos válidos en su aprendizaje. De hecho negaba que el suyo fuese un gabinete al uso, sino un curso de anticuariado, un laboratorio de análisis empírico de las pequeñas cosas.



VON MARON, Anton. *Johann Joachim Winckelmann* (1768). Castillo de Weimar, Alemania. Paradójicamente, Winckelmann, padre de los estudios sobre la Antigüedad y la estética clásica, sería asesinado por un criminal común que pretendía robarle unas cuantas medallas romanas.

Caylus aprendía sobre la marcha, dibujaba o delegaba la copia de las piezas desde varios puntos de vista, a fin de tenerlo catalogado y documentado íntegramente. Luego experimentaba con el

vestigio, se preguntaba sobre su estilo, su morfología y materia, la datación, los rudimentos tecnológicos con que se fabricó (por eso se preocupó por cómo y con qué herramientas se trabajaban los materiales), la función que tenía, lo comparaba con otros... Demostró así los beneficios de clasificar tecnológicamente los utensilios, porque al hacerlo se recolectaban pistas de naturaleza cultural y geográfica. No obstante, el método aún se hallaba lejos de demostrarse infalible, como cuando la sensatez lo obligaba a proponer en el arte de Egipto un *kouros* heleno tras su juicio estilístico. Aparte, al no ordenar esas distintas tipologías, tampoco dedujo un sistema válido de seriación, ni aprovechó la datación por cánones estilísticos. A la consecución de estos logros estaba destinado un hombre bien diferente.

EL INVENTOR DE LA HISTORIA DEL ARTE: JOHANN JOACHIM WINCKELMANN

Si la biografía del conde de Caylus retrata al señor de noble cuna que descendió al escrutinio del objeto humilde, la de Johann Joachim Winckelmann (1717-1768) expresa la del modesto hijo de un zapatero de Stendal (Brandeburgo) que teorizó sobre la belleza absoluta en el arte; la de un inteligente profesor de escuela rural investido en 1764 prefecto pontificio de antigüedades que se codeó con papas y cardenales y se permitió corregir los deslices de los anticuarios de fama, entre ellos el mencionado Caylus, «un hombre con el don de decir mucho de nada...». En 1755, al instalarse en Roma, Winckelmann rompió definitivamente la barrera del humanista de biblioteca que había construido en Prusia, sin contacto directo con la plástica de la estatuaria romana, para transformarse en el anticuario que, pertrechado de regla, de compás y cuaderno, sometía los restos grecorromanos a un reconocimiento *in vitro,* a una toma rigurosa de datos y de medidas, amén de a unas interpretaciones que a continuación discutía con artistas y doctos colegas. Luego llegaría la protección y sustento del cardenal Albani, cuya galería, situada en la villa homónima, estructuró –en ese momento– según grupos iconográficos o temáticos, en vez de por la sucesión de los estilos en el tiempo. Nombrado secretario del cardenal y su consejero a la hora de comprar antigüedades, dispuso de la libertad de lanzarse a sus investigaciones artísticas, sobre todo en relación con la escultura, que a la postre conocía de buena mano gracias a sus vagabundeos por las colecciones patricias de Roma; sin embargo, su producción intelectual, fecunda pese a la brevedad de su existencia, atañó igualmente a los templos de Paestum, la pintura muraria de los romanos, las ruinas y el arte de Pompeya y Herculano, así como cualquier otro argumento sobre el que giraron las cavilaciones académicas de la Ilustración internacional. Winckelmann hizo frente, según sus apologistas, a una opresiva selva de setenta mil mármoles que brotaba en la Ciudad Eterna. Aras, bajorrelieves, tallas, lápidas, bustos y sarcófagos se amalgamaban en un amasijo descontextualizado, bajo la etiqueta de «antiguo», sin que ningún sabio se hubiese detenido a compartimentar esa vaga definición ni a señalar qué era lo romano y en qué consistía lo griego. Tan sólo unas pocas inscripciones dedicatorias o algún afortunado cotejo con las fuentes aclaraban en qué época exacta se habían labrado.

Este panorama asistió a una revolución en 1764, con la impresión de *Geschichte der Kunst des Altertums (Historia del arte de la Antigüedad),* a partir de entonces, la biblia del enfoque científico en el campo del arte clásico. Su autor no reincidía en el simple relato de la vida de los artistas, sino que abordó la comprensión estilística de la obra por medio de su fisonomía externa, paso que le consentía archivarla dentro de su marco civilizatorio e histórico; en otras palabras, a vincularla a un período concreto. Presentar el objeto artístico como una buena credencial por la que identificar, a la par que explicar, una cultura determinada era un concepto de por sí revolucionario, rayano a lo que caracteriza a la arqueología. Y Winckelmann, además, lo insertó en un régimen casi filosófico, historiográfico, de orígenes, progresos y ocasos, que afectaba a la evolución temporal de los cuatro estilos antiguos que especificó: el estilo antiguo o arcaico, el sublime (la etapa áurea del siglo V a. C. ateniense, de Fidias y sus sucesores), el bello (representado por Praxíteles, y que se alargaba a la época helenística) y el de la decadencia, el romano. Una ojeada a esta segmentación revela el amor que sentía el anticuario alemán hacia las creaciones del mundo heleno en general, pero en particular hacia el ideal de la belleza clásica. A fin de formularlo, de puntualizar las causas de esa egregia

perfección, recurrió a las influencias externas de variado carácter a las que se veía sometida la representación artística y el genio humano, tales como el clima, la geografía, las creencias religiosas o todos aquellos aspectos vinculados a la sociedad, la política y la cultura.

Estos factores habían intervenido de manera positiva para hacer tanto del pueblo griego como de sus Nobles Artes los más insignes de la Antigüedad. Nunca, sin embargo, pisaría las costas bañadas por el mar Egeo. Se le ha bautizado como el padre de la arqueología, aunque tampoco realizó labores arqueológicas y su interés por la vida cotidiana de la Antigüedad parece bastante ínfimo. Las atribuciones de paternidad del Neoclasicismo y de la historia del arte quizá se ajusten mejor a su carrera: pero el anticuariado dieciochesco, al ser producto del interdisciplinar movimiento intelectual de las Luces, se equiparaba con ambos conceptos.

LA ITALIA DEL GRAND TOUR, DE LAS EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS Y DEL COLECCIONISMO DE ANTIGÜEDADES

Centenares de volúmenes encerraban el saber acaudalado hasta el siglo XVIII en relación con los vestigios de Roma, pero, ya lo dijo Winckelmann, si no se visitaba Italia para rozar con los dedos su arte y su historia lo mismo le daba a uno disertar sobre el clasicismo en Siberia.

La Edad Media había dejado en la Ciudad Eterna la impronta de un intenso peregrinaje religioso, de riadas de fieles que se abatían sobre las basílicas, las iglesias y el Vaticano en los períodos de jubileo. El renacimiento cultural en la Italia del humanismo dio pie a un nuevo tipo de viaje, aquel impelido por el mito de Roma, un peregrinaje laico protagonizado por los cultores de la Antigüedad, por personajes resueltos a correr el velo de la quintaesencia del clasicismo delante de los monumentos y de los vestigios de glorias contadas por los autores grecorromanos. Muchos diarios, libros y cartas ponen color a este itinerario instructivo que transitaba la geografía italiana, y europea, de norte a sur, del que las plumas de Edward Gibbon, Laurence Sterne, Henry Swinburne, Goethe, Montesquieu, De Brosses, Stendhal y hasta el marqués de Sade han perpetuado su recuerdo. En ocasiones, las monarquías alentaban a sus artistas a que atravesaran las fronteras mediante subvenciones y fundando academias de bellas artes en la capital pontificia. Comerciantes, diplomáticos, clérigos, profesionales, nobles, literatos y eruditos (no olvidemos a los españoles Antonio Ponz, Manuel Martí, Pérez Bayer, los abates Juan Andrés y Viera y Clavijo, al XIV duque de Alba o al escritor Leandro Fernández de Moratín) se asentaron en la península italiana por uno u otro motivo, sin excluir los que conllevaban la didáctica de los restos del pasado, la redacción de corpus filológicos e históricos o la recopilación de manuscritos, monedas y demás antigüedades, ya fuera por cuenta propia o sufragados por sociedades económicas y humanísticas.

Pero el Grand Tour tradicional, que en castellano se traducía «correr cortes», se refiere al viaje educativo que durante uno o más años acometía la aristocracia europea, preferentemente norteña, por los estados que ofrecían bien innovaciones económicas, industriales y mercantiles, bien atracciones artísticas, arqueológicas y culturales (Alemania, Holanda, Suiza, Francia, Italia). El aprendizaje habitual en los países de partida se encauzaba hacia los autores clásicos, así que el objetivo primordial estribaba en conocer en profundidad la civilización mediterránea, las ciudades que atesoraban sus ruinas y los museos que exhibían sus obras. A nivel cuantitativo, los británicos superaron al resto de viajeros occidentales, y fueron quienes delinearon los trayectos que con frecuencia se seguían en los desplazamientos por Italia. Por mar se desembarcaba en Génova, Livorno o Civitavecchia, el puerto por excelencia de los Estados Pontificios. La visita estandarizada comprendía la misma Génova, Turín, Pisa, Florencia, Siena, Ferrara, Padua y Venecia, aunque las estancias prolongadas se realizaban en Roma y Nápoles. Avanzado el siglo, la exploración de los templos griegos de Paestum, o el cruce del estrecho de Mesina rumbo a Sicilia, amplió el itinerario hacia el Mediodía. A la capital campana le sobraban los atractivos paisajísticos y turísticos, mientras que las excavaciones de Herculano y de Pompeya colmaban las expectativas de cualquier apasionado de la romanidad. En la ciudad del Tíber, los jóvenes adinerados frecuentaban las galerías y monumentos, los talleres artísticos, se inscribían en academias o en cursos guiados de arquitectura antigua, efectuaban excursiones por la campiña circundante (repleta de espectáculos naturales y de

recuerdos arqueológicos, como por ejemplo los templos de Tívoli o la Villa Adriana), aprendían música, danza, idiomas y esgrima. No importaba que las existencias de los modernos italianos hubiesen irrumpido en las ruinas: que las iglesias hubiesen desplazado a los templos; que los labrantíos agrícolas parcelasen las Termas de Caracalla; que heniles y estercoleros se localizasen en la arena del Coliseo; que almacenes, mataderos, bodegas y chamizos ocupasen los vanos de los teatros y de los arcos imperiales; o que el orgulloso Foro Republicano yaciese bajo los pastos donde apacentaba el ganado, haciéndolo merecedor del apelativo de Campo Vaccino. Al pintoresquismo de Roma no lo superaba ninguna otra urbe de la geografía itálica.



VASI, Giuseppe. *Campo Vaccino,* en *Delle magnificenze di Roma…*, vol. II, (1752). En torno a estos años sabemos que el edificio construido en las columnas del templo central de la imagen, dedicado a Saturno, se destinaba a unas caballerizas, y que en los vanos menores del Arco de Septimio Severo, a la derecha de la imagen, se situaban sendas tiendas de vidriado.

Cada uno en su categoría, desde los herederos de grandes fortunas a los caballeros de rentas paupérrimas, todos coleccionaban antigüedades. En 1754, el canónigo Pérez Bayer, que andaba por Roma a la busca de piezas numismáticas por cuenta de Fernando VI de Borbón, se quejaba del encarecimiento de precios a causa de la concurrencia inglesa en el mercado del arte local. A mediados del siglo XVIII, la enorme demanda de estos turistas que campaban por la Italia de la Ilustración desbordó el mundo de las transacciones de anticuariado preexistente. Al aliciente por comprar esculturas, además, se sumaba la fascinación por toda clase de piezas, mosaicos, pinturas antiguas, figurillas de bronce y terracota, camafeos, joyas, bajorrelieves... De este lucrativo negocio del *souvenir* –además de objetos artísticos, láminas, libros, etc.– se hicieron cargo una serie de agentes, patronos y mercaderes de las artes o anticuarios, con preponderancia de individuos ingleses,

perfectos mediadores entre sus compatriotas y los estudios de escultores y restauradores donde se restituían a voluntad las piezas en venta e incluso se falsificaban.



ANÓNIMO. *Negocio de anticuario en Nápoles,* (1798) (Wilton y Bignamini, 1996). En estos comercios, donde se agolpaban los coleccionistas del Grand Tour, muchas obras resultaban ser falsificaciones elaboradas a partir de materiales antiguos.

En el tercio final de siglo, el panorama turístico inglés que acudía a la capital pontificia contaba con la referencia imprescindible de cinco personajes –el banquero-marchante Thomas Jenkins, el pintor neoclásico Gavin Hamilton, el grabador Giovanni Battista Piranesi, el escultor Bartolomeo Cavaceppi y, en menor medida, el arquitecto James Byres– que dictarían el gusto del coleccionismo de los visitantes del Grand Tour durante décadas. Byres pertenecía al grupo de *dealers* anglosajones asentados en Roma que adoptando como epicentro la plaza de España se aplicaban en impartir cursos intensivos de arquitectura y anticuariado entre sus clientes acomodados que se dilataban a lo largo de seis o más semanas. Thomas Jenkins gozaba de una vista agudísima para la compraventa de antiguallas, y sea por la vía legal –contaba con el favor de Clemente XIV– o por sus operaciones clandestinas, exportó a Gran Bretaña toneladas de mármoles clásicos; se cuenta en su vademécum de mañas que seccionó en dos partes la llamada Venus Townley del Museo Británico (descubierta en Ostia alrededor de 1775 y que le había facilitado Hamilton) a fin de que su calidad pasara desapercibida en la aduana.

El fruto de las diligencias arqueológicas que se ejecutaban en Ostia, Tívoli, el entramado urbano romano y en el sur de Italia constituía la oferta procurada por estos agentes, en igual grado que las

colecciones de las que se estaban desprendiendo los linajes itálicos obligados por los vaivenes económicos. En 1720, buena parte de los fondos Giustiniani terminaron en poder de lord Pembroke, la colección de Livio Odescalchi (anteriormente de la reina Cristina de Suecia) pasó a propiedad de Felipe V de España en 1724 y cuatro años más tarde el rey de Polonia adquirió diferentes esculturas de los Chigi y de los Albani. El zar Pedro I y varios señores ingleses se cuentan entre los compradores de los mármoles Pamphili. La emigración desmedida de los bienes patrimoniales romanos a las Cortes extranjeras no sólo suscitó el clamor de los ilustrados italianos, sino el del trono vaticano: en 1733, antes de su disgregación entre los coleccionistas de fuera, el papa Clemente XII rescató las cuatrocientas veintiuna imágenes marmóreas, bustos e inscripciones del cardenal Alessandro Albani decretando su exposición pública en una galería cívica, el Museo Capitolino. El medio centenar de tallas presentes en el Capitolio ya desde el Renacimiento se erguían allí como simples ornatos. Lo que planteaba ahora el proyecto pontificio comportaba desalojar del Palazzo Nuovo las oficinas y los tribunales de los conservadores (los magistrados encargados del gobierno municipal), privarlo de sus funciones administrativas e inaugurarlo exclusivamente como un museo del que gozara la ciudadanía y donde las sucesivas generaciones de artistas y eruditos dispondrían de una escuela imperecedera de la Antigüedad, conservada y tutelada desde las instancias estatales. Su superintendente, el marqués Alessandro Gregorio Capponi, quiso adoptar entonces una organización museográfica racional, acorde con el cometido académico e ilustrativo del repertorio escultórico, por la cual las estancias se ordenaron en secuencias iconográficas y tipológicas: la Sala de los Emperadores, la Sala de los Filósofos o la Sala de la Miscelánea (con los retratos privados), mientras que los epígrafes se aunaron según su contenido: sacro, militar, institucional, etc. Junto al Museo Pío-Clementino (que se gestó del 1771 al 1778), la colección del Campidoglio supuso una visita obligada del Grand Tour y la envidia de las monarquías absolutistas de la época.

LA ARQUEOLOGÍA DEL SIGLO DE LAS LUCES

La percepción de la virtud de la protección patrimonial intrínseca a la apertura del Museo Capitolino dio ahora pasos agigantados. Con apenas intervalos temporales, a lo largo del siglo XVIII se promulgaron una miríada de edictos que concernían a la extracción de objetos antiguos y al desarrollo de las excavaciones, en 1701, 1704, 1717, 1726, 1733, 1750... La práctica totalidad intensificaba los enunciados de la legislación de 1646 que mencionamos en el capítulo 2, aunque tomaban en consideración las problemáticas del momento. Las irregularidades que se ensayaba vetar se referían a la destrucción de edificios antiguos, a la perforación del suelo, a la búsqueda de restos sin la concesión previa de una licencia y sin la intervención del *Commissario delle Antichità,* así como a la extracción, igualmente careciendo de permiso, de estatuas, bajorrelieves, inscripciones, mármoles, medallas, monedas, columnas, metales o pinturas antiguas. Algunos quirógrafos formulados por el santo padre instauraron la prerrogativa de hacer la elección inicial en la venta de las grandes colecciones de la nobleza romana, por lo que en 1770 se consiguieron para el Museo Vaticano las mejores obras de las familias Mattei, de la misma forma que sucedería con las de los Barberini y los Altieri. La exportación encubierta contemplaba desde penas económicas (el pago de quinientos ducados de oro, a dividir a la mitad entre la Cámara Apostólica y el acusador) y la incautación de la mercancía hasta el castigo de la tortura en el potro.

Por lo que respecta a los hallazgos arqueológicos, se otorgaba al *Commissario* poderes muy amplios –el cargo, además de Winckelmann, lo cubrieron Ridolfino Venuti (1745-1763) y los Visconti, Giovanni Battista y su hijo Filippo Aurelio, de 1768 a 1799–: a él se le debía anunciar enseguida lo que saliera a la luz, y la contravención de esta regulación caía bajo la responsabilidad tanto del excavador como del propietario del lugar socavado. Ninguna pieza arqueológica se podía traficar sin su revisión ni la valoración de los peritos (pues una parte de cualquier venta correspondía a la Cámara), y se le adjudicaba la potestad de entrar en cualquier excavación, negocio y taller de restauración con la finalidad de examinar sus antigüedades. Los dueños tenían que facilitar los listados de dichos objetos y exponer a la vista de la clientela el último decreto en vigor, si bien a partir de 1717 se exigía que el texto pendiese en las puertas de la ciudad, en los albergues, hosterías, hoteles y hospicios, puesto que los fraudes los cometían frecuentemente los buscadores de tesoros forasteros, seglares y eclesiásticos.

Al emitirse una licencia de excavación, en realidad se formalizaba un contrato entre la Cámara y el excavador en el cual a menudo permanecía ajeno el propietario de las tierras, quien pactaba sus propias condiciones con el ejecutor de los trabajos arqueológicos. Un tercio del material recobrado se destinaba a las colecciones pontificias, mientras que el resto se repartía entre la otra parte firmante y el poseedor del yacimiento, aunque una medida alternativa avisaba de que las autoridades se arrogaban el derecho de hacerse con la totalidad de lo encontrado, compensando a las otras dos partes. Sin embargo, que se promulgasen periódicamente los bandos vaticanos indica la exigua efectividad de los precedentes, la continuación de las ventas ilegítimas y de las excavaciones clandestinas en los Estados del papa. Los objetivos de la arqueología del siglo XVIII, salvo raras excepciones, radicaban en desenterrar obras de arte, no en producir un conocimiento histórico a través del documento material; por eso, la mayoría de los objetos se presentan descontextualizados, y

las huellas de las actividades de exhumación, borradas desde el instante en que terminaron. El yacimiento donde se descubrían restos solía recogerse, pero sin aportar excesivos detalles, ni informes, ni diarios o planos, únicamente los informes que daban cuenta de los objetos descubiertos, así como los gastos de la excavación, enfocados al cálculo del porcentaje correspondiente a la Cámara y a los implicados.

Una carta escrita por Gavin Hamilton en 1769 relativa a sus excavaciones en el lago de Pantanello, sito en la Villa Adriana, alumbra sobre las consecuencias de la ausencia de registro ya en la época. Cavaba con su grupo de trabajadores, los *aquilani* –apodo que recibían por su procedencia mayoritaria de l'Aquila, en los Abruzzos– en la propiedad de un tal Lolli, cuyo abuelo había excavado sesenta años atrás en el mismo sitio. El pintor escocés abría zanjas que continuamente se inundaban, donde los trabajadores tenían que vérselas con sapos, culebras y barro hasta las rodillas para únicamente recuperar entre las raíces algunos mármoles poco preciosos. Hasta que no se localizó a uno de los veteranos *aquilani* del anticuario diletante, no se supo hacia dónde dirigir las nuevas exploraciones, las áreas no investigadas. Ahora, con cuarenta *aquilani,* dos caporales y un superintendente, y auxiliados por dos máquinas para achicar el agua, salieron a la luz bustos, estatuas, columnas de alabastro, vasos, bajorrelieves, etc. Es decir, que olvidada la memoria de los yacimientos, sólo un testigo directo de las excavaciones anteriores era capaz de reconocer el terreno. Un precepto de 1704 señalaba la necesidad de delinear las cosas difíciles de conservar al ser desenterradas, tal vez porque el propio proceso arqueológico podía destruirlas, pero en raras ocasiones se acató, y ningún otro mandato del siglo XVIII volvería a hacer referencia a plasmar gráficamente el registro arqueológico o a anotar de un modo coherente el emplazamiento de la excavación y la posición de los materiales.

No obstante, el talante científico de las páginas redactadas por algunos anticuarios constituye la excepción a la regla. El duque de Parma, Francesco Farnese, ahondó en las residencias imperiales del Palatino en 1720 gobernado por la esperanza de encontrar relieves antiguos, pero para el supervisor del patrimonio pontificio, Francesco Bianchini, supuso la oportunidad de reconstruir sobre el papel el aspecto de los palacios de los césares, de divulgar sus pesquisas e incluso de fechar la Domus Flavia gracias a la estratigrafía mural y a la lectura de los sellos de fábrica de los ladrillos. Pasados unos años, en 1726, la conservación de un ambiente sepulcral en la Vía Appia, que se estaba viendo comprometido por el parco éxito de beneficios de dos buscadores de tesoros, acabó siendo investigado por Bianchini: las urnas cinerarias y las inscripciones despreciadas por los emprendedores, en las manos del sabio italiano, otorgaron la clave del desvelamiento del columbario de los libertos y de los esclavos de la emperatriz Livia; así, muy pronto, en 1727, publicó la arquitectura del monumento, su decoración parietal y las inscripciones de sus ocupantes con un rico aparato visual.

Por supuesto, los anticuarios dependientes de la Cámara Apostólica obraban con el cuidado manifestado por Bianchini, pero eso no significaba que el Vaticano no pretendiese abultar las colecciones de sus museos estatales con nuevas estatuas y mosaicos, como en la ciudad de Otricoli (Umbría). Aquí, en 1775, los trabajos de Giuseppe Panini obedecieron a esas premisas, pero cabe resaltar que documentó con fidelidad las estructuras que emergían y a cuáles de ellas pertenecía cada escultura desempolvada, además de elaborar una planimetría completa del centro umbro. Pero los aristócratas, los agentes reales, los mercantes de obras de arte, los sacerdotes o los anticuarios *amateurs* nunca –o apenas– cuidaban estos aspectos. Mientras avanzaba el siglo XVIII, la actitud que

los estudiosos del clasicismo adoptaron ante el objeto arqueológico los avecinaba a su comprensión dentro de un cuadro histórico determinado. Llama la atención, entonces, que en la dimensión práctica pocos de ellos enlazaran las obras descubiertas con el marco arquitectónico y monumental que les daba sentido, ni asumieran las herramientas imprescindibles a fin de exprimir la información íntegra a su disposición, como por ejemplo el desentendimiento del tejido urbano adyacente a las edificaciones. Por eso, si bien el anticuariado barroco había sido plenamente dejado atrás, la documentación producida descansaba aún en el rol predominante del monumento singular, inerte para los análisis urbanísticos, y en el pintoresquismo romántico de la ruina.

EL DESCUBRIMIENTO DE POMPEYA Y DE HERCULANO

Si las noticias que se recibían de Roma en el siglo XVIII asombraban a los cenáculos ilustrados de Europa, los hallazgos llevados a cabo en el Reino de Nápoles esbozaron el curso que tomaría la arqueología clásica hasta avanzado el siglo XIX. El rey Carlos VII (el futuro Carlos III de España), que ciñó la corona napolitana entre 1734 y 1759, se caracterizó por su mecenazgo sobre las bellas artes, por su tutela del patrimonio patrio y por su ambiciosa política arqueológica y cultural, denuedos asistidos por la beneficiosa influencia ejercida por la liga de eruditos que terciaban en su Corte. Estos, con la decidida complicidad del monarca, promovieron una ferviente actividad editorial en materia arqueológica. La palma se la llevaron los ocho tomos de *Le Antichità di Ercolano esposte,* publicados por la Corona entre 1757 y 1792, los cuales atañían en especial a las pinturas y a los bronces del yacimiento de Herculano, pero también a los *instrumenta domestica,* candelabros, lucernas, etc. El relato de su composición, sin embargo, nos retrotrae a varias décadas atrás, cuando las poblaciones que arrasó la mortífera erupción del Vesubio en el año 79 d. C. todavía esperaban, latentes, sepultadas bajo metros de ceniza y escoria volcánica, exactamente veinticinco en ciertos sitios de Herculano. El príncipe d'Elbeuf destapó la caja de Pandora de los hallazgos de Herculano hacia 1710, al cavar cerca de la residencia que se le construía sobre las ruinas subterráneas, en la moderna Resina-Portici, un pozo gracias al cual se topó con varias estatuas femeninas las *Herculanenses*.

Cuando el dominio austriaco dio paso a la dinastía hispano-francesa de los Borbones, reinando Carlos VII, los rumores del éxito de d'Elbeuf le llegaron a Roque Joaquín de Alcubierre, un ingeniero aragonés que participaba en las obras del nuevo palacio del monarca en dicho centro, ubicado en la bahía napolitana. Pensó que de confirmarse la existencia de antigüedades bajo el suelo, bien podrían explotarse como cantera de material edilicio y ornamental de la arquitectura palacial que se estaba alzando y, con ese designio, se le concedió el permiso de excavación en octubre de 1738. Otra caza del tesoro más de las que caracterizaban el anticuariado del *Settecento* italiano, pero que con el tiempo derivaría en la mayor campaña arqueológica del siglo. El pozo de 1710 desembocaba directamente en el Teatro de Herculano, pero hasta 1739 no se supo este detalle, pues el nombre de la urbe antigua se desconocía, y se atribuían a un templo los restos de la edificación.

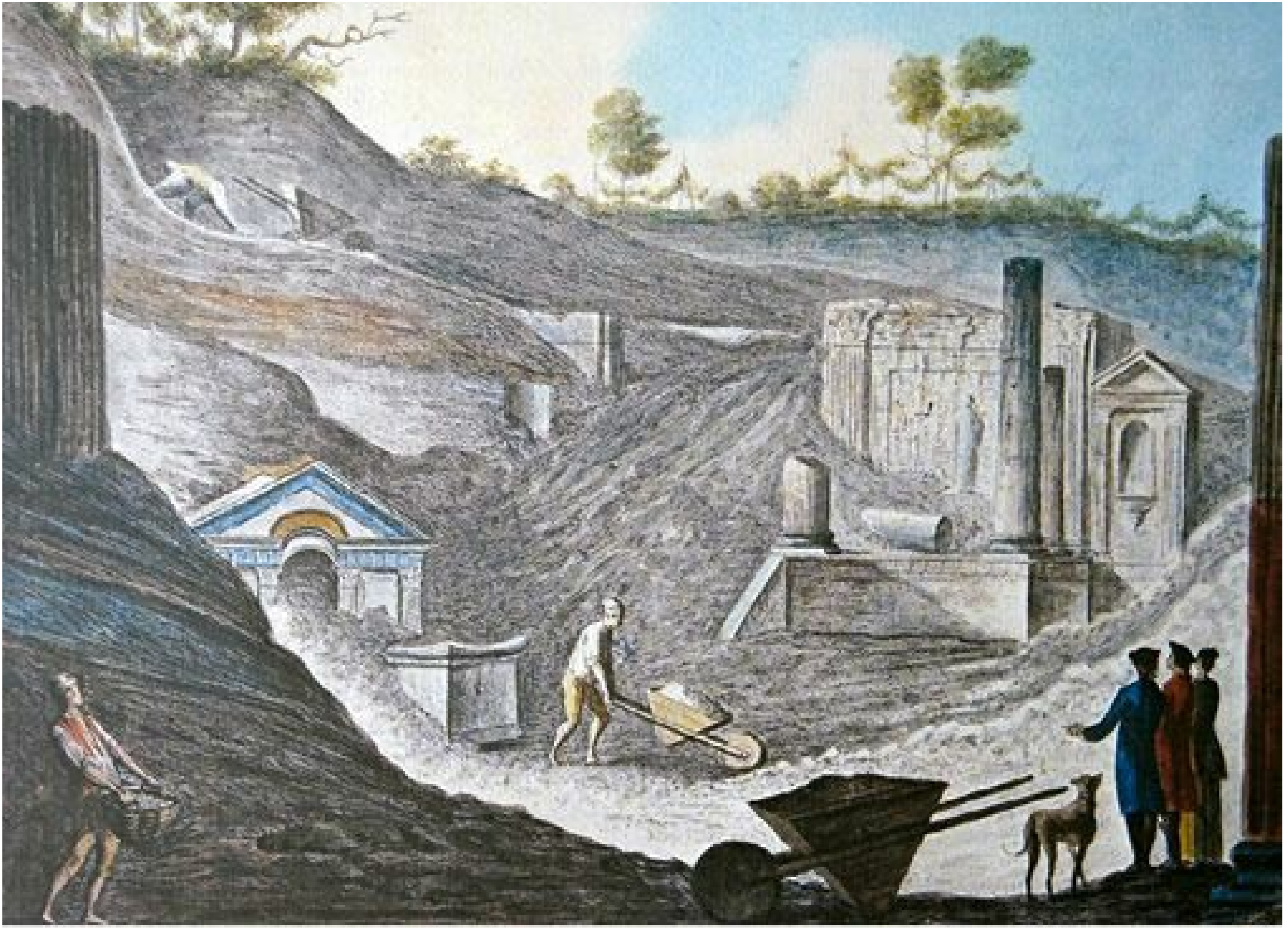
La profesión de Alcubierre, del ingeniero militar, entrañaba una metodología basada en la meticulosidad en la recogida de datos, que fue la que el español aplicó a estas labores, actitud que marcó la diferencia respecto a lo que sucedía contemporáneamente en Roma. Ya a partir de 1738 comenzó a diseñar la planta del monumento, que en los diez años siguientes completó con la colaboración de sus ayudantes: en ella se reflejaron las distintas partes del teatro, se describía gráficamente su estructura y la posición exacta donde surgieron mármoles de distintas calidades, inscripciones (incluida la que identificó el edificio), columnas, capiteles, basas de escultura, fragmentos metálicos de estatuas (de una vestal, pero también ecuestres) y de otras marmóreas (de cónsules, del dios Baco, de Hércules), de las que asimismo se daba cuenta en informes semanales. No únicamente él, sino sus asistentes y después sus sustitutos, Francisco Rorro, Pedro Bardet, Karl Weber y Francesco La Vega, desarrollaron una serie de protocolos técnicamente impecables a medida que iban tropezándose con casas, calles, el templo de los sacerdotes augustales, también una

basílica tapizada de frescos mitológicos y adornada por estatuas imperiales y sendas imágenes ecuestres de la familia Balbo, porque la prospección arqueológica del yacimiento se debía mantener en el subsuelo a causa de la sobrestante villa de Resina. Así, se perforó una complicada red de galerías –que en su traducción como «minas» ha hecho pensar erradamente hasta ahora que Alcubierre empleaba explosivos–, trazadas con un esquema lógico ante el riesgo de derrumbes, y se realizó la planta topográfica de todo lo excavado; la profundidad a la que se maniobraba, el sofocante humo de las antorchas y la humedad que helaba los huesos constituyen meras anécdotas de la dureza de trabajar en estas condiciones, que hubo de tolerar el propio Alcubierre.

Por esta vía se excavó durante quince años (1750-1765) la Villa de los Papiros, fruto de la apertura de un nuevo pozo, el Cerere (franqueado en la arteria homónima). Los túneles guiaron a los espacios de esta impresionante casa señorial, en cuyo peristilo aguardaban el *Fauno borracho,* el *Fauno dormido,* los grupos de las *Danzadoras* y de los *Luchadores,* el *Mercurio en reposo,* bustos y hermas de filósofos, atletas, estrategas y literatos griegos, etc., mientras que su biblioteca aportaba cientos de rollos de papiro carbonizados, en latín y griego, aún legibles si se desenrollaban convenientemente con las tecnologías de la época. Que el cuerpo de ingenieros de Carlos VII complació a su rey saqueando a golpe de pico y pala las obras artísticas de esta pequeña ciudad provincial, no tiene réplica; pero que llevaron a cabo su misión con una metodología científica inaudita en el anticuariado de mediados del siglo XVIII, que hoy agradece el historiógrafo que lee los diarios de excavación, los informes regulares, que consulta los planos y los dibujos y que con su ayuda inestimable rastrea en los fondos las piezas extraídas hace más de doscientos cincuenta años, tampoco la admite.

En 1748 se destacó una cuadrilla de una docena de peones al sur de la bahía de Nápoles, en donde las ruinas que se distinguían en superficie habían conducido a creer que allí se hallaba sepultada la Estabia donde pereció sofocado Plinio el Viejo. En 1759 la epigrafía rectificó esta intuición preconcebida y proporcionó la auténtica identidad de esa boyante localidad de recreo: Pompeya. Aquí la capa volcánica no era tan ancha, así que la excavación se desarrolló a cielo abierto, lo cual no se hallaba desprovisto de apuros. Pese a que a los ingenieros se les brindaba una oportunidad irrepetible de reproducir la topografía de una entera ciudad de la Antigüedad, con sus vías, sus ambientes domésticos, tiendas, necrópolis y monumentos, las aspiraciones del monarca no habían variado: deseaba que se liberasen del manto de ceniza solidificada las moradas pompeyanas para entrar a serrar sus pinturas y mosaicos y apropiarse de estatuas, mármoles, joyas, objetos caseros y mobiliario. Al no pretender hacer del enclave vesubiano un museo al aire libre, con toda la ciudad despejada, las toneladas de tierra que las trincheras de excavación iban acumulando se depositaban primero en la parcela contigua, para después rellenar las estructuras recién exploradas. Al principio se obró con este método desorganizado, sin que ello significara que no se documentara cada paso que se daba con croquis, diarios, partes cotidianos o se levantaran las antedichas planimetrías, hasta que más adelante se decidió dejar a la vista el conjunto arqueológico y excavar de forma sistemática. Con Weber como segundo de abordo hasta 1764, y La Vega a partir de entonces, hasta que tomó el mando en 1780 al expirar Alcubierre, se descubrieron varias vías, como las de Nola, Estabia, la Consular o la de los Sepulcros, la Puerta Marina y la necrópolis de la Puerta Herculana (1763); monumentos como la Palestra samnítica (1768), el Foro Triangular (1765-1768), el Anfiteatro (1748-1749), el Cuartel de los Gladiadores (1766-1769), el Teatro Grande (1764-1769), el Odeion (1769), recintos cultuales como los templos de Isis (1764-1766) y de Esculapio (1766) e infinidad de

moradas y villas suburbanas, como las villas de Cicerón (1748-1749 y 1763) y de Diomedes (1771-1774), así como las casas de Iulia Félix (1755-1757) y del Poeta Trágico (1770).



HAMILTON, *sir* William. *Vista de las excavaciones del Templo de Isis en Pompeya,* en *Campi Phlegraei* (1776). La popularidad de este templo viene atestiguada por la enorme cantidad de grafitis que grabaron sus visitantes durante los siglos XVIII y XIX.

Antes de que Carlos VII ocupara el trono español con el nombre de Carlos III en 1759, heredando el napolitano su hijo Fernando IV, se planteó el problema de la conservación –y almacenamiento– de las obras de arte, del trabajo de campo en el inmenso yacimiento de una ciudad, de la consolidación de los monumentos e incluso de su difusión. La mentalidad del soberano concordaba con la de los reyes y príncipes coleccionistas de la Ilustración, con la salvedad de que lo que parecía una sencilla operación de reempleo de unos cuantos ornamentos antiguos, al crecer desmesuradamente, cuestionó la estrechez de esa vertiente y forzó a utilizar la maquinaria del Estado en sus aspectos económico, legislativo o cultural para ponerla al servicio de un proyecto arqueológico. La vida de Pompeya y Herculano se había detenido en agosto del 79 d. C., encerrada en la lava cual cápsula del tiempo. Toda su arquitectura y su cultura material se encontraban allí. Los objetos informaban de la religión, la sociedad, las instituciones, la política municipal, los rituales sacros y funerarios, las tradiciones, el ámbito del ocio, los juegos, las costumbres sexuales, los usos urbanos, el comercio, el arte y los transportes en un centro provincial del siglo I d. C. Por eso Carlos VII invirtió grandes recursos en estudiar el pasado histórico de la Campania, y con este objetivo, en 1755, fundó la Reale Accademia Ercolanese, dirigida a editar e ilustrar ese citado mundo material y artístico en los ocho tomos de *Le*

Antichità di Ercolano Esposte. Que este privilegio se redujera a los eruditos napolitanos de la Academia, así como a los pintores y grabadores que copiaron las piezas, enojó a los viajeros, a los artistas, a los anticuarios y a cualquier representante de la República de las Letras, que veían cómo se les vetaba el escribir anotaciones, efectuar sus propios bosquejos o calcar inscripciones de visita en los yacimientos vesubianos o en la galería de Portici. En esta privacidad del proyecto borbónico, que fiscalizó «nacionalistamente» el análisis de sus antigüedades, se encuentra el motivo de las inventivas de Winckelmann y de la Ilustración europea hacia los métodos de excavación de Alcubierre.

En 1758 nació otro organismo, el Museo Herculanense, el cual oficializaba una sede de las obras artísticas clásicas en el Palacio de Caramanico, adyacente al Palacio Real de Portici, que comenzaba a acusar el hacinamiento en él de los hallazgos. En torno a la fecha de su instauración, se barajan las cifras de ochocientas pinturas murales, trescientas cincuenta estatuas y bustos, mil vasos cerámicos, cuarenta candelabros y cerca de ochocientos papiros, además de los *instrumenta domestica*. No sería hasta el primer tercio del siglo XIX que los fondos de esta institución inicial se trasladasen definitivamente al napolitano Palacio de los Estudios, rebautizado como Museo Borbónico y hoy Museo Archeologico Nazionale de Nápoles.

Don Carlos de Borbón partió de Italia en 1759, pero no se desvinculó de la marcha de las excavaciones, pues Bernardo Tanucci, secretario de Estado y presidente del Consejo de Regencia de Fernando IV, menor de edad, le envió diseños, vaciados en yeso de esculturas de Herculano y algunas curiosidades arqueológicas de poca entidad, pero sobre todo le mantuvo informado de hasta los mínimos pormenores en su correspondencia semanal, carteo que cesó en 1776. Al convertirse en Carlos III, el otrora soberano napolitano decidió no llevarse consigo piezas originales de los yacimientos de la Campania. Con esta actitud consecuente respetaba las normativas relativas a la prohibición de la exportación de antigüedades del Reino de Nápoles, que él mismo había promulgado en 1755, y escudaba así el patrimonio nacional que dejaba en herencia a su vástago y sucesor dinástico.

Ciencia y expolio: los orígenes de la arqueología en el mundo griego

LA ÉPOCA DE LOS *DILETTANTI*

A mediados del siglo XVIII, la fiebre del helenismo se extendió como una epidemia académica entre los círculos clasicistas e intelectuales europeos. El historiador británico Ian Morris explicó a la perfección que el filohelenismo occidental soñó a la antigua Grecia como el lugar de nacimiento de un espíritu europeo común y distintivo, la raíz de nuestra civilización. En marcado contraste con las monarquías absolutistas, los pensadores ilustrados vislumbraron en la Hélade el paraíso de las libertades, del perfeccionamiento de las artes y de la floración de la filosofía, y en sus habitantes, a individuos heroicos dotados de cualidades sobrenaturales. Winckelmann les había colgado la prenda de su genio natural, que derivaba de la influencia de un clima benigno, que traía la serenidad del alma y la bondad, de la constitución política, de su manera de pensar y de su atención a la belleza. Con especial encono en el siglo XIX, las potencias se disputaron la prioridad sobre el patrimonio moral y humanístico, pero asimismo cultural, monumental y arqueológico heleno. Si allí había madurado la idea de la europeidad, todos se achacaban el derecho a monopolizar esa herencia pretérita. Winckelmann había trazado las directrices genéricas del arte griego, pero sin embargo sus teorías habían tomado forma en Roma, y apenas tuvo contacto con su cultura material ni con sus obras maestras: estas se irían materializando a medida que el siglo XVIII daba paso al siguiente –exportadas a Europa, a veces con la aquiescencia impasible de las autoridades turcas, en otras ocasiones directamente saqueadas–, que las excavaciones arqueológicas reconstruían tanto la evolución plástica como la historia de Grecia y que los viajes de estudio se multiplicaban en las regiones del Imperio otomano. La pujanza antaña de este ahora era un simple espejismo del pasado, y las naciones imperialistas trataban de arrebatarle parcelas territoriales o someterlo a su señorío; sin que la visita a los dominios de la Sublime Puerta supusiese aún un paseo de placer, los europeos sí empezaban a aventurarse en su interior y a rescatar las antigüedades clásicas de la negligencia en la que los turcos las conservaban, como la mentalidad occidental de la época razonaba.

En el capítulo 3 se citó la fundación de la londinense Society of Dilettanti por un grupo de aristócratas veteranos del periplo italiano, coleccionistas y amantes del arte de la Antigüedad, la

cual, expondremos, se merece que le cuelguen la medalla de haber dado principio no sólo a la arqueología helénica sino a la conducida con un verdadero enfoque cientificista, lección que ni siquiera aprendieron sus continuadores decimonónicos. En 1756 y 1763, el doctor irlandés Robert Wood (1716-1771) y el hijo de un adinerado propietario de plantaciones en Jamaica, James Dawkins (1722-1757), sumaron respectivamente sus nombres a la lista de *dilettanti*. Pero el relato de sus empresas editoriales, apoyadas en su experiencia de trotamundos por los paisajes antiguos, se remonta a momentos de una existencia menos acomodada. Wood se había ganado una buena fama de aventurero gracias a sus largas excursiones de juventud por el archipiélago egeo, Siria, Mesopotamia y Egipto (1742-1743), cosmopolitismo que le granjeó un puesto en la exploración planeada a Levante para 1750 y 1751 por sendos graduados oxonienses, el propio Dawkins y el anticuario John Bouverie (1723-1750). En inicio se planteaba como una prolongación del Grand Tour italiano de estos dos nobles, pero terminó por convertirse en una misión arqueológica en toda regla, de la que sus protagonistas sabían que querían extraer una utilidad pública, divulgativa, pero sin dilucidarla por completo, como enseñan sus anotaciones personales, de variados intereses: las de Wood, centradas en la topografía y en las inscripciones; las de Bouverie, en la arquitectura; y las de Dawkins, en los aspectos naturales, la flora, la fauna, etc. Más que un anticuario, Wood era un devoto de las letras clásicas, decidido a reconocer el emplazamiento de las ciudades mencionadas en las fuentes –se hallaba decidido a levantar los planos de la perdida Troya–, a comparar la geografía descrita por estas con la que él recorrería y a prestar oídos a los poemas homéricos, cien años antes que Schliemann. La civilización griega –defendía– se podía resucitar en los escenarios donde brotó, leyendo «la *Ilíada* y la *Odisea* en los países en los que Aquiles luchó, Ulises caminó y Homero cantó»; por eso se pertrechó de un buen cargamento de obras poéticas e históricas griegas y romanas, eso sí, junto al instrumental matemático y a los utensilios de excavación, ya que extraer los restos físicos de un pueblo a través de la arqueología a fin de desvelar una infinidad de aspectos del mismo abría un espacio cada vez mayor en sintonía con el método filológico. Los viajeros inspeccionaron, midieron y dibujaron las ruinas de las islas del Egeo, Grecia, las costas jónicas y del mar Negro, se adentraron en Asia Menor, Siria, Fenicia, Palestina y Egipto y, al contrario que Charlemont, a su vuelta, Robert Wood entregó a sus editores *The Ruins of Palmyra, otherwise Tedmor in the desert* (1753), *The Ruins of Baalbeck, otherwise Heliopolis in Coelesyria* (1757) y el tardío *Essay on the Original Genius of Homer* (1767). Los textos y los grabados realizados para los dos primeros volúmenes asentaron las reglas del juego de la arqueología clásica de los siguientes decenios, marcaron un prototipo difícil de superar que guiaría la metodología de los sucesivos expedicionarios. Porque aunque integrados por la habitual mezcolanza de narrativa viajera y folclorismo orientalista, arqueología arquitectónica, historia y epigrafía, su singularidad estribaba en que Robert Wood supo mantener cada línea de investigación definida en su propio campo, separando la gesta peregrina del análisis científico, complementando todo con una documentación gráfica insuperable de carácter topográfico, geográfico y monumental. No se encontraban exentos de errores, y se circunscribían máximamente a la típica perspectiva dieciochesca de la arqueología del monumento, pero lejos de tratarse de libros de viajes comunes, contribuyeron a modelar el universo artístico y arquitectónico neoclásico, y expandieron la frontera del anticuariado un paso más hacia el este.



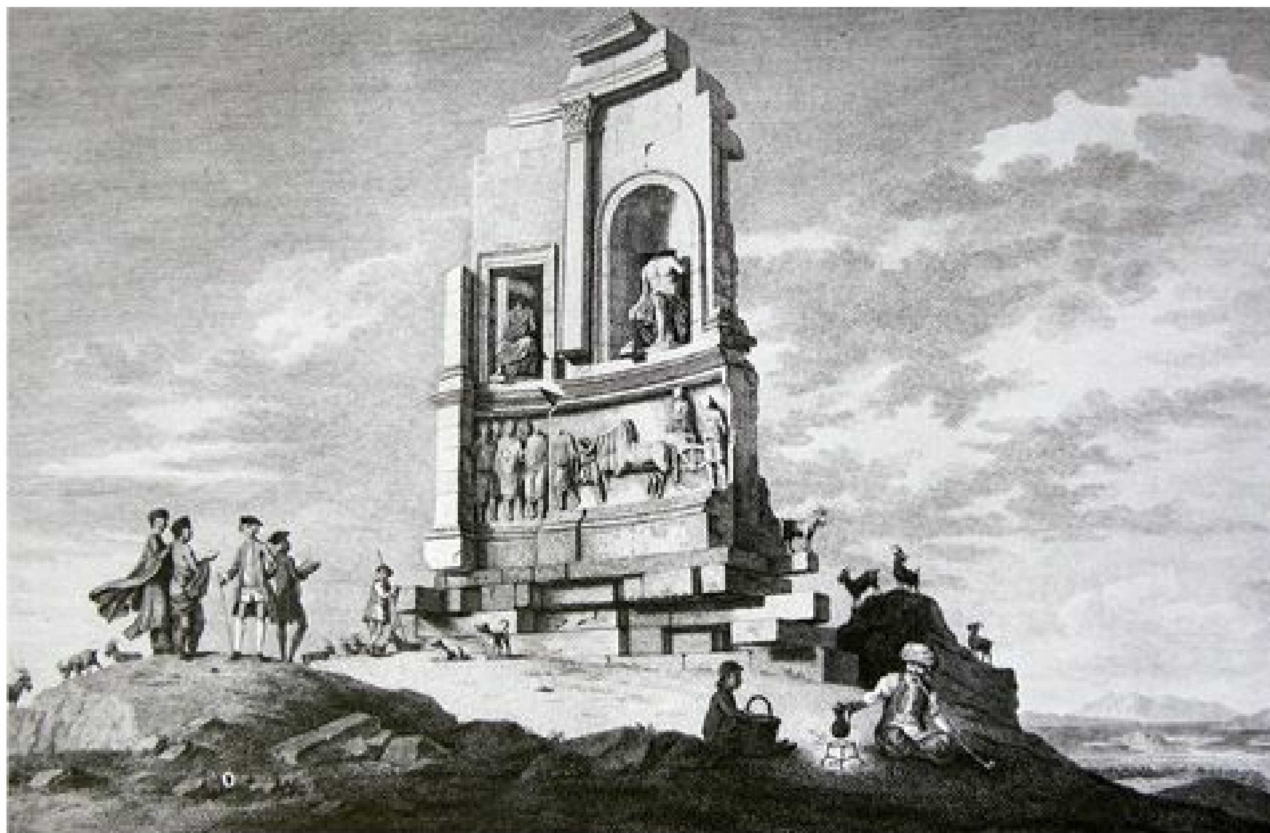
HAMILTON, Gavin. *El descubrimiento de Palmira por Wood y Dawkings* (1775) (Kelly, 2009). El autor retrató a Wood y Dawkings con vestiduras griegas, costumbre habitual en los pintores y escultores neoclásicos.

En 1751, Dawkins y Wood –Bouverie había fallecido prematuramente en 1750– se cruzaron en Atenas con el pintor James Stuart (1713-1788) y el arquitecto Nicholas Revett (1720-1804), quienes daban comienzo a una empresa anticuaria sufragada por la Sociedad de los Dilettanti. El proyecto presentado ante sus elitistas componentes bien merecía su mecenazgo, por lo que podía significar para la historia del arte y aun para la supervivencia documental de unos monumentos estimados tempranamente como patrimonio de la humanidad. El programa de Stuart y Revett se fundamentaba en un itinerario de estudios por el Ática, con especial detenimiento en su capital, del que resultase la publicación de sus gloriosos restos arqueológicos. Argumentaban que muchos viajeros habían escrito acerca de sus exquisiteces, pero de manera confusa, sin aportar mediciones y sin que constituyesen obras de provecho, al no guardar sus autores relación con las bellas artes. Pero con todo, la indiscutible gravedad residía en que los monumentos se hallaban en poder de los bárbaros turcos, enemigos del arte y del buen gusto, gentes incapaces de apreciar su valor histórico, ni de protegerlos, lo que hacía perentoria la reproducción de los templos, los teatros y demás antigüedades atenienses

con objeto de salvarlos para la posteridad. La insistencia en que se depositase esta misión en manos de profesionales, de expertos en el diseño y en la arquitectura práctica, en lugar de en anticuarios, no ha de parecer insólito en una coyuntura en la que la arqueología no se había consolidado como una disciplina autónoma y mucho menos como una ciencia. Ellos, a diferencia de los excavadores *amateurs,* disponían de las herramientas de una disciplina a la que habían dedicado años de formación, de una ciencia equipada de técnicas y métodos precisos; trasladados a inquirir a las ruinas y a su historia constructiva, derivaban en catálogos racionales de monumentos, en reconstrucciones de qué fisonomía mostrarían en la Antigüedad, de qué materiales empleaban, en una recopilación de datos empíricos, medidas y proporciones, planos y dibujos de plantas, secciones, perspectivas y detalles ornamentales que elucidasen qué leyes regían la arquitectura de los antiguos. Preocupaciones arqueológicas que obviamente rebasaban la sencilla caza del tesoro y que en breve harían de los arquitectos personajes vitales en las excavaciones del siglo XIX.

Como después se demostraría, los *dilettanti* intuyeron que los trabajos que los artistas ingleses ansiaban abordar en Atenas inspirarían a los arquitectos y artífices patrios en sus producciones neoclásicas, tanto en arquitectura como en las artes decorativas (tanto es así, que el gusto heleno que desvelaron se extendió por toda Europa e incluso los Estados Unidos), y apoyaron su plan. Entre 1751 y 1754 permanecieron en Grecia, encaramados en andamiajes a fin de calcular las proporciones exactas de los monumentos, esbozando vistas topográficas, mapeando la Acrópolis, dibujando y efectuando sondeos y excavaciones de pequeña entidad allí donde se necesitase verificar algún aspecto formal de la edificación o conocer sus ornamentos. Por ejemplo, así sucedió con el basamento del Erecteion. No restaron todo el tiempo en la polis de Pericles, sino que visitaron las Termópilas, Tebas, Corinto, Delfos, los montes Helicón y Parnaso, etc., y desde 1753 residieron unos meses en Esmirna.

La política local –la crispada sucesión de gobernadores en Atenas– terminó por inmiscuirse en el desenvolvimiento de su tarea académica y le puso fin: el cónsul británico en la ciudad, el griego Niccolo Logotheti, extorsionaba a Stuart y a Revett a cambio de protección, así que aquel lo agredió y escapó a Tesalónica. De camino hacia allí, incluso un noble ateniense conspiró para asesinarlo, pero Stuart se sirvió de una estratagema para ponerse a salvo en dicho puerto macedónico. Revett se reunió en 1754 con él, no sin antes ser capturado por un corsario maltés que le exigió pagar un rescate. En medio de estos avatares concluía una empresa que ha sido definida como el «preludio de los métodos de documentación de la arqueología científica moderna, en razón de su objetividad, la fidelidad de sus medidas y sus cuidadosas ilustraciones». La fórmula, con todo, no era tan innovadora, pues replanteaba lo que ya a la altura de 1682 llevó a cabo un arquitecto francés a sueldo del Rey Sol, Antoine Desgodetz, en *Les édifices antiques de Rome dessinés et mesurés très exactement,* es decir, la publicación en grabados de los restos arqueológicos romanos, desde entonces arquetipos a remedar en los planos de los arquitectos contemporáneos y del siglo XVIII. *The Antiquities of Athens and Other Monuments of Greece* salió al mercado en cuatro volúmenes, entre 1762 y 1816. Durante su gestación, Stuart y Revett vaticinaban que serían los primeros europeos en ofrecer al gran público las dimensiones al milímetro y las imágenes originales del arte ateniense, griego y romano, de la Acrópolis, del Partenón, del Erecteion, de la Torre de los Vientos, del Templo de Teseo, del Hefesteion, del Acueducto y la Puerta de Adriano, del monumento funerario de Filopapos, etc., con la intencionalidad de ahondar en su comprensión, y en que su memoria no se olvidara.



STUART, James y REVETT, Nicholas. *James Dawkings y Robert Wood en el monumento de Filopapos,* en *The Antiquities of Athens* III (1794). El mausoleo de Cayo Julio Antioco Epífanes Filopapos fue uno de los monumentos más visitados por los viajeros que visitaban Atenas. Se trataba de un príncipe armenio, a quien su hermana, Julia Balbilla, ordenó construir este magnífico monumento.



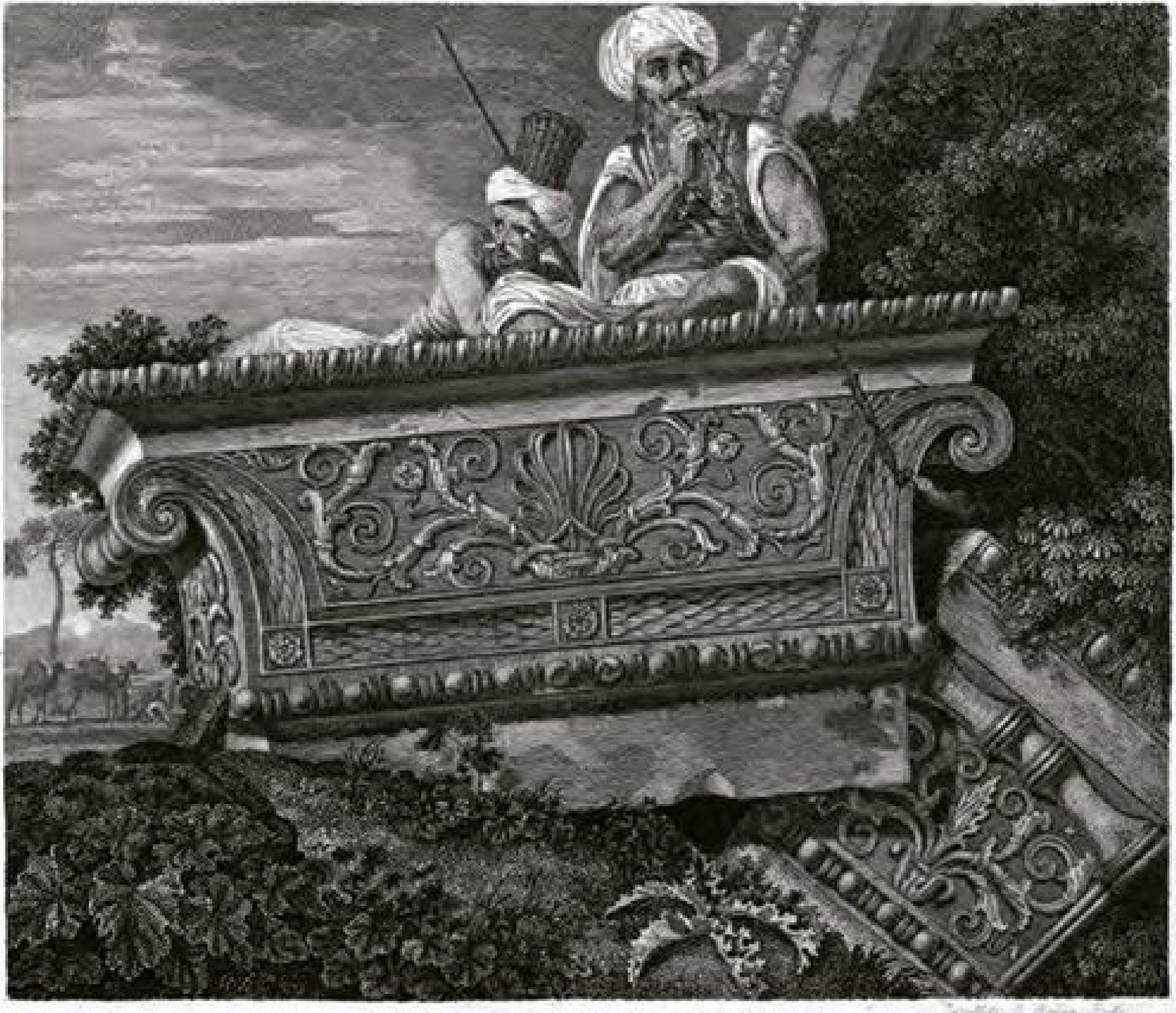
STUART, James y REVETT, Nicholas. *Excavaciones en el Hefesteion de Atenas,* en *The Antiquities of Athens* III (1794).

ANTIQUITIES OF IONIA

Cuando los amantes del arte comenzaban a examinar *The Antiquities of Athens* en los salones, academias y bibliotecas de Gran Bretaña, la Society of Dilettanti rediseñaba las premisas de la institución. Alrededor de 1762, tras treinta años de rodaje, había evolucionado de un club de *gentlemen* nostálgicos de su Grand Tour que se reunía en la taberna de Bedford Head a una corporación pionera en la arqueología de campo en las regiones del clasicismo. Con vistas al futuro, y al honor e importancia de la Sociedad, los *dilettanti* preveían inaugurar una galería pública que hiciese sombra al Museo Británico en cuanto a las piezas de arte grecorromano expuestas, e incrementar las expediciones esponsorizadas a expensas de su capital. La lógica indicaba que se generase una secuela del viaje protagonizado por Stuart y Revett orientada hacia la localización y documentación de los monumentos griegos del Asia Menor, hasta entonces académicamente desatendidos. La diferencia es que en esta ocasión no se dejaba nada al azar. El organismo londinense, en calidad de financiador, planificaba la ruta a transitar –la cual, por cierto, además de Anatolia, incluiría Grecia y las islas–, los componentes de la empresa y coordinaba los contenidos de la publicación resultante; asimismo, señalaba los objetivos a cumplir, que radicaban en una recogida sistemática de toda clase de información: la elaboración de planos, de vistas generales y la medición de las construcciones descubiertas, la copia de las estatuas, de los bajorrelieves y de los adornos, la reproducción de las inscripciones y la anotación de cualquier noticia que condujera al mejor discernimiento de las localidades por las que pasaran. Los yacimientos visitados, las distancias entre los puntos de destino y los caminos hollados debían quedar registrados, con la consulta continua de relojes y brújulas; todo el material derivado de la exploración, sean los dibujos de los diarios personales, como por supuesto los mármoles y epígrafes acumulados, quedaba a disposición de la Sociedad, a la que puntualmente había que actualizar sobre el estado de la misión por correspondencia. Así, los *dilettanti* se querían asegurar de tener cubiertos hasta los mínimos detalles de la primera expedición arqueológica oficial al corazón del mundo helenístico, la expedición jónica. Richard Chandler, un filólogo clásico, no ajeno a la estatuaria antigua, William Pars, un pintor hábil con la topografía, y Nicholas Revett, a quien de sobra conocemos, abandonaron la costa inglesa en 1764.

Hasta 1766, aplicaron las instrucciones recibidas en sus visitas a Éfeso, Mileto, Priene, Sardes, Quíos, Teos, Atenas, Marathon, Eleusis, Delfos, Argos, Micenas, Tirinto, Corinto, Epidauro, Nemea y otras poblaciones aludidas en las fuentes. Mientras que Chandler fracasó al intentar ubicar Troya, tan de moda en la época, o en desenterrar los –inexistentes– relieves del frontón del Templo de Zeus de Nemea, redescubrió, sin embargo, Olimpia. Muchos de los preciosos templos paganos que salpicaban la costa jónica se sometieron a operaciones arqueológicas, como el de Apolo en Didima o el de Dionisio en Teos. Las *Antiquities of Ionia* salieron a la luz en 1769, y en un segundo tomo, en 1797, pero prosiguieron con una serie de volúmenes hasta comienzos del siglo XX, fruto del envío de sucesivas misiones y de la apertura de labores arqueológicas en los yacimientos minorasiáticos. Además del pingüe equipaje de mapas, planos, diseños y bocetos, a su desembarco en el puerto de Bristol en 1766 los viajeros llevaban consigo inscripciones y ejemplos de diversa calidad de los mármoles griegos; entre ellos, dos fragmentos de notoriedad del friso del Partenón, legados tiempo

después, en 1817, al Museo Británico. Enseguida ilustraremos el pillaje que transcurridos pocos años sufrieron las demás piezas marmóreas que decoraban el recinto cultual de la diosa Atenea.



CHANDLER, Richard; REVETT, Nicholas y PARS, William. *Antiquities of Ionia* (1769). Entre las imágenes que los arquitectos ilustrados produjeron sobre Grecia y Asia Menor no podía faltar la visión orientalista de la población otomana.

UNA TRAGEDIA GRIEGA: EL *AFFAIRE* DE LOS MÁRMOLES ELGIN

A finales del siglo XVIII, la política europea era un polvorín de alianzas cambiantes, potencias en auge y en decadencia y ejércitos en movimiento sobre la que se proyectaba la sombra de la Revolución francesa de 1789. Al este, Gran Bretaña y la Francia del Directorio competían por lograr su ascendiente sobre la Sublime Puerta, y la pujanza de una u otra nación traería repercusiones en el ámbito arqueológico, como, por otra parte, cualquier conflicto bélico que ha estallado hasta el siglo XXI. En los choques entre Europa y el Imperio otomano, aquella no había desperdiciado la oportunidad de apoderarse de sus antigüedades, como en la guerra turco-veneciana (1714-1718) y en la guerra ruso-turca (1768-1774), en la que las tropas zaristas saquearon los archipiélagos griegos. También en períodos de paz, la sed de coleccionar escultura clásica se saciaba fácilmente en los dominios otomanos, donde ninguna ley las protegía y el Gobierno turco, en apariencia, cerraba los ojos a las actividades de lucro anticuario.

Antes de que Napoleón invadiese Egipto, Francia mantenía con Constantinopla unas relaciones diplomáticas cordiales. Un miembro de la Académie Royale des Inscriptions et Belles-Lettres, el conde Marie-Gabriel-Florant-August de Choiseul-Gouffier (1752-1817), ejercía de embajador en la Corte del sultán Abdulhamid I desde 1784. El aristócrata galo había invertido varios años recorriendo Grecia y Asia Menor (del que resultó su acreditado libro *Voyage pittoresque de la Grèce*) y era un reconocido *connoisseur* y mecenas de las nobles artes. Dos metas primaban entre sus obsesiones anticuarias, auspiciadas desde su importante posición ante la Sublime Puerta: el descubrimiento de Troya y el acopiamiento de esculturas y mármoles de factura helena. A fin de satisfacer la primera, encargó al erudito Jean-Baptiste Lechevalier que dirigiera unas exploraciones arqueológicas en el pueblo de Bunarbashi, que él reputaba ser Troya, y así se lo hizo creer igualmente a Schliemann, quien comenzó allí sus prospecciones. Respecto a la segunda, a mediados de la década de 1780 instaló en Atenas a un agente suyo, que llegaría a obtener la nómina de cónsul, el pintor Louis-François-Sébastien Fauvel, no exento tampoco de veleidades arqueológicas y vagabundas. Aunque el *firman* –una licencia estatal– acordado por el Gobierno otomano únicamente concedía al artista permiso para dibujar las viejas edificaciones atenienses y de otras poblaciones de Grecia, al amparo de los poderes locales, Fauvel propasó estas condiciones con creces, obedeciendo las advertencias de su mentor, Choiseul-Gouffier: «Toma todo lo que puedas. No desperdicies ninguna oportunidad para saquear todo lo digno de saquear de Atenas y de sus alrededores. No te preocupes ni de vivos ni de muertos». Ninguno de los dos se conformaba con sacar vaciados en yeso de los relieves del Partenón, o de sencillamente delinearlos, así que con artimañas y sobornos Fauvel consiguió exportar en secreto una metopa y un segmento de friso (hoy en el Louvre) apenas encontrados entre las ruinas, aunque su intento de despojar otra metopa en 1788 se vino abajo. No obstante, el pintor francés reunió su propia colección de antigüedades, que mostraba en una suerte de museo doméstico que ardió durante la guerra de Independencia griega, y en los siguientes diez años supervisó cada transacción del mercado negro de obras de arte clásicas que tuviera lugar en Atenas. Sin embargo, uno de los precios políticos que la Francia revolucionaria hubo de pagar por la bizarra expedición de Napoleón al país del Nilo, dependiente del sultán turco, fue la pérdida de su predominio sobre el Imperio de la media luna, cediéndole el paso a sus oponentes del otro lado del

Canal de la Mancha, y la detención o expulsión de los ciudadanos franceses de sus territorios en 1798, sino que le correspondió acatar a Fauvel.

En 1799 el escenario cortesano de Constantinopla brindaba caras nuevas. El año de la Revolución francesa, Selim III había sustituido a su tío Abdulhamid I en el trono, y un nuevo embajador de su majestad Jorge III, el escocés Thomas Bruce, VII conde de Elgin (1766-1841), defendía los ahora imperantes intereses británicos en el siempre estratégico Mediterráneo oriental. Lo que en los siglos XX y XXI se ha convertido en una cuestión del orgullo nacional griego, la reclamación de la devolución de los mármoles del Partenón, parece que se originó durante las conversaciones mantenidas entre lord Elgin y el arquitecto de la ampliación neoclásica de su mansión en Broomhall (Escocia), Thomas Harrison. Este, entusiasmado con la corriente artística filohelena, le habría instado a que se sirviese de su plaza para tributar su granito de arena al arte patrio realizando moldes de yeso de las obras maestras tanto de la Acrópolis como de los centros clásicos que insuflaran su iluminación en las academias y en las escuelas artísticas. Las maniobras tramadas por Elgin se deben, así, a una decisión privada, aunque garantizada por los triunfos de la Real Armada en la batalla del Nilo (1798) y de la victoria en Abukir (1801), que predispusieron al sultán a complacer al representante de la monarquía inglesa. Lord Elgin contrató un equipo que trabajaba en la Acrópolis, dirigido por el pintor Giovanni Battista Lusieri; en un principio el conde se atenía al esquema original de dibujar los monumentos y de poseer en yeso los relieves de las construcciones atenienses –sus empleados habían comenzado por el Templo de Hefestos y por la Linterna de Lisícrates–, pero en 1801 amplió sus ambiciones.



PARS, Williams. *Parthenon con mezquita en su interior* (1765). Grabado en *The Antiquities of Athens* II, 1789. Entre otros, uno de los diversos usos que tuvo el Partenón a lo largo de su historia, además del de iglesia bizantina y de polvorín, fue el de mezquita.

Los trabajos de documentación habían conllevado las constantes trabas interpuestas por el comandante de la Acrópolis, pues la colina era una fortaleza militar, de acceso restringido. Por ello, en un requerimiento elevado a las autoridades, exigía la libre entrada a la ciudadela y el permiso de levantar andamios para posibilitar la extracción de vaciados, pero además el derecho a excavar hasta la cimentación de los templos y de cobrarse cualquier inscripción y escultura que no interfiriera con las obras desarrolladas en los muros de la fortificación. Un ambiguo *firman* accedió a estas cláusulas generales, que en ninguna circunstancia aludían específicamente a los mármoles pentélicos del Partenón, y cuya autenticidad se pone en duda, al no conservarse original alguno en los archivos turcos. En cualquier caso, esgrimiendo los papeles oficiales, lord Elgin despojó el esplendoroso Templo de Atenea Partenos de medio centenar de bloques del friso, de quince metopas y de cerca de veinte figuras escultóricas de los frontones. Su depredación se extendió a las estatuas del Teatro de Dionisio, así como a la ornamentación del Templo de Atenea Niké, a los fragmentos arquitectónicos de los Propileos, del Erecteion –al que desposeyó de una columna y de una de las bellísimas cariátides– y del Templo de Hefestos, sito en el Ágora. Se bosquejó hasta el proyecto de remover de su emplazamiento el entero Erecteion, la Linterna de Lisícrates –monumento que conmemoraba el galardón merecido por este personaje en un torneo escénico– y la Puerta de los Leones de Micenas. Entre tanto, el noble escocés no se había ausentado de Constantinopla, desde donde dirigía las operaciones. En 1802, en su primera visita a Grecia, pasó por Tebas, por la Argólide, meditó con ojos ávidos la viabilidad de aplicar los picos y las palas al yacimiento de Olimpia, y en Micenas, el bastión urbano de Agamenón, no llegó a retirar su simbólica Puerta, pero sí los restos de los relieves decorativos marmóreos del Tesoro de Atreo, en la actualidad expuestos en el Museo Británico.

La propaganda que el conde de Elgin aireó de sus acciones apuntaba hacia una operación de salvamento de las obras maestras de Fidias, pero a pocos se les escapaba la barbarie con la que procedía. Guiados por Lusieri, sus cuatrocientos obreros batían con pocos escrúpulos la Acrópolis en busca de inscripciones griegas, vasos y monedas, y las excavaciones ejecutadas a los pies del Erecteion carecían de metodología. De hecho, en 1805, después de cuatro años de escarbar sin piedad la roca de Atenea, se les prohibiría proseguirlas. La clave residía en sacar a la luz las tallas de los edificios diseminadas a lo largo de siglos, ya fuera cavando en el suelo, extirpándolas del bastidor monumental –causa de terribles daños estructurales que desestabilizaron las arquitecturas antiguas– o de las fábricas modernas que las habían reutilizado. Sin autorización, el diplomático incluso demolió una casa adosada al Partenón en la que sospechaba que se alojaban restos iconográficos de interés.

Los viajeros Edward Daniel Clarcke, Robert Smirke, Edwuard Dodwell, *sir* William Gell, o el poeta lord Byron pintaron los sucesos en torno a la mutilación de los relieves del Partenón y las diligencias supuestamente arqueológicas de lord Elgin como una atrocidad cometida contra el patrimonio histórico de la civilización mediterránea. Un hijo de Caledonia, de nombre odiado, subrayaba Byron, había sido el execrable profanador del templo, peor que el visigodo Alarico. Ni si quiera el talentoso escultor Canova persiguió hermanar su nombre al de la obra fidíaca, al rechazar rotundamente el ofrecimiento del embajador de que restaurara las estatuas. Las críticas no impidieron que de 1803 a 1811 los mármoles de Elgin surcaran los mares hacia Gran Bretaña, ni los naufragios, que se produjeron, ni su encarcelamiento en Francia entre 1803 y 1806 provocado por el estallido de las hostilidades con su país. A partir de 1807, artistas, *dilettanti,* amantes de la cultura clásica y demás especímenes de la élite británica desfilaron por la residencia londinense de lord Elgin, en

Park Lane; en los rostros de los visitantes se plasmaban sentimientos bien diferenciados, en unos de reverencia, en otros de maquinada profesionalidad –diversos pintores y escultores prodigaron horas delante de los mármoles con los lápices en la mano–, en unos cuantos, de tibia decepción. Porque enseguida surgió la polémica alrededor de la calidad artística, de la autoría, del estilo y de la datación de los frisos y las imágenes estatuarias, en opinión de Richard Payne, socio de los *dilettanti,* burdas creaciones romanas del reinado de Adriano. La comunidad artística, por otro lado, sí coincidió con Elgin en la superioridad plástica y en la belleza de su colección, muy por encima de los estándares de las realizaciones escultóricas de Roma, realidad que al final prosperó: durante el proceso de venta de las piezas al Museo Británico, los escrutinios de los anticuarios de reputación mundial Ennio Quirino Visconti y Quatremère de Quincy corroboraron la tesis de la autoría de Fidias. El lord escocés se arruinó a lo largo del desempeño de la embajada en Turquía por su onerosa afición al coleccionismo de antigüedades, así que invitó al Museo Británico a comprarle el fruto de su expolio de la Acrópolis. La discusión acerca de la adquisición de los *Elgin Marbles* se sostuvo en la Cámara de los Comunes, donde la consecución de un repertorio arqueológico, sustraído a una nación de salvajes, ahí donde Francia había descalabrado, se ostentó como un argumento de peso, en detrimento de la despiadada actuación de lord Elgin. Desafortunadamente para este, la transacción se llevó a cabo en 1816 por el precio de 35.000 libras, casi 40.000 menos de las que Elgin aseguraba haber gastado para su obtención y que entonces demandó en vano.

Las acciones de Elgin abrieron la veda a que cualquier aventurero como él, Choiseul-Gouffier o Fauvel se adelantara al resto en descarnar los templos griegos de sus mármoles. A partir de ahora, los Estados medirían su progreso científico y su defensa de los restos del pasado por el cúmulo de labras clásicas colocadas en sus museos, actitud que supuso el punto de partida de la carrera arqueológica imperialista. Por eso llama la atención una misión que se dio antes de que finalizasen las guerras napoleónicas, protagonizada por el primer colectivo internacional de arquitectos y artistas, asociado bajo el nombre de Xeneion: los arquitectos ingleses Charles Robert Cockerell y John Foster; su colega alemán Karl Haller von Hallerstein y un compatriota de este, pintor, Jakob Linckh; dos anticuarios daneses, Peter Oluf Bröndsted y Georg Hendrick Carl Koës; y un políglota aristócrata estonio, Otto Magnus von Stackelberg. Ningún investigador les niega su genuino filohelenismo, que les exhortaba a despreciar las barreras nacionales y a pregonar un sentido entusiasmo por Grecia, la literatura y las bellas artes de la Antigüedad. Tampoco que su peligrosa misión, efectuada en un contexto bélico generalizado, no pasara por alto la rigurosa documentación arquitectónica, el levantamiento de planos ni la publicación de sus descubrimientos (Von Stackelberg fue el autor de *El Templo de Apolo de Bassae en Arcadia,* 1826). Pero el cosmopolitismo, la ideología liberal y las buenas intenciones no cambian el hecho de que estos jóvenes artistas fueran hijos de su época, de que les aguijoneara el espíritu de aventura, de que no poseyeran nociones sobre arqueología, de que su tentativa se transformara en una especulación comercial o de que aceleraran la animosidad anticuaria de las potencias más poderosas. Dos golpes de fortuna en sendas excavaciones de 1811 y 1812 fructificaron en los hallazgos del aparato escultórico caído y sepultado de los frontones arcaicos del Templo de Aphaia, la Atenea local, en la isla de Egina (que atribuyeron, sin embargo, a Zeus Panhelénico), y el friso dórico y las metopas del Templo de Apolo, en Bassae, donde figuraban una centauromaquia y una amazonomaquia.

En ambos emplazamientos, Cockerell y los suyos hicieron frente a revueltas de los autóctonos, pues determinadas creencias, unidas a una sincrética veneración, sí se guardaban en lo concerniente a

esos vestigios pretéritos; los socios europeos tacharon a esas gentes de ignorantes y supersticiosas, e hipócritamente no aceptaron que pudiese tratarse de monumentos significativos en su paisaje y en sus existencias, sino que las acusaron de pretender sacarles el dinero. La representación marmórea de los héroes eginetas que participaron en la guerra de Troya se prometieron al mejor postor en una subasta celebrada en Malta, en la que pujaban Francia, Gran Bretaña y el Reino de Baviera; el soberano de este, Luis I, logró para su país esta delicada presa. Un escultor afincado en Roma, el danés Bertel Thorvaldsen, no se anduvo con los reparos de Canova respecto a las obras de Fidias, y restauró al gusto neoclásico a los héroes griegos y troyanos del monumento de Egina, que pasaron a la colección de la Gliptoteca de Múnich. De igual forma, el Museo Británico no se dejó arrebatar los relieves de Bassae. La manera de encontrar estas piezas, su restauración, su venta en el mercado internacional y sus compradores ilustran que las metas de la arqueología de campo no terminaban de desligarse del enriquecimiento personal, de la búsqueda de vivencias azarosas y emocionantes y del creciente prestigio cultural de los países europeos, y así se mantendría en las décadas venideras. Cada excavación, dependiendo de quién estuviera a los mandos, podía alinearse a un lado u otro de dos mundos totalmente ajenos, el del latrocinio y el de la ciencia, con una línea muy sucinta de separación.

LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE GRECIA Y LAS EXPEDICIONES EUROPEAS EN LA HÉLADE

No corresponde a estas páginas el explicar los sucesos de la historia contemporánea del país heleno. Baste decir que los independentistas se arroparon simbólicamente en su herencia antigua en el transcurso de la conflagración (1821-1829), desplegado por la clase intelectual como un enfrentamiento entre la civilización griega y la barbarie otomana, una guerra médica decimonónica que ponía cara a cara, nuevamente, a las polis de la Hélade con el Imperio persa. El recién inaugurado Estado griego, a cuya liberación habían contribuido Francia e Inglaterra, alzó todos los puentes ideológicos necesarios a fin de vincular sus raíces con la Grecia clásica, ni más ni menos como se estilaba en todas las naciones con su propio pasado. En 1833 se coronó en un paraje emblemático, la Acrópolis de Atenas –ciudad elegida como capital–, el rey Otón I, y la protección del patrimonio se incluyó entre las preocupaciones políticas de la monarquía. Desde 1827 ya se había decretado la prohibición de exportar las antigüedades griegas y el control del mercado de arte, aunque las fisuras de la legislación toleraron la continuación del contrabando.



«Ladrones de tumbas en Corinto», en *The llustrated London News*, 21-04-1877. El interés de Occidente por los objetos antiguos provocó que se llevasen a cabo numerosas excavaciones ilícitas por todo el territorio griego.

También en 1833 se instituyó el Servicio Arqueológico estatal, cuya dirección recayó

inmediatamente en el experto clasicista alemán Ludwig Ross (los estudiosos germánicos jugarían un papel de importancia en el futuro de la arqueología griega a partir de ahora), autor en esos años de la reconstrucción del Templo de Atenea Niké. A pesar de que no se materializó, desde 1824 rondaba la idea de instaurar un museo arqueológico en el Partenón; el primero en inaugurarse, a nivel nacional, fue sin embargo el de Egina, en 1829, y en 1835 Otón I realizó el ensayo embrionario de reivindicar a través del canal diplomático la reintegración de los mármoles de lord Elgin. La problemática devolución de los originales del taller de Fidias permanece siendo una cuestión álgida, hasta el momento sin resolver.

No todos los partidarios del bando griego manifestaron una filantropía desinteresada como la de lord Byron, quien en 1824 pereció por la causa independentista, en Missolonghi. Los aliados franceses se veían en desventaja académica desde que lord Elgin le ganara la partida al conde Choiseul-Gouffier. Por este motivo, al enviar un ejército que operó en el Peloponeso de 1828 a 1833, la monarquía de Carlos X incorporó un cuerpo de científicos –a imitación de la invasión egipcia de Bonaparte–, la denominada expedición de Morea, a la que se le habían encomendado análisis detallados de la topografía, la geografía, la fauna y la flora, y de inventariar los restos arqueológicos de las áreas que transitasen, incluidos los bizantinos. A los anticuarios y artistas liderados por el arquitecto Abel Blouet se les ofrecía cartografiar el panorama urbano de las páginas más gloriosas escritas por los clásicos, Pylos, Micenas, Tirinto, Argos, Esparta, Nemea, la propia Atenas, Eleusis... La ley de 1827 se hallaba imposibilitada de acotar el botín que lógicamente tenía capacidad de reunir una incursión de esta magnitud, el cual, vistas las circunstancias, no fue excesivo. Las excavaciones más recordadas de Blouet se desenvolvieron en el Teatro de Epidauro, pero sobre todo en Olimpia. Aquí localizó la posición del Templo de Zeus, y recogió para el Museo del Louvre tres de sus metopas; pero asimismo, y también en Egina, investigó un interrogante que los sabios del Romanticismo comenzaban a entrever claramente: que en la Antigüedad los griegos habían pintado de colores vivos sus estatuas y sus monumentos. Stuart y Revett habían lanzado la voz de alarma relativa a la policromía de la edilicia antigua, aún perceptible en sus ornamentos arquitectónicos, documentados en los Propileos y en el Teseion atenienses. Dado que contravenía con la imagen de la perfecta palidez marmórea de la estética grecorromana, y las doctrinas en torno a la belleza prístina, se dijo que entonar la decoración respondía a una reminiscencia de los contactos con el mundo del Próximo Oriente, a un período imperfecto, arcaico, del arte heleno. Los viejos académicos se negaron en los decenios sucesivos a aceptar esta realidad, pero las pruebas que se acumularon hasta mediados del siglo XIX resultaron irrefutables.

La ciencia helenista francesa diversificó sus campos de actuación en esta época. En 1861 Napoleón III redactaba su *Histoire de Jules César,* y, emperador antes que escritor, se podía permitir destacar una misión en Anatolia que iluminase los aspectos arqueológicos e identificase las huellas materiales del avance de los legionarios del dictador durante su campaña contra Farnaces II del Ponto (derrotado en el 47 a. C. en la batalla de Zela, notoria por la expresión del César «veni, vidi, vici»). En sus viajes, sea por las regiones del Ponto, la Capadocia, Bitinia y Galatia, sea por Grecia, Siria y Egipto, el epigrafista Léon Renier y el filólogo clásico Georges Perrot transcribieron cientos de inscripciones. Una de ellas les hace dignos de mención en la historia de la arqueología grecorromana: el *Monumentum Ancyranum,* una réplica del testamento político del emperador Augusto, las *Res gestae Divi Augusti,* grabado en bronce en su mausoleo romano, y perdido hacía centurias. Perrot localizó la inscripción bilingüe (latín y griego) en el pronaos del Templo de

Augusto de Ancyra (la moderna Ankara), disimulado entre habitaciones vetustas y estructuras otomanas decrépitas.

Como se citará en el próximo apartado, las rencillas de la política internacional se reflejaban en la consolidación de parcelas de poder científico y en la constitución de organismos culturales, arqueológicos y de las restantes disciplinas que justificaran que determinada bandera europea ondeara en las zonas de interés colonial. El pulso mantenido por el rey Luis Felipe y la reina Victoria en el Levante mediterráneo en las décadas de 1830 y 1840 detonó, en términos académicos, en la fundación de *L'École Française d'Athènes* en 1846, hermanada con la Academia de Francia en Roma, un establecimiento del siglo XVII. Allí, los arqueólogos, filólogos, literatos, clasicistas, artistas y arquitectos galos dispusieron de una plataforma desde la cual promover la arqueología y la filología de la *Grandeur* nacional, explorar la geografía antigua hasta en los parajes más recónditos, catalogar los epígrafes y por supuesto estrenar nuevas excavaciones, como las abiertas frente a los Propileos de la Acrópolis en 1852 por el arqueólogo Ernest Beulé asistido por dos arquitectos, Louvet y Lebouteux. La cooperación entre ambas figuras profesionales se estrechó paulatinamente cuando corría el siglo XIX, porque los arquitectos, lejos de sólo dibujar monumentos y ensayar hipótesis de construcción de las ruinas, trabajaban documentando los yacimientos sobre el terreno, realizando las mediciones precisas, las planimetrías y estudios urbanísticos y edilicios, o mapeando las trincheras excavadas. A la sombra de un gran arqueólogo, siempre ha habido un gran arquitecto: el alemán Wilhelm Dörpfeld de Schliemann en Troya, o Theodore Fyfe y Christian Doll de Arthur Evans en Cnosos.

LOS MONUMENTOS DE ASIA MENOR EN EL MUSEO BRITÁNICO

El Imperio otomano blindó en 1869 y en 1874 su patrimonio arqueológico y monumental. El sultán Abdulaziz I, tiránico pero deslumbrado por el progreso y el vanguardismo de Europa, delegó en el Ministerio de Instrucción Pública la responsabilidad de condescender a las excavaciones arqueológicas, detuvo la exportación de antigüedades al extranjero (cuya compra competía al Estado) y decretó la creación del Museo Imperial de Constantinopla, que abrió sus puertas al acabar el siglo. Los desbordantes acontecimientos de las décadas anteriores habían influido en estas providencias, a continuación del expolio artístico de los británicos en viaje por Asia Menor, especialmente en las localidades de Licia, Halicarnaso y Xantos. Porque la Inglaterra victoriana, en vista de los movimientos del Estado rival, no había aguantado inactiva, aunque a diferencia de Francia, fue el dinamismo de individuos u organismos privados el que llevó adelante las exploraciones arqueológicas que finalizaron en el desmantelamiento de los monumentos minorasiáticos; a posteriori, comprobada la efectividad de estos hombres, el Gobierno sí intervendría en asegurarse los despojos pétreos. Charles Newton (1816-1894) y Charles Fellows (1799-1860) personificaron la figura del caballero-arqueólogo, el aventurero que a sus propias expensas, y a modo de pasatiempo, se lanzaba a realizar reconocimientos geográficos y excavaciones, y coleccionaba antigüedades que o bien retenía o bien liquidaba con el Museo Británico. Tampoco faltaban entre sus miras contribuir al mito del papel civilizador de la Gran Bretaña y de realzar el decoro nacional, bien atestando su principal museo de piezas inmortales que nadie poseyera o portando la Union Jack hasta comarcas inacostumbradas a los europeos. Ya en 1838 y en 1839 Fellows había marchado por la Licia, en el sudoeste turco, a donde volvió en sendas expediciones en 1841-1842 y 1843. En aquella, supervisaba que la Sublime Puerta cumpliese con los puntos estipulados en el *firman* que acordaba la cesión al Museo Británico de los monumentos que se excavaran en la población de Xantos, que el mismo Fellows había enclavado en sus visitas. Así, con graves daños para los vestigios licios, pues la impaciencia del inglés excedió la minuciosidad de sus técnicas, numerosas tumbas de la necrópolis se embarcaron rumbo a las islas británicas; resalta en el Museo Británico el monumento mortuorio, expuesto entero, de las nereidas, construido por artífices griegos del siglo IV a. C. con la morfología de un templete jónico para que reposaran en él los restos de un dinasta sometido a los persas, Arbinas. E, igualmente, los relieves de simbología funeraria y mitológica de la transición del fallecido convertido en héroe al inframundo del Hades de la Tumba de las Harpías (más que harpías posiblemente son sirenas), cuya remoción tiró abajo la estructura que adornaban.

Charles Newton apuntó hacia un objetivo de mayor envergadura. Su nombre se entrelaza con la búsqueda de lo que tenían de realidad las narraciones de Herodoto, Antípatro de Sidón, Plinio el Viejo o Vitruvio de las siete maravillas del mundo, las siete arquitecturas que despertaron el asombro de los antiguos. Vicecónsul destacado en la isla de Lesbos, anunció en 1857 que había descubierto en la moderna Bodrum el lugar donde se erigió el Mausoleo de Halicarnaso, la espectacular tumba del rey Mausolo y de su consorte Artemisia hacia el 350 a. C. En la actualidad, los diarios y la correspondencia del subordinado de Newton, el ingeniero militar Robert Murdoch Smith, parecen indicar que el mérito parece que se le debe adjudicar a él y a su entrenamiento en el

trabajo de campo. Pero independientemente al autor del hallazgo, de dicha construcción se recuperaron decenas de esculturas de bulto redondo y de relieves, aún con trazas de su pigmentación visibles, que reflejaban historias de la mitología (los combates entre los griegos y las amazonas o de los lapitas con los centauros), escenas heroicas y cortesanas, retratos de los soberanos y de los dignatarios de Halicarnaso, etc.; muchos de ellos aparecían reutilizados en los muros del Castillo de San Pedro, detrás de los cuales los cruzados se habían parapetado de los constantes ataques de la flota otomana. El hallazgo suscitó una merecida excitación, pues las fuentes hablaban de que Mausolo no había reparado en gastos a la hora de levantar el escenario de su último reposo, dado que el mármol empleado era del Pentélico y de Paros, las exclusivas canteras de la Antigüedad, y los ejecutores del proyecto diseñado por los arquitectos Pitheos y Satyros, los escultores Escopas, Leocares y Praxíteles entre otros. Así, el Museo Británico se apuntó otra victoria cuando parte de todo este cúmulo de figuras fragmentarias se restituyó y expuso en una de sus salas; su exhibición pública dura hasta el presente.

Tres décadas separaban el descomedimiento de lord Elgin y estas supuestas investigaciones científicas. Fellows y Newton se preciaron pioneros de la arqueología, al servicio de la excelsitud de su país, y disparejos por completo a los intereses y a los métodos del saqueador de los mármoles del Partenón. Algunas circunstancias sí que diferían diametralmente: Newton, por ejemplo, topografió el yacimiento de Xantos y señaló sobre los planos el sitio de donde desalojaba los monumentos. De por sí, esto constituía una novedad, pues más allá de las obras estatuarias se trató de mantener la integridad de las estructuras –no siempre con buen tino– con objeto de reconstruirlas en las galerías expositivas, una manera eficaz de enseñar la arquitectura y las costumbres funerarias de Xantos, si bien, cuando desmontar el monumento conllevó aprietos, no se despreció arrebatarle sólo su iconografía. Los dos hicieron uso de la fotografía, el avance técnico del período, anticipándose unos años a la valiosa naturaleza documental que se le concedería en las grandes excavaciones y a su papel fundamental como método de análisis en la arqueología. Su realismo intrínseco, además, revalidaba el estatus de la disciplina arqueológica dentro de las ciencias. Por último, estos *gentlemen* aventureros supieron cómo explotar sus historias, no tan sólo a través de sus libros, sino en los medios de comunicación, lección que aprendería a la perfección Howard Carter mientras desenterraba la tumba de Tutankhamon. La prensa informaba regularmente a los lectores de Occidente, aquí anglosajones, de la progresión de las excavaciones; los envolvía en ese aroma romántico de las tierras lejanas y exóticas que sus compatriotas, lidiando con arriesgadas situaciones, exploraban a fin de que el conocimiento triunfase sobre la oscuridad; y sus protagonistas filtraban a retazos sus andanzas a los diarios –ahora, ilustrados con profusión de grabados realizados a partir de las fotografías, lo cual duplicaba la sensación pintoresca del Oriente y del misterio de las ruinas–, consiguiendo poner la miel en los labios del público e incluso añadiendo así valor a las piezas que encontrasen, con miras a exigir sumas mayores a la hora de su negociación con el Museo Británico.

LOS INSTITUTOS DE ARQUEOLOGÍA Y EL COMIENZO DE LAS GRANDES EXCAVACIONES

Para proseguir con la historia de las excavaciones helénicas debemos retroceder en el tiempo y desplazarnos a la urbe que sometió a Grecia en el siglo II a. C. En Roma se forjó el modelo de las instituciones arqueológicas que especialmente a partir del último cuarto del siglo XIX se harían cargo de las investigaciones arqueológicas en el Mediterráneo oriental. Corría el año 1829 cuando se formó el Instituto di Corrispondenza Archeologica, con dos supuestos: el primero, la cooperación supranacional, como plataforma común –que superaba la figura individual del sabio– desde la cual abordar el estudio de la Antigüedad intercambiando ideas y adoptando puntos de vista globales. En sus filas militaron anticuarios y eruditos predominantemente alemanes, franceses e italianos, y un solo español, el médico-numismático Dámaso Puertas. Luego se incorporarían una veintena más. Y el segundo, el avance del anticuariado grecorromano como ciencia, una ciencia que se definía por el examen de los monumentos del arte clásico, al igual que la filología lo hacía por su dedicación a la literatura antigua. A lo largo de los cuarenta años siguientes, juntamente a la sistematización del pensamiento arqueológico y patrimonial, los corresponsales plurinacionales publicaron las excavaciones y los nuevos hallazgos que se sucedían en Italia, en Europa y en el Mediterráneo. Pero entonces estalló la guerra franco-prusiana, Guillermo I se proclamó káiser en París en 1871 y el Instituto di Corrispondenza Archeologica se metamorfoseó en el Imperial Instituto Arqueológico Germánico (1874). De esta manera, el hombre separó lo que la arqueología había unido en un academicismo cosmopolita y convirtió el progreso científico en una carrera de fondo contra las naciones enemigas, un arma más a empuñar en los sueños imperialistas de los siglos XIX y XX.

Esta inteligencia del conocimiento, de su misión y de las veredas enmarañadas de su producción, sustentó la fundación de las entidades orientadas a los estudios históricos y arqueológicos tanto en la capital italiana como en la griega y en Levante: transcurridos cinco años de la batalla de Sedán apareció en Italia l'École français de Rome (1875), en principio un centro de paso intermedio antes de viajar a su homóloga sede ateniense, al que siguieron el Istituto Storico Austriaco (1881), la American School of Classical Studies in Rome (1895), la British School of Rome (1901), el Istituto Storico Olandese (1904) o la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (1911). Los decenios dorados de las grandes excavaciones en Grecia y en Turquía se coordinaron en las instituciones que Europa y los Estados Unidos constituyeron en la ciudad del Partenón: el germano Athener Institut (1874), la American School of Classical Studies at Athens (1884), la British School at Athens (1886) y un largo etcétera que en el siglo XXI acumulan alrededor de veinte escuelas extranjeras, elenco del que España se halla fuera.

Sin que esto significase que el Estado griego y el Imperio otomano no practicaran sus labores arqueológicas, a finales del siglo XIX el mapa del mundo heleno se seccionó en áreas adscritas de manera consensuada a los países con intereses arqueológicos –sin descartar los políticos– que explotar en la región. Los franceses se hicieron fuertes en los yacimientos de Delfos, Delos o Thasos; los alemanes, en Olimpia, Pérgamo, Tebas, Samos y en el barrio del Cerámico de Atenas; mientras, los austriacos se destacaron en Samotracia. Distintos enclaves en el Ática y en Beocia (pero también Argos y Corinto) les correspondieron a los estadounidenses, mientras que el Peloponeso –y Creta,

repartida con los italianos–, con los sitios emblemáticos de Esparta y más tarde Micenas, fueron el bastión de la arqueología inglesa en Grecia. En las vastas campañas de esta época se leen todavía reminiscencias anticuarias aparejadas a los pasos agigantados que la arqueología clásica había dado en cuanto al rumbo que habían de tomar sus preocupaciones. Los helenistas no cejaban en su inclinación hacia las esculturas y las inscripciones como un objetivo prioritario, fuentes indispensables del arte y de la historia griegas, y el monumento singular, de atrayente arquitectura, atrapaba aún su atención, pero la comprensión de los entramados urbanos de las poblaciones antiguas, las teorías acerca de la ciudad de sus urbanistas y las estructuras domésticas que glosaban aspectos de la vida cotidiana irían enseñoreándose de las metas de las excavaciones. Coincidía en esto la arqueología con los estudios sociales, filosóficos e históricos que se publicaban contemporáneamente acerca de la relación de los pueblos con los espacios que anidaban, y de en qué consistían los rasgos distintivos de la ciudad, preguntas a las que el historiador Fustel de Coulanges intentó dar respuesta en su obra *Le cité antique*. En consecuencia, durante el desarrollo de las operaciones arqueológicas se exhumarían en extensión las ciudades enteras, procurando atender a sus necesidades de conservación. Las contradicciones de los arqueólogos decimonónicos se observan en las excavaciones francesas de Delos, las cuales, tras una tímida aproximación en 1873, arrancaron en 1877 a las órdenes de Théophile Homolle. Epigrafista y filólogo de formación, Homolle se apresuró a descubrir el Santuario de Apolo, primero porque su carácter le impelía a sacar a la luz el complejo sacro y oracular loado en las fuentes, y segundo por su seguridad de que en el recinto religioso se concentrarían los monumentos, las inscripciones y las estatuas (efectivamente, allí localizó una importante colección de epígrafes y de *Korai* arcaicas).

Desde fuera de las excavaciones, la opinión de los expertos coincidía en lo ventajoso que sería desenterrar la totalidad del enclave, que cronológicamente abarcaba las épocas arcaica, clásica y helenística, con sus vías, sus casas, sus objetos materiales, que ilustraban a la perfección la vida privada, sus almacenes y el puerto, testigos de la enérgica intensidad del comercio de la isla y del Mediterráneo. Pero el remedio a estas curiosidades topográficas llegó pasados esos años iniciales, de manera que en 1881 se sacó a la luz la Terraza de los Dioses Extranjeros (llamada así por los diversos templos consagrados a divinidades orientales); en 1882-1883, el teatro y su barrio adyacente; en 1886, uno de los gimnasios (los centros educativos de la antigüedad griega); en 1894, el distrito portuario; y antes de 1914, el estadio y las moradas que lo rodeaban, las palestras, la Terraza de los Leones, el Templo de los Doce Dioses, la Sala Hipóstila. Los arqueólogos alemanes se mostraron extraordinariamente críticos con el quehacer de Homolle, quien obviaba la estratigrafía, picaba profundas trincheras que fluían en todas las direcciones sin referencias y removía miles de metros cúbicos de tierra a lo largo de kilómetros con la ayuda de vagonetas tiradas por caballos. Método idéntico al desarrollado en las excavaciones de Delfos a partir de 1892, que requirieron la expropiación y derribo de la villa moderna de Kastri, levantada sobre la ciudad-santuario. Esos mismos profesionales alemanes, a los que coreaban los norteamericanos, deploraban la pérdida de la documentación topográfica y arquitectónica causada por la falta de arquitectos especializados (los arquitectos enviados desde la Academia de Roma se ocuparon de componer seductoras perspectivas que reconstruían cómo habría lucido la faz del yacimiento), la rápida y poco detallada marcha de las excavaciones, el retraso en editar los resultados, el irreconocible aspecto de las ruinas. La prensa helena equiparó a los arqueólogos franceses con los galos que habían invadido el país en el siglo III a. C., destruyendo la civilización a su paso. Hasta la primera década del siglo XX no varió este

panorama, cuando, con Maurice Holleaux a cargo de los trabajos arqueológicos, se contrató a un amplio equipo interdisciplinar de arquitectos, ingenieros, geógrafos, geólogos y dibujantes que documentasen los restos de la urbe, del territorio y la geografía física de Delos, que levantaran planimetrías de los barrios y del conjunto del yacimiento, que registrasen la arquitectura habitacional y sus impresionantes aparatos decorativos de mosaicos y frescos (que hubo que reproducir con acuarelas, pues la fotografía a color no se había inventado).

Los estudiosos austriacos y alemanes introdujeron los parámetros esenciales de la arqueología clásica contemporánea de base científica. Las excavaciones de Olimpia, sede de los populares juegos panhelénicos en la Antigüedad, se vendieron con el reclamo de constituir una empresa cultural que honraba al pueblo alemán, ya que el Estado no recababa piezas originales de ellas: así lo concertaba la negociación entablada con Grecia, cuyo permiso sí alcanzaba a exportar los moldes en yeso de las esculturas que hallaran. Desde antes de comenzar su andadura el objetivo no había sido el saturar un museo con nuevas obras maestras. Por lo tanto, las ciento treinta estatuas salvadas entre 1875 y 1881, las cuatrocientas inscripciones, las miles de monedas, los mil trescientos fragmentos de oro y la infinidad de figurillas en barro y bronce, cerámicas y utensilios no salieron del suelo heleno. Una cierta desazón siempre perduraba después de invertir fuertes sumas en excavaciones que no reportaban beneficios materiales. Es por eso que las operaciones conducidas por Carl Humann en Pérgamo desde 1876 sí consiguieron del Gobierno otomano determinadas mercedes, de las que proviene que el altar helenístico ornado con los frisos de la gigantomaquia se exponga en el Pergamonmuseum. Al excavador de Olimpia, Ernest Curtius (de sus colaboradores destacaré a los arquitectos Friedrich Adler y Wilhelm Dörpfeld, este último director técnico a partir de 1878), le atraía la idea de dar a conocer las imágenes de los atletas vencedores, algunos glorificados por los autores grecorromanos, tanto como analizar sus monumentos: el Templo de Zeus, el Heraion, dedicado a su consorte, las palestras, altares, estadios, stoas, tesoros o templetes donde las polis depositaban sus ofrendas, las sedes institucionales del Prytaneion, del Bouleuterion, etc. Su proyecto, no obstante, residía en dejar al descubierto el recinto entero, comprobar su planta y entender su disposición. Curtius y sus arquitectos guiaron con constancia la perforación a siete metros de los entre quinientos y ochocientos obreros empleados en el yacimiento. Se había concluido con la tradición del arqueólogo aventurero, en sempiterno peregrinaje de aquí para allá, explorando las ruinas, volviendo al hogar cargado de botín. Ahora, el Estado germano destacaba a sus arqueólogos profesionales en sus campañas de excavación durante años, sin desvincularlos ni del emplazamiento ni de la posterior investigación de la que nacía su publicación, al frente de los aspectos organizativos, la contabilidad y administración de los fondos, la supervisión de los peones, la conservación de los restos... Una vez cerrado el yacimiento no se tenía que haber descuidado ninguna particularidad documental; el futuro científico, así como la divulgación histórica de la ciudad sondeada dependía de una óptima elaboración de los diarios, informes, croquis, dibujos, planos topográficos y fotografías, de la recogida de hasta los objetos más insignificantes y de menor entidad, aunque asimismo de su preservación. Estos serían los derroteros de la arqueología clásica hasta la Primera Guerra Mundial, la cual señalaría el punto final de estas grandes excavaciones.

La seducción del desierto: arqueólogos, viajeros, diplomáticos y aventureros europeos en Egipto y en Mesopotamia

SOLDATS, DU HAUT DE CES PYRAMIDES, QUARANTE SIÈCLES VOUS CONTEMPLENT...

Antes de que Occidente pusiera el pie en las arenosas playas del delta, la civilización egipcia era una vieja conocida. Los doctos en las lenguas entonces no tan muertas como ahora habían leído las informaciones compendiadas por Herodoto durante su viaje a Egipto, y las galerías de Roma, y hasta la propia ciudad, abundaban de recuerdos milenarios usurpados por los emperadores. Entre los siglos XV y XX, los obeliscos con los que los arquitectos romanos habían decorado la *spina* o estructura central de los circos se levaron en las principales plazas de la urbe, en Navona, el Popolo, el Laterano, el Quirinal, y aunque nadie se hubiese llevado la palma de su desciframiento, no pocos sabios se habían interrogado acerca del significado de los jeroglíficos. Las clases cultas de la Ilustración leían con curiosidad las descripciones de las jornadas egipcias de Richard Pococke (viajero en Egipto en 1737-1738), las exploraciones del Valle de los Reyes de James Bruce (alrededor de 1770) o la obra *Necrophilia. El arte de embalsamar* (1705) del cirujano Thomas Greenhill, quien nunca visitó el país del que escribía. No obstante, los datos presentados, a parte de su bizarro atractivo, no contaban con la garantía de unos estudios serios que desbrozasen la vía a una ciencia entregada a los restos materiales egipcios.



COGNIET, Léon. *La expedición en Egipto de Napoleón Bonaparte* (1835). Museo del Louvre, París. Napoleón inauguró las expediciones militares a Oriente acompañado de grupos de eruditos que desentrañaran los misterios de las civilizaciones hasta entonces desconocidas.

Las guerras imperialistas tuvieron como contrapartida la transformación de esta situación. La invasión de las islas británicas se hallaba fuera de las posibilidades del Directorio revolucionario, pero no así la intromisión en los intereses regionales anglosajones en el Mediterráneo oriental. La conquista de Egipto controlado por los mamelucos, bajo gobierno otomano, constituía la estratégica llave de entrada a Levante y una base de operaciones desde la que entorpecer el comercio de la India inglesa, si no consumar su conquista. El general elegido para liderar la expedición miliar fue Napoleón Bonaparte, el nuevo César, el Alejandro Magno de la modernidad. Plenamente consciente del insondable desconocimiento del Egipto faraónico, considerado el remoto edén de las creaciones artesanas, tecnológicas y artísticas humanas, a su contingente de 35.000 soldados añadió un cuerpo de 167 eruditos de alto nivel seleccionados ex profeso con la finalidad de realizar las averiguaciones sobre la cultura egipcia pertinentes a sus distintas ramas del saber. La Comisión de las Artes y de las Ciencias la conformaban tres astrónomos, cuatro arquitectos, ocho dibujantes, diez literatos, trece naturalistas e ingenieros de minas, dieciséis cartógrafos, diecisiete ingenieros civiles, veintiún matemáticos y veintidós impresores, además de orientalistas, médicos, farmacéuticos, artistas, músicos, químicos, intérpretes... Se los apodó los «mulos de Napoleón», pues se trataba de individuos elegidos jóvenes y no exentos de coraje, aptos para resistir el abrasador calor del desierto, soportar largas marchas y recorrer un país en pie de guerra.

Bonaparte designó cabecilla de esta tropa escolástica a un ilustrador, ocasionalmente escritor erótico, diplomático durante el absolutismo y futuro director del Museo del Louvre, Dominique Vivant Denón (1747-1825). Sobre sus espaldas recaía la responsabilidad de resucitar unos vestigios

y una historia largamente olvidada, a través de excavaciones, de registrar las antigüedades en diseños, en planos arquitectónicos y topográficos, de la anotación de sus dimensiones. La vertiente arqueológica iba acompañada de los análisis geográficos, botánicos, del medio natural y de la fauna, artísticos y etnográficos, económicos, del tipo del funcionamiento de los sistemas de irrigación, del rendimiento agrícola o de la fertilidad provocada por el río Nilo. Las preocupaciones anticuarias de la Comisión, representativas del pensamiento dieciochesco, concibieron así la egiptología, a la que el caudillo corso prestó un dispositivo institucional. En julio de 1798 Napoleón derrotó a los mamelucos en la batalla de las Pirámides, donde pronunció su celebérrima alocución invocando el arcaísmo de dichos monumentos como testigo de las proezas pasadas y presentes, con muy buen tino, pues sólo erraba en tres siglos su datación, por entonces vacilante. Enseguida instaló en el Cairo el *Institut d'Égypte* –extinguido en 1801 y que en 1859 se trasladaría a Alejandría, tras renacer en 1836 como Sociedad Egipcia–, que habría de coordinar y estructurar las heterogéneas investigaciones de los intelectuales franceses, cuya mastodóntica forma editorial resultante fue la *Description de l'Égypte*. Se invirtieron veinte años (1809-1829) para completar la serie de veintitrés volúmenes –entre textos, mapas, ilustraciones, que se contaban a miles, y cerca de novecientas láminas– para que la primera obra de egiptología se ofreciera a un público tanto académico como pedestre, inaugurando así la egiptomanía que sacudió a Europa en estas fechas. Los grabados en los que trabajaron cientos de profesionales mostraban inscripciones, relieves, vistas paisajísticas y monumentales, sin desdeñar el toque orientalista, tipologías de vasos, de carros de guerra, de objetos o especies faunísticas extraídas de las pinturas y relieves de las edificaciones, momias completas, o sus vendajes y amuletos, incluidas las momias de animales (de aves, chacales, cocodrilos, serpientes, perros...), pinturas de sarcófagos, figuraciones de los mismos construidos en madera, piedra y bronce, reproducciones de papiros, plantas arquitectónicas de tumbas, variedades de capiteles, recreaciones gráficas del aspecto de los monumentos, planos topográficos (como el de Elefantina o el de Tebas), dibujos de esculturas (como las imágenes colosales de Memnón o de las avenidas de carneros), de obeliscos, de columnas pertenecientes a las salas hipóstilas...

En 1802, los lectores europeos –puesto que enseguida se tradujo del francés al alemán y al inglés– recibieron un avance de las maravillas egipcias en el *Voyage dans la Basse et la Haute-Égypte,* redactado por Vivant Denón. Desde su desembarco en Alejandría, su cabeza había empezado a proyectar las labores arqueológicas y de saqueo a desplegar en la ciudad: determinar el trazado de la muralla ptolemaica, excavar en la denominada columna de Pompeyo con objeto de aclarar a qué edificio incumbía o cargar el obelisco «de Cleopatra» en un barco con destino a París. «Un pequeño número de franceses, bajo el mando de un héroe, acababa de conquistar una parte del mundo», diría el autor francés concluida la batalla de las Pirámides. Pero los mamelucos, guiados por Murad Bey, huían hacia el sur, hacia el Alto Egipto, y Denón acompañó a la expedición punitiva con la esperanza de examinar todos los templos y las ruinas que la prolongación del conflicto le permitiese. Hubiese deseado que los altos en Guiza, Edfú, Dendera, Hieracómpolis, Tebas, el Valle de los Reyes o la isla de Filae le hubiesen consentido más tiempo para copiar los jeroglíficos, mapear los restos y ejecutar las vistas, pero las circunstancias bélicas obligaban a partidas precipitadas y a dibujar en condiciones precarias, a caballo, con los pliegos sobre sus rodillas o bien utilizando las espaldas de los soldados como soporte. En la narración de Denón se entrevén los puntos oscuros que lógicamente acarreaban en este estadio incipiente los estudios arqueológicos de la civilización del Nilo. En Guiza, el erudito ponderó la Esfinge («Es carne y es vida», anotaría), pero sin discernir a qué faraón

retrataba, y penetró en la pirámide de Keops, la única accesible en la época, sin saber siquiera a qué difunto había albergado; el libro II de la *Historia* de Herodoto proponía al faraón de la IV dinastía Kufu, el Keops griego, pero con ironía descartaba la leyenda de que este había prostituido a su hija a fin de hacer frente a los exorbitantes gastos de manutención de los obreros.

En Luxor no perdió la ocasión de saquear tumbas, no obstante a los esfuerzos de los aldeanos de las inmediaciones por ocultarlas y así defender su exclusividad en el comercio de objetos antiguos y de momias. Una de ellas le permitió realizar algunas observaciones científicas, relativas a la distribución de los cuerpos, la depilación en las mujeres egipcias o la generalización de la circuncisión entre los hombres. Tras lo cual, se llenó los bolsillos de puñados de pequeños ídolos y recogió la cabeza de una anciana, «tan bella como las de las Sibilas de Miguel Ángel». Y es que a la par que la Comisión amasaba una importante colección de restos materiales egipcios, Denón adquiría sus propias piezas, idolillos y amuletos, medallas romanas, fragmentos de estatuas, papiros... De hecho, mientras que él salvó su recopilación anticuaria, a la Comisión le resultó imposible preservar la suya.

En 1798 el almirante Nelson destruyó la flota francesa en la batalla del Nilo; Napoleón –con Denón entre sus adjuntos– burló el bloqueo marítimo británico un año después y marchó a París, donde protagonizó el golpe de Estado de Brumario del que emanó el Consulado. La diezmada tropa francesa restante se rindió al enemigo en 1801, y una cláusula de la rendición forzaba a los sabios a entregar a los vencedores el conjunto de dibujos, mapas, apuntes y materiales producidos a lo largo de los tres últimos años. Indignados, aquellos amenazaron con quemarlo todo si no se les toleraba conservar su documentación. Los ingleses accedieron a ello –gracias a lo cual la *Description de l'Égypte* se convirtió en una realidad–, así como a no confiscar la colección de plantas, animales y minerales, mas no así la colección de antigüedades, demasiado suculenta para que no ingresara en el Museo Británico. El lote incluía uno de los actuales símbolos de la galería londinense, aún más, de la egiptología: la piedra Rosetta. En 1799 los ingenieros franceses que rehacían una fortaleza árabe en la población portuaria de Rashid –Fort Julien la denominó la partida invasora–, la Rosetta a decir de los europeos, situada al este de Alejandría, se habían topado con una extraña piedra de basalto, de algo más de un metro de altura, reutilizada en alguna pasada reparación del bastión. Al capitán al mando, Pierre-François Bouchard, no le pasó desapercibida la trascendencia de un hallazgo en el que se distinguían diferentes tipos de escrituras, una de ellas el griego, lo cual no hacía descabellado cavilar que las demás tradujesen el mismo texto, y así se lo comunicó al general Jacques Manou. Este custodió la estela basáltica en su residencia, y cuando llegó el momento de traspasar a los ingleses los tesoros arqueológicos retuvo la piedra Rosetta, aduciendo que era de su propiedad. Se requirió un destacamento de artillería y que la boca de un cañón apuntara hacia su casa para que Manou la consignara, de manera que en 1802 ya se exponía en el Museo Británico. Por otra parte, los *savants* de Bonaparte se resarcieron al poder efectuar vaciados de la pieza y copias en calco de su contenido, facsímiles que en breve le serían de tanto provecho a un joven lingüista del Mediodía francés, Jean-François Champollion (1790-1832). A él volveremos después.

LOS AÑOS DE LOS CAZADORES DE TESOROS

Los vaivenes políticos en el Egipto de las guerras napoleónicas elevaron al poder a un valí de origen albanés, Mohammed Alí (entre 1805 y 1848 en el poder), quien suprimió la soberanía de los mamelucos y gobernó, aunque sólo simbólicamente, en representación del sultán otomano, pues en la práctica regía un Estado independiente. Sus intenciones de modernización tecnológica lo acercaron a Europa y a una excesiva permisividad acerca de las actuaciones de los agentes extranjeros, quienes entraron en directa competencia con los nativos en la carrera de depredación de reliquias arqueológicas, la búsqueda de tesoros y el latrocinio de tumbas. Esta sería la tónica de la primera mitad de siglo. La rivalidad franco-británica en el campo del anticuariado de Grecia se repetía aquí entre los cónsules Bernardo Dovretti, un exmilitar de confianza del emperador corso, y el retratista mutado en diplomático Henry Salt (aquel ocupó el cargo hasta 1829, el segundo hasta 1827), y no sólo el Museo Británico o el Louvre se nutrieron de las colecciones egipcias resultantes de esta porfiada concurrencia, sino también los museos de Turín o Berlín. De Salt se recuerda fundamentalmente a los subordinados que le sirvieron en bandeja toda clase de descubrimientos, los italianos Giovanni Battista Belzoni (1778-1823) y su tocayo, Giovanni Battista Caviglia (1770-1845), ninguno cultivado en las mañas arqueológicas. Trató de ganarse asimismo el apoyo de Champollion, pero de manera infructuosa.



GAUCI, Maxim. *Giovanni Battista Belzoni* (1821) (Clayton, 1982). El gigante italiano, después de haber sido forzudo en espectáculos circenses, se convirtió en uno de los primeros anticuarios interesados por Egipto.

Belzoni se había ganado la vida en Inglaterra como forzudo de circo (medía más de dos metros y había diseñado un artilugio para sostener a doce personas a la vez), y un fallido negocio de venderle a Mohammed Alí bombas hidráulicas de aplicación agrícola en 1815 lo aproximó al cónsul Salt, quien lo orientó a una serie de empresas de envergadura. A propuesta de Salt, en 1816 trajinó por vía fluvial la testa colosal de Ramsés II, de varias toneladas de peso, desde Tebas a Alejandría (de allí pasó al Múseo Británico). Posteriormente, en 1819, por cuenta de un particular apasionado de la egiptología, repitió la hazaña con el obelisco de la isla de Filae. En las comisiones que asumía no daba jamás su brazo a torcer, a pesar de la delicada combinación de la natural indocilidad autóctona a ser despojados de sus monumentos y de la resolución de los asalariados de Dovretti a detener sus maniobras recurriendo a la violencia. Una infinitud de hitos de ambiguo mérito jalonaron su carrera: en Tebas localizó media docena de tumbas rupestres de la rivera oeste del Nilo, incluida la de Seti I, una de las más impresionantes del Valle de los Reyes, cuya sensacional y colorida decoración se

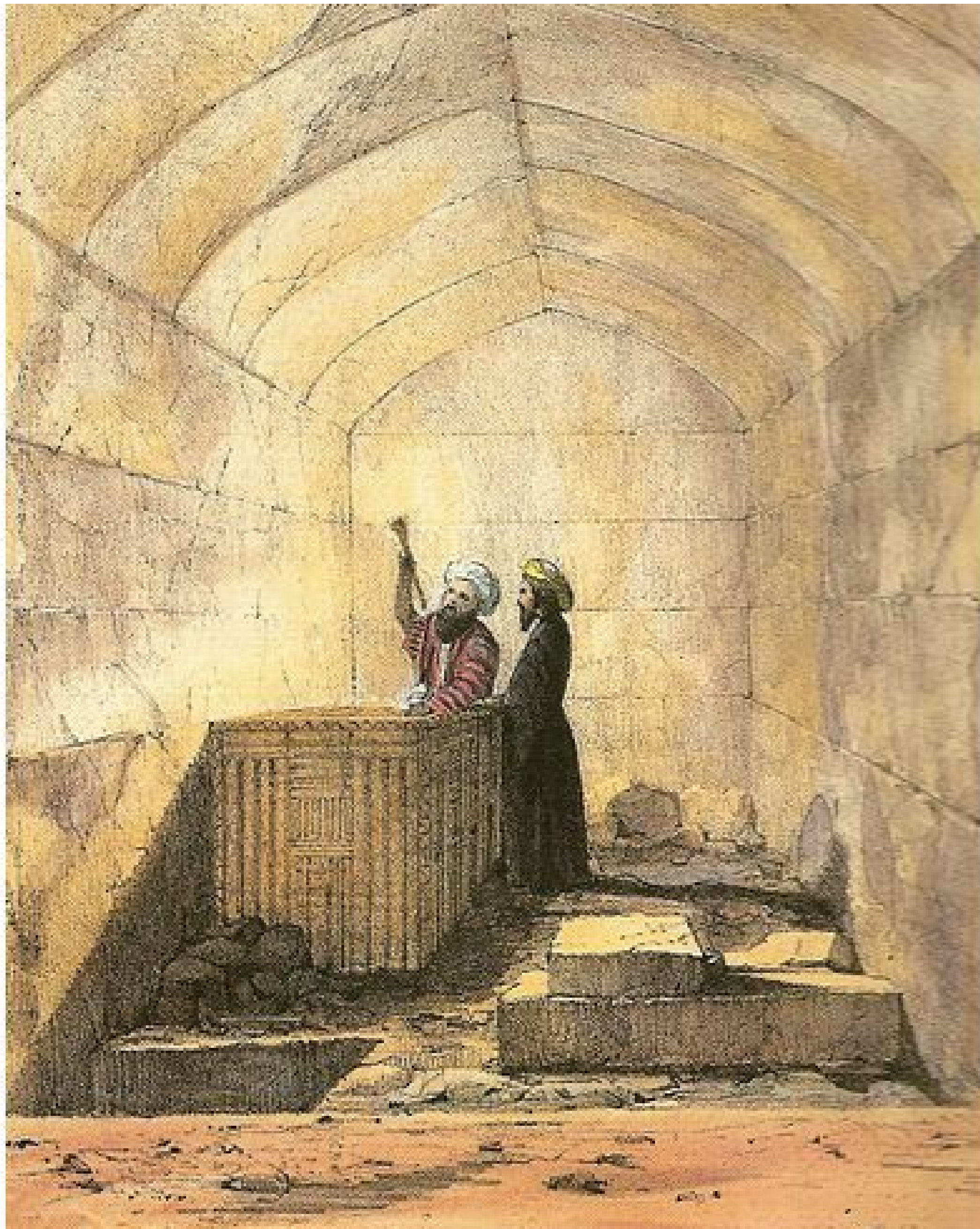
divulgó por Europa en virtud de la reconstrucción que confeccionó en el Egyptian Hall de Londres y en París. El gigante de Padua no irrumpió únicamente en el interior de la pirámide de Kefrén, ocluida desde el Medievo –luego, en 1837, el oficial inglés Vyse detectó otra entrada–, sino que despejó de arena la entrada al templo nubio de Abu Simbel, consagrado en el siglo XIII a. C. al culto de Ramsés II, y se convirtió en 1817 en el primer occidental que lo visitaba, pues el explorador suizo Burckhardt, descubridor del mismo –¡y de la ciudad de los nabateos de Petra!–, fue incapaz de acceder a él. Aquí, ordenó levantar un plano del recinto y señalar en él la posición de las estatuas e invirtió su tiempo registrando sus escenas e inscripciones.

Las acciones de Belzoni no se diferencian a las de un vulgar profanador de sepulcros: no los rastreaba con el objetivo de advertir sus solemnidades funerarias ni de entender el enigmático significado de sus frescos y relieves, o de apreciar la arquitectura de la muerte, sino decidido a robar los papiros resguardados entre los vendajes de los cadáveres o los sarcófagos de mejor calidad, como es el caso del esculpido en granito rosa para Ramsés III, exhibido sin su tapa en el Louvre. La propia corpulencia del italiano arrastraba una irremediable destrucción de vestigios en los estrechos corredores de los escondrijos subterráneos socavados en las escarpadas colinas de la necrópolis tebana, de momias aplastadas como sombrereras, de huesos y féretros de madera quebrados, de piernas, brazos y cabezas sembradas a su paso, lo cual fue criticado con dureza por los arqueólogos posteriores. No llegaría a sospechar el compromiso científico que contraería la egiptología, dado que pereció pronto, en 1823, mientras iba al encuentro de las fuentes del río Níger.

En cuanto al genovés Caviglia, a partir de 1816 trabajaba a cuenta de Salt en la explanada de Guiza, en sus necrópolis, en la gran pirámide de Keops (de hecho, se abrió camino en sus galerías internas y rubricó el descubrimiento de alguna de sus estancias subterráneas) y sobre todo en la Esfinge. Desembarazó de arena las patas anteriores de la misma, gracias a lo cual alcanzó el nivel de pavimentación que ahí aguardaba, enterrado, al igual que la entrada a la capilla y las escalinatas de ascenso al monumento. Con sorpresa leyó un texto en el que el faraón Tutmosis IV declaró que, al caer somnoliento a los pies de la Esfinge, la talla híbrida se le había aparecido en sueños a fin de revelarle que reinaría sobre Egipto si la libraba de la arena que la oprimía. Era la *Estela del Sueño* de Tutmosis IV.

Dentro de lo que cabe, la metodología de Caviglia no resaltaba como la más perjudicial de la Egiptología de entonces, pero sin embargo sí se asoció con individuos de pocos escrúpulos. En 1836, el italiano y el ingeniero civil John Perring entraron al servicio de Richard W. Howard Vyse (1784-1853), un coronel del Ejército británico atraído por las aún misteriosas pirámides. De él se puede asegurar que efectivamente se apoderó de algunos de sus secretos mejor guardados, descritos en su libro *Operations carried on at the Pyramids of Gizeh in 1837* (1840, 1842). Pero a Vyse no lo detenían los muros milenarios, así que los avances en el conocimiento del trazado interno de las tumbas reales se efectuaron a costa de buenas dosis de explosivos en ellas. En la mayor, dio con partes del revestimiento marmóreo original y añadió nuevas cámaras a las despejadas en el siglo XVIII, en realidad espaciosas oquedades que aligeraban el peso que reposaba sobre el ambiente sepulcral, y por lo tanto privadas de evidencias materiales, a las que tras medirlas se les adjudicó los apelativos de cámaras de Nelson, Wellington, Campbell –el cónsul a la sazón– y lady Arbunthnot. A partir de su paso por ella ya no había que restringirse a la lectura de Herodoto al atribuir la paternidad de la pirámide, porque el hallazgo de varios cartuchos con el nombre de Kufu escrito confirmó la noticia. En la pirámide menor, la de Micerinos, realizó una incursión en 1837 que le

valió el premio de desembocar en los aposentos fúnebres y darse cuenta de su reutilización a lo largo de la historia: no lejos del sarcófago de basalto vacío del faraón, en una habitación superior, aparecía otro de madera ocupado por una mujer de la dinastía Saíta (dos mil años posterior, s. VII a. C.) y un cúmulo de huesos. Las pruebas de radiocarbono contemporáneas fechan estos restos óseos tras la oficialización del cristianismo; así que o bien un miembro de la comunidad cristiana usó la pirámide como su catacumba particular, o bien, según autores que recelan de la integridad de Vyse, este amañó todo el asunto para apuntarse otro tanto al identificar al receptor de esa otra pirámide. Empero, Vyse no sacó provecho del hurto del sarcófago de Micerinos, pues la nave *Beatrice* que lo sacó de Egipto naufragó a causa de una tempestad en la costa italiana según unos, o frente a la de Cartagena en opinión de otros.



ANDREWS, Edward James. *John Perring y Richard W. Howard Vyse ante el sarcófago de Micerinos,* (1837) (Siliotti, 2005). Hoy en día el sarcófago se halla sumergido en las profundidades del Mediterráneo. La nave que lo transportaba hasta Inglaterra –la goleta *Beatrice*– se hundió frente a las costas de Cartagena en 1838.

EL DESCIFRAMIENTO DE LA PIEDRA ROSETTA Y LA CONSOLIDACIÓN DE LA EGIPTOLOGÍA

Regresemos a la estela trilingüe de Rashid en la que se fijó el capitán Pierre-François Bouchard en 1799. Enseguida se supo que había sido inscrita en el 196 a. C. y que reflejaba un decreto honorífico que loaba la divinidad del soberano helenístico Ptolomeo V Epífanes. Llegar a estas conclusiones no intrincaba mérito alguno, dado que el epígrafe griego había sido traducido casi inmediatamente por los helenistas. Las otras dos escrituras tenían que ser traducciones idénticas de la misma proclama, pero esas sí lanzaban su guante al rostro de los filólogos, aunque algunos tímidos avances se habían ido realizando. Silvestre Sacy y otros especialistas habían llegado a la conclusión de que los caracteres demóticos correspondían a una versión rápida, taquigráfica, de los jeroglíficos, así como de que los cartuchos encerraban los nombres de los monarcas. Y el médico Thomas Young se había percatado de que, al contrario de lo estipulado por las teorías imperantes, los jeroglíficos no representaban meros símbolos pictográficos, sino que el sistema de escritura efectivamente podía reflejar palabras enteras, pero también combinaba grafías de valor alfabético, es decir, representaciones de una sola letra, y silábicas. Que contenía una dimensión fonética además de la ideográfica. Todas estas intuiciones, reputadas a menudo a Champollion, beben de un poso académico anterior a partir del cual el precoz investigador francés llevó a cabo el desciframiento de los jeroglíficos.

Precoz, porque desde su niñez, creyéndose predestinado a rellenar ese vacío relativo al idioma de los antiguos egipcios, recolectó una serie de sapiencias que le serían útiles en dicha labor. A los diecisiete años de edad sabía a distintos niveles griego, latín, árabe, hebreo, sirio, caldeo, sánscrito, persa, parsi, pahlavi, chino y etíope, además de inglés, italiano y alemán. Y a los diecinueve ingresó en el cuerpo docente de la Universidad de Grenoble. Su acogida en el seno de la Société des Lettres, Sciences et Arts de Grenoble a los dieciséis había sido precedida en 1807 por la lectura de una memoria ante sus académicos trascendental en el utillaje intelectual que Champollion aplicó a la comprensión de la lengua egipcia; según su teoría, el copto moderno descendía del lenguaje del Egipto antiguo, expresado con caracteres griegos.

Con esta idea en mente, se convirtió en un verdadero experto del idioma copto. Así que empezó a trabajar sobre los calcos de la piedra Rosetta que los eruditos franceses salvaron del desastre napoleónico en Levante, más adelante, en 1821, cotejados con las inscripciones bilingües del obelisco sustraído de Filae por Belzoni o las copias de escritos de templos que se le remitían de toda Europa. La primera provisión que adoptó residió en la transcripción del nombre griego *Ptolemaios* en su equivalente jeroglífico enmarcado dentro de un cartucho. A este le siguió el de Berenice, y con el muestrario de signos fonéticos desvelados, se dedicó a valerse del mismo procedimiento con los patronímicos reales de otros cartuchos. En paralelo, encontró las correspondencias de numerosos signos alfabéticos coptos con las letras demóticas. De estos estudios teóricos en 1822 publicó su obra fundamental, la *Lettre à M. Dacier, relative à l'alphabet des hiéroglyphes phonétiques,* en la que presentaba un alfabeto egipcio de veintiséis letras, que contenía determinados errores que probó a enmendar en otro volumen de 1824.

La civilización egipcia renacía así a pasos agigantados de la mano de los análisis filológicos,

labrando el futuro de la ciencia que indagaría todos los aspectos de una de las culturas más adelantadas de la Antigüedad. Se hacía necesario dejar atrás los gabinetes y salir al exterior a demostrar la validez de las conjeturas de Champollion. A una inicial batida por las colecciones egipcias de Turín, Roma, Florencia o Nápoles le sucedió una expedición internacional, sufragada por Carlos X de Francia y Leopoldo II, gran duque de Toscana. La lideraban el propio Champollion y el fundador de la egiptología italiana, Ippolito Rosellini (1800-1843). El grupo franco-toscano de filólogos, orientalistas, arqueólogos y artistas marchó en 1828 en una misión de documentación, calificada de científico-literaria, no sólo a fin de refrendar las presunciones de Champollion sino de recopilar el mayor material histórico y arqueológico posible, vencidos por la aprensión de que personajes de la catadura de Belzoni arruinaran las fuentes primigenias a las que interrogaba la egiptología. La gran divergencia respecto a otras exploraciones es que ya se hallaban capacitados de leer los relatos incisos en los monumentos, en las edificaciones, obeliscos, estatuas y sepulcros, e interpretarlos sobre la marcha. En 1829 los dibujos, copias y planos se contaban a cientos, al igual que las ciudades y tumbas franqueadas por los viajeros: Guiza, Menfis, Saqqara, Beni Hasan, Sais, Filae, Luxor, Karnak, Tebas, el Valle de los Reyes (aquí montaron sus alojamientos en la tumba de Ramsés VI) o Abu Simbel, que prosiguieron extrayendo de su sima arenosa. Tampoco era pequeña la cantidad de piezas o pinturas sacadas a la luz en sus excavaciones, compradas a mercaderes o directamente retiradas de su sitio, ejemplificadas por sendas pinturas arrancadas de la tumba de Seti I, las cuales se repartieron fraternalmente entre París y Florencia. El temprano fallecimiento de Champollion en 1832, habiendo obtenido responsabilidades de relieve, entre ellas la de conservador de la colección egipcia del Louvre o la de profesor de la cátedra de Arqueología Egipcia del Collège de France, suscitó que el francés únicamente atisbara el comienzo del vasto proyecto editorial de los nueve volúmenes de *I Monumenti dell'Egitto e della Nubia,* el último de los cuales no se imprimió hasta 1844.

Estudiosos franceses, italianos e ingleses estaban avanzando rápidamente en la apuesta arqueológica por Egipto, y dos empresas de prestigio, la apenas mencionada dirigida por Champollion y la napoleónica que cerró el siglo XVIII, hacían competencia a la figura del aventurero solitario. Prusia, una nación hasta ahora apartada de esa pugna cultural, de característico tono imperialista, quiso estrenar la puesta de largo de sus inquietudes científicas en Egipto mediante la organización de una macro-expedición al mando de un filólogo y profesor de Egiptología de la Universidad de Berlín, Richard Lepsius (1810-1884). Alumno de Rosellini, había visitado buena parte de los museos con antigüedades egipcias de Europa, había aprendido sobre la materia en Italia, y su compromiso con que su país adquiriera un espacio privativo en las regiones orientales era absoluto. El káiser Federico Guillermo IV puso a disposición de Lepsius cuantiosos medios y personal para que durante varios años los investigadores, arqueólogos, pintores y grabadores prusianos multiplicaran la documentación monumental e histórico-arqueológica de Egipto y de Nubia producida hasta mediados de siglo, superando con creces lo realizado por el equipo franco-toscano. Pero no debemos engañarnos, a lo largo de esos más de tres años (1842-1845) la reunión de objetos y monumentos destinados al Museo Egipcio de Berlín –institución todavía en su infancia, cuya dirección asumiría Lepsius– constituyó un objetivo primario de la expedición; nada menos que unos quince mil vaciados en yeso y hallazgos, entre momias, sarcófagos, pinturas, inscripciones, relieves, estelas, estatuas –citaremos la de Amón retratado con cabeza de carnero que arrastró fuera de su templo de Gebel Barkal con la fuerza motriz de un centenar de sudaneses, imagen que recordaba los

tiempos de Belzoni–, un obelisco y varias estructuras sepulcrales completas se recibieron en la capital prusiana con el retorno de los expedicionarios. A favor de Lepsius, hay que decir que actuó dentro de la legalidad vigente –del todo arbitraria–, pues poseía las licencias de exportación oportunas, y que cuando paulatinamente vieron la luz los doce volúmenes de *Denkmäler aus Aegypten und Aethiopien* (1849-1859), los yacimientos, las construcciones, el arte y la epigrafía abarcables entre el Sinaí y Khartoum se desplegaban ante los ojos del lector. Además de centros a los que apenas se les había prestado atención, nos referimos a Gebel Barkal, Napata, Meroe o Naga. Como igualmente a los prusianos se les habían adjudicado permisos de excavación, iniciaron sus operaciones desescombrando los enterramientos regios de Ramsés II, Merneptah o Hatshepsut en el Valle de los Reyes y retomando la limpieza de la fachada externa de Abu Simbel. En los círculos de la arqueología de rigor, sin embargo, Lepsius se liga en especial a la excavación del Laberinto de Hawara, la edificación fúnebre adscrita a la pirámide de Amenemhat III (s. XIX a. C.).

La fama de la excavación prusiana proviene de que Lepsius introdujo en sus dibujos secciones estratigráficas, hecho anómalo en la arqueología decimonónica, y sobre todo en la egipcia y en general del Próximo Oriente, puesto que el método estratigráfico no se usaría en esas áreas casi hasta sobrevenido el siglo XX, propiciado, de nuevo, por los alemanes. A su vuelta a Berlín, a Lepsius ya se le admitía una notoriedad imperecedera en el campo de la egiptología, incrementada en el de la lingüística al descubrir en Tanis, en 1866, el decreto helenístico de Canopo, con textos en griego, demótico y jeroglífico, una hermana menor de la piedra Rosetta pero de equivalente importancia en el proceso de desciframiento de los jeroglíficos. Quizá Lepsius auguraba el exitoso legado que dejaría a su país, cuando una mañana del 15 de octubre de 1842, en los días inaugurales de su misión, celebró el cumpleaños del káiser en lo alto de la pirámide de Keops; una pintura de Georg Frey rememora la escena y a un orgulloso Lepsius exclamando tres hurras por Federico Guillermo IV bajo la ondeante bandera prusiana.



FREY, Georg. *La expedición prusiana celebrando el cumpleaños del emperador* (1842) (Siliotti, 2005).

En 1845, cuando los cerca de trescientos cajones contenedores de los miles de restos arqueológicos partieron rumbo a Berlín, hacía diez años que Mohammed Alí había decretado la prohibición de exportar antigüedades egipcias fuera del país. La regulación, por lo tanto, permanecía en agua de borrajas, y la Administración cairota no se hallaba exenta de culpa, al no cuidar el patrimonio Mohammed Alí y los pachás que lo sucedieron con la cautela y el respeto debidos, vista la avidez europea. Por ello es de admirar la original personalidad de Auguste Mariette (1821-1881) en el contexto de la protección monumental de Egipto. Su despegue en la disciplina egiptológica, no obstante, adolece de idénticos ardides que los practicados por sus contemporáneos. En 1850 se presentó en El Cairo comisionado por el Louvre para comprar manuscritos coptos. Inmediatamente le agitó su curiosidad que los palacetes de los embajadores extranjeros y de los potentados cairotas se adornaran con esculturas de esfinges similares, portadoras del nombre de Apis, que le informaron proceder del villorrio de Saqqara, en las inmediaciones del cementerio de Menfis. Su imaginación voló a las páginas de Estrabón, que en el siglo I a. C. había deambulado por el Serapeum de Menfis, el monumento consagrado a la piedad de los toros Apis, símbolos del dios Ptah, y a sepultar momificados a los mismos, en cuya avenida frontal el geógrafo contempló las filas de esfinges, semejantes a las que escrutaba Mariette, veladas hasta la cabeza por la arena. En 1851 organizó una excavación clandestina con el peculio del Louvre, olvidándose de los documentos que había ido a

buscar. Su presentimiento se confirmó acertado. Descubrió el Serapeum, con las momias de los toros sagrados, escogidos ritualmente uno detrás de otro por la entera tierra del Nilo, así que los cadáveres se sucedieron dentro de él del siglo XV al VII a. C. Mariette se ganó el apoyo del burlado museo parisino, que accedió a costearle sus trabajos hasta 1854, en ocasiones dentro del marco legal egipcio, en ocasiones de manera ilegítima y extrayendo el contenido del Serapeum en las horas nocturnas. Los tesoros que mandó por la vía fraudulenta al Louvre lo elevaron a conservador de las salas egipcias de la entidad museística, pero algún sentimiento contradictorio se debió de remover en su interior. En 1857 tenía que supervisar la donación de una serie de ofrendas arqueológicas del pachá Saïd a Napoleón III con motivo de la visita oficial del emperador, un bonito lazo que denotaba las cordiales relaciones políticas entre ambos Estados. Al final no se materializó, pero la familiaridad que acercó a Mariette y Saïd (o por encima de ello, la intermediación del ingeniero Ferdinand de Lesseps) secundó la decisión del pachá de designarlo conservador o director general de las antigüedades nacionales en 1858.

La faena que le esperaba adquiría tintes de epopeya: no sólo estaba obligado a lidiar con las injerencias europeas de agentes y anticuarios, supervisar hasta la última de las trincheras que se abrieran en suelo egipcio, acicalar los monumentos desatendidos (así lo llevó a cabo en los templos de Medinet Habu, Deir el-Bahari o el de Horus en Edfú) y concienciar a la población del valor cultural del patrimonio arqueológico, sino además a dar forma y organizar el servicio nacional de antigüedades y constituir un museo, el de Bulak, de 1863, que albergara las colecciones excavadas y las recuperadas, frenando la salida de reliquias a Occidente. Anecdóticamente, incluso salvó de la emperatriz María Eugenia, la granadina Eugenia de Montijo, un conjunto de joyas antiguas exhibidas en París en 1867 a las que la consorte de Napoleón III le había echado el ojo, negándose a tomar en consideración la insinuación de que se las regalara. Su posición le otorgó un monopolio sin precedentes sobre la arqueología egipcia, desde la que controló la prospección de cada yacimiento, de Menfis, Tebas, Guiza, Saqqara, Abydos, Dendera, Meidum, Tanis, hasta rebasar la treintena de sitios. Nadie puso un dedo en las ruinas faraónicas sin su permiso. Algunos de los procedimientos de Lepsius los siguió, pero, por desgracia, su carácter no fue el más metódico: no documentó lo suficiente, se preocupó por apilar material sin estudiarlo, apenas se fijó en estratigrafías y no impulsó la publicación de las novedades egiptológicas, a veces hasta las mantuvo en secreto.

A su muerte, en 1881, sin embargo, había conseguido regular la caótica actividad anticuaria propulsada a partir del desembarco de Napoleón en Alejandría. Su sucesor, Gaston Maspero (1846-1916), encontró de esta manera una cimentación institucional y legislativa fundamental para la continuación de la protección y divulgación del patrimonio egipcio, a lo cual añadiría la catalogación de las piezas del museo de El Cairo, de los monumentos de Nubia, la publicación de inscripciones, sarcófagos, manuscritos, relatos históricos, lingüísticos… en resumen, de todo aquello que su antecesor había obviado.

LOS PIONEROS EUROPEOS ROMPEN EL SILENCIO DE ORIENTE: LA ARQUEOLOGÍA DE MESOPOTAMIA

Hasta que en 1843 el francés Paul Émile Botta (1802-1870) desenterró de las ruinas de Khorsabad las primeras obras de arte asirio, Occidente ignoró, por norma general, la cultura material de las civilizaciones del Tigris y del Éufrates. Una multitud de vestigios clásicos se encontraban a la vista o engarzados en arquitecturas modernas, y las pirámides y los templos egipcios resistían al transcurso de los siglos, pero las poblaciones mesopotámicas se habían transformado en promontorios del mismo barro con el que se fabricaron sus construcciones, los *tell*. Los obstáculos de la escisión política y religiosa entre ambos lados del Mediterráneo, de los peligros y de la distancia geográfica, únicamente los salvaban aquellos viajeros que recalaban en los parajes del Próximo Oriente con cometidos diplomáticos o en peregrinajes filológicos que le seguían la pista a las narraciones de la Biblia. Allí recogieron pedazos de tablillas con una escritura de insólitos símbolos, observados también en Persia, y cuya imposibilidad de ser leídos los convertía en exóticas curiosidades. La tradición cognitiva de Europa respecto a esas desérticas regiones, entre la Edad Media y aproximadamente la Ilustración, se ciñó a los pasajes del Antiguo Testamento, con sus nombres de cruentos reyes, de lujuriosas urbes, de poderosos imperios, y a lo que las fuentes helénicas, Herodoto, Estrabón o Diodoro Sículo, describieron de ellas.

A la era de las potencias imperialistas y del comercio colonial se le pondera que con sus avasalladoras injerencias propiciara que se cultivaran los intereses arqueológicos que provocarían la eclosión de la asiriología y de los estudios orientales decimonónicos. Todavía Bonaparte parecía el dueño y señor del Viejo Continente cuando un británico, Claudius James Rich (1787-1821), excavó en la legendaria Babilonia. Rich era un joven militar dotado para las lenguas (hablaba turco, árabe, hebreo, persa, siriaco), habilidad que le permitió escalar en la Compañía de las Indias Orientales y garantizarle un empleo lejos de casa. A El Cairo le siguió Bombay, y a esta Bagdad, a donde llegó en calidad de residente en 1808. Siendo un hombre muy leído, sus inquietudes no podían más que instigarle a reconocer en persona las antigüedades de la zona, y además ya hacía años que la Compañía se estaba ocupando de que sus emisarios acopiasen tablillas rayadas con esos signos indescifrables.

Una travesía en compañía de su esposa a la colina de Babil lo convenció de que pisaba la ciudad de la que hablaba Herodoto, y en donde Alejandro Magno expiró. El ritmo vertiginoso al que los autóctonos retiraban ladrillos a fin de encajarlos en las paredes de sus casas, dejando a la vista elementos inscritos, lo movió a imitarlos para saciar con hallazgos sus veleidades de arqueólogo aficionado. En 1811, su tentativa le rentó una serie de cilindros y de tablillas cubiertos de escritura cuneiforme, una docena de ladrillos fundacionales de edificaciones sacras, una estela de época del rey Nabónido y antiguallas variadas, que se venderían al Museo Británico ya fallecido su propietario. No habría sobrepasado la categoría de simple *amateur* que formaba su colección particular de no haber sido porque además ejecutó planos topográficos e intentó determinar el perímetro cívico, entre otras indagaciones de bastante fiabilidad –se ocupó de poner en relación las piezas encontradas con su contexto arquitectónico correspondiente– que publicó en *Memoir on the Ruins of Babylon* (1815) y *Second Memoir on Babylon* (1818). Dado que nadie poseía una mínima

idea respecto a la arqueología bíblica, Rich pasaba por el experto indiscutible –pero aun así asaz discutido– de la Europa posnapoleónica. Así que siguió viajando, prospectó en Persépolis, en Borspipa y formuló nuevas teorías, algunas convenientemente hiladas, en el caso de su identificación de los *tells* de Kuyunjik y de Nebi Yunus, próximos a Mosul, con un antiguo centro asirio, Nínive.

Rich no volvió a pisar suelo inglés, y feneció en la treintena, afectado por el cólera. A causa de una de esas ironías de las corrientes estéticas, la tasación de sus antigüedades babilónicas, que a nadie interesaban, y el precio pagado por el Museo Británico fueron nimios, pero al cabo de poco estarían de moda. De modo opuesto, los territorios de Iraq e Irán nunca habían perdido su utilidad geoestratégica. La Rusia zarista y la Inglaterra victoriana se desafiaban mutuamente sobre el tablero del mundo. Aquella hinchaba sus fronteras a costa de la decadencia otomana y se abalanzaba encima de Asia, presentándose como una amenaza directa capaz de hacerse camino hasta el corazón de la India colonizada por Gran Bretaña. La monarquía francesa no quitaba los ojos de sus avanzadas comerciales y diplomáticas en Levante. El comodín del Gran Juego lo representaban el país entre los dos ríos, Mesopotamia, y Persia, que el Foreign Office acordó establecer como regiones tapón con la potencia oponente. En esta precursora «guerra fría» que se desarrolló en el continente asiático, las sedes administrativas otomanas empezaron a plagarse de cónsules, agentes y enviados occidentales con ambivalentes miras.

En 1840 se instaló en Mosul el primer cónsul del rey Luis Felipe de Orleans, Paul Émile Botta. Antes que orientalista, o asiriólogo, Botta ejerció de médico y de entomólogo, dato expresivo en lo que concierne a la extracción profesional de estos legados en países del Este, elegidos por su experiencia viajera (requisito que nuestro personaje cumplía, incluso había visitado Yemen) o su conocimiento de idiomas. Aficionado a la Antigüedad, recorría a caballo las aldeas de la zona recogiendo o pagando unas monedas por cerámicas y tablillas, interrogando a los lugareños respecto a los hallazgos de los alrededores, examinando los enigmáticos *tell* que moteaban el horizonte. Finalmente, en 1842, decidió emplearse con una colina a la ribera del Tigris, la de Kuyunjik, que Rich conectaba con la Nínive bíblica. Tres meses de exasperante infecundidad arqueológica lo convencieron de encaminarse con su equipo a otro lugar. Los labriegos de una aldea situada a una veintena de kilómetros de Mosul, Khorsabad, aseguraban que sus casas se componían de los ladrillos dispersos por doquier del vecino *tell*. Una avanzadilla de obreros suyos le reiteró la veracidad de estas historias, así como que en su cima, apenas clavados los picos en la tierra, se adivinaban unos gruesos muros. En 1843 Botta dio comienzo a sus trabajos en la pequeña localidad árabe, que escondía una impresionante ciudad asiria del siglo VIII a. C., la Fortaleza de Sargón, Dur-Sharrukin. Esto no lo sabía Botta, para quien esos ricos restos arquitectónicos y escultóricos a la fuerza tenían que relacionarse con una población bíblica, en concreto Nínive.

En estos años, los arqueólogos buscaban comprobar la verosimilitud de las escrituras del Antiguo Testamento, la riqueza y el poder detentado por los soberanos asirios, y por esa razón Nínive desbancaba cualquier otra meta arqueológica, pues ella había sido el látigo opresor de los seguidores de Yahvé, y el asirio, el pueblo elegido por Dios para descargar su punición contra los pecadores israelitas. Entonces, de su Nínive emergieron obras artísticas desaparecidas de la faz de la tierra hacía cientos de años, fragmentos de esculturas, relieves de calcinado alabastro con escenas cortesanas y militares, ¡hasta toros alados con cabezas humanas, de proporciones mayúsculas y de una altura de cuatro metros! Había dado con el palacio de Sargón II, con los lamassu barbados, criaturas híbridas con cuerpo de toro o de león que flanqueaban las puertas atemorizando a los malos

espíritus, y con sus paneles ornamentales en relieve, recubiertos del hollín del incendio que destruyó el palacio.

En Francia, estas noticias entusiasmaron al Gobierno, que calculó enseguida los pros de subvencionar los duros servicios de Botta y con este apoyo adjudicarse de inmediato las decoraciones y las tallas desenterradas. La empresa privada de Khorsabad se suspendió en beneficio de la excavación a título oficial del orientalista francés. Ahora que trescientos jornaleros se abalanzaban cada día sobre el *tell,* a Botta le quedaba tiempo para copiar las inscripciones que salían y un pintor despachado de París, Eugène-Napoleón Flandin, dibujaba los bajorrelieves. En Mosul, en cambio, el prestigio henchido del orientalista disturbaba a su gobernador, obsesionado, en opinión de Botta, por el pensamiento de que lo que en realidad perseguía el francés eran tesoros soterrados y de que el ruido levantado por su cuadrilla reanimaría a demonios aletargados de otros tiempos. En verdad, el francés no se había molestado en recabar el *firman* de la Sublime Puerta. Bregar con las maquinaciones urdidas por él entorpeció los avances de la excavación (peones encarcelados, acusaciones, detención de los sondeos, etc.), y mientras, la caída de paredes, las catástrofes que traían las lluvias, la impericia de tratar con los relieves abrasados afectaban al yacimiento y a la conservación de los materiales. Botta fue consciente de estas omisiones y no le agradaron los inevitables daños estructurales, pues tenía a gala el que no sólo le importasen los aparatos decorativos, sino también los marcos arquitectónicos donde se desenvolvían. La excavación se paró en 1844 y su director no sólo restó a pie de excavación a lo largo de su desarrollo, igualmente preparó la remisión a París de la cosecha de restos del palacio de Dur-Sharrukin; en 1847 el Louvre estrenó la sección arqueológica de Oriente con ellos, donde hoy se visitan.

LAYARD DE NÍNIVE: UN ARQUEÓLOGO AL SERVICIO SECRETO DE SU MAJESTAD

En los infructuosos meses de 1842 en los que Botta excavó Kuyunjik, fraguó una duradera amistad con un viajero inglés que se encontraba de paso, Austen Henry Layard (1817-1894). En mayor grado que el asiriólogo francés con su país, Layard había contraído claros compromisos con la inteligencia del suyo, y se demostraba un abnegado cómplice del imperialismo británico extraoficial en el Próximo Oriente. Los hechos son los siguientes: de 1839 a 1842, en que se entrevistó cerca de Mosul con Botta, el viajero que apenas superaba la veintena, vagó a su albedrío con Ceilán como destino final por los Balcanes, Asia Menor, Palestina, Siria, Mesopotamia y Persia, en teoría reuniendo información útil para la Royal Geographic Society.

Atravesar Persia por entonces conllevaba enormes apuros, y las ansias de guerra de los turcos con los persas, nacidas de los conflictos fronterizos, mantuvieron a Layard merodeando por la zona, mezclándose con los nómadas de las montañas, empapándose de la región, hasta que hacia 1842 se detuvo en Bagdad. Sus dotes para sobrevivir en Oriente lo catapultaron directamente a la alta diplomacia de la Corte de Constantinopla, en la que entró de adjunto del embajador *sir* Stratford Canning.

Hasta aquí, las apariencias revelan a un joven audaz, en cuyos escritos retrataba la antigüedad del salvaje creciente fértil mesopotámico, su conexión con los nativos, los constantes albures del peregrinaje, que realizaba armado... Pero, de la misma manera que Lawrence de Arabia en los preliminares de la Primera Guerra Mundial, espiaba ya para el Foreign Office, para el cual elaboró planes de pacificación y asentamiento de las tribus del desierto –lo que facilitaría su sometimiento y su sujeción a impuestos–, sondeó los ánimos de los jefezuelos beduinos y aconsejó rehabilitar las antiguas canalizaciones del Tigris y del Éufrates como ágiles cauces de la praxis económica y comercial inglesa allí. También preparó un memorándum dirigido al Museo Británico relativo a su visión de amplias miras de la arqueología imperialista a practicar en Mesopotamia: pretendía que expediciones de arqueólogos, artistas, naturalistas, geógrafos y médicos exprimiesen sobre el terreno toda la información posible de Mesopotamia y de Persia, punto de partida de la excavación a gran escala de la totalidad de yacimientos de esas regiones; la excusa del bárbaro nativo, incapaz de valorar y proteger su patrimonio, se manejaba interesadamente como justificación del envío de las piezas arqueológicas a Londres, pretexto que ganó sentido cuando después las obras asirias reflejaron sus concordancias con las referencias bíblicas, y salvar la prueba material de una religión occidental «accidentalmente» en manos musulmanas pasó a ser prioridad. A estas ocupaciones se dedicaba cuando entró al servicio de *sir* Stratford Canning.

El legado ejerció de mecenas de Layard en su primera excavación de 1845. Francia apoyaba un pie en esas tierras a través de Botta, sin contar con que se necesitaba seguir actualizando los informes de inteligencia en torno a Mosul. Así, Canning ayudó mediante su capital a que su ayudante diera rienda suelta a sus apetitos de excavar en Nimrud, que creía Nínive, incurriendo en un tropezón semejante al del francés. Por partida doble, además, al no tramitar la licencia indispensable y proceder a conducir en secreto herramientas y armas al lugar de la excavación.

Con sólo seis hombres acometió la cumbre del *tell* y enseguida la masa de tierra dejó a la vista las paredes de una habitación recorridas por una banda inscrita en cuneiforme. Desvió a otra pequeña

cuadrilla hacia el sector opuesto del monte y en un suspiro de tiempo aparecía una nueva estancia, esta recubierta de paneles con bajorrelieves. De haberse completado el desciframiento del cuneiforme, el espía-arqueólogo se habría enterado de que acababa de descubrir dos fenomenales palacios asirios, desde cuyos tronos rigieron la política del país de Asur Ashurnasirpal II y Asarhaddón en los siglos IX y VII a. C. respectivamente. Si Layard utilizaba sus tretas, al gobernador de Mosul, al que Botta había capoteado, tampoco le faltaban estratagemas para detener la excavación del inglés, como así hizo. Aun siendo ilegal, Layard representaba a la Corona británica, y había que andarse con tiento. De noche, los guardias del gobernador enterraron en el *tell* lápidas musulmanas de los cementerios de las inmediaciones, y raudamente se le vetó al diplomático profanar el suelo donde descansaban fieles al islam. Este se dio cuenta del engaño, pero tuvo que recular y obtener los permisos oportunos, y en 1846 tornó a Nimrud con el mecenazgo del Museo Británico, cuya dotación económica se consagraba de forma ostensible al apartado del transporte de antigüedades a las islas británicas.

La parquedad de fondos y las presiones de agenda debilitaron aún más si cabe lo que subsistía de científico, si alguna vez lo había habido, en el proyecto de Layard. Su técnica de excavación se limitó a cavar con prisas inmensas trincheras a lo largo de los muros de los palacios con el objetivo de prender los paneles esculpidos y cualquier estatua que asomara por ahí. El recuento de los revoques pintados, así como de los utensilios de metal que se degradaron sin dejar rastro al contacto con el entorno ambiental, sería inagotable. La sección central de tierra compactada de las salas ni se tocó, gracias a lo cual las investigaciones de un siglo después produjeron el hallazgo de numerosas tablillas de cuneiforme. Sus empresas se extendieron mucho más allá de Nimrud, a Babilonia, Uruk, Khorsabad, Nippur, Asur y, por supuesto, a las alturas de Kuyunjik, la verdadera Nínive; y en virtud del desenterramiento de tantos templos y residencias palaciales, el Museo Británico logró incluir en sus fondos las obras de arte de una civilización que ahora sí, con evidencia arqueológica, entroncaba con la narración textual del Antiguo Testamento. Por ejemplo, la cultura militar asiria se hacía patente en los relieves palaciegos de Nimrud, en cuya superficie, amén de las escenas de la caza real de leones y de las imágenes religiosas, se mostraban cruentos asedios, conquistas de ciudades, ejecución de prisioneros (impresionan los guerreros de Ashurnasirpal jugando a lanzarse las cabezas de los enemigos) y deportaciones en masa, como en el caso de Lachish (Palestina), que validaba la invasión asiria de Judea. Asimismo, el obelisco negro de Shalmansar III, donde se esbozaba la recepción de tributos de los pueblos sojuzgados, incluidos los del rey israelita Jehu, se pensaba la traducción material, y por lo tanto la autentificación, de la tradición bíblica.

De 1849 a 1851 los restos asirios prosiguieron saliendo a la luz en Kuyunjik; allí donde Botta había fracasado, en la Nínive fustigada en las páginas de la Biblia a causa de la crueldad de sus soberanos, Layard hizo surgir imágenes de toros y leones alados muy quebrantados, del estilo a los exhumados en Nimrud, así como el palacio de Sennaquerib (704-681 a. C.), también este enriquecido figurativamente con varios kilómetros de bajorrelieves narrativos.



«Descubrimiento de un toro alado en Nínive», en *Nineveh and Its Remains* de Austen Henry Layard, 1849. Los grabados publicados en los libros de Layard dieron la vuelta al mundo y dieron a conocer la espectacular factura de las creaciones artísticas asirias.

Estos años fueron los que realmente encumbraron al arqueólogo inglés, cuando su Gobierno y el Museo Británico le prestaron su máximo sostén: en 1849 se desató la fiebre de la asiriología, porque Layard publicó *Nineveh and Its Remains,* un éxito editorial sin precedentes, un *best seller* decimonónico que vendió miles de copias, mereció diferentes reediciones y que *The London Times* y *The Illustrated London News* no dejaron de elogiar y difundir. En Londres, la exhibición de las piezas artísticas de los palacios que se iban recibiendo de Iraq en 1851 (a partir de 1853 con galerías privativas en el Museo Británico) y las ilustraciones que traía el libro de Layard, que trasportaban al lector a un mundo de aventuras en medio de un ambiente de pintoresquismo etnográfico, consolidaron la manía por la arqueología oriental, influyeron en la composición de óperas –la propia *Nabucco*– y poemas acerca de la historia de Asiria, a la par que suscitaron mayores inversiones estatales en ella. Si no se le niega a Layard el talento mediático de ese y de otros volúmenes, por otro lado, la vertiente científica que mostraban dejaba que desear, al consistir sobre todo en relatos autobiográficos de heroísmo y de superación personal, descripciones de ruinas y de inscripciones algo desorganizadas, todo ello embellecido con grabados y restituciones arquitectónicas que exhalaban las fragancias de las *Mil y una noches* en lugar de una visión atinada

de la monumental edilicia asiria.



Sala asiria del Museo Británico (h. 1854) (Jenkins, 1992). Las antigüedades asirias, hasta entonces completamente desconocidas, fueron dadas a conocer gracias a las excavaciones dirigidas por Austen Henry Layard a mediados del siglo XIX. En 1849 el Museo Británico celebró su primera gran exposición acerca de esta civilización.

EL «PADRE DE LA ASIRIOLOGÍA» Y EL DESCIFRAMIENTO DE LA INSCRIPCIÓN DE LA ROCA DE BEHISTUN

En el siglo XIX estaban al corriente de que las culturas pretéritas que habían habitado en los valles del Tigris y del Éufrates habían usado una forma de escritura común a lo largo de milenios, la cual expresaba una multiplicidad de lenguas. Los eruditos y orientalistas sospechaban que la agrupación de varios de esos símbolos abstractos, rasgados en la superficie de barro en forma de cuña, transcribía titulaturas patronímicas de la realeza aqueménida del antiguo idioma persa (ss. VI al IV a. C.). Un helenista alemán, Georg Grotefend, había descifrado alrededor del 1800 los nombres de Darío y de Jerjes, así como la fórmula «Rey de reyes», sin que su solitaria investigación filológica llegara a trascender. Las tablillas cuneiformes se exhibían en los gabinetes de curiosidades renacentistas de las cuatro esquinas de Europa, pero por supuesto las principales colecciones de materiales inscritos procedentes del Próximo Oriente se formaron con el *boom* de la arqueología imperialista del siglo XIX.

Añadidos a estos soportes epigráficos, varios monumentos e inscripciones rupestres presentados en hechizantes escenografías naturales contenían los mismos signos. Los más completos y extensos se discernían en la roca de Behistun, un asombroso relieve escultórico labrado en la pendiente vertical de una montaña, en el margen de una transitada ruta caravanera. El rey Darío I (521-486 a. C.) pretendía que no pasara desapercibido al caminante ni la relación de sus victorias y epopeyas, que se tradujo al persa, al elamita y al acadio, ni las tallas que captaban al propio «Rey de reyes», sus huestes, sus consejeros y enemigos subyugados. La escena se dibujaba en un lienzo abrupto de dieciocho metros de longitud, elevado a más de ciento veinte metros del suelo, a la que nadie se había atrevido a escalar cumplido el año 1835.

Henry Creswicke Rawlinson (1810-1895) era un oficial de caballería de la Compañía de las Indias Orientales destacado en Kermanshah, donde entrenaba a las tropas persas del Curdistán. Su juventud no le resultaba impedimento para destacar como un docto lingüista, además de un recio jinete. Y el acantilado de Behistun descollaba a unos pocos kilómetros de su acuartelamiento. Pasó de 1835 a 1837 cabalgando hacia ahí en sus ratos libres, descolgándose con cuerdas y poleas por el quebrado, reproduciendo lo que aparecía grabado en el panegírico rupestre. Luego, a oscuras de los adelantos que había hecho Grotefend, adivinó por su cuenta los nombres de Darío, de Jerjes y algunos toponímicos, verificando la información epigráfica de Behistun con otras fuentes. Su conocimiento del persa antiguo, muy superior al de Grotefend, le allanó el camino a otras palabras: en 1837 transcribió y tradujo la mitad del texto, que divulgó en *The Persian cuneiform inscriptions at Behistun,* y el resto de las cuatrocientas líneas alrededor de los años 1844-1846, después de una corta ausencia de Iraq ocasionada por las guerras afganas. Copiar las otras grafías conllevaba asumir un reto mayor, pero el riesgo merecía la pena, dado que la transcripción persa facilitaba en extremo el desciframiento de las otras dos lenguas, incisas en puntos menos accesibles. Sentado sobre el vacío en una especie de balancín, y con la ayuda de un niño curdo manejando la polea, culminó su tarea. Únicamente restaba comparar el cuneiforme en persa con el elamita y el acadio, ejercicio con el que ora Rawlinson, ora los demás filólogos entregados a este desafío, descifraron cientos de palabras. La prueba de fuego del triunfo de los orientalistas se produjo en 1857, cuando The Royal

Asiatic Society planteó a Rawlinson, a Jules Oppert, a Edward Hinks y a William Fox Talbot que interpretasen por separado una inscripción en acadio –la lengua semita de asirios y babilonios–, hallada en Asur, que todavía no se había dado a conocer. Cada uno de los elegidos transcribió y tradujo este registro del patrocinio religioso del rey Tiglathpileser, y lo consignó, sellado, a la Sociedad. Al ser confrontadas, las cuatro versiones coincidían en su significado y en los puntos básicos de su gramática.

La costumbre de escribir en ladrillos y en tablillas de arcilla proporcionó a los arqueólogos un completo archivo histórico de los pueblos del Próximo Oriente. Incontables tablillas jamás se recobrarían, otras se habían destruido, pero la violencia de los imperios mesopotámicos por otro lado había repercutido en la conquista y deflagración de las poblaciones, así que el fuego ayudó a que cocieran y se compactaran esos documentos de barro. De esta manera, la arqueología de la segunda mitad de siglo combinó con las excavaciones el pujante cometido de descifrar los restos escritos. Un texto fragmentario conmocionó por esos entonces a la opinión pública: en 1872, George Smith, que prospectaba en Nínive, reparó en que en la tablilla XI de un poema épico y mitológico, *El poema de Gilgamesh,* se describía un diluvio, casi de un modo idéntico a la catástrofe expuesta en el Génesis. Los dioses, cansados de las tropelías del género humano (equivalentes a los pecados que desencadenaron el castigo en el Antiguo Testamento), acordaron su destrucción mediante una inundación de consecuencias universales, pero Ea, dios de la sabiduría y de las aguas, se apiadó de Utnapishtim (el Noé bíblico), al que recomendó que pusiera a salvo en una nave a su familia junto a todas las especies animales y vegetales que pudiera embarcar. La apasionante recitación de estos acontecimientos adolecía de tantas lagunas que el periódico *Daily Telegraph* le ofreció a Smith mil libras si lideraba una expedición a Nínive que rellenase los espacios vacíos con las tablillas que faltaban. En 1873, al quinto día de retomar los trabajos, entre las cientos de tablillas descubiertas, varias contenían miles de líneas con los pasajes perdidos del diluvio universal mesopotámico, en el que los hebreros habrían inspirado el de su tradición.

Aparte de los aspectos literarios y legendarios, la lectura de la escritura cuneiforme aportó la noción de que existían otras culturas más arcaicas que la asiria, principalmente la sumeria, que había florecido en el III milenio a. C., tan antigua que ni la Biblia la perpetuaba en sus páginas. Empleaban el cuneiforme, pero el idioma no era semítico, como era el caso del acadio hablado por los asirios y los babilonios. Sin embargo resultaba fácil de entender, porque las bibliotecas de los palacios disponían en sus fondos de diccionarios bilingües, de acadio y sumerio. En 1869 Jules Oppert dio cuenta de estas gentes misteriosas –por cierto, las inventoras del cuneiforme, que se ideó con objeto de recoger los datos administrativos y tributarios de sus templos–, al principio reveladas en las investigaciones filológicas y ya, a partir de 1877, documentadas por la arqueología. Porque esta en exclusiva y los exámenes del cuneiforme eran capaces de recuperar esa civilización, lo cual establecía un punto de inflexión en la atenuación de la dictadura documental del Antiguo Testamento frente a la fuente directa de los objetos del pasado. En particular, el cónsul francés de Basora, Ernest de Sarzec (1837-1901), excavó el yacimiento de Telloh, el enclave sumerio de Girsu, que a mediados del III milenio a. C. dependía de la ciudad-estado de Lagash. En el siglo XXII a. C., un dirigente del reino de Lagash se había distanciado de los otros monarcas en sabiduría, piedad y política constructora, y en homenaje a su talante bienhechor se le habían erigido cuantiosos retratos. Hasta 1900 Sarzec sacó a la luz estatuas de Gudea, el rey arquitecto, el primer sumerio del que se disponía su fisonomía y apariencia, además de estelas figuradas y miles de tablillas que contaban los

hechos de un pueblo del cual, por fin, se podía escribir su historia.

En busca de los orígenes de la humanidad: el largo camino de la arqueología prehistórica

LAS IDEAS ACERCA DE LA ANTIGÜEDAD DEL UNIVERSO Y DEL HOMBRE

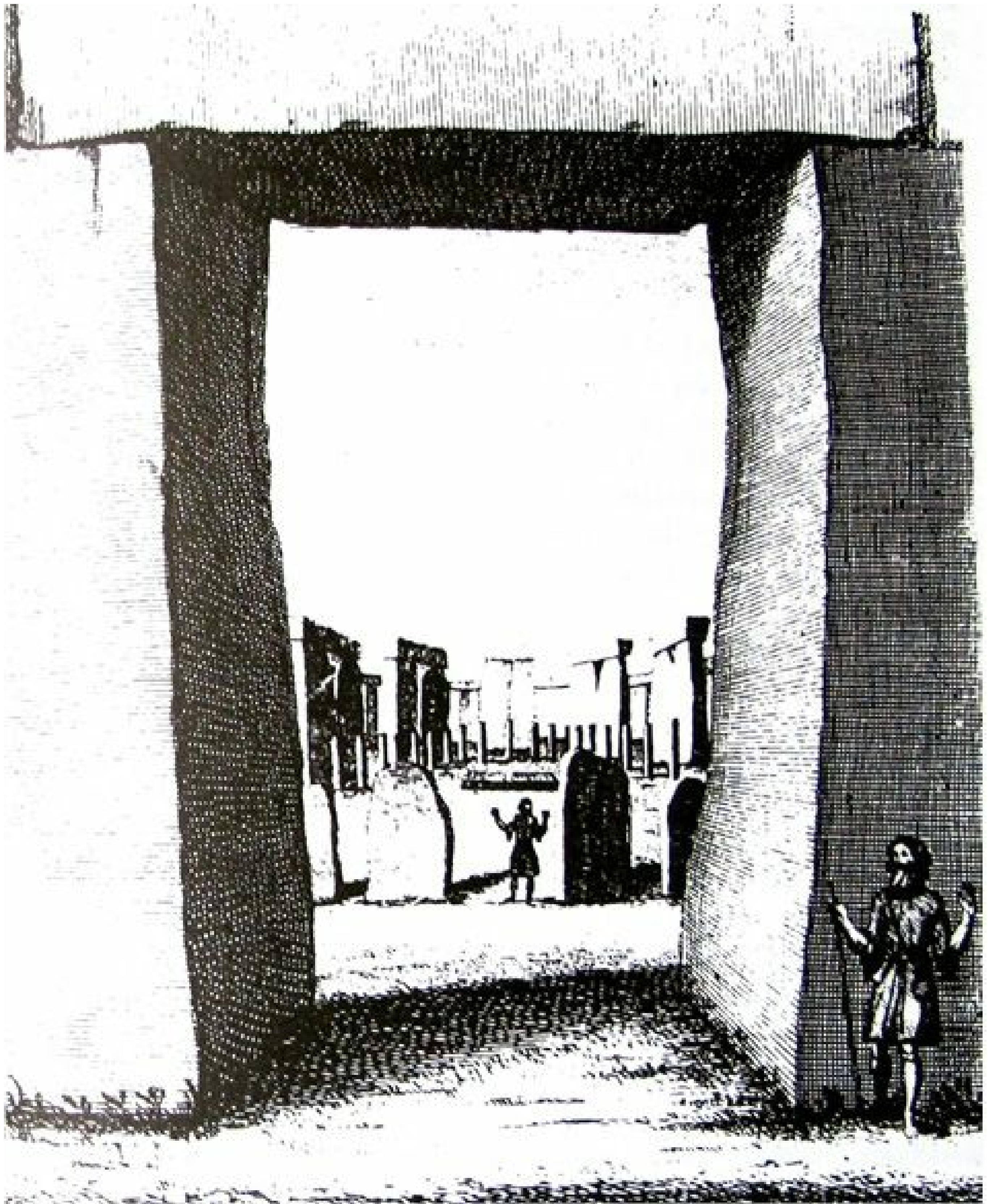
Ya se comentó en el capítulo que abre este libro que la tradición cristiana modificó la manera de concebir el mundo respecto a la pagana, y fundó en la Biblia una nueva mitología que elucidaba la aparición de la vida en la Tierra, así como el proceso creador. Hasta entrado el siglo XIX, de hecho hasta bastante avanzado el siglo, prevaleció la convicción fundada en el Génesis de que Dios había creado el mundo en seis días, y que en el séptimo descansó; sucesivamente, introdujo el cielo, la tierra y las aguas, los animales, y en esa sexta jornada, a los primeros seres humanos, Adán y Eva, aquel revestido de dotes excepcionales, a su imagen y semejanza. Al sucumbir al pecado, la pareja primigenia fue sentenciada a abandonar el Paraíso, y dicho castigo afectó por igual a su descendencia. La corrupción de la humanidad atrajo sobre sí un ulterior escarmiento divino, un diluvio que devastó en cierto momento la existencia en la Tierra, a excepción de las diversas especies que se habían salvado en el Arca del único hombre justo, Noé. A su progenie le correspondería el deber de repoblar el orbe, de fecundar nuevas gentes.

El acontecimiento del Diluvio se registró como el más traumático sufrido por el hombre, y marcó un antes y un después en la evolución biológica del globo. La Biblia, al mencionar períodos cronológicos detallados de días, meses y años, daba pie a cómputos pormenorizados del origen del universo: las cifras oscilaban entre los seis mil años de antigüedad, reducidos por algunos sabios a cuatro mil; la Europa protestante profesaba a pies juntillas la fecha del 4004 a. C., fijada por el arzobispo James Ussher en el siglo XVII; mientras que la religión judía mantenía la certeza de que Yahvé había alumbrado el mundo en el 3740 a. C. Noé, se pensaba, fabricó el Arca alrededor del 2500 antes de Cristo.

Partiendo de estos presupuestos, al principio no se discurría que la historia hubiese sido precedida de una prehistoria, lo que hoy se define como el estudio de las civilizaciones anteriores a la popularización de la escritura. La Biblia, por sí sola, contaba un desarrollo auténtico de los eventos antiguos y, por lo demás, de griegos y romanos, cuyas obras de arte y arquitecturas se alzaban por dondequiera que hubiesen campado sus generales, sus tropas, sus comerciantes y

colonos, aportando, los autores clásicos, una abundante literatura histórica. El pasado ágrafo, entonces, no se tenía en consideración, ni siquiera interesaba lo que pudiera haber precedido al lejano Diluvio. Aquellos vestigios difícilmente interpretables como romanos, es decir prerromanos, se adscribían sin fundamentos a los druidas celtas o a los grupos teutones y eslavos. Pero eso no omite que las evidencias depositadas por los habitantes del planeta en su lento caminar de millones de años se encontraran ahí mismo, a la vista de todos. Cualquier campesino, en un momento u otro, desde la Antigüedad, había recogido de la tierra arada una «piedra de rayo». Con esta designación se calificó más tarde a las armas y herramientas de sílex, a las puntas de flecha o a las hachas de piedra pulimentada, popularmente adscritas a manufacturas de elfos y de hadas, o que se cavilaban objetos resultantes de la caída de un rayo o manifestaciones de la ira divina, motivo por el cual se les presumían poderes mágicos, oraculares y curativos. En la Europa medieval y moderna constituyeron entre el vulgo amuletos comunes capaces de prevenir el mal de ojo y de facilitar los alumbramientos, en tanto que los eruditos los requerían como curiosidades para complementar sus gabinetes de maravillas.

Estas fabulaciones no convencieron en absoluto a los espíritus menos conformistas, que contemplaban en ellos simples utensilios de naturaleza y uso humano. En el siglo XVI el médico del Vaticano, Michel Mercati, dedujo que las «piedras de rayo» no eran ni más ni menos que armas de hombres corrientes, ajenos a la fabricación metalúrgica; esa opinión coincidió con la que pregonaron el doctor Plot en 1686, Edward Lhwyd en 1699 y el obispo Lyttelton en el siglo XVIII: antes de que los pueblos aprendieran a fabricar sus armas con metales, la piedra suplía las necesidades de la industria bélica. Por supuesto resultaba imposible saber qué sociedades rudimentarias basaban su instrumental en la lítica, aunque las teorías no faltaban. Un historiador local del condado de Warwickshire, *sir* William Dugdale, dijo en 1650 que eran artefactos de los antiguos britanos, mientras que contemporáneamente, Isaac La Payrère, un partidario de la longeva historia humana, mucho más allá de los límites bíblicos, hablaba de una raza preadamítica, arriesgado punto de vista por el que sufrió el encarcelamiento y la quema en público de su obra. Varios de estos presupuestos ni siquiera entraban en contradicción con el libro divino, pues siempre cabía imaginar que nuestros antepasados se habían barbarizado después de retiradas las aguas del cataclismo purificador, así que su explotación de la piedra no tenía que retrotraerse muy atrás en el tiempo. Antes de entrar en el siglo de la Ilustración, a Lhwyd, por supuesto, no se le había pasado por alto que en América, especialmente en Nueva Inglaterra, los indígenas guerreaban con armas similares, y ni la Biblia ni las fuentes grecorromanas escaseaban de ejemplos en los que la piedra se había convertido en una materia mortífera. La aproximación a otras realidades culturales, posibilitada por las exploraciones y conquistas transoceánicas, introducía los análisis etnográficos en los estudios humanísticos. La apreciación del estadio primitivo detectable en los salvajes de África, de América y de las islas del Pacífico, a no mucho tardar, cabría la posibilidad de trasladarla a la contemplación de los nativos del Viejo Continente, conformándose el nuevo concepto de prehistoria.



STIEBING, William H. Stonehenge representado como un templo druídico (1740). Hasta el siglo XIX, los monumentos megalíticos fueron considerados obra de los pueblos prerromanos.

Con los fósiles sucedía algo parecido. Los eruditos dejaban volar su imaginación al enfrentarse a los restos primitivos de flora y sobre todo de fauna. Un par de ideas aceptadas entendían que eran los restos de animales fantásticos, del tipo de los unicornios, dragones y gigantes, o creaciones

espontáneas de materia natural, que sin embargo habían permanecido petrificadas a falta de un último aliento vital. La concepción en mayor auge los juzgaba seres vivos que perecieron en el Diluvio. La ruptura con estas suposiciones no se hizo esperar, y hacia 1665, exhibiendo una temprana mentalidad evolucionista, un colega de Isaac Newton, Robert Hooke, sugirió que se observasen los fósiles como criaturas extintas algunas de las cuales ni siquiera tendrían que haber vivido desde el principio de los tiempos. Un doctor con aficiones geológicas, el danés Nicholas Sateno (1631-1686), paralelamente preconizó también la opinión no sólo de la antigüedad de esos especímenes sino de que sus diferentes remanentes correspondían a capas específicas de roca sedimentaria –formadas a veces a causa de procesos de transformación terrestre naturales–, identificables con medios ambientes característicos y únicos para cada categoría de fósil; el padre de la paleontología, el francés Georges Cuvier, ahondaría por estos derroteros y en la importancia de esos fósiles para fechar las sedimentaciones que los contenían. Avecinarse tanto a los principios de estratigrafía geológica no obstaba a que en las investigaciones de Sateno el fenómeno del diluvio apareciera de irremisible telón de fondo, o para que Cuvier se remitiera al libro de Moisés a fin de concluir que el hombre inició su andadura en la Tierra tras la creación de los demás mamíferos. Pero el círculo de argumentaciones paradójicas se estrechaba paulatinamente, pues hablar de especies extintas no cuadraba con el relato del Génesis de que Noé preservó una pareja de cada ejemplar, callejón que conducía a dar por sentado que su desaparición se había producido mucho antes que la peripecia del Arca. Conjuntamente, cuando el arcaísmo de Egipto aportó fechas milenarias, apenas restó espacio temporal para emplazar esa prehistoria, preadamismo o era antediluviana, si el mundo había nacido hacía sólo cinco mil o seis mil años.

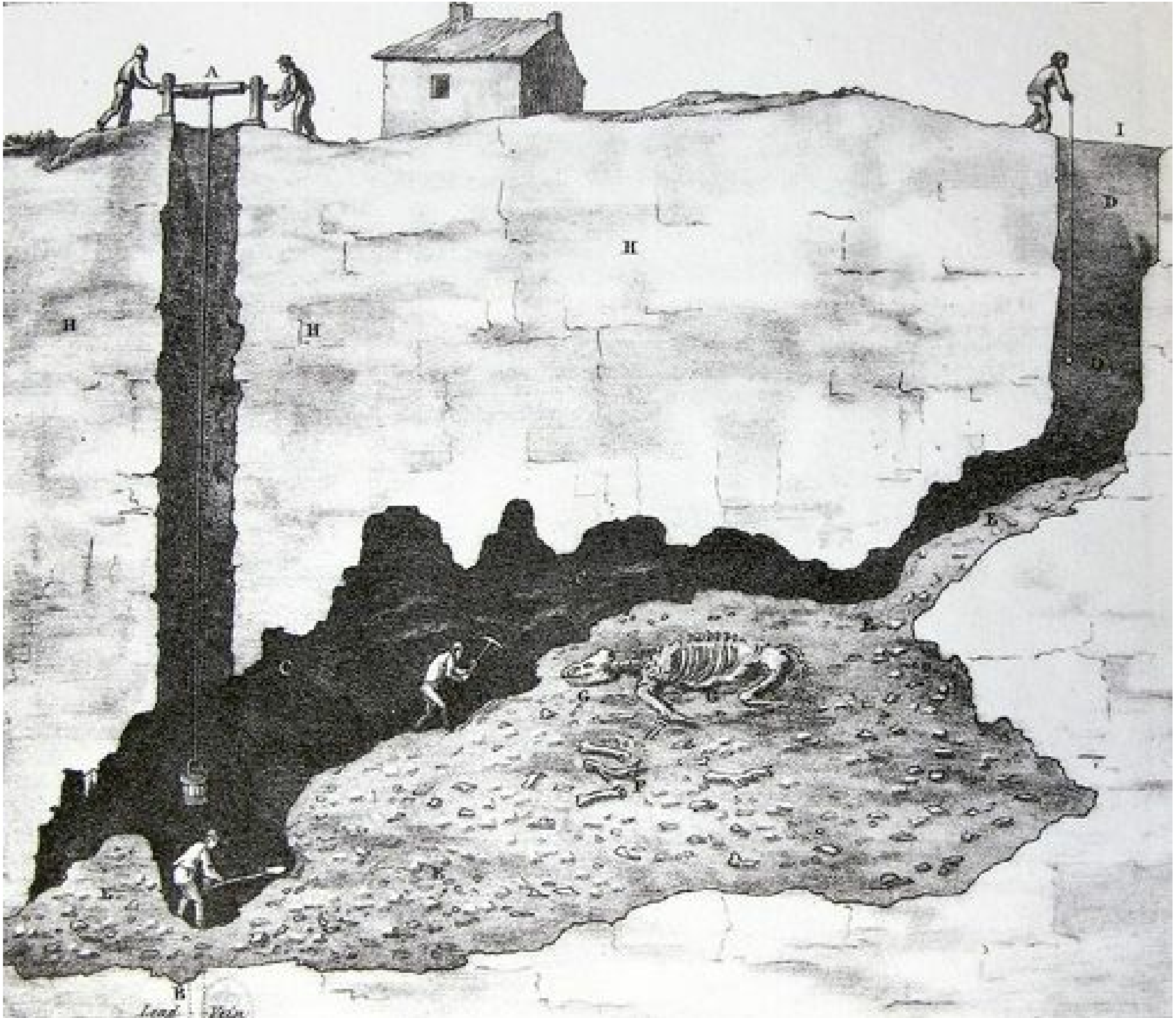
FLUVIALISTAS, UNIFORMISTAS, EVOLUCIONISTAS, DILUVIANISTAS Y CREACIONISTAS EN PUGNA

En los albores del siglo XVIII se había construido un glosario de términos referidos a la prehistoria, sin que esta se mentara en alguna parte. Los especialistas pertenecían en masa a la tendencia creacionista y diluvianista (el dogma de la instauración del universo por un acto de Dios, y la certidumbre de un diluvio de idéntico origen), así como catastrofista (que la Tierra se vio convulsionada por diversos desastres), que disentirían con los fluvialistas que rechazaban el Diluvio y después con los evolucionistas, así como con los uniformistas. Estos se basarían en la obra *Theory of the Earth* (1788), del geólogo escocés James Hutton (1726-1797), un estudioso de los mecanismos de estratificación que había llegado a la conclusión de que la Tierra no aparentaba tener ni principio ni fin, así que sus umbrales debían de ser asombrosamente lejanos; y que los cambios inteligibles en ella, y la composición de estratos en mares, ríos y rocas se producía desde tiempos inmemoriales, de un modo uniforme.

Algunos indicios, todavía, resultaban inexplicables por las connotaciones de la ancianidad humana que revelaban. En 1690 John Conyers descubrió una punta de lanza de sílex asociada a los despojos óseos de un insólito elefante, en realidad un mamut. Tenía ante él la prueba de que ingenios del hombre y animales extintos convivían cronológicamente, mas optó por una elucidación dentro de las barreras históricas: la muerte, a manos de un guerrero britano, de un elefante de la época de la invasión del emperador Claudio (47 a. C.). Sin embargo, las pruebas de la mencionada coexistencia se acumulaban a finales del siglo XVIII: en 1774, el cura alemán Johann Friedrich Esper aseguró haber hallado en una cueva el cráneo de un sujeto antediluviano junto a los residuos de una clase de oso extinta; en 1797, John Frere se decantó porque los artefactos líticos de fabricación humana dentro de estratos compartidos con animales asimismo extinguidos debían de situarse en un «período en verdad muy remoto, más lejano aún que el mundo actual», que los seis mil años calculados no satisfacían. El movimiento ilustrado estaba robusteciendo los pilares de lo que llegaría en la siguiente centuria, el desarrollo científico de la disciplina arqueología orientada a los estudios prehistóricos, secundada por las otras ciencias que se interrogaban en relación con la trascendencia del mundo.

En el primer tercio del siglo XIX, los naturalistas y geólogos de toda Europa se remangaron las camisas y penetraron en las cuevas comprometidos a alargar las fronteras de la cronología de sus congéneres, a través del empeño clave de mantener el discurso de los orígenes del hombre dentro del contexto natural; o lo que es igual, aunando sendas historias, la de las especies con la de la Tierra, que manifestaba haber sufrido complejos procesos de formación geológica más allá de la mera intervención celestial. A estos expertos se los tiene que tildar de prehistoriadores pioneros, individuos que interpretaron los hallazgos a la luz de las ciencias ya asentadas o en fase de hacerlo, la geología y la paleontología. Algunos, y citaremos en especial los trabajos de Philippe-Charles Schmerling en Bélgica, se descolgaron en cavernas insondables y gatearon en compañía de sus obreros por oscuros y hondos pasadizos, de donde emergieron, una vez perforada la corteza estalagmítica, con cráneos humanos, herramientas y esqueletos de mamuts, osos y rinocerontes. Otros, como Tournal en Francia, demostraron que en los huesos animales de esta clase de depósitos

se percibían cortes efectuados por el hombre, e incluso se atrevió a periodizar dos grandes eras, la historia, de unos siete mil años de duración, y la antehistoria, de un lapso indeterminado. Los escépticos contrarios a estas nuevas evidencias sencillamente contraatacaban diciendo que los habitantes de las cuevas se enterraron además en ellas, pero en fechas muy posteriores a la fosilización de esa fauna en la estratigrafía pétrea. O databan en época romana las osamentas rescatadas, meditando que pertenecían a autóctonos refugiados en las grutas.



SCHNAPP, Alain. *Esqueleto de rinoceronte encontrado en la excavación de una mina* (1823).

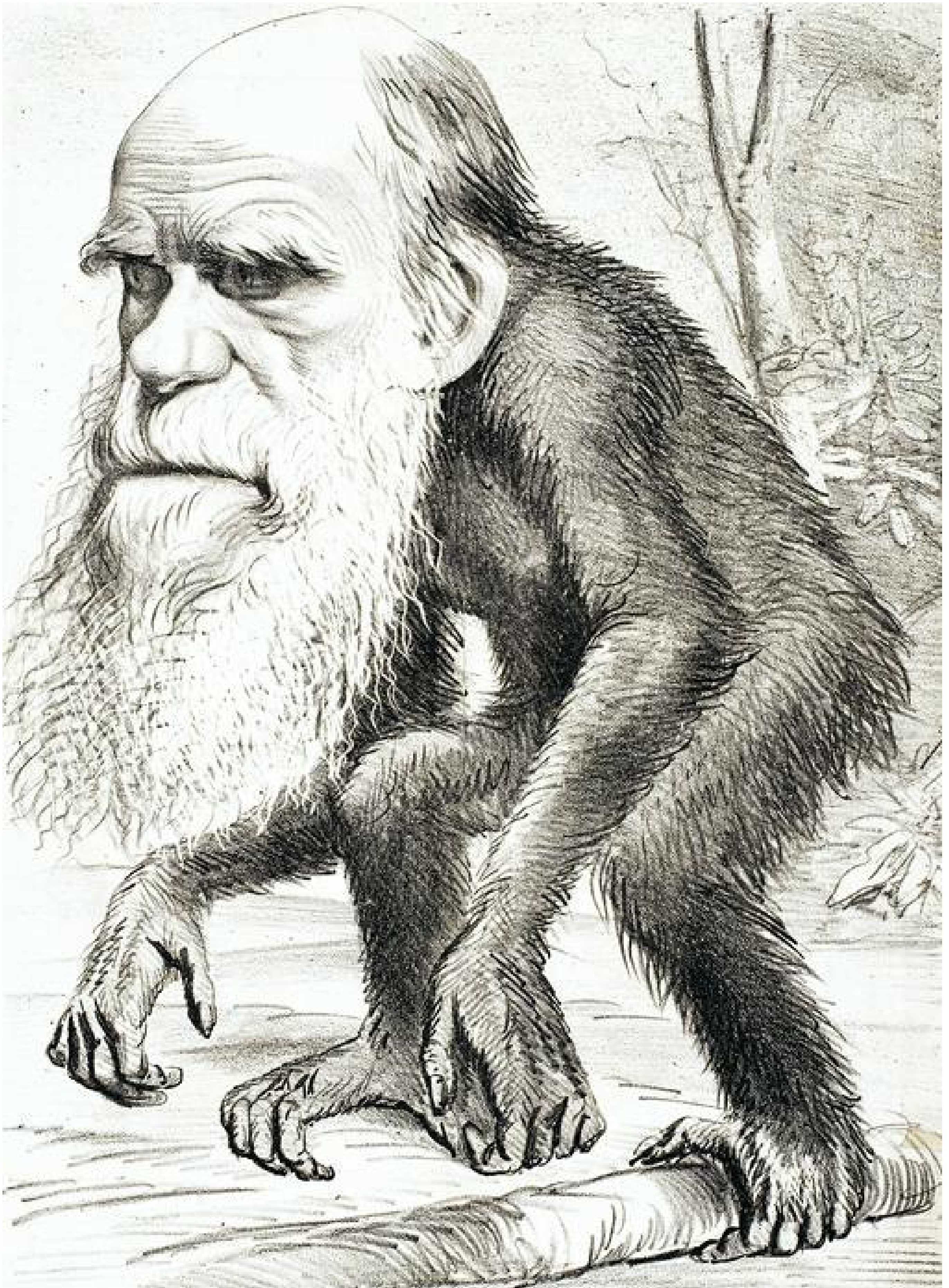
En ayuda de la estimación cronológica remota de la conjunción de esqueletos de diferentes criaturas y de utensilios del hombre vino un representante de la corriente fluvialista y uniformista, Charles Lyell (1797-1875), en 1830. Lyell publicó en sus *Principles of Geology* (1830-1833) una diatriba anticatastrofista, al separar los factores condicionantes de las alteraciones de las características terrestres de las explicaciones sobrenaturales. Al contrario, la geología de la Tierra siempre había sido influencia por los fenómenos climáticos, la actividad volcánica, etc., desde el pasado hasta la actualidad, de manera constante, por lo que los elementos que entonces actuaron en modificar su superficie aún se seguían repitiendo. Ningún aluvión legendario señalaba el antes y el

después de unas especies u otras. La disputa estaba servida, porque los círculos académicos dividieron sus opiniones en pro y en contra de Lyell, pero la hornada de jóvenes geólogos de las décadas ulteriores se instruyó a la sombra de este ínclito maestro, conocido como «el hombre que liberó a la ciencia de Moisés».

Costó cerca de veinte años, añadidos a los siglos de avances que lo precedieron, pero la aceptación de la antigüedad del hombre y el nacimiento de la prehistoria se empareja a un arqueólogo *amateur* de Abbeville, aduanero de profesión, Jacques Boucher de Crêvecoeur de Perthes (1788-1868). A partir de 1837, fruto de sus excursiones por el valle del río Somme, de sus excavaciones en turberas y depósitos de grava, coleccionó hachas pulimentadas –de edad paleolítica– y bifaces que descubría junto a desechos de mamíferos extinguidos, mamuts, bisontes, rinocerontes…, extraídos de los mismos sustratos y, sin duda, coetáneos. En 1847 editó un libro con sus observaciones iniciales, *Antiquités celtiques et antédiluviennes,* título que proviene de que al material del Neolítico lo creyó céltico, mientras que las herramientas talladas de sílex, paleolíticas, se le antojaron fabricadas por unos viejos pobladores eliminados de la faz de la tierra a causa de un diluvio, pero ni siquiera la inundación bíblica. Él mismo se acribilló a cuestiones relativas a «esos días interminables del mundo […] anteriores a nuestro sol»: «¿Quién puede poner límites al pasado?». «¿Dónde está el hombre que ha presenciado el comienzo de cualquier cosa?». Las doctrinas plasmadas por este catastrofista aficionado despertaron las carcajadas de los paleontólogos y de los geólogos serios, aunque con todo, fomentó las excavaciones en las cuevas británicas, en las terrazas fluviales y en las minas de grava francesas. La sorpresa fue que los resultados revalidaban, ahora sin lugar a dudas, que animales y utensilios se depositaron al mismo tiempo. Entre 1858 y 1859, Hugh Falconer, John Evans, Joseph Prestwich, Charles Lyell y un largo listado de entendidos se desplazaron al valle del Somme con el objetivo de revisar en persona las pruebas de Boucher de Perthes, que resultaron irrefutables.

Las reales sociedades geológicas y de anticuarios se plegaron a admitir esos vestigios que abrían un horizonte inesperado atinente a la infinita antigüedad del ser humano. El ecuador del siglo fue testigo de cómo profesores y científicos, además de curiosos y diletantes, se embarcaban en la búsqueda de huesos del hombre rotulado con diferentes nombres: prehistórico, de la edad de piedra, antediluviano... En 1857, ciertamente, esa tarea se había consumado, cuando en la oquedad de un valle prusiano, el de Neanderthal, se recobró un cráneo de frente huidiza y de arcos superciliares recargados, de reverberaciones simiescas. Los exámenes preliminares lo atribuyeron a un idiota, a un cosaco, a un caníbal, ¡incluso a un viejo holandés! Sin embargo, para entonces, una cadena de pensadores, tales como Erasmus Darwin –abuelo de Charles–, Lamarck o Lyell habían predicado las teorías del evolucionismo, en las que Charles Darwin con su *Origin of Species* (1859) se ensambló como uno de sus eslabones más determinantes. El evolucionismo presentaba la posibilidad de la mutación genética en los organismos vivos a lo largo de fases prolongadas de tiempo, reguladas por la supervivencia del más fuerte, de las especies mejor adaptadas a un medio concreto (la selección natural). Esta línea de pensamiento argüía con cuidados argumentos anatómicos los porqués del desarrollo de plantas y animales, y en 1871, también del hombre. Desde luego el escándalo promovido por los volúmenes de Darwin fue mayúsculo, dado que el concepto de creación desaparecía por completo del panorama histórico y biológico de las criaturas vivientes, razón por la cual a su autor le llovieron las críticas de los creacionistas. Arduamente, de manera gradual, se iría imponiendo la noción de que las especies evolucionan, que se someten a alteraciones progresivas,

aunque no faltaron quienes apostillaron que si eso era así, se debía a la voluntad de Dios. El Neanderthal, del que se recogieron otros fragmentos óseos en diferentes sitios, o el Cromañón, descubierto en 1868, dotados de unos rasgos primitivos respecto al hombre decimonónico, gracias al evolucionismo, se convertían en tipos humanos reconocidos como nuestros ancestros, en lugar de ejemplares patológicos de sujetos enfermos. Más tarde le llegaría el turno a los pitecántropos, gracias a los fósiles hallados en Java en 1891 por Eugene Dubois, quien bautizó a su eslabón perdido *Pithecanthropus erectus,* el hombre-simio que caminaba erguido, sin lograr que sus razones fueran escuchadas. Al menos, poco después, en la década de 1920, Dubois obtuvo su revancha cuando surgieron en la cueva china de Zhoukoudian los huesos del *Pithecanthropus pekinensis,* y se unificó la designación de este ya reconocido antepasado nuestro de hace cientos de miles de años como *Homo erectus*.



SCHNAPP, Alain. *Caricatura de Charles Darwin,* finales del siglo XIX. En 1871, *The Hornet Magazine* publicó esta popular caricatura del naturalista británico.

La superación del diluvianismo, el menoscabo del creacionismo y los principios evolucionistas de Darwin asentaban así las bases de la arqueología prehistórica moderna. Pero los científicos que la secundaban sufrieron un duro revés del que nadie fue consciente hasta 1953. Entre 1908 y 1912, un abogado que se deleitaba con la geología y el anticuariado, Charles Dawson, notificó la existencia en su poder de fragmentos de cráneo, una mandíbula y un diente recogidos en una cantera de Piltdown, al sur de Inglaterra. Dawson también pretendía hacer de estos vestigios la especie intermedia entre sus congéneres y el mono darwiniano, y a lo largo de decenios lo consiguió. Los análisis químicos patentizaron a posteriori que el cráneo sólo contaba con seiscientos años de antigüedad, y que la mandíbula provenía de un orangután hembra. Fuera el letrado británico u otra persona la responsable de la simulación, esta triunfó en su experimento de ridiculizar al mundo académico de las ciencias.

HACIA UNA CRONOLOGÍA DE LA PREHISTORIA Y DE LA PROTOHISTORIA: EL SISTEMA DE LAS TRES EDADES Y SUS SUBDIVISIONES

Al empezar el siglo XIX, lo antiguo y que resultaba extraño a la civilización pagana se hacinaba en un cajón de sastre, donde todos los elementos prerromanos debían de ser contemporáneos. No se sabía de métodos de datación, y aunque se fuera consciente de la diversidad de tecnologías que el registro arqueológico acusaba, no se poseían los rudimentos necesarios para poner orden en ese caos que, para entendernos, denominaremos prehistoria. Sin embargo, resultaba claro que una constante del género humano estribaba en su potencial para el progreso, sobre lo cual Adam Smith había reflexionado en 1762 al fraccionar sus estadios de perfeccionamiento en cuatro secuencias, desde la caza hasta la época del comercio, pasando por el pastoreo y la agricultura. Las tecnologías, artesanías y capacidades del hombre siempre evolucionaban.

En Dinamarca se tomaron las primeras medidas orientadas a sistematizar una cronología, al menos relativa, de los períodos prehistóricos. En el país escandinavo convergía un serio interés por preservar el patrimonio arqueológico patrio, con las aspiraciones nacionalistas del romanticismo posterior a las guerras napoleónicas de poner en valor las antigüedades precristianas del reino. La ausencia de monumentos romanos lógicamente volcaba la atención en las estructuras megalíticas y en el mundo funerario de la prehistoria nórdica. Entre las medidas protectoras adoptadas por las autoridades danesas, se dispuso una Comisión Real para la Obtención y Conservación de las Antigüedades Nacionales con la misión de organizar el Museo Nacional de Antigüedades de Copenhague, que albergaría las piezas reunidas por aquella. Al secretario de la Comisión, Christian Jurgensen Thomsen (1788-1865), se lo nominó conservador de la institución en 1816, con la responsabilidad de ordenar con criterios modernos una colección que rebasaba los mil objetos –y a su muerte, los veintisiete mil–, y que Federico VI deseaba que fuese puntera en Europa. Conque a Thomsen le aguardaba el cometido de hacer inteligible la galería real a un futuro público, pues estimaba concienciar a la población acerca de la preservación de los vestigios del pasado. El anticuario estaba al tanto de que en lo pertinente a la prehistoria, cualquier aproximación había de ser arqueológica, puesto que la documentación textual se hallaba fuera de cualquier consideración. Primero regularizó la información museística, consignó números a las piezas y las catalogó; después de eso, resolvió que en vez de por funcionalidad, el museo expondría sus fondos dependiendo de la materia de fabricación de cada elemento, razonamiento del que resultó la compartimentación de la prehistoria danesa en tres períodos, definidos por su correspondencia con tres usos tecnológicos abrazados de modo progresivo por el hombre. El sistema de las tres edades clasificaba los artefactos en piedra, bronce y hierro, y dentro de cada categoría, a partir de su tipología, su decoración y su utilidad (hachas, puñales, azuelas, vasos cerámicos, pasadores y fíbulas, adornos, etc.). Ya en el poema *De Rerum Natura* del autor romano Lucrecio se leía una secuencia semejante, por lo que no resultaba una innovación surgida de la nada. Su ordenación, además, consentía intuir una serie de características culturales y del ámbito funerario de la prehistoria danesa, según la cronología relativa de esos tres estadios tecnológicos, sin contar con que útiles fabricados con otras materias como el oro y la plata, y descubiertos en depósitos cerrados con ajuares de piedra, bronce o hierro, podían adscribirse a una era precisa. En la Edad de Piedra, por ejemplo, el rito funerario era el de la

inhumación en sepulcros megalíticos acompañando el cadáver de herramientas líticas y de cerámicas de decoración sencilla; en la Edad del Bronce se optaba por la cremación y el enterramiento de las cenizas en urnas bajo pequeños túmulos; mientras que para forjar armas el hierro se había demostrado el metal predominante en la tercera edad, y aunque el bronce aún se empleaba en ornamentos, mangos de utensilios y en otros productos domésticos.

Fuera de los muros del museo, en la arqueología de campo, la secuencia temporal de Thomsen se cumplía. La lógica de la propuesta pronto sedujo a los arqueólogos alemanes, suecos y británicos, y con el tiempo estableció los cimientos cronológicos del conjunto de la prehistoria europea, no ya sólo de la danesa. Había creado un sistema que no se limitaba a la alineación de un ente museístico, sino a cómo comprender la prehistoria y el manejo de la cultura material a fin de proporcionar dataciones, aunque por supuesto los yacimientos no se fecharían de forma absoluta hasta la aplicación del carbono 14 en el siglo XX.

El museo de Copenhague se abrió al público en 1819, y el propio Thomsen aleccionaba a los visitantes sobre la colección, dándoles explicaciones de lo que había en las vitrinas. En 1836 publicó una guía, enseguida traducida al alemán, y en 1848 al inglés, aunque el libro que realmente influyó en los estudios de arqueología prehistórica no lo escribió él, sino su ayudante, Jens J. A. Worsaae (1821-1885). Worsaae era una joven promesa, que a los veintidós años redactó *Danmarks Oldtid* (*Las primitivas antigüedades de Dinamarca,* 1843), a los veintiséis ocupó el cargo de inspector general de los monumentos daneses y a los treinta y cuatro impartía clases de Arqueología en la Universidad de Copenhague. A diferencia de Thomsen, su actividad se desarrolló completamente en el campo, efectuando excavaciones arqueológicas, y mientras que su mentor únicamente se ocupó del repertorio de una galería, a él le correspondió ocuparse del cúmulo monumental del país. En general, sus logros competen a la demostración de la validez en la práctica de las teorías de aquel, a su determinación a extraer conclusiones históricas globales, en forma de comparaciones con los restos de las demás naciones –viajó por Inglaterra e Irlanda, visitas que le reafirmaron que lo especulado por Thomsen afectaba a la prehistoria europea–, y a su postura moderna de lo que debía ser la arqueología.



TRIGGER, Bruce G. *Explicaciones de Thomsen en el Museo Nacional de Antigüedades de Copenhague,* 1846. La clasificación de las tres edades adoptada por Thomsen se considera uno de los grandes hitos a la hora de dotar de una cronología relativa a la prehistoria.

En los mismos años en que Layard arramblaba en Mesopotamia con lamassus y bajorrelieves, Worsaae escribía que los ajuares y reliquias provenientes de los túmulos nórdicos se tenían que examinar en provecho de la ciencia, por la información que tributaban en relación con la historia de los antepasados, y no con la perspectiva del simple coleccionismo. En caso de excavar dichos sepulcros, pautaba los pasos a seguir: la descripción detallada de su morfología externa, la

documentación mediante dibujos, el interés por la toponimia que había generado y si en los alrededores se erguían antigüedades similares, y la prospección de su interior atendiendo a la posición de los efectos. Al cavar las zanjas, había que andarse con cuidado de extraer las urnas cinerarias sin dañarlas, y preservar asimismo los esqueletos humanos y los huesos de animales; cualquier enser, por trivial que pareciese, merecía ser atesorado por las revelaciones históricas que pudiese esconder.

Worsaae no se detuvo en sus afanes conservacionistas, sino que se detuvo a recapacitar acerca de las cronologías que propugnaba. Pensar en prehistoria o en Edad de Piedra se le hacían términos casi infinitos. Aparte, cada investigador puntualizaba lo que significaba para él la prehistoria, la protohistoria o la historia, y si la indagación en esos ámbitos correspondía a paleontólogos, geólogos, arqueólogos o historiadores. Worsaae introdujo el concepto de la Edad de la Piedra Intermedia o Mesolítico, pero la división más substancial se produjo a propuesta de un acérrimo darwinista, el banquero, político y naturalista John Lubbock (1834-1913). El registro arqueológico le mostraba a unas gentes que habitaban en cuevas, que convivían con numerosas especies animales al cabo del tiempo extintas, que trabajaban el sílex y habían sufrido las eras glaciales, frente a otros grupos humanos posteriores, iniciados en el cultivo de cereales y productores de diferentes tipos cerámicos. Al período precedente lo denominó «de los aluviones» pero igualmente Paleolítico o Edad de la Piedra Antigua, y al subsiguiente Neolítico o Edad de la Piedra Nueva. Al libro de *Prehistoric Times* (1865) en cuyas páginas Lubbock exponía su periodización retornaré más adelante.

A medida que la arqueología prehistórica ganaba adeptos, y sus procedimientos se aproximaban a los de una ciencia, el período Paleolítico fue generando descubrimientos, en buena parte procedentes de las cuevas francas, que depararon sorprendentes conocimientos referidos a las habilidades artesanales y técnicas de los hombres primitivos. Las industrias prehistóricas de tipologías divergentes de tallar la piedra necesitaban de una nomenclatura que aclarase dicha heterogeneidad, de índole temporal. Edouard Lartet (1801-1871) protagonizó un intento fallido de segmentar el Paleolítico. Paleontólogo y coleccionista de fósiles, dedicó su carrera, y aún su vida, a la exploración de las cuevas francesas, actividad en la que se hizo experto gracias al mecenazgo del banquero y antropólogo diletante Henry Christy. En la década de 1860 se interesó por el hallazgo de unos obreros de las cercanías de Aurignac, en el Pirineo francés, de un refugio montañoso con fósiles de fauna desaparecida, pero sobre todo con diecisiete enterramientos de individuos –luego sepultados en un cementerio no lejano–, que en vida se habían adornado con conchas perforadas, huesos grabados y colgantes de dientes de mamut. Lartet encontró otros indicios que apuntaban hacia la contemplación de un viable talento artístico en esos hombres cavernarios: en 1860, excavando en Massat, le apareció un asta de ciervo con la testa de un oso incisa en él, y en La Madeleine (1864), el retrato de un mamut tallado en el propio colmillo de un mamut. Como buen paleontólogo, la fauna era su fuerte, motivo por el que ensayó a clasificar el Paleolítico a través del criterio de los animales extinguidos que se recuperaban junto a las herramientas humanas, no al revés. De más antigua a más reciente, bautizó las edades del oso de las cavernas, del rinoceronte y del mamut, del aurochs o bisonte, y del reno, etapas a las que con el tiempo añadió algunos retoques (y un colega completó con una primigenia era del hipopótamo).

Un profesor de la Universidad de París, asimismo paleontólogo, amén de geólogo y evolucionista, Gabriel de Mortillet (1821-1898), redefinió con un éxito notable la escala cronológica de Lartet, del

quien por cierto era un admirador. Eso no le impidió apostillar en 1872 que el canon paleontológico no se ajustaba a la realidad de ponderar los grupos humanos, susceptibles, por el contrario, de ser catalogados en base a criterios culturales y arqueológicos. Su propuesta, sencillamente, aunaba tipologías; seleccionaba los artefactos característicos y privativos de un momento señalado, y a tenor del yacimiento más representativo donde hubieran salido a la luz, llamaba así al período. Su Chelense y Achelense sustituyeron a la edad del rinoceronte; el Musteriense (derivado de Le Moustier), allá por el 180000 hasta el 30000 a. C., a la del oso y del mamut; el Magdaleniense (16000-10000 a. C.) y el Solutrense abarcaban hasta la edad de los renos. Hasta avanzado el siglo XX su enumeración se demostró útil, y las variantes que se han interpolado interesan sobre todo a distintivos regionales.

Las divisiones de la Edad del Bronce y de la Edad del Hierro llevaron también aparejadas diversas excavaciones y las geniales aportaciones de algunos arqueólogos. A caballo entre los siglos XIX y XX, el sueco Oscar Montelius (1843-1921) supo engranar correctamente las dataciones relativas de diferentes partes de Europa con el objetivo de diseñar un esquema cronológico general, también relativo, pero que puesto en relación con los materiales procedentes de Grecia desembocase en una determinación absoluta de las fechas de la prehistoria europea. Para la primera fase, recorrió el continente visitando decenas de yacimientos y fondos museísticos, reconociendo en ellos las piezas elaboradas en piedra, bronce y hierro.

Montelius admiraba a Darwin y a Thomsen, así que su método de análisis era evolutivo; siguiendo el criterio de clasificación tipológica, seleccionaba y hacía grupos de una serie de objetos de áreas dispares pero coetáneos, que enlazaba a otros que se hubiesen rescatado junto a ellos en tumbas invioladas, o de secuencias estratigráficas inalteradas, lo cual admitía contemplar su propio perfeccionamiento. A partir de los prototipos de mayor simpleza de broches de bronce, de hachas, de espadas –en los que se convirtió en todo un conocedor–, eminentemente prácticos, detallaba su evolución hasta alcanzar los modelos profusamente ornamentados, y seguramente ya de uso o de acaparamiento prestigioso por parte de los jefes guerreros. Curiosamente, a fin de hacer comprensible su propuesta metodológica, ilustró el proceso de evolución tipológica escalonada de los vagones de trenes de Occidente. Lo que hemos anotado resume dos décadas de trabajo, en el transcurso de las cuales, los escarabeos, los cilindros y las inscripciones egipcias habían dado fechas absolutas a las manufacturas griegas de la Edad del Bronce halladas junto a ellos. Montelius supuso que esta etapa se detectaba en Europa entre mediados del II milenio a. C. y el siglo V a. C. gracias a los productos resultantes del comercio entre el Egeo y el centro-norte del Viejo Continente, y la dividió en seis períodos. Las pruebas con radiocarbono desmintieron al arqueólogo sueco después de la Segunda Guerra Mundial, al calibrar su extensión entre el 1800 y el 800 a. C.

En cuanto a la Edad del Hierro, dos yacimientos excavados desde mediados del siglo XIX en adelante fijaron la cronología europea del momento. Uno austríaco, el cementerio de cerca de mil tumbas de Hallstat (700-500 a. C.), y otro suizo, el poblado de La Tène (500 - siglo I a. C.) –caracterizado por las decenas de espadas de hierro que se arrojaron a las aguas del lago Neuchâtel en ofrenda a los dioses–, identificado como una cultura propiamente dicha de la fase final de la civilización celta. La Tène jugó un papel no despreciable en la arqueología nacionalista fomentada por Napoleón III. El emperador francés deseaba alardear en su territorio de una herencia étnica y lingüística gala homogénea que proclamara la unidad cultural de la Francia decimonónica. Esto desencadenó las excavaciones de los emplazamientos de la guerra de las Galias en la década de

1860, de Alesia, Gergovie, Bibracte, así como del campamento romano del monte Réa. En la zanja de la empalizada donde los legionarios cesarianos y los guerreros autóctonos habían cruzado sus armas, se encontraron espadas y lanzas de hierro del estilo de La Tène, junto a monedas galas y romanas del 54 a. C.: no sólo su hallazgo dejaba patente la parentela entre los galos y el mundo celta, sino que daba cuenta de la amplitud temporal de este pueblo protohistórico.

EL ARTE DE LAS CAVERNAS, ALTAMIRA Y LA ANTROPOLOGÍA DEL HOMBRE PRIMITIVO

Las investigaciones desarrolladas por Lartet enseñaban a sus contemporáneos que los ancestros del hombre, lejos de ser meramente lúcidos en la práctica de la caza, habían poseído no únicamente destrezas artísticas sino también un imaginario relativo al más allá, y unos rituales vinculados a la trascendencia de la muerte. Numerosas cuevas francesas se convirtieron en modelos de enterramientos realizados de manera deliberada, con acompañamiento de ajuares constituidos por armas talladas de pedernal, collares de conchas marinas –incluso de cientos de ellas– y de huesos perforados, o dientes de animales ornamentados con grabados. Se hizo célebre la figurilla labrada en marfil de una mujer desnuda, a la que su descubridor, el marqués Paul de Vibraye, intituló la *Venus impúdica*. Las pequeñas artesanías paleolíticas levantaron entre los *amateurs* y arqueólogos domingueros la veda de la pesquisa rapaz en los abrigos de montaña y en las grutas, a fin de apoderarse de estos preciosos objetos de colección.

Quedó aceptado que los ocupantes de las cuevas, hacía decenas de miles de años, fabricaban un arte mueble en piedra, hueso y marfil, pero costó todavía medio siglo aceptar que igualmente habían decorado sus residencias pétreas con pinturas trazadas a base de pigmentos naturales. Los primeros indicios en salir a la luz aparecieron en el norte de España, y el precursor de reconocer en ellos la competencia del hombre del Paleolítico Superior fue el erudito cántabro Marcelino Sanz de Sautuola (1831-1888). Además de dedicarse a la abogacía y a la política, Sautuola profesaba un prodigioso amor por la historia –fue miembro correspondiente de la RAH– y las ciencias, sobre todo la botánica. En 1878 se desplazó a París, donde se celebraba la Exposición Universal, a ponerse al día de los últimos descubrimientos en el campo de la Prehistoria, y a su vuelta a nuestro país continuó desarrollando prospecciones en los refugios rocosos de los contornos de Santander. Hacia 1876 se había detenido a examinar una cueva sita en Santillana del Mar, Altamira, y en 1879 retrocedió tras sus pasos a fin de excavarla. Allí, a la espera de que alguien los encontrara, yacían letárgicas en las salas externas las osamentas de caballos salvajes, osos y bisontes del Cuaternario, mezcladas con utensilios de sílex y adornos de conchas. No le correspondería a él, sino a su hija, María Justina, el fijar su atención en las pinturas plasmadas sobre un ambiente adyacente de la caverna, de altura y acceso menos dificultoso para una niña de ocho años, donde a Sautuola no se le había ocurrido inspeccionar su techo. La pequeña gritó: «¡Papá, papá, bueyes pintados!», porque en efecto, la especie cuantitativamente más representada en Altamira es el bisonte, con veintisiete especímenes quizá de una manada –unos parados y otros en movimiento–, seguidos de cuatro ciervas, un ciervo y dos caballos, entreverados con signos y grabados o dibujos de manos. Su padre enseguida presintió la importancia de esas figuras polícromas, inició su estudio y comunicó la nueva noticia a diversos expertos, pero entonces sólo le prestó oídos Juan de Vilanova y Piera (1821-1893), catedrático de Geología y de Paleontología de la Universidad de Madrid.

En 1880 divulgó las pinturas de Altamira en un libro que no sólo generó polémica dentro del marco peninsular, sino en las academias y sociedades europeas. Aseverar con pruebas tangibles que el arte parietal prehistórico era un hecho significaba un duro golpe para los detentores de la opinión tradicionalista de la incapacidad humana para realizar actividades complejas en su estadio primitivo.

Aquí, entre sus detractores destacaron Quiroga y Torres, y el periodista apegado a la Biblia Ángel de los Ríos y de los Ríos, partidario de que el asunto se trataba de un fraude planeado por Sautuola. Aquel rechazaba que la perspectiva aérea de algunos de los animales esbozados pudiese ya ser recreada hace veinte mil años, mientras que el cronista apoyaba a los que señalaban con el dedo al pintor francés mudo Paul Ratier –autor al que Sautuola encargó una serie de copias de los paneles de Altamira– como al artífice de la falsificación.

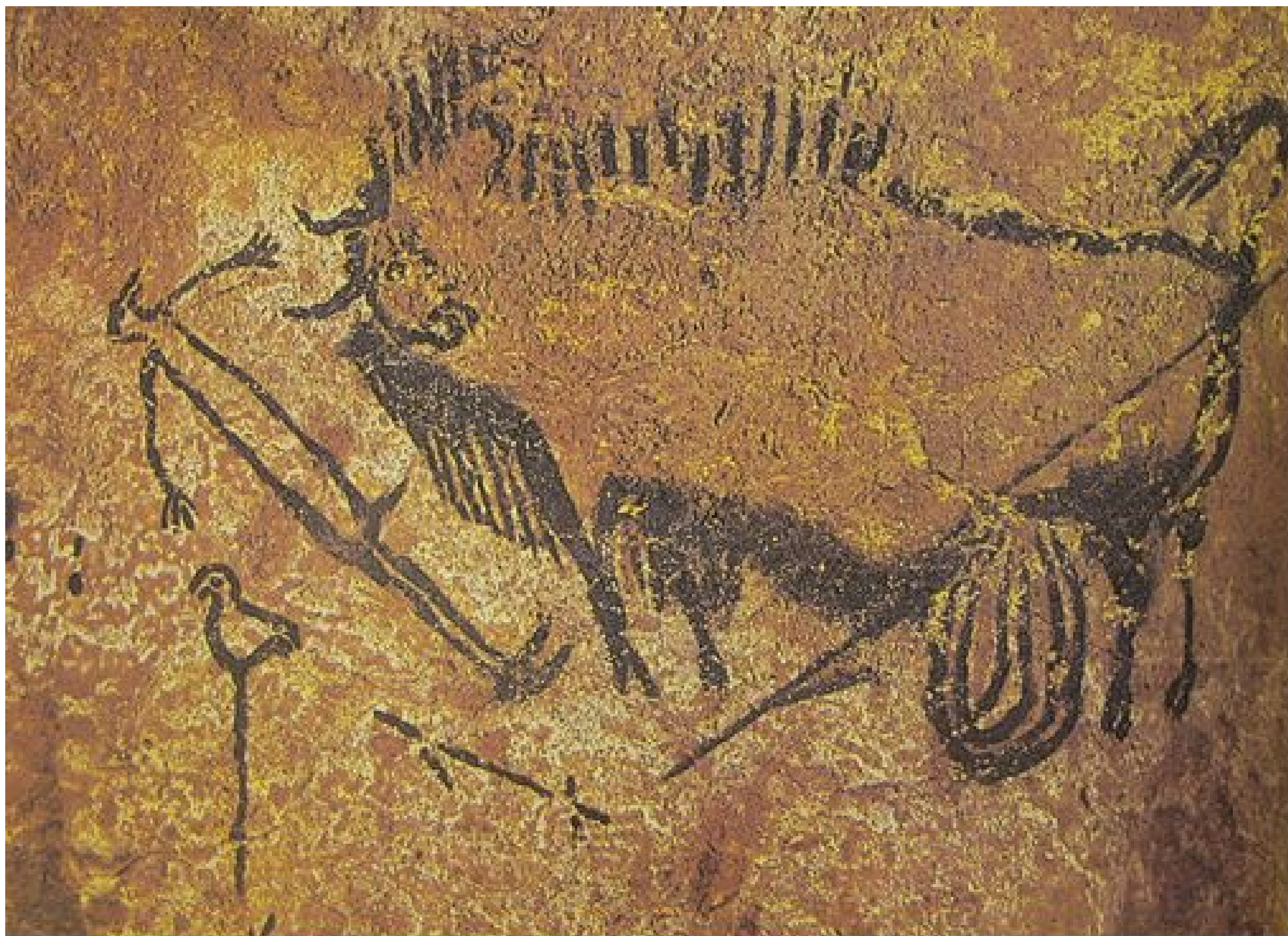
La Sociedad Española de Historia Natural, conformada de los geólogos, biólogos y paleontólogos de renombre patrio, elaboró sus propios informes en relación con el *affaire* de la cueva cántabra, siempre negativos, pues recapacitaban que la carencia de manchas de hollín en la techumbre de las cavidades denunciaba el uso de luz artificial durante su diseño, aparte de la sospechosa frescura de los pigmentos, que hoy sabemos compuestos de ocres de origen natural (arcillas combinadas con carbones vegetales), diluidos en resinas. No, las cromáticas representaciones debían de pertenecer al pincel de un artista contemporáneo, ni siquiera ducho en exceso. Incluso ciertas voces juzgaron las pinturas obra de soldados romanos del siglo I a. C., de la época de las guerras cántabras. Vilanova y Piera respaldó a capa y espada la versión de Sautuola en congresos internacionales y en conferencias, pero se estrelló contra un muro de hostilidad académica. Parapetados en este, los científicos franceses Gabriel de Mortillet y Émile Cartailhac, en especial este último, cubrieron de ridículo a Sautuola, acusándolo directamente de impostor. El desprestigio del español y de Altamira no vio la luz al final del túnel en los sucesivos quince años.

En 1895, sin embargo, se liberó el acceso de la cueva de La Mouthe de un depósito fechado tanto en el Paleolítico como en el Neolítico que lo obstruía, encontrándose dentro ejemplos de arte mural que ningún falsificador moderno habría sido capaz de ejecutar. En 1897, la cueva de Pair-no-Pair reveló más muestras del arte paleolítico, testimonios que la Sociedad de Antropología de París no pudo ignorar por más tiempo. En 1902 Cartailhac se inclinó ante la evidencia y redactó el artículo «Mea culpa d'un sceptique» para la revista *L'Anthropologie,* en el cual reconoció con humildad su profundo error y se disculpó por las invectivas descargadas contra Sautuola y el descrédito que esto le había acarreado. El agraviado llevaba catorce años enterrado cuando se limpió su buen nombre. Ahora sí, Cartailhac tomó el relevo del santanderino y viajó a Santillana del Mar en compañía de un joven abate, Henri Breuil (1877-1961), donde se les reunió Hermilio Alcalde del Río, futuro descubridor de la cueva de El Castillo; allí se volcaron en analizar cada centímetro de los 18 x 9 metros de la Sala de las Pinturas, y en 1906 se entregó a imprenta *La Caverne d'Altamira*. A partir de esta fecha, los interrogantes en torno a los bisontes polícromos de Altamira se han multiplicado. ¿A qué cronología conciernen? (se les han atribuido fechas entre el 32000 y el 10000 a. C.). ¿Reflejan conceptos simbólicos, de orden mitológico y religioso, constituyen obras de índole mágica, asociadas con la propiciación de la caza, o incluso transmiten un principio de fecundidad, convirtiendo la cueva de Altamira en un santuario del grupo en el cual iniciarse sexualmente?

La rehabilitación del refugio prehistórico español a principios del siglo XX precedió a una oleada de triunfantes sondeos subterráneos hasta el estallido de la Gran Guerra: fue el período en que Breuil copió sin descanso, durante días, las imágenes paleolíticas trazadas en las paredes rocosas, sumando la cantidad equivalente a dos años bajo tierra, y de las hazañas espeleológicas del conde Begouen y de sus tres hijos, que condujeron a rellenar los volúmenes de arte prehistórico con las pinturas de Le Tuc d'Audoubert (1912) y de les Trois Frères (1914).

El hallazgo casual de la cueva de Lascaux en 1940, por obra de cuatro colegiales que tanteaban

rescatar a un perro precipitado en una brecha, se sitúa en el colofón de esta escalada de revelaciones: mil quinientos grabados y seiscientas pinturas de hace diecisiete mil años perfectamente reconocibles, con algunas de las figuras de dimensiones más gigantescas del arte paleolítico (los toros de cinco metros de alto), amén de la escena inconfundible del bisonte arremetiendo contra un hombre con cabeza de pájaro.



CUNLIFFE, Barry. *Escena de ¿caza? en la cueva de Lascaux*. Esta cueva, notable por la pintura paleolítica que la decora, fue descubierta en 1940 por un perro, «Robot», cuando perseguía a una liebre que se refugió en ella.

Los habitantes de las cavernas, antediluvianos, hombres prehistóricos o como se los quisiera apodar, a pesar de ser etiquetados de salvajes, de parientes de los primates, poseían entonces una chispa de inteligencia y de creatividad, habían conseguido su espacio en los análisis científicos. Meterse en la mente, adivinar sus costumbres y creencias, aprehender el significado oculto de su arte requería una reflexión ciertamente arqueológica, pero asimismo antropológica. La antropología se declaraba la ciencia que estudiaba al hombre en general, y al primitivo en particular, circunstancia que la ponía en conexión con la arqueología prehistórica.

Un precursor en cruzar sendas disciplinas fue el aludido John Lubbock, futuro lord Avebury. El título de su volumen de 1865 *Prehistoric Times* continuaba con la especificación de *Illustrated by ancient remains and the manners and customs of modern savages*. Constituía entonces un manual en el que se daban cita la arqueología con los enfoques etnográficos. La virtud científica de aquella, en palabras de Lubbock, residía en presentar un eslabón entre la geología y la historia, apto tanto para el

examen de los huesos y los dientes de los animales como de los hombres antiguos, a través de sus obras, las casas, las tumbas, los templos, las fortificaciones, los enseres de la vida cotidiana o los adornos. De esos seres humanos primitivos, he aquí el quid antropológico, además se podía obtener información inquiriendo a las comunidades primitivas contemporáneas, de las que anotaba un largo listado: aborígenes australianos, maorís, esquimales, indios norteamericanos, paraguayos, tahitianos, los habitantes de Tasmania, la Patagonia, Tierra del Fuego, las islas Fiji. Esta multitud de indígenas, desde el punto de vista darwinista subyacente en su aparato teórico, compartían una inferioridad biológica en los aspectos culturales, intelectuales, tecnológicos y emocionales respecto a las poblaciones civilizadas. Europa servía de paradigma de la superioridad, un continente industrializado, pero en cuyo interior la selección natural también había creado diferencias: las clases alta y media biológicamente prevalecían por encima del estamento popular, e incluso las mujeres, crecidas y educadas a la sombra de las figuras masculinas, por naturaleza no igualaban las competencias intelectuales de estas. La sociedad victoriana rindió culto a *Prehistoric Times,* el cual se reeditó en siete ocasiones hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Su mensaje transmitía que las naciones y las gentes atrasadas se encontraban avocadas a desvanecerse ante el empuje de las potencias industrializadas, piedra angular en la que se apoyaban los alegatos colonialistas. Esta vía de disquisición antropológica la tomó el estadounidense Edward Burnett Tylor, quien diferenció tres estadios de existencia humana: el salvaje o de los nómadas cazadores-recolectores, desconocedores del cultivo y la domesticación y cuyas herramientas fabricaban con piedra, hueso o madera; el bárbaro, de los que asentados en poblados subsistían de la agricultura y hacían uso de los metales; y el civilizado, al que se llegaba con la invención de la escritura. Un nativo de la selva brasileña, un autóctono de Nueva Zelanda y un europeo ilustraban esos tres niveles de progreso.

Los progresos de la arqueología hasta la Segunda Guerra Mundial

TRAS LOS PASOS DE HOMERO: HEINRICH SCHLIEMANN EN TROYA

Antes de que la persecución de un sueño guiara al alemán Heinrich Schliemann (1822-1890) hasta las costas anatólicas y al Peloponeso, la prehistoria de Grecia había pasado desapercibida a los arqueólogos, oscurecida por las excavaciones del monumental mundo clásico. Sus descubrimientos en la colina minorasiática de Hissarlik, así como en las ciudadelas de Micenas, Orcomenos y Tirinto revolucionarían la visión del pasado heleno, resucitarían las leyendas de los poemas homéricos y dotarían de identidad al pueblo aqueo o micénico, cuyo esplendor acaeció en la Grecia continental en la Edad del Bronce reciente (1500-1180 a. C.).

Schliemann fue un hombre que se hizo a sí mismo, pero que igualmente supo mitificar su biografía con un esmerado talento, sin ir más lejos, al asegurar que desde los ocho años de edad se propuso hallar Troya. Sus habilidades innatas para los negocios lo convirtieron en un comerciante y banquero de éxito, cuya vida transcurrió en Holanda, Rusia, los Estados Unidos y otros países. Según su propio testimonio, dominaba el inglés, el francés, el español, el italiano, el portugués, el ruso, el polaco, el esloveno, el danés, el sueco, el noruego, dos lenguas muertas (latín y griego) y, cómo no, el griego moderno. Su ojo clínico para las inversiones lo enriqueció sobremanera residiendo en San Petersburgo pero sobre todo en California, durante la fiebre del oro; allí se nacionalizaría norteamericano, y allí decidiría retirarse de los negocios, antes de cumplida la cincuentena, a fin de consagrarse a una pasión que se estima tardía, en vez de remontarse a los años de su niñez: la arqueología helena. Sistemático de carácter, no se precipitó a lo loco a excavar, sino que viajó durante un tiempo por Italia, Grecia y Turquía, se cultivó y contrajo matrimonio con una griega, Sofía Engastromenos, en 1869, admirado, aparte de por su belleza, por sus conocimientos de la historia y de la literatura antigua de la Hélade.

No hay mito que no lleve aparejado a su héroe; por subsiguiente, a Schliemann le costó admitir que no había sido el primero en concebir que bajo el promontorio de Hissarlik, enclavado en la costa occidental de Turquía, se escondía la Troya asediada por una coalición de ciudades aqueas hacia el 1180 a. C., duelo encomiado en un poema lírico transcrito por Homero en el siglo VIII a. C., la *Ilíada*.

Una excavación preliminar, pero máxime los consejos de un personaje olvidado de la historiografía arqueológica, el cónsul de Estados Unidos en la zona, el inglés Frank Calvert, desviaron su atención de la villa de Bunarbashi –identificada comúnmente con Troya– a ocho kilómetros más al sur, al montículo de Hissarlik, la *Ilium Vetus* romana. De 1863 a 1865 Calvert, propietario de un sector del paraje, había sondeado la cima y librado de tierra el templo helenístico de Atenea, así como las ruinas de fortificaciones prehistóricas. Sabía lo que eso significaba, la enorme probabilidad de encontrarse en la pista correcta de la Troya regida por Príamo. Sin embargo, carecía de medios para continuar sus prospecciones, y el antiguo hombre de negocios, después de extraer toda la información que pudo del diplomático –tan rica como las jugosas noticias que se leían en Homero, que Schliemann pregonaba ser su fuente substancial–, le dio la espalda; la recompensa era la fama eterna, y siendo un retirado acaudalado, Schliemann no necesitaba de Calvert. Así pues, firmó un acuerdo con el Gobierno turco y consiguió su licencia de excavaciones, que empezaron en 1871.

El anticuario alemán llevó a cabo una serie de campañas entre esa fecha y 1873, en 1878-1879, 1882 y 1890. De ochenta aumentó el número de peones a ciento cincuenta, dotados de casi un centenar de carretillas de ruedas. Tres capataces y un ingeniero vigilaban las cuadrillas de estos trabajadores inexpertos, y del amanecer a la puesta del sol, Heinrich y Sofía Schliemann inspeccionaban la excavación. A partir de 1871, se horadó Hissarlik con vastas trincheras de decenas de metros de anchura y de profundidad estratigráfica, lo cual mostró, a medida que se ahondaba, transformaciones arquitectónicas, diferentes materiales constructivos, cerámicas heterogéneas... un *tell* en el que las poblaciones de la Edad del Bronce y ulteriores se habían ido superponiendo. Lo que al director de la empresa le interesaba se hallaba en lo más recóndito del yacimiento, por lo que no se preocupó en demasía de documentar los niveles grecorromanos, ni lo que valuaba posterior a la guerra de Troya.

Ahora somos conscientes de que perforó diez sucesivas ciudades: Troya X, el foco bizantino medieval, de los siglos XII y XIII d. C.; Troya IX, la Ilium augustea; Troya VIII, contemporánea a Homero y que perduró hasta el final de época helenística; Troya VII, correspondiente a la Edad del Hierro; Troya VI (1300-1180 a. C.), la que se supone relatada en la *Ilíada,* el momento dorado de la localidad, con veinte mil metros cuadrados de extensión, residencias palaciales y recias fortificaciones que protegían un floreciente comercio de metales, textiles, caballos, esclavos, hasta que un terremoto la asoló; Troya V y IV (2200-1700 a. C.), destruidas ambas por el fuego; Troya III, que sufrió la misma suerte; Troya II (2550-2200 a. C.), la que Schliemann creyó homérica, una ciudadela de nueve mil metros cuadrados que ocultaba numerosos tesoros bajo sus palacios y edificaciones públicas, víctimas de una deflagración; y Troya I (de alrededor del 2920 a. C.), del Bronce inicial, de estructuras rústicas, economía agrícola y cerámica confeccionada a mano.

A pesar de tener más de mil años de antigüedad respecto al nivel cronológico de la novelada invasión aquea, desde la óptica del alemán, Troya II contenía los ingredientes necesarios para convertirse en la Ilium de la lírica: mostraba hermosas murallas, una puerta doble monumental (no dudó en bautizarla Puerta Escea), huellas de una desgraciada ignición (fruto de la conquista griega) y arquitectura palaciega con resonancias al palacio del rey Príamo. Pero la prueba indiscutible se la proporcionó el llamado Tesoro de Príamo, que Schliemann describió como el hallazgo fortuito, y dichoso, del trabajo de un día. En mayo de 1873, a dos semanas de clausurar la campaña, próxima a la muralla divisó una colección de copas, jarras, vasos y calderos de bronce, plata y oro, de joyería áurea y de armas y herramientas broncíneas, un total de doscientos cincuenta objetos que atribuyó a

algún pudiente ciudadano troyano, pariente del soberano, que había sucumbido durante el ataque aqueo. El *firman* emitido por las autoridades turcas concedía a estas dos tercios de las piezas rescatadas, además de lo que se considerara de particular importancia, pero Schliemann disimuló el tesoro con ayuda de su esposa, lo sacó del país y lo ocultó en Grecia, en una casa de su familia política. Su ardid le costó la retirada del favor de la Sublime Puerta, pero cosechó para la ciencia los descubrimientos producidos en Micenas y en otros bastiones aqueos.

Las diligencias practicadas en Constantinopla por el embajador inglés, nada menos que Austen Henry Layard, el excavador de Nínive, licenciaron a Schliemann a retornar a la cúspide de Hissarlik en 1878. En ese lapso de tiempo había adquirido una experiencia mayor en la arqueología de campo, pero lo que es más importante, desde 1882 le secundó como brazo derecho un arquitecto y experto arqueólogo, Wilhelm Dörpfeld (1853-1940). Este había formado parte de las excavaciones de Olimpia, y conocía lo que se traía entre manos. La arqueología prehistórica se diferenciaba de la clásica en que carecía de su plétora de inscripciones y de fuentes escritas, lo que obligaba a que los métodos empleados insistiesen en el virtuosismo y la prudencia al tratar la estratigrafía y los artefactos, índices singulares de la cronología del sitio. Dörpfeld, no Schliemann, fue quien identificó los siete niveles de Troya, luego ensanchados a nueve, en sus operaciones de 1893-1894, ya fallecido su colega, y a diez en la actualidad. También introdujo orden en las dataciones en su *Troja und Ilion* (1902), y expuso que la Ilium de Príamo y de Héctor, y de sus rivales, los héroes griegos Aquiles, Néstor, Agamenón o Menelao, era Troya VI, y no la II. Antes de su defunción, Schliemann tuvo que aceptar su anterior yerro, dado que piezas idénticas a las que había sacado a la luz en Micenas y en Tirinto se detectaban en esa sexta ciudad.

MICENAS, «LA RICA EN ORO»: LA EDAD DEL BRONCE DE GRECIA

Cuando todavía coleaba el escandaloso asunto de su exportación ilegal de las alhajas y reliquias del Tesoro de Príamo, Schliemann demostró que conservar la fe en los escritos griegos suponía el camino más rápido hacia el logro de la palma en la resolución de problemas arqueológicos. En el siglo II d. C., Pausanias, un anticuario a su manera, que viajaba anotando hasta la última obra de arte y cada monumento que el suelo heleno ofrecía al visitante, saboreó en Micenas la contemplación de los muros ciclópeos del asentamiento (con bloques pétreos de dimensiones grandiosas, de los que se pensaba que tan sólo podían cargar los cíclopes), la fuente Perseia y las tumbas de los héroes aqueos asesinados a su regreso de la guerra en Asia Menor. La reina, Clitemnestra, en alianza con su amante Egisto, había planeado la masacre de Agamenón –su cónyuge y líder de la incursión de cien mil aqueos a las costas de Troya–, junto a sus veinte camaradas, apenas se reunieran para celebrar un banquete.

Los arqueólogos decimonónicos sospechaban que el dato señalado por Pausanias de que sus sepulcros se localizaban dentro de las murallas hacía referencia al paramento helenístico de la ciudad baja, y no al lienzo ciclópeo de la acrópolis. Schliemann, de nuevo, leyendo a pies juntillas el pasaje en cuestión, proyectó una excavación en las inmediaciones de la Puerta de los Leones. Su tesis no residía ahora en descubrir una localidad, pues de Micenas nunca se perdió la memoria, sino en certificar la autenticidad filológica de lo señalado por Pausanias y poner las manos en toda esa acumulación de oro y riquezas que Homero relacionaba con Micenas. Ardía en deseos de exhumar los cuerpos de Agamenón, de Atreo, de Casandra, de Eurimedón y de otros protagonistas de las tradiciones míticas.

En el verano de 1

THE ILLUSTRATED LONDON NEWS



REGISTERED AT THE GENERAL POST-OFFICE FOR TRANSMISSION ABROAD.

No. 1960.—VOL. LXX. | SATURDAY, FEBRUARY 3, 1877. | WITH TWO SUPPLEMENTS | SIXPENCE. By Post, 6½d.

ANTIQUARIAN DISCOVERIES IN GREECE: OUR ARTIST SKETCHING THE ENTRANCE GATE OF THE ACROPOLIS AT MYCENÆ.

«La Puerta de los Leones de Micenas», en *The Illustrated London News* (03-02-1877). La entrada a la acrópolis aquea es famosa por su escultura de los dos leones enfrentados, dotados de un valor apotropaico que protegía la entrada a la ciudadela.

876 comenzó la excavación, bajo una férrea supervisión griega, ya que las autoridades competentes no perdían de vista las artimañas que Schliemann había realizado en Anatolia. De nuevo su objetivo final le condujo a mostrar poca delicadeza con las ruinas romanas y helenísticas, suscitando las quejas de los oficiales locales, pero pronto estas se acallaron, dado que en diciembre topó con algo. En el espacio que en tiempos arcaicos y clásicos se había usado de ágora, se desenterraron casi una decena de estelas decoradas con relieves bélicos y cinegéticos, además de motivos abstractos, que indicaban la antigua posición de una serie de tumbas reales. Con mayor cuidado, los trabajos revelaron el denominado círculo A, varias fosas donde yacían diecinueve cadáveres, entre hombres, mujeres y niños. Los huesos, en contacto con los agentes ambientales, enseguida quedaron reducidos a polvo, pero no así los deslumbrantes ajuares con los que se inhumaba la realeza micénica. Las sepulturas rebosaban de trípodes, vasos, vasijas, ídolos de terracota, gemas, joyas y adornos de metales preciosos, anillos, diademas, brazaletes, sellos, tableros de juego, escudos, lanzas, espadas, dagas elaboradas con la técnica del damasquinado. El oro y la plata recubrían de pies a cabeza a los héroes que Schliemann distinguió como la corte de Agamenón, aunque en realidad, datados hacia el 1600-1500 a. C., antecedían al menos en trescientos o cuatrocientos años a los asaltantes de Troya. Una costumbre, quien sabe si a imitación de la egipcia, estribaba en que los rostros de los hombres se cubrían con máscaras mortuorias de oro, que les procuraba un sentido trágico más que realístico: las reconstrucciones faciales de algunos restos manifiestan que no se trataba de retratos estrictos del difunto, sino de idealizaciones. Absorto por la poesía homérica, Pausanias y las obras teatrales posteriores, Schliemann decidió que una de las máscaras de la fastuosa tumba V representaba la faz Agamenón, y así se lo escribió con un deleite presuroso al rey de Grecia.

Los despojos humanos y la preciosa información que suministraban, al contrario que los objetos, se perdieron para siempre. Por fortuna, el rescate entre 1952 y 1954 de otro círculo de sepulturas aristocráticas, el B, un par de generaciones anterior al de Schliemann, despejó diversas incertidumbres biológicas y físicas, como que la esperanza media de vida alcanzaba en los hombres los treinta y seis años, y los treinta en las mujeres, o que estas medían unos 1,58 metros de alto, mientras que aquellos, 1,67 metros, dimensiones no alejadas demasiado de las que poseen los actuales griegos.

Con unos cuantos kilos de oro resultantes de sus visiones arqueológicas, Schliemann se daba por satisfecho. Tanto es así que abandonó la excavación a fin de acelerar su publicación, y al heleno Panagiotes Stamatakis le correspondería el incorporar una tumba más al conjunto, la VI, en 1877. Allí por donde posó el pico, el escándalo lo rodeó. Sus compatriotas, así como muchos eruditos ingleses, lo acusaron de acientífico, de medio loco, de haber errado en sus deducciones cronológicas (se decía que las ruinas clasificadas por el alemán de preclásicas en verdad eran bizantinas). La Society of Antiquaries de Londres, sin embargo, lo admitió en su seno, y en 1877 exhibió el Tesoro de Príamo en la capital del Támesis con un éxito de público apabullante.

Schliemann tenía los ojos puestos en Creta cuando acaeció su fallecimiento, en 1890, año en que un comité de sabios que examinó el yacimiento de Troya le otorgó la razón, el haber desnudado miles de años de historia de la Ilion homérica. Pese a que Dörpfeld mitigó sus arrebatos destructivos, la

figura de Schliemann se aproxima peligrosamente a la del cazador de tesoros antes que a la del arqueólogo de finales del siglo XIX, interesado en la aplicación de procedimientos científicos renovadores. Dicho esto, también cabe subrayar que fue el padre indiscutible de la arqueología prehistórica helena, en la que rellenó un vacío de dos mil años hasta entonces expectante en las costas jónicas, en la Troya «de hermosos corceles» y en la península del Peloponeso, en la Micenas «rica en oro».

DENTRO DEL LABERINTO. ARTHUR EVANS Y LA ARQUEOLOGÍA CRETENSE

A Schliemann tampoco le escasearon los admiradores, ni creyentes en que a la manera de un Cristóbal Colón de la arqueología había abierto la ruta a un nuevo mundo virgen hasta que él, al igual que Aquiles hacía tres mil años, había recalado ante los muros de Troya. *sir* Arthur Evans (1841-1941) recurrió en 1901 a esa comparación lisonjera entre el marino genovés y el arqueólogo diletante, los dos perseguidores hasta el final de una ilusión largamente anhelada.

El apellido de Evans nos es ya conocido: John Evans, su padre, se decantó por asentir al despliegue de argumentos presentados por Boucher de Perthes acerca de la convivencia de seres humanos con industria lítica y mamíferos extinguidos, allá por 1858. Arthur, el hijo menor de la familia, heredó la afición por las antigüedades y por el coleccionismo del progenitor, no obstante a que en su juventud se ganó la vida provisionalmente como corresponsal del *Manchester Guardian's,* cubriendo las noticias para su periódico en el polvorín de los Balcanes y en Grecia. Con todo, ni siquiera en sus viajes por Bosnia o Croacia había renunciado a recoger piezas arqueológicas, aptitud que le sería de utilidad cuando en 1884 se lo eligió conservador del Ashmolean Museum de Oxford (función que ostentó hasta 1908). Dicho puesto le otorgó la libertad de continuar deambulando por Europa con la misión de adquirir objetos destinados a la entidad y de decidir en lo referente a sus investigaciones, así como de obtener financiación para los proyectos arqueológicos del museo, que el mismo Evans llevaba a cabo.

En uno de sus desplazamientos a Grecia, de paso por Atenas en busca de piedras grabadas que adquirir en el mercado de antigüedades, le llamaron la atención unos sellos con signos y jeroglíficos inscritos en sus caras, de una naturaleza diversa a los egipcios y anatólicos. Tenían algo de oriental y algo de mediterráneo, pero no se asemejaban a nada de lo que había contemplado hasta el momento. Unas rápidas averiguaciones apuntaban a que provenían de Creta, la isla de las cien ciudades cantada por Homero. Evans estaba persuadido de dos certezas: una, que tenía ante sí una primitiva escritura de Grecia, acaso micénica; y la segunda, que esa civilización aquea tenía que haber florecido con ímpetu en la isla egea de donde venían los sellos. En Creta esperaba dar respuestas a sus interrogantes inagotables, y especialmente en las alturas de Kephala, en el yacimiento de Cnosos, donde en 1894 había constatado que se erguían muros micénicos, quizá de una construcción palacial análoga a las del continente.

La guerra entre Grecia y Turquía que devolvió a aquella la soberanía de la isla, en 1898, le brindó a Evans su oportunidad. En esos años adquirió la parcela que albergaba Cnosos, y en 1900 estaba preparado para asestar el golpe de pico inaugural de su campaña, tarea en la que le secundaban entre el medio centenar y los ciento ochenta obreros, que después ascenderían a doscientos cincuenta, controlados por un equipo de agudas cualidades profesionales: el escocés Duncan Mackenzie (1861-1934), adjunto de Evans, y el arquitecto Theodore Fyfe, al que remplazó Christian Doll. Se les debe agradecer que suplieran las carencias de Evans en el desarrollo de una excavación estratigráfica, que tuvo en cuenta asimismo la estratigrafía arquitectónica con el objeto de asignar dataciones.

Aunque los aspectos fundamentales de la excavación quedaron resueltos hacia 1905, Evans no podía imaginar que más de treinta años después su carrera continuaría atada firmemente a la colina de Kephala. El primer día, a escasos centímetros de profundidad, dejó a la vista las paredes en

ruinas de un edificio que proporcionaría cuerpo (un cuerpo nada despreciable de catorce mil metros cuadrados) a los mitos griegos: el palacio de Cnosos. A lo largo de cientos de años, sus estancias habían sido destruidas, el complejo había sucumbido a incendios catastróficos, probablemente también a terremotos e invasiones, pero desde el 2000 a. C. hasta cerca del 1200 a. C. siempre se había recompuesto. Dos civilizaciones alcanzaron su cénit y colapsaron mientras aún la intensa policromía de sus decoraciones pictóricas brillaba en los muros de esta residencia real: la minoica y la micénica. Evans dejó al descubierto algo más que un reducto micénico, que en definitiva es lo que buscaba: dio vida a una nueva civilización con siglos de antigüedad, que hundía sus raíces a finales del Neolítico, a la que bautizó «minoica», al prestar oídos a las tradiciones en torno a Minos, el legendario monarca cretense.

Campaña tras campaña, las excavaciones inglesas liberaron de tierra un recinto multifuncional, formado por un gran patio central alrededor del que se desplegaban corredores, pozos de luz, escaleras, propileos monumentales, un «teatro», otros patios y cámaras en un esquema irregular de varias plantas; en dichas habitaciones se cubrían las necesidades residenciales, burocrático-administrativas y de representatividad, archivísticas, productivas y económicas, religiosas, de almacenaje e incluso higiénicas, puesto que contaba con retretes.

Para un espectador sugestionado por la idiosincrasia mitológica de la isla, la heterogeneidad de esa planificación edilicia empujaba a una sola conclusión obvia: en el palacio de Cnosos había fraguado la historia del laberinto de Creta diseñado por Dédalo a fin de custodiar al minotauro, siguiendo los mandatos del rey Minos. De hecho, la popularidad de la simbología de la doble hacha, el *labrys,* tallada por toda la construcción, así como de las representaciones en relieves, en pinturas, en sellos y en vasos del toro, demostraban que Kephala realmente soterraba la casa del *Labyrinthos*. Sus intrincados y oscuros vericuetos explicaban por qué el héroe ateniense Teseo había tenido que depositar su confianza en la madeja de hilo de Ariadna a fin de no perder su camino.

Además de las arquitectónicas, Evans desembarazó en el cerro de Kephala otras evidencias de la cultura material y del arte minoico: miles de tablillas de arcilla con los símbolos grabados que habían despertado sus recelos en Atenas, que conducían a pensar en la existencia de dos escrituras disímiles, la lineal A y la lineal B, y los estucos, muy maltratados, en cuya superficie se reproducían coloridas estampas de la vida religiosa y cortesana de esta cultura egea.

En 1908 el arqueólogo británico recibió una herencia, que se propuso utilizar para subvencionar las expensas de la restauración del yacimiento, una de las
decisiones más criticadas de las que tomó, aunque supuestamente necesaria, pues los vestigios amenazaban con derrumbase. Y es que bajo órdenes suyas, sus arquitectos y artistas restituyeron, más que rehabilitaron, el palacio de Minos, dotándolo de su artificialidad actual: alzaron columnas y paredes, rehicieron los frescos –así como objetos tan representativos de la cultura minoica como la *Diosa de las serpientes*–, enyesaron las estancias y los adornos arquitectónicos, elevaron gigantescas escalinatas, suplantaron la madera por cemento recubierto de colores y vigas de acero con la proyección, siempre en mente, de la mansión ideal de Minos. Por eso el asiento regio del Salón del Trono, a pesar de su estrechez –motivo por el que Evans lo había llamado Trono de Ariadna en un principio–, se convirtió en un elemento de dicho soberano mítico, o al menos de un equivalente masculino, pues terminó equiparando «Minos» a un título dinástico, al estilo del César. A partir de las piezas desordenadas de su puzle arqueológico, Arthur Evans volcó en sus cuatro tomos de *The Palace of Minos at Knossos* (1921-1935) el devenir de un pueblo longevo, refinado y

benévolo, con un exuberante grado de desarrollo, muy superior al micénico, y que había influido en este.

La arqueología ha echado por tierra una serie de interpretaciones de Evans, sin ir más lejos, su suposición de que una colonización cretense había encauzado la personalidad de la cultura aquea, o el supuesto carácter sereno y a menudo pacífico de las gentes minoicas. Hacia el 1400 a. C., guerreros aqueos, a quienes gentes cicládicas y minoicas sí habían entrenado en las destrezas de la navegación, ocuparon la isla, acaso aprovechándose de algún episodio violento local o de la debacle ocasionada por un fenómeno natural. Evans intuyó que la minoica tenía que ser una sociedad literata, y descubrió infinidad de tablillas del archivo de Cnosos, pero nunca llegaron a descifrarse mientras él vivió las lenguas que se advertían detrás de aquella escritura que conocemos como lineal A y lineal B. Aquella permanece todavía impenetrable, pero la segunda, la grafía que utilizaban los micénicos, derivada de la A, al contrario de lo que maduraba Evans, se trata de una arcaica transcripción del griego que Homero consignó en sus poemas transcurridos setecientos años. En 1952, Michael Ventris (1922-1956), un criptógrafo durante la Segunda Guerra Mundial, dio con la clave, auxiliado por el filólogo de Cambridge John Chadwick, de que las tablillas contabilizaban datos administrativos atinentes a la burocracia palacial de Cnosos y de Pylos.

LA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA EN EGIPTO

En 1881, un egiptólogo escribía acerca del estado de la arqueología y del patrimonio histórico en Egipto: «La salvaje indiferencia de los árabes es superada solamente por la más bárbara falta de miramiento por los monumentos de los que están en el poder. Nada parece hacerse con un plan regular y uniforme, se empiezan los trabajos pero se dejan inconclusos; no se tienen en consideración futuras exploraciones […], los niños portan la tierra en pequeños canastos sobre sus cabezas...». William Matthew Flinders Petrie (1853-1942) había desembarcado en Egipto hacía un año, pero todavía no cabía en sí de asombro por el rápido deterioro de las antigüedades de la civilización de los faraones, pese a las prevenciones dictadas por Auguste Mariette, quien precisamente fallecería en 1881.

Los mecanismos mentales de Petrie eran lo opuesto a ese caos que Occidente ha establecido como un cliché de los países musulmanes: de carácter calculador –a los diecinueve años había verificado las proporciones de Stonehenge junto a su padre, un ingeniero–, autodidacta, afín a las ciencias y sobre todo a las matemáticas, su escrupulosidad lo convirtió en el primer arqueólogo que excavó en Egipto con una metodología y objetivos de veras científicos, si bien las razones que lo guiaron allí entronquen más con los pecados de la pseudociencia. A expensas de la generosidad paterna, el meticuloso viajero recaló en las tierras del Nilo con instrumentos de medición y teodolitos, dispuesto a ratificar las teorías de un amigo de la familia, Charles Piazzi Smyth, un iluminado con concepciones muy suyas acerca del Génesis, profesor de Astronomía en Edimburgo y autor de *Our Inheritance in the Great Pyramid* (1864). En esta obra explicitaba que la pirámide de Keops se había levantado inspirada por revelaciones divinas, con un patrón de medida basado en la «pulgada de las pirámides», y que sus dimensiones no sólo traslucían importantes singularidades astronómicas sino que enmascaraban predicciones relativas al futuro de la Tierra. El determinismo de Piazzi Smyth engatusó a los Petrie, padre e hijo, así que Flinders se mudó a Guiza de 1880 a 1882, a efectuar las mediciones de esta magnífica «biblia de piedra», de su interior, deficientemente investigado, de sus hermanas menores y de los templos de la meseta. Sus cálculos matemáticos, y las mediciones conclusivas, se demostraron de una exactitud sin precedentes hasta la época, y por supuesto desterraron del mundo académico las especulaciones del astrónomo Smyth. Los egipcios no necesitaban de los cánones numéricos de Dios para acreditar su habilidad en la rama de la ingeniería; Petrie sondeó la programación de la construcción, y el hallazgo de las barracas de los obreros de la segunda pirámide de la IV dinastía, la de Kefrén, le señaló que aproximadamente cuatro mil habían trabajado en ella. Aquí comenzó a preocuparse por las pequeñas cosas, por las existencias de los hombres comunes del antiguo Egipto, por las industrias cotidianas del país del Nilo, por la vida doméstica, por la cerámica –hasta en sus fragmentos menos llamativos–, las herramientas del día a día, los juguetes, los papiros, los enseres rudimentarios. Y entrenó a la mano de obra que contrataba a fin de que distinguieran además de las piezas meritorias los objetos corrientes y vulgares, los pedazos de cerámica, y cuando se la presentaban les pagaba el precio que habrían alcanzado en el mercado. Los tesoros no le llamaban la atención tanto como las respuestas a las preguntas que se amontonaban en su cabeza acerca del pasado, por lo que se puede decir sin vacilar que compartía las inquietudes de la arqueología actual. «Las cosas más triviales pueden ser

valiosas, generalmente hay que guardar muestras de todo», fue una de sus máximas inolvidables, y lo llevó a la práctica con profesionalidad.

En los cuarenta años sucesivos su actividad fue incesante, ya fuera por cuenta propia o de la Egypt Exploration Fund, excavando pirámides, necrópolis y ciudades. De un largo elenco de yacimientos podemos extractar Tanis (capital de las dinastías XXI y XXII durante trescientos años), la colonia griega de Naucratis, fundada en el siglo VII a. C., pero en especial dos, el-Kahun y el-Amarna. Aquella, un foco habitacional de peones y de sus capataces surgido en torno a la erección de la pirámide de Sesostris II (1897-1878 a. C.), con casas de adobe proyectadas en un plano perfectamente ordenado, es decir, una concentración de barrios obreros con importantes noticias sobre la cultura material de la plebe egipcia. El-Amarna, en cambio, se trataba de la ciudad que un gobernante transgresivo, Amenophis IV o Akenatón, convirtió en la capital de Egipto consagrándola al dios solar Atón. Su ocupación, de apenas quince años, y el hecho de que no se reconstruyera encima ninguna población posterior, le otorgó la oportunidad a Petrie de salvar del desierto su palacio real –recubierto de delicados frescos que desvelaban la intimidad familiar del faraón–, las moradas aristocráticas que lo rodeaban, los distritos residenciales, las sedes administrativas, las avenidas y el Camino Real, o el archivo, receptor de la correspondencia diplomática en cuneiforme con los reinos de Siria, Mesopotamia y de Asia Menor.



WALLIS, Henry. *Excavaciones de Flinders Petrie en Tebas* (1895). University College, Londres. Petrie defendió el método de incentivar a sus trabajadores recompensándolos por cada pieza antigua que le llevaran.

El sondeo de tumbas, sin embargo, es el que llevó a Flinders Petrie a los descubrimientos subrayados por las innovaciones metodológicas de las que se valió en ellos. Destacan sus trabajos en el cementerio de Naqada, a partir de los que elaboró una cronología relativa de la etapa predinástica

egipcia. En 1894 excavó cerca de dos mil enterramientos, donde los esqueletos brotaban acompañados de cerámicas pero sin ningún tipo de inscripciones por los que se pudieran fechar. Por lo tanto, fijándose en todas y cada una de las tumbas, ensayó secuencias tipológicas según las transformaciones morfológicas y ornamentales que se introducían en los vasos, ideando así una cadena temporal que lo trasladaba a la prehistoria nilótica, a momentos anteriores al 3100 a. C., válida para cualquier arqueólogo que encontrara piezas similares. Que en la cerámica estribaba «el alfabeto de la labor arqueológica» se le manifestó en los sepulcros de Ghurab. Para sorpresa de Petrie, recipientes idénticos a los sacados a la luz por Schliemann en Grecia afloraban en un contexto de la XVIII y de la XIX dinastías (1570-1186 a. C.). Gracias a los escarabeos, a los amuletos grabados, a las inscripciones con los títulos de los faraones, todo lo contenido en una tumba egipcia poseía su cronología absoluta, así que, cruzando datos y materiales, la civilización micénica se habría encuadrado en un período simultáneo.

LA TUMBA DE TUTANKHAMON

La biografía de Petrie se alargó ocho decenios, lo suficiente para que varias generaciones de arqueólogos aprendieran del viejo maestro y devinieran expertos en la arqueología egipcia y del Próximo Oriente, pero asimismo para que a sus técnicas les diese tiempo de quedar trasnochadas, cuando en la década de 1930 excavaba en Palestina. Thomas E. Lawrence, el Lawrence de Arabia que protagonizó la rebelión árabe contra el dominio turco durante la Primera Guerra Mundial, trabajó a su lado en Siria, experiencia de la que nunca olvidaría la austeridad espartana con la que Petrie dirigía una campaña y el hambre que a duras penas soportaban sus asistentes.

Un acólito de Petrie, y la hazaña sobre la cual se han escrito miles de páginas, apenas necesitan ser presentados: Howard Carter (1874-1939) fue el excavador de la tumba de Tutankhamon, el hito egiptológico tantas veces reproducido en revistas, monografías, documentales y películas. En 1922, cuando descubrió aquella, no era un principiante. Su mentor, Petrie, lo orientó a ejercer sus dotes de pintor copiando relieves en el-Amarna (1892), en Beni Hassam y en El-Bersha, y en el cambio de siglo actuaba ya de inspector de monumentos en el Alto Egipto para el Servicio de Antigüedades, a las órdenes de Maspero. En 1907 entró en escena un mecenas, lord Carnarvon (1866-1923), amante de la civilización del Nilo, con un solo designio en mente al que no paraba de dar vueltas: si el elenco de faraones de la dinastía XVIII había sido enterrado en el Valle de los Reyes de Tebas, el único que todavía andaba en paradero desconocido tenía que localizarse allí también. Hablamos del gobernante adolescente que reinó apenas unos años en el Imperio Nuevo (aproximadamente, del 1336 al 1327-1325 a. C.). La erudición de lord Carnarvon comprendía preferentemente a las carreras de caballos y a los coches de lujo, así que, distanciado de las habilidades arqueológicas, enroló a Howard Carter para dirigir la búsqueda, estéril durante cinco años, de 1917 a 1922, en los que el aristócrata dilapidó millones de dólares. A punto de cerrar la última y decepcionante campaña, en una zona desechada por Carter ya en la misión inicial de 1917, al verla poblada de cabañas de los constructores del adyacente monumento funerario de Ramsés VI, la excavación de estas habitaciones modestas dio paso a una escalinata que conducía a una puerta sellada con el símbolo de la necrópolis real tebana. El 26 de noviembre de 1922, despejado un corredor de ingreso que terminaba en otro vano clausurado, el egiptólogo anglosajón practicó un resquicio por el que asomó una vela. En una antecámara que ningún ser humano había hollado en alrededor de tres mil años, Carter alumbró un ajuar amontonado confusamente, canapés dorados rematados en forma de testa bovina, una pareja de estatuas de color negro, centinelas del sueño del faraón impúber, cofres con incrustaciones, vasos y copas de alabastro, cajones de madera para guardar comida, camas y sillas talladas, un trono áureo, báculos, carrozas volcadas, las «cosas maravillosas» que Carter describió al conde de Carnarvon ante las apremiantes interpelaciones de este. En *The Tomb of Tutankh-Amen* (1923) Carter refirió los pasos restantes hasta hallarse cara a cara con el retrato del extinto dinasta y su momia, así que invitamos a su lectura a quien desee profundizar en ellos.

La documentación de la tumba se prolongó bastante tiempo: en dos meses y medio se despejó la antesala, tres años se esperó a proceder a la cuidadosa extracción del sarcófago, y diez más en examinar las miles de alhajas, muebles, imágenes y utensilios. La prensa había seguido la noticia pendiente de un hilo y cubrió de fama al explorador del Valle de los Reyes, quien hizo la delicia de

su público al verter en su libro el suspense y el dramatismo del instante de la apertura de los sellos de Tutankhamon. Al llamar la atención generalizada sobre la egiptología, la primicia del descubrimiento no se fue simplemente extinguiendo como cualquier otra crónica pasajera, sino que favoreció que aumentara la severidad de las leyes de protección del patrimonio egipcio y de la exportación de antigüedades. La inesperada defunción de lord Carnarvon en 1923, derivada de la infección de una picadura de mosquito, popularizó la fabulación romántica de la maldición de la momia; sin embargo, no pocos de los peones a cargo de Howard Carter gozaron de una existencia longeva.



«Howard Carter en el interior de la tumba de Tutankhamon» (1923). En: *The New York Times*. La figura del egiptólogo Howard Carter se liga indisolublemente a la excavación de la tumba de Tutankhamon (1922), la cual buscaba hacía catorce años.

ROBERT KOLDEWEY, UN ARQUEÓLOGO ALEMÁN EN LA TORRE DE BABEL

Si la arqueología británica fue la responsable de que se tuvieran en cuenta los principios estratigráficos en las excavaciones en Egipto y de que se adoptara la cerámica como referente a la hora de adjudicar cronologías a los yacimientos, los estudiosos alemanes introdujeron la profesionalización de la arqueología en Mesopotamia. Hasta la Primera Guerra Mundial, debido al buen estado de salud de las relaciones entre Alemania y la Sublime Puerta, la posición de los científicos del káiser Guillermo II en Oriente Medio predominó sobre la de los demás técnicos extranjeros. Babilonia, a orillas del Éufrates; Asur y Samarra, asomadas al Tigris; y Warka, en la Baja Mesopotamia, conformaron la punta de lanza de la arqueología germana que convirtió en caducos a los aventureros de inspiraciones bíblicas y la mera sustracción de arte monumental para los museos; esta circunstancia, con todo, no se desvaneció de las expediciones del siglo pasado, ya que los museos estatales de Berlín codiciaban que sus colecciones de antigüedades orientales no desmereciesen de las del Museo Británico ni de las del Louvre.

Robert Koldewey (1855-1925) fue el Flinders Petrie alemán. Su aprendizaje modélico de la arqueología, la arquitectura y la historia del arte se complementaba con la experiencia de campo en el Egeo, Siria e Italia. La Deutsche Orient-Gesellschaft (la Sociedad Oriental Alemana, bajo el patronazgo del káiser) necesitaba un hombre de esas características en su proyecto de excavación de Babilonia, la «Puerta de los dioses», citada como Babel en el Génesis y Babilu en los textos cuneiformes, y lo nombró director, oficio que desempeñó de 1899 a 1917.

Koldewey se rodeó de avezados asiriólogos y arquitectos –aunque acentuaremos la figura de uno novel, Walter Andrae–, y aleccionó con especial cuidado a sus trabajadores a diferenciar los matices de los muros de adobe caídos y los ladrillos de arcilla de la greda que integraba el piso del *tell;* entre doscientos y doscientos cincuenta obreros trabajaron para él, tratando de no confundir los paramentos en pie del material lindante de la misma composición. Los objetivos de Koldewey eclipsaban el saqueo de relieves historiados y de esculturas entablado por Botta y Layard; el alemán se predisponía a ensayar una restitución de la topografía de la metrópolis por excelencia de la Antigüedad, a desentramar la evolución de su trazado urbanístico, a inquirir en los aspectos monumentales de la arquitectura de los tiempos de Nabucodonosor II (604-562 a. C.), a desentrañar su ordenación social. En cifras, la magnitud de la tarea que afrontaba significaba resucitar una urbe de ochocientas cincuenta hectáreas, rodeada por sistemas defensivos de hasta veinte metros de espesor –Herodoto anotó en el siglo v a. C. que un carro tirado por cuatro caballos recorrería a sus anchas las murallas–, y cubierta de toneladas de tierra (de hasta veinticuatro metros de altura en determinados sitios). En el distrito sagrado, en 1902, se comprobó que la Puerta de Ishtar, la Astarté fenicia, se hundía a esa profundidad, pero ladrillo a ladrillo fue desmantelada y reconstruida en el Pergamonmuseum de Berlín. El impresionante acceso lo atravesaba una vía procesional recorrida en las fiestas del año nuevo *(Bit Akitu)* hasta el complejo religioso del dios Marduk. Los muros que flanqueaban esa calzada, así como la propia puerta, adornaban sus adobes con relucientes frisos vidriados donde se representaban toros, leones y dragones; estos dos últimos animales eran los distintivos de Ishtar y de Marduk, patrón de la ciudad, soberano supremo de las demás deidades y de la humanidad.

Las excavaciones germanas de 1900 permitieron recrear el Esagila, la zona templar de Marduk, con su anexo monumento aterrazado o zigurat, el más reciente de Mesopotamia, arrasado a manos de los persas y rehabilitado por Alejandro Magno. Era la Torre de Babel cuya cúspide rozaba el cielo, según la Biblia, pero la narración de Herodoto le achacaba una función mundana de consecuencias cósmicas: en el templete de su cima, el octavo cuerpo de la estructura, el dios copulaba con la hieródula (en otras palabras, el monarca con una sacerdotisa) a lo largo de las celebraciones del *Bit Akitu,* hierogamia que garantizaba la fertilidad del país y la renovación de la creación.



La Puerta de Ishtar (Koldewey, 1914). Los ingresos a Babilonia estaban protegidos por diferentes divinidades. La de Ishtar se caracteriza por las representaciones de diferentes seres, entre ellos los leones, animales vinculados a la diosa.

Por todo ello, Koldewey juzgaba que los escritos de Herodoto se acercaban bastante a la realidad; encontró incluso el puente de piedra sobre el Éufrates en 1910 y el recodo del palacio de Nabucodonosor que interpretó como los Jardines Colgantes. Aunque el arqueólogo alemán no llegó a profundizar hasta los niveles del III milenio, sí supo leer la estratigrafía arquitectónica del *tell,* la compleja sucesión de edificaciones erigidas a base de ladrillos de barro. Los métodos que empleó prevalecieron en la arqueología que se realizó en Anatolia, Siria, Palestina, Iraq, Irán, Arabia e incluso la India.

SACRIFICIOS HUMANOS EN LA NECRÓPOLIS DE UR

Entre 1918 y 1939, los años de entreguerras, la arqueología mesopotámica disfrutó de una edad dorada en la que las expediciones proliferaron, el gran público devoraba los volúmenes que hablaban de civilizaciones y geografías lejanas y, no sin la ayuda de los orientalistas germanos, las estratigrafías de los *tell* se mondaban hasta los cimientos primigenios de las urbes, dejando al descubierto fases milenarias de nacimiento, prosperidad y decadencia, sazonados de implacables conquistas, deflagraciones y reconstrucciones. Los sumerios habían cobrado vida en los libros de historia gracias a las operaciones arqueológicas de Ernest de Sazec en Telloh, pero una comprensión extensa de estas gentes no se tuvo hasta que Leonard Woolley (1880-1960) excavó sus casas, sus palacios, sus templos y, sobre todo, sus estructuras funerarias en la ciudad sagrada de Ur, de la que Nanna, la luna, fue su deidad titular. Woolley deslumbra por ese aura aventurera que arropa a los exploradores que profesaban un doble juego arqueológico y de espionaje en los páramos próximo-orientales. Su formación procedía de la egiptología, de su dirección de proyectos en Nubia (1907-1911), de donde se había transferido a la investigación del pueblo hitita en Karkemish (Siria, 1912-1914) –junto a otro célebre espía, Thomas H. Lawrence– y al Sinaí. Militó en los servicios de inteligencia británicos destacado en Egipto, y asistió al final del conflicto mundial tras los barrotes de una prisión turca, pero de retorno a sus actividades académicas acometió una docena de campañas en el enclave de Tell al-Muqayyar (sur de Iraq), la antigua Ur, entre 1922 y 1934. Nunca antes una excavación en el Medio Oriente había sido tan espectacular.

El Museo Británico y la Universidad de Pensilvania subvencionaron el estudio de este yacimiento sumerio cuyas raíces se hundían a niveles del 6000 a. C., pero que había perdurado hasta el helenismo, con su período de auge en el III milenio. A esta cronología se remontaba la necrópolis, prácticamente el primer vestigio que halló Woolley en 1922, si bien, sabiendo el caudal de información que le podía suministrar, adoptó la sabia decisión de pasarlo por alto hasta que no se familiarizara con la historia, la arqueología y la urbanística de Ur. En 1926, adquiridas esas experiencias, volvió a él con unos doscientos trabajadores. Allí documentó un inmenso cementerio de más de dos mil tumbas, la mayoría del período dinástico arcaico III (2900-2335 a. C.), con cientos de años de utilización tanto por individuos de la casa reinante como por sus súbditos. En torno al 2500 a. C. se realizaron las mejores de ellas, las dieciséis tumbas reales subterráneas, consistentes en cámaras pétreas, abovedadas, a las que se descendía mediante escaleras o rampas. En estas grutas, a unos diez metros de hondura, se desató la sorpresa, por partida doble, del arqueólogo inglés. Por un lado, los ajuares y los joyeles que adornaban a los cadáveres constituían un tesoro de incalculable valor: collares, pendientes, anillos, colgantes, amuletos, lanzas, dagas, diademas, tocados y yelmos, vajillas e instrumentos musicales, fabricados o decorados con conchas, oro, plata, electro, lapislázuli, ágata, etc., pavimentaban el piso de los sepulcros. Muy llamativos eran el tablero del juego real de Ur, un juego de estrategia popular en Mesopotamia a lo largo de miles de años; asimismo, el Estandarte de Ur, seguramente la caja de resonancia de un instrumento musical, confeccionado con incrustaciones de nácar, cornalina, alabastro y lapislázuli, cuya iconografía representa los parabienes de la paz y la bravura del monarca en la guerra. Los cilindros sellos señalaban la identidad de algunos de los titulares de las sepulturas, tales como la reina Puabi (a

menudo se cita la preciosa lira decorada con cabeza de toro de su tumba, la PG 800) o los soberanos Akalamdug y Meskalamdug. Por otro lado, los monumentos sepulcrales ostentaban un ritual funerario que no escatimaba a la hora de practicar el sacrificio humano, en cantidades generosas: en muchas de esas cavidades, los gobernantes se habían enterrado en compañía de damas de la Corte o ayudas de cámara engalanadas con sus mejores alhajas, portando arpas, címbalos y sistros, así como de guardias armados y carros tirados por asnos y bueyes, con sus correspondientes conductores, que yacían en las pasarelas de ingreso. Los esqueletos de los soldados solían ser inferiores en número, cinco o seis, mientras que las acompañantes femeninas se elevaban a varias decenas, incluso sesenta y ocho en el que Woolley bautizó como «el Pozo de la Muerte». La aparente dulzura con que los cuerpos reposaban, sin signos de violencia ni posturas forzadas, y el hecho de que entre sus manos descansara un cuenco, hizo pensar a Woolley –o mejor dicho, como este confesó, a su esposa– que el sacrificio se había producido voluntariamente, ingiriendo algún tipo de veneno tras participar en la comitiva funeraria que discurría por la rampa hasta el interior de la cámara mortuoria. Un suicidio colectivo en el que la música había sonado hasta el final.

PRÁCTICA Y ACTIVIDADES ARQUEOLÓGICAS HASTA LA MITAD DEL SIGLO XX

No se debe zanjar la figura de Woolley sin aludir a sus métodos de excavación, que aclaró en *Digging up the Past* (1937). A menudo las fotografías de temática arqueológica de principios del siglo XX reflejan docenas de trabajadores envueltos en exóticas vestiduras, agitándose entre construcciones arruinadas o subiendo y bajando escaleras en la intemperie de un paraje desértico, como si el fotógrafo hubiera captado una instantánea del trajín de un hormiguero humano. En su publicación, Woolley elucidó el sentido de estas fotografías y de la clase de excavaciones que se ejecutaban en el Próximo Oriente durante las décadas de 1920 y 1930, a partir de las siguientes consideraciones. La restricción de los fondos destinados a las campañas constreñía a perpetrarlas de corta duración, pero sacándoles provecho con la máxima cantidad de operarios disponible, rondando los trescientos si el equipo contaba por lo menos con un *staff* de cinco arqueólogos occidentales. Los peones, originarios de las aldeas colindantes, se dividían en escuadras de un cavador provisto de pico, de probada experiencia, pues en él recaía la responsabilidad de visualizar los vestigios; un paleador, también de vista aguda, que rellenaba de tierra las espuertas, acarreadas hasta las vagonetas de descarga por un grupo de tres o cuatro portadores, faena mecánica apta para los más ancianos o los mozos principiantes de la excavación. En la escala jerárquica, debajo de los arqueólogos europeos despuntaban los capataces árabes, de quienes dependía el lote entero de nativos, quienes los adiestraban en sus diferentes tareas, mantenían la disciplina y saldaban las disputas.

Esas cuadrillas de cinco o seis hombres se dividían en orden escalonado (cavador-paleador-porteador) las gratificaciones del hallazgo de cada objeto: este sistema estimulaba el desarrollo cuidadoso de las labores y alejaba de la cabeza la idea de robarlo. Cuando el desplazamiento de tierra mostraba un edificio de adobe, el color verdoso del bronce o el simple cambio de tonalidad del suelo, el arqueólogo relevaba al peón y proseguía con el cuchillo, la cinta métrica y la libreta de notas. Así habían actuado Woolley, su mujer Katherine, su ayudante Max Mallowan –esposo de la novelista y arqueóloga aficionada Agatha Christie– y el resto del equipo inglés en Ur. El principio por antonomasia del excavador de tumbas, diría además el arqueólogo británico, residía en no mover nada: sólo tomar notas, fotografías y dibujar fijando cada reliquia en su colocación original.



Excavaciones en el cementerio real de Ur (Woolley, 1934). Fruto de las excavaciones de Woolley en Ur fue el hallazgo de ajuares de un gran valor, hoy conservadas en el Museo Británico de Londres.



Leonard Woolley y su esposa Katherine en las excavaciones de Ur (Wooley, 1937). Como escribió el propio Woolley, cuando los obreros topaban con alguna pieza le avisaban para que la extrajera con cuidado y la documentara, como se observa en la fotografía.

En apenas veinte años un sinnúmero de los principios expuestos por Leonard Woolley habrían de estar obsoletos, y él mismo dar el relevo a arqueólogos cuya cualificación, e ingeniosas intuiciones, revolucionarían las técnicas arqueológicas. El método arqueológico se fue perfeccionando, paralelamente a la profesionalización de la figura del arqueólogo y a la ascendencia del pensamiento estratigráfico y contextual sobre el que premiaba la recuperación de la obra de arte. El proceso de excavación actual apenas se comprendería sin la mediación del arqueólogo en el que cristalizaron las experiencias previas. El británico Mortimer Wheeler (1890-1976) ha cedido su apellido a un método de excavación de invención propia, la cuadrícula Wheeler, todavía de moda en una serie de departamentos del sudeste asiático. Pero comencemos por el principio.

Wheeler, en base a su educación clásica, se ocupó de arqueología romana en Reino Unido, y con su carrera consolidada, de arqueología prehistórica en la India y en Pakistán. Entre la década de 1920 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial disfrutó del tiempo y de las oportunidades de concebir y de retocar una metodología acorde a los requisitos científicos del siglo XX; la cuadrícula Wheeler cuajó en sus excavaciones en los campamentos romanos de Caernarfon, Caerleon y Brecon, en las poblaciones de Colchester *(Camulodunum)* y de St. Albans *(Verulamium)* –aquí sospechaba que lidiaba con el centro de operaciones del líder bretón Cassivellaunus, rival de Julio César–, pero sobre todo en la fortaleza de Maiden Castle, datada en la Edad del Hierro. Su planteamiento de cómo había de ser una excavación traía acoplada la imagen de orden y de simetría. La explanada a socavar se compartimentaba en una serie de unidades menores, de cuadrículas de unos cinco metros cuadrados de dimensión, separadas por muros de tierra o testigos de un metro, dejados a propósito intactos con el ánimo de poner de relieve la secuencia estratigráfica de cada una de las cuatro secciones del cuadrado. Wheeler abogaba por que se catalogaran y numeraran las franjas sobrepuestas a medida que salían a la luz, anotando en una etiqueta que colgaba del borde de todo depósito su alineación estratigráfica y las características de la tierra que lo componían. El trabajo se desplegaba en vertical, por estratos naturales, pero paralelamente en horizontal, al profundizarse cada capa al mismo ritmo en el conjunto de cuadrículas. Una vez verificada la sucesión de niveles del área indagada mediante este procedimiento, el testigo se podía retirar y convertir el sondeo en una excavación abierta. A pesar de la efectividad que demostró, su método ha sido censurado al entenderse que los testigos, por muy funcionales que pareciesen, interrumpían la comprensión general del yacimiento y rompían la continuidad estratigráfica.

Sin embargo, una ventaja de la cuadrícula de Wheeler radicaba en la comodidad de fiscalizar esas pequeñas parcelaciones, con pequeños grupos de trabajadores o estudiantes en ellas, bajo la atenta mirada de los asistentes del director, y los porteadores de la arena removida procediendo de forma coordinada de camino a la terrera a lo largo de las plataformas proveídas por los testigos. Wheeler contrastó este retrato armonioso con las gruesas trincheras que se perforaban simultáneamente en Medio Oriente, donde no sólo los supervisores brillaban por su ausencia sino que cualquier tipo de control resultaba inviable, pues docenas de obreros abarrotaban las zanjas; y eso sin contar con la ausencia de receptáculos para las cerámicas y los hallazgos menores, o con la falta de cualquier intento de identificar los estratos en perfiles homogéneamente tallados. Tampoco se dejó en el tintero el reprochar el rancio sistema de desembolsar dinero a los trabajadores por las piezas descubiertas

usado por Petrie y por Woolley, en lugar de sufragarles un salario diario.



Excavación de Wheeler en Chārsada (Wheeler, 1962). Los yacimientos excavados por Wheeler en la India se convirtieron en una escuela de formación para los arqueólogos locales.

Aquellos a los que instruyó difundieron la técnica de excavación en cuadrículas, que al nombre de Wheeler agregó el de Kathleen Kenyon, su discípula más aventajada. Esta lo siguió allá donde la arqueología lo condujese, aprendió de él y después se valió de sus métodos en sus propias excavaciones, finalizada la Segunda Guerra Mundial. Fruto de ello, entre 1952 y 1958 Kenyon resucitó en Jericó una ocupación anterior al Neolítico, si bien los hallazgos más interesantes, fechados hacia el 10500 a. C., rubricaron la que se ha deseado contemplar como la primera ciudad del mundo, un poblado de unas cuatro hectáreas comprendidas en el interior de un muro defensivo de otros tantos metros de altura, dotado de una torre que rebasa los nueve.

Los reparos mantenidos por Wheeler hacia Petrie no se contradicen con que aquel lo apreciara como a un precursor. Las relaciones de los materiales con su contexto y la lectura tridimensional de los cortes estratigráficos habían revolucionado para siempre la ciencia arqueológica. Añadido a esto, al entrar en los años de la contienda bélica de 1939, la arqueología había atravesado cualquier frontera geográfica y temporal. La Edad Media se analizaba en las fortificaciones de piedra de la Gran Zimbabwe (ss. XIV y XV), asociadas a los navegantes fenicios o impregnadas de las leyendas de la reina de Saba, del país de Ofir y de las minas del rey Salomón, hasta que en 1906 un alumno de Petrie, David Randall MacIver, y en 1929 una arqueóloga, Gertrude Caton-Thompson, esclarecieron la autoría africana de las mismas. Las exploraciones arqueológicas en el continente negro revalidaron la idea de que había sido la cuna de la humanidad, lo cual ya había sido profetizado por Darwin. En 1924 el australiano Raymond Dart proclamó que el fósil de Taung (Sudáfrica), bautizado por él *Australopithecus africanus,* constituía una categoría de primates extinguida, a medio camino entre el hombre y los antropoides. El cráneo que sostenía su afirmación, sin embargo, no se asemejaba a la especie reflejada en el ejemplar de Piltdown –una falsificación todavía no impugnada en esas fechas, según expusimos en el capítulo 6–, así que no se lo escuchó en los sinedrios académicos. El descubrimiento del *Australopithecus boisei* por Louis y Mary Leakey en Olduvai George (Tanzania) restituyó la credibilidad de Dart en 1959.

En el lejano Oriente, los viajes de *sir* Aurel Stein a lo largo de los desiertos y los pasos montañosos de la Ruta de la Seda y en el Turkestán chino sacaron a la luz las maravillas del Imperio Khotan, arrollado en el siglo VIII por la irrupción árabe, o de la literatura sagrada del budismo, de la que Stein llevó a Londres muestras manuscritas del siglo IV d. C. y pinturas en seda procedentes de las Cuevas de los Mil Budas (situadas en el desierto de Takla Makan), conseguidas con procedimientos ambiguos. Pereció en Kabul en 1943, octogenario, a las puertas de emprender una expedición por Afganistán. Igualmente había delineado el itinerario recorrido por Alejandro Magno en su incursión en el noroeste de la India, porque la arqueología clásica ya no se detenía en las comarcas turcas o en las costas de Levante, sino que extendía sus brazos hasta los últimos confines del helenismo. La Délegation archéologique française en Afganistán surgió en 1922 con la meta de encontrar las urbes y los monumentos griegos de la Bactriana. Por ejemplo, entre 1925 y 1928 Barthoux exhumó en Hadda (no lejos de Djelalabad) miles de modelos en estuco catalogados dentro del arte greco-budista; y Hackin excavó al norte de Kabul, en Begram (la antigua Kapisi, quizá la helenística Alejandría del Cáucaso), un palacio con importaciones del mundo próximo-oriental grecorromano de los siglos I y II d. C., vajillas broncíneas, mobiliario adornado con marfiles hindúes

y recipientes de jade chino, seguramente escondidos durante la ofensiva de una hueste invasora.

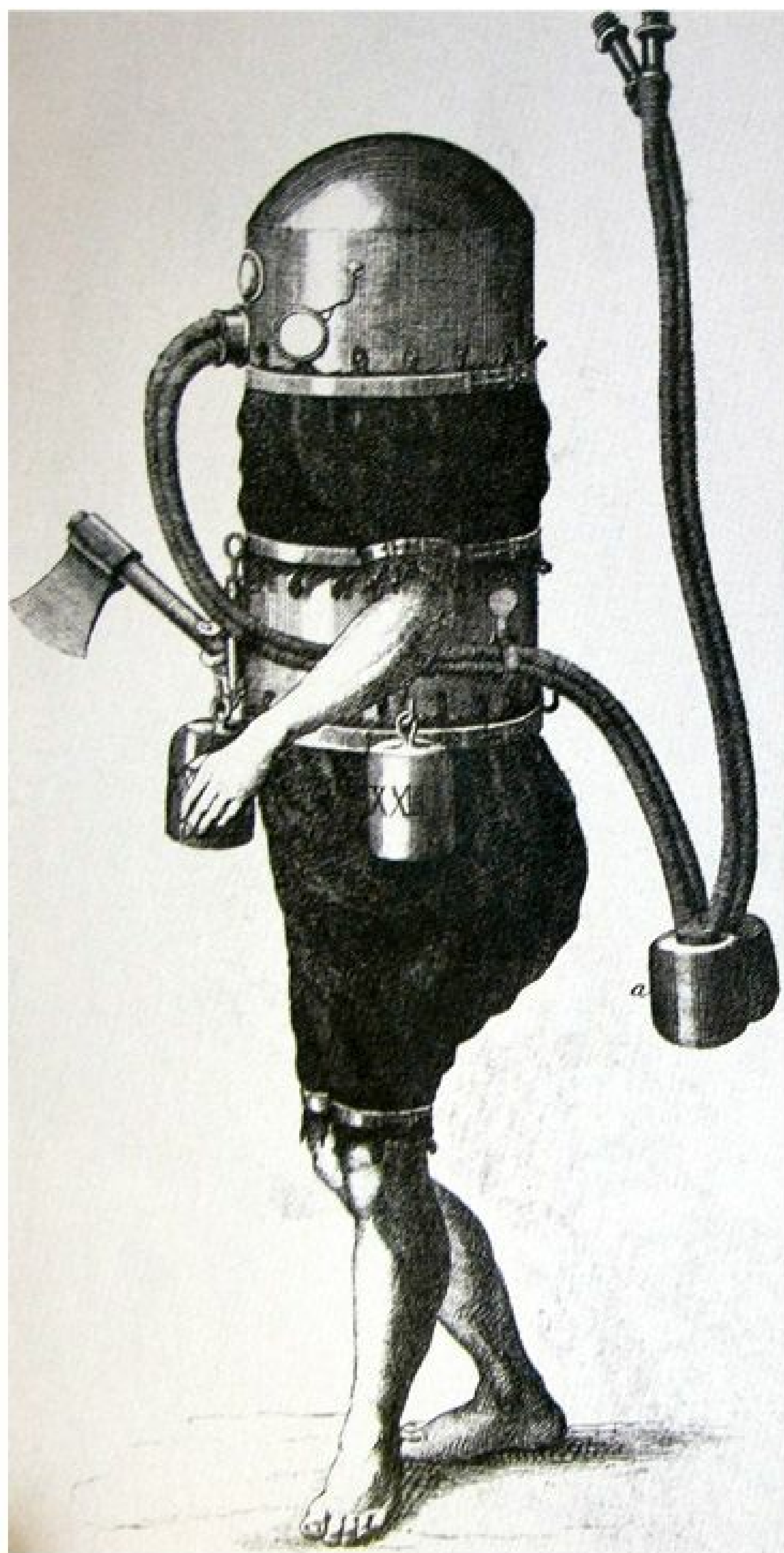
Al otro lado del Atlántico, las excavaciones de Machu Picchu llevaron a la primera plana la arqueología de la civilización inca de Perú. El asentamiento, invisible por su paradero a dos mil quinientos metros de altitud y camuflado bajo la densa maleza, no fue redescubierto hasta 1911 (los indígenas sabían perfectamente de su existencia) por el profesor Hiram Bingham; National Geographic cubrió los costes de los trabajos arqueológicos dirigidos por Bingham al año siguiente –previa expulsión de los nativos que habitaban entre las ruinas–, y posteriormente divulgó el yacimiento andino con espectaculares fotografías. Al éxito mediático del enclave, con sus templos, residencias y monumentos colgados de una montaña, escondidos en un paisaje de dramática belleza, no le acompañó de modo automático la consecución científica: Bingham identificó esta ciudad perdida con Tampu-Toqo, emplazamiento original de la dinastía incaica, y con Vilcabamba, la población que trató de resistir el embate de los conquistadores españoles (hallada más tarde, en 1965), pero se engañó en ambas atribuciones. A pesar de las dudas que persisten, parece claro que esta ciudadela de talante residencial y sacro data de mediados del siglo XV, del reinado de Pachacútec.

La arqueología había cumplido su mayoría de edad, pero todavía le quedaba un camino complicado de avances y de retrocesos, de teorías en auge y de otras en declive, de experimentación tecnológica, hasta alcanzar su madurez.

La mayoría de edad de la arqueología

LA ARQUEOLOGÍA SUBACUÁTICA

Históricamente, el medio acuático ha constituido un arma de doble rasero para el hombre: océanos, mares, ríos y lagos han sido defensas naturales de las comunidades, arterias de comunicación y de comercio, de circulación de productos, ingenios, ideas, armadas e individuos, a la vez que esferas en las que el ser humano se ha hallado a merced de los elementos o, según la mentalidad de la Antigüedad, sometido a la voluntad de los dioses. William Stiebing señala que el agua supo defender sus secretos arqueológicos con la misma pertinacia que las selvas, los desiertos o la tierra, hasta que hace cerca de medio siglo, tras la Segunda Guerra Mundial, el desarrollo de los equipamientos de buceo y de las técnicas de la arqueología subacuática permitieron la recuperación y la documentación de los restos y de los yacimientos anegados bajo las aguas.


a

El traje de buzo de Kleingert, 1798 (Juncqua-Naveau, 2003). Hasta la invención de los trajes de buzo, las campanas de buceo basadas en la de Edmund Halley (1690) constituyeron el método más empleado para sumergirse en las profundidades marinas.

El problema de buscar vestigios del pasado sumidos bajo el agua estribó, desde el Renacimiento, en cómo respirar en el fondo marino. En 1535 Francesco Demarchi lo había intentado enfundándose en un armazón de madera con refuerzos metálicos que le dejaba brazos y piernas libres para maniobrar. En los siglos XVII y XVIII, el método evolucionó con el empleo de modelos rudimentarios de escafandras, más bien grandes campanas en las que se bombeaba aire a través de un largo tubo, versiones de la sofisticada campana de Edmund Halley (proyectada en 1690), que a mediados del SIGLO XIX darían lugar a los primeros trajes de buzo: atavíos a prueba de agua abastecidos de pesos a fin de evitar la emersión, rematados en cascos de cobre, que recibían el aire comprimido de la superficie y dotados de una pantalla acristalada que consentía ver en el entorno acuoso. La inconsciencia acerca del funcionamiento de la presión barométrica sembró de víctimas estos experimentos embrionarios de inspeccionar las profundidades marítimas; pobre lección habían aprendido de Aristóteles, quien había advertido del peligroso fenómeno de la presión en el siglo IV antes de Cristo.

El punto de inflexión se produciría poco antes de acabar la Segunda Guerra Mundial, en 1943, momento en el que el comandante Jacques-Yves Cousteau y el ingeniero Emile Gagnan simplificaron la labor de los buzos inventando una válvula que a voluntad de su usuario obtenía el aire de las bombonas transportadas a la espalda, lo que su vez facilitaba la movilidad dentro del agua (el acrónimo que lo describe es SCUBA, *Self-Contained Underwater Breathing Apparatus*). A pesar del progresivo perfeccionamiento del equipamiento del siglo XXI, los buzos que se zambullen en las profundidades oceánicas deben respetar las fases de descompresión: regresar a la superficie desde sesenta metros requiere pausas de varios minutos a quince, nueve, seis y tres metros.

En los preámbulos del siglo XX, la suerte y la actividad de los pescadores de esponjas acudieron en ayuda de la arqueología subacuática, al descubrirse la fecundidad de los pecios hundidos en el mar Mediterráneo. Las actuaciones adolecieron de un sustentáculo científico, pero aun así testimoniaron el agitado tráfico marítimo de obras de arte griegas, mobiliario exótico y de lujo y de ornamentos arquitectónicos que reinaba a fines del helenismo, cuando el imperialismo romano portó a las legiones a las costas levantinas. En 1900, un grupo de estos buceadores griegos localizó las estatuas marmóreas y broncíneas del siglo IV a. C. depositadas al pie de los acantilados de la isla egea de Antikhytera, que pronto el Gobierno griego sacó de allí, junto a un vergel de vasijas cerámicas, recipientes de cristal, apliques metálicos de muebles y joyas con el que navegaba cargada una nave hacia el 80 a. C. Poco tiempo después, en 1907, un nuevo lote de productos artísticos griegos, del que dieron aviso pescadores de esponjas, manó del fondo marino en Mahdia (Túnez), gracias a las operaciones conducidas por investigadores tunecinos y franceses entre 1908 y 1913. El barco que alrededor de los años postreros del siglo II a. C., o comienzos del I, había zozobrado frente a las costas norteafricanas transportaba columnas, apliques, jarros y candelabros de bronce, *oscilla* representando enanas y una variedad escultórica de divinidades, sátiros y hermas que hoy en día se distribuyen en diversas salas del Museo del Bardo.

Después de las innovaciones introducidas en el buceo por Cousteau y Gagnan, la arqueología subacuática dio un salto cualitativo en las décadas de 1950 y 1960. En las excavaciones desarrolladas en aguas del islote francés de Grand Congloué (1952-1960), no sólo el regulador de

aquellos demostró su utilidad, sino que por primera vez se testaron el compresor de aire, una manguera de succión diseñada para retirar sedimentos, arena y objetos de reducidas dimensiones, y las cámaras acuáticas. Las dos mil ánforas, platos, copas, lucernas, o las más de siete mil cerámicas campanas halladas, no fueron las únicas sorpresas que recibió Fernand Benoît en Grand Congloué: lo que había creído todo el tiempo un pecio, en realidad eran dos, sendas naves comerciales romanas naufragadas a finales del siglo III a. C. una, y del II a. C. la más moderna. Quiso la fortuna que en Delos se descubriera después la Villa de Marcus Sextius, mercante afincado en la isla y propietario de uno de los barcos. Los trabajos de Benoît frente a la costa marsellesa, es de rigor apuntar, omitieron una exacta documentación de la posición de las piezas, un buen registro fotográfico y el levantamiento de planos *in situ;* la solución a esta última contingencia fue la adopción de las cuadrículas rígidas, de metal, que demarcaban el perímetro de la excavación permitiendo mapearlo, siendo uno de sus precursores el arqueólogo italiano Nino Lamboglia.

Lo que la arqueología subacuática empezaba a manifestar residía en que, al igual que la arqueología en suelo firme, su meta consistía en explicar el pasado, y dado que el abastecimiento de alimentos, de aceite, de vino, de cereal, de metales, de materias primas, de especias, de inciensos, de productos de lujo, etc. se realizaba sobre todo por vía marítima en la Antigüedad, en los mares descansaba una clave básica de la economía de tiempos lejanos, y merecía un estudio idéntico al de los yacimientos terrestres. Por ello George Bass rechazó el término de arqueología subacuática y se inclinaba por el de arqueología bajo el agua, por tratarse de un medio más en el que el arqueólogo investigaba, y no de menor importancia que llanos, montañas, desiertos y bosques. Además comporta prerrogativas características: un pecio se asemeja a una cápsula del tiempo en la que un instante permanece congelado, intacto, a diferencia de otro tipo de yacimientos, invariablemente modificados por la acción antrópica y natural. Baste recordar el buque Vasa, construido en 1628, el cual se hundió en la bahía de Estocolmo de inmediato, sin llegar a poner rumbo a ningún puerto. Esta circunstancia posibilitó que al reflotarlo (1959-1961) se hubiesen preservado ropas, vajillas, pertenencias personales, herramientas y armas (aunque de sus sesenta y cuatro cañones, cincuenta y tres se extrajeron ya en el siglo XVII), hoy expuestas en el Museo de la Marina de la capital sueca.

La excavación de un bastimento revela la cultura material que contenía en sus bodegas, las relaciones de intercambio al uso, los derroteros que seguía la navegación y las vías frecuentes, la tecnología de la industria naviera y los materiales de fabricación utilizados, las tácticas de la guerra marina, la composición de las tripulaciones (muchos barcos que transportaban cerámica griega las tripulaban marineros fenicios), etc. Por no mencionar que los fondeaderos, enclaves portuarios del estilo de Cartago, Ostia o Cesarea, y otras estructuras sumergidas, se adscriben a la jurisdicción científica de los arqueólogos subacuáticos. La interpretación de todos estos datos convierte esta clase de arqueología en un ejercicio de paciencia único.

A partir de 1960, los pecios se comenzaron a excavar con la metodología y el esmero científico acorde con la arqueología actual. El rol de arqueólogo aficionado, asumido hasta ahí por los marinos y buzos, cedió su puesto al arqueólogo profesional entrenado en las habilidades de la inmersión. El arqueólogo clásico y especialista en cultura micénica de la Universidad de Filadelfia George Bass, cuyas exploraciones submarinas crearon escuela, tuvo bastante que ver con este cambio. En 1961 reconstruyó las relaciones mercantiles interestatales de hace tres mil años en el Mediterráneo oriental al excavar un barco de la Edad del Bronce tardía, datado en el 1200 a. C., cuya antigüedad superaba lo hasta entonces conocido. Los objetos sirios y palestinos de la embarcación de Cabo

Gelidonya (Turquía) apuntaban que había soltado amarras en un puerto levantino, que había embarcado una importante cantidad de lingotes de cobre en Chipre y que de paso por el Egeo había zozobrado. El broche de oro de su carrera lo constituye, sin embargo, el pecio de Ulu Burun (Turquía), un barco del siglo XIV a. C. excavado a unos cincuenta metros de profundidad en 1984. En él se descubrieron decenas de lingotes de cobre chipriota –que sumaban diez toneladas de peso–, ánforas cananeas, anclas de piedra, restos de almendras, pistachos, aceitunas, higos, resinas de Galilea para la elaboración de perfumes e inciensos, colmillos de elefante africano y de hipopótamo, recipientes de cristal, especias próximo-orientales, ámbar del norte de Europa, alhajas egipcias, oro y plata de Canaán, armas y herramientas broncíneas micénicas, instrumentos musicales. Los objetos cotidianos de los marineros reflejaban diversas nacionalidades que convivían en cubierta, desde babilonios hasta micénicos, pasando por chipriotas, egipcios y cananeos. Durante los meses de navegación de la primavera y del verano, esta embarcación de vendedores ambulantes mercadearía atracando en distintos ancladeros del Mediterráneo, si bien resulta probable que el producto principal, los lingotes chipriotas, tuvieran un destinatario prefijado, quizá un puerto egipcio. Había levantado velas en la costa cananea, y una figurilla femenina esculpida en bronce representaba a la deidad que lo protegía de las tormentas y de los naufragios, aunque hoy sabemos que sin demasiada firmeza.

Pecios a la profundidad del de Ulu Burun, alrededor de los cincuenta metros, casi ya no se encuentran, por eso los sistemas de detección se están intentando perfeccionar a fin de aumentar su rango de efectividad. Las tecnologías militares, así como las investigaciones oceanográficas, han sido las que han contribuido en gran medida a la localización de yacimientos submarinos. Las transmisiones acústicas emitidas por el sónar de barrido lateral (el sónar se desarrolló durante la Segunda Guerra Mundial) recogen la existencia de cualquier proyección bajo el agua al toparse con ella en un radio de unos ciento cincuenta metros a cada lado del barco expedicionario. Es decir, son instrumentos de los que se obtienen señales acústicas de la morfología del asiento marino. Igualmente se han desarrollado otros sensores acústicos, entre los que citaremos los sistemas *multi-beam* o los perfiladores sísmicos, cuyos impulsos penetran unos cien metros en el sedimento. La detección magnética se apoya en el magnetómetro, el cual, sensible a las anomalías ocurridas en el campo magnético local, advierte elementos arqueológicos de madera y metálicos causantes de dichas alteraciones enterrados en el fondo del agua. Los magnetómetros de resonancia magnética nuclear (NMR) son los actualmente en boga, y se les ha acoplado la tecnología digital que da corporeidad a objetos sumergidos a cualquier profundidad. Estos se pueden documentar a través de la estereofotogrametría, que recrea formas tridimensionales fotografiadas con cámaras acuáticas o desde los submarinos. En torno a las décadas de 1970 y 1980 los satélites comenzaron asimismo a trazar el curso de los barcos, tarea que ahora pueden suplir los GPS *(Global Positioning System)* y se difundió el empleo de submarinos y robots, allí donde las capacidades físicas del hombre no se prestaban a descender a los abismos acuáticos. El submarino *Nautile* alcanza profundidades de hasta seis mil metros, pero únicamente necesitó sumirse a unos cientos a fin de individualizar el buque *La Lune,* construido en el siglo XVII por orden del cardenal Richelieu.

NUEVOS MÉTODOS DE RECONOCIMIENTO ARQUEOLÓGICO: LA FOTOGRAFÍA AÉREA

Con preeminencia a la excavación, el hallazgo, categorización y el levantamiento de planos de yacimientos constituye uno de los objetivos del trabajo de campo en arqueología. En el curso de la Segunda Guerra Mundial, pero esencialmente en la posguerra, el impulso vivido por la industria aeronaval, en la misma medida que el perfeccionamiento de las cámaras fotográficas y las técnicas fílmicas, acudió en socorro de los procedimientos de exploración arqueológica desde el aire. La historia de este particular método de búsqueda y de documentación, todo sea dicho, data de fechas anteriores, y le debe su existencia a su aplicación con propósitos militares. Anecdóticamente, se puede citar que el teniente Philip Henry Sharpe tomó las primeras fotografías de un monumento, Stonehenge, desde un globo, en 1906 (globos que llevaban medio siglo usándose para reconocimientos militares, comenzando por la guerra civil norteamericana); o que, previo al estallido de la Gran Guerra, Williams-Freeman comprendió los beneficios del reconocimiento aéreo, lo que lo llevó a escribir que para convertirse en un buen arqueólogo de campo ¡se necesitaría ser un pájaro! Advertía que, desde los cielos, la visualización del panorama se acerca a la contemplación de un mapa, mientras que al observador fijo en la tierra le pasan desapercibidos en cultivos y superficies los indicadores que anuncian la existencia de restos bajo el subsuelo.

La fabricación en cadena de aeroplanos a causa del estallido de las hostilidades entre las potencias europeas en 1914 no sólo trajo consigo una serie de ventajas bélicas y estratégicas, sino asimismo arqueológicas. La perspectiva aérea resultaba perfecta para que los aviadores detectasen las posiciones del enemigo y trazasen mapas en los escenarios del conflicto, cuya eficacia enseguida se pensó en acomodar a los intereses de la búsqueda de los enclaves de las civilizaciones antiguas. En 1917, los pilotos germanos tomaron fotografías con cámaras de placas de yacimientos del Sinaí por indicaciones de Theodor Wiegand, quien dedicó parte de la guerra a dibujar las fronteras romanas de Oriente, y sin salirnos de ese año, el coronel inglés George Adam Beazeley hizo lo propio con las ruinas de Samarra y los vestigios de las canalizaciones neobabilónicas y aqueménidas de la llanura iraquí.

En el período de entreguerras se dio el pistoletazo de salida a una infinitud de invenciones tecnológicas y de ideas creativas, en muchos casos, en previsión del nuevo enfrentamiento fratricida que se oteaba en el horizonte. En el ámbito de la arqueología, hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, países como Alemania, Francia y especialmente Gran Bretaña explotaron el potencial de este original instrumento de examen de enclaves y territorios, tanto dentro de las fronteras europeas como en el Medio Oriente y en las áreas de influencia colonial. Durante la contienda de 1914-1918 muchos arqueólogos habían sido reclutados por los servicios de inteligencia, participado en misiones de espionaje y de reconocimiento fotográfico, y gracias a su interpretación de las imágenes geográficas se convencieron de que su disciplina precisaba de las vistas aéreas con objeto de llevar a cabo nuevos hallazgos. En Siria, el padre Antoine Poidebard, respaldado por la Administración francesa y la aviación militar, indagó con sus vuelos los puestos fronterizos del limes romano del este en 1934. Quince años atrás había sobrevolado los desiertos en los que Lawrence de Arabia había aguijado la revuelta de las tribus nativas contra el Imperio

otomano. El mencionado Wiegand llevó a cabo la exploración del Sinaí y de Palestina desde el cielo apenas acabada la guerra, en 1920.

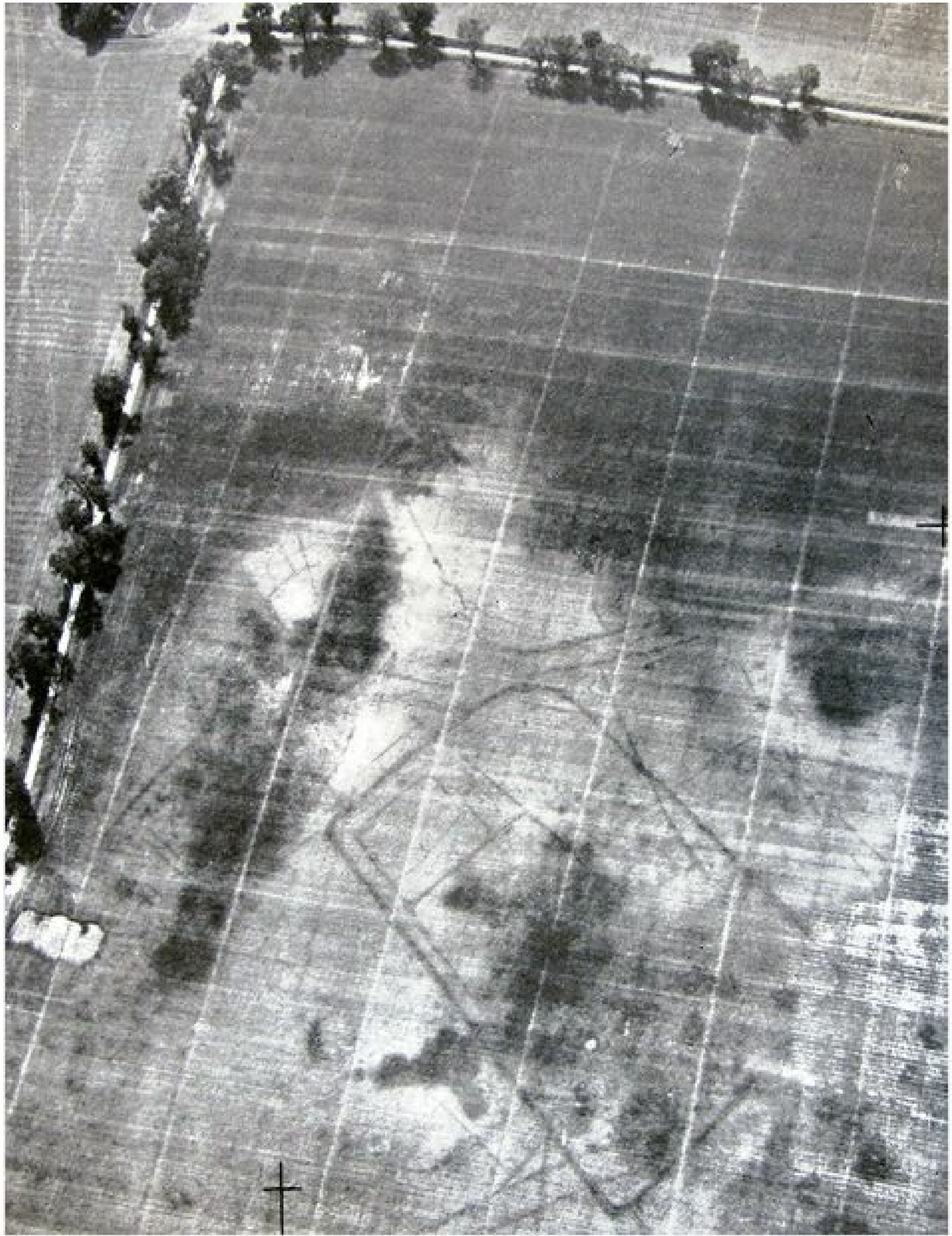
La Royal Air Force (RAF) tuvo una actividad incesante, antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial: hacia 1925 sus fotografías revelaron tres de los ocho campamentos romanos que sitiaron la fortaleza de Masada (Israel) en el 72-73 d. C., y en 1938-1939, alentó las expediciones aéreas por el norte de Iraq y Jordania de un veterano arqueólogo-aventurero, el último de su especie, *sir* Aurel Stein, aunque no es su nombre, sino el del geógrafo, aviador y arqueólogo Osbert Guy Stanhope Crawford el que se menciona con letras mayúsculas cuando se escribe sobre la historia de la fotografía aérea, ni los desolados paraderos de Oriente Próximo, sino las verdes comarcas del sur de Inglaterra, en las que se rubricó dicha metodología de reconocimiento. En *Wessex from the Air* (1928) Crawford publicó una colección fotográfica de emplazamientos prehistóricos de la región, en lo que se puede juzgar como una exhaustiva campaña de prospección aérea, pionera en su época, puesto que sus fotografías también sirvieron de base para la delineación de mapas fidedignos del sector meridional de la isla; pronto los escrutinios de Crawford tendrían en el mayor George W. G. Allen un émulo, si bien en la zona de Oxford.

Las tomas verticales imperaban en la fotografía arqueológica aérea, pero Allen destacó la importancia de la perspectiva estereoscópica de la fotografía oblicua, cuyo examen facilitaba observar las características del relieve gracias al juego de sombras que imprimía sobre el suelo. Sin embargo, sendas posiciones eran, y son, complementarias. La fotografía vertical resulta más práctica para cartografiar y estudiar el desarrollo paisajístico (de las vistas se pueden calcular directamente las medidas y, en vastas extensiones, se usan actualmente métodos informáticos de geo-referenciación), por eso a veces los vuelos tienen lugar a grandes alturas. Las fotografías oblicuas son las más productivas si de localizar yacimientos se trata, y por lo tanto constituyen un paso previo conveniente antes de emprender el trabajo de campo. Se captan entre unos trescientos y setecientos metros de altitud (los detalles se fijarían mejor con vuelos rasantes, pero eso restaría amplitud de vista), con una inclinación de unos treinta a cincuenta grados respecto de la horizontal, lo que se supone que reduce la distorsión de la perspectiva.

Al entrar en el año 1939, a los profesionales de la arqueología no se les escapaba que el reconocimiento y la fotografía desde aeroplanos diseccionaba la evolución arqueológica de los paisajes, sacando a la luz los asentamientos urbanos de la Antigüedad y hasta sus fases de planificación, los pasos de la agricultura prehistórica, la distribución de yacimientos sobre el mapa, muros, ejes viarios, canales de irrigación, plantas constructivas, sistemas de parcelación del mundo agrario (la centuriación romana), etc. Lo que en la panorámica del caminante parecían simples hoyos, zanjas y montículos, a vista de pájaro encontraban un sentido, una conexión topográfica que aseguraba la clasificación de la tipología de yacimiento.

Antes de 1939, los vuelos todavía exigían costosos desembolsos y los aviones no abundaban, pero a partir de la declaración de beligerancia entre Alemania y los países aliados, la exigencia de vencer la guerra en el aire multiplicó los esfuerzos armamentísticos y tecnológicos relacionados con la aviación, por no hablar de los avances de la propia fotografía y de los aparatos asociados a ella. Las cientos de miles de imágenes aéreas conseguidas en el transcurso de la conflagración proveyeron una información de inteligencia sustancial para ambos bandos; los arqueólogos siguieron aportando su granito de arena en estas tareas. Y, a pesar de que no entraba dentro de sus miras, aportaron igualmente testimonios arqueológicos, pues ahora se contaba con un colosal archivo gráfico de áreas

nunca antes plasmadas, casi de verdaderos mapas de distribución de los yacimientos. Así, en sus vuelos rutinarios, John Bradford identificó doscientos asentamientos neolíticos en el sur de Italia, ignotos a la altura de 1945, y diversos yacimientos en Yugoslavia. Tras el armisticio, Gran Bretaña encabezó la fundación de unidades de fotografía aérea (como el Cambridge University Committee for Air Photography, de 1949, incansable en las décadas de 1960 y 1970), de instituciones en las que se compilasen a nivel nacional las reproducciones realizadas, y la RAF acometió una misión fotográfica de tomas verticales que se alargó de 1946 a 1948, iniciativas que expandieron los datos arqueológicos sobre el territorio que se tenían de la Prehistoria, los períodos romano y medieval e incluso de la era industrial. Por su parte, en la década de 1950, Francia se volcó en sobrevolar sus colonias norteafricanas en busca de ciudades y establecimientos militares romanos, así como de signos de la centuriación de los campos, en Argelia y Túnez; la descolonización posterior vendría acompañada de un paréntesis de las exploraciones arqueológicas con aeroplanos en esas zonas de África y del Oriente Medio.



Granja romana en Hassingham, Norfolk (Bradford, 1957). Las distintas tonalidades de color de los cultivos, contempladas desde el cielo, indican la existencia de yacimientos arqueológicos ocultos en el subsuelo.

Beazeley, Poidebard, Crawford, Allen, Bradford, el incombustible Stein y el resto de ases de la fotografía aérea se basaron en los mismos principios de interpretación de las panorámicas en sus pesquisas desde las alturas. Los vestigios de caminos, edificaciones, murallas, infraestructuras

agrícolas o pozos, al cubrirse de tierra y de vegetación, desaparecen de la penetración visual del hombre a nivel del suelo. Al contrario, desde el cielo, las señales que se pueden contemplar y fotografiar denotan la existencia de esos restos en el subsuelo. Por ejemplo, en los sembrados y en la vegetación que prolifera encima de los yacimientos arqueológicos se producen diferencias de elevación y de color. La clave es el acceso al contenido orgánico del subsuelo: los pozos y los hoyos son beneficiosos en el proceso de crecimiento y espesor de la flora, mientras que los elementos pétreos, los cimientos constructivos, etc., obstruyen a las raíces la obtención del humus, por lo que los sembrados que se apoyan sobre aquellos espigan menos y poseen un color distinto, que provoca contrastes en la superficie cultivada. En suelos uniformes, como es el caso de los desiertos, las ruinas causan efectos cromáticos que resaltan respecto a su entorno. Al atardecer, la luz rasante del sol poniente produce sombras que acentúan la presencia de estructuras, constituyendo el momento perfecto para llevar a cabo fotografías oblicuas.

A día de hoy, los reconocimientos aéreos cubren zonas muy dilatadas, y se combinan con la prospección terrestre. El equipamiento del siglo XXI se ha perfeccionado enormemente, e incluye cámaras y videocámaras de alta resolución o GPS que registran la ruta de vuelo y los puntos en los que se han ejecutado las fotografías, de modo que se pueda saber qué sectores se han sobrevolado y en cuántas ocasiones, de forma semejante a lo que queda constatado en los sondeos practicados a pie.

MÉTODOS DE DATACIÓN ABSOLUTA: EL CARBONO 14 Y LA RACEMIZACIÓN DE AMINOÁCIDOS

Durante la mayor parte del tiempo que la arqueología ha existido como ciencia, interesada por ende en fechar los yacimientos que ha excavado a través de los materiales encontrados en ellos, sólo ha podido otorgar a los testimonios de la actividad humana fechas relativas. Su propia historia, entonces, ha sido una historia de superación y de búsqueda de fórmulas que refrendasen sus hipótesis ordenando los eventos en su correcto marco cronológico. Thomsen y Montelius fueron los adalides de las seriaciones tipológicas de artefactos –y la estratigrafía no les era ajena–, Petrie y Evans adscribieron fechas a civilizaciones prehistóricas cruzando información arqueológica con sociedades que conocían la escritura. Pero en general, antes de la Segunda Guerra Mundial, y de que las ciencias físicas se aliasen con la arqueología para encontrar una solución a sus problemas, las dataciones absolutas en prehistoria caían en el campo de la especulación. Vamos a ilustrar algunos de los métodos por los que la arqueología se ve facultada para adscribir fechas absolutas a los restos arqueológicos: el carbono 14 (C14), la racemización de aminoácidos, la dendrocronología y la termoluminiscencia.

El descubrimiento de la datación por radiocarbono se definió como «la bomba atómica arqueológica» del momento. Nunca mejor dicho, pues el autor de las investigaciones que condujeron a ella, el profesor de la Universidad de Chicago Willard F. Libby (1908-1980), pasó la guerra estudiando los procesos atómicos que acontecen en la tierra. Por su magnífica idea, de hecho, ganaría el Premio Nobel de Química en 1960. En la actualidad se halla entre los métodos para fijar fechas precisas más efectivos, si bien consta de ciertas limitaciones que comentaremos más adelante. El principio por el que se rige el radiocarbono es sencillo: en la atmósfera terrestre, principalmente en su parte externa, la estratosfera, se forman átomos de C14 (o más correctamente ^{14}C) debido al constante bombardeo de las radiaciones cósmicas y su consecuente producción de neutrones. La interacción de estos con los átomos de nitrógeno (el nitrógeno es el elemento principal que compone nuestra atmósfera) es la causa de que se conforme el C14 o radiocarbono, un isótopo radiactivo que posee ocho neutrones en su núcleo, un peso atómico irregular, que excede los seis que tiene el carbono normal (^{12}C). Los átomos de C14 se distribuyen rápidamente por la atmósfera mezclados con el dióxido de carbono, pero esa anomalía intrínseca provoca su inestabilidad, que se hallen sujetos a la desintegración de su radioactividad a un ritmo permanente. Toda la materia orgánica, cada ser vivo, mantiene un equilibrio con la existencia de esa radioactividad atmosférica confundida con el carbono común, que se transmite a nuestros organismos. Las plantas absorben el dióxido de carbono a través de la fotosíntesis, y el resto de criaturas nos alimentamos o bien de esos vegetales o bien de los animales que los han consumido. Por lo tanto, mientras existimos, nuestras proporciones de radiocarbono son constantes y similares a las que impregnan la atmósfera. Sin embargo, la muerte acarrea el cese de la absorción del carbono, y que el C14 dé principio a su proceso de lenta desintegración: es en ese instante cuando se pone en marcha el reloj radioactivo. Libby calculó que se necesitaban 5.568 años para que desapareciera la mitad del C14 de la materia orgánica convertido en nitrógeno, aunque ahora las investigaciones posteriores han retrasado a 5.730 años esa vida media. El significado de esto no guarda mayor misterio: conociendo lo que resta de radiocarbono en

material orgánico, tal como huesos humanos y animales, conchas, semillas, fragmentos de madera, restos de plantas, etc., se puede saber cuándo dejó de incorporarlo, y así, el momento en que falleció.

La descomposición de los átomos de C14 deja un rastro de partículas beta susceptible de ser medido con un contador Geiger, aparato con el que Libby realizó sus primeros ensayos, usando como conejillo de indias pequeños pedazos de madera de un sarcófago egipcio: la cronología estimada mediante el radiocarbono coincidió con las fechas históricas conocidas para el antiguo Egipto (aunque después muchas otras han tenido que ser actualizadas). Luego se aplicó a la prehistoria de diferentes regiones del mundo, y las nuevas cronologías retrasaban el origen de la agricultura en el sudeste asiático y en el Levante, o retrotrajeron mil años hacia atrás el Neolítico y la Edad del Bronce europeos.

La técnica, no obstante, adolecía de incertidumbres; las muestras no estaban exentas de potenciales contaminaciones (como introducir una etiqueta de papel dentro de la bolsa de plástico que las contiene), su tamaño podía no ser el adecuado, o el laboratorio omitir datos, así que Libby acompañó sus propuestas de una desviación o tasa de error factible expresada en ± 30 años, hoy ± 40 o más años, el número de años que puede variar hacia arriba o hacia abajo la datación. Por ejemplo, para la Sábana Santa de Turín, los análisis de laboratorio oscilaban en su cronología entre el 1260 y el 1390: ¡una falsificación medieval, como siempre se sospechó! La medición del C14 no se enuncia en fechas de antes de Cristo (a. C.), sino en fechas b. p. *(before the present):* el convencionalismo decidido por los científicos es que ese presente es 1950. Las virtudes del C14 resultan obvias. Ya que produce fechas absolutas, su objeto de análisis son los materiales más corrientes de cualquier yacimiento del mundo, y abarca unos cincuenta mil años de la historia humana. Implementando tecnologías de mayor modernidad, como es el caso de la espectrometría de masas con aceleradores (que computa los átomos de ^{14}C directamente en muestras de pocos miligramos), se pretenden dilatar hasta los ochenta mil años las perspectivas de datación. Los huesos humanos y animales se pueden fechar además hasta los cien mil años, gracias no ya al C14 sino a la racemización de aminoácidos: consiste en la invariable transformación de los aminoácidos, moléculas orgánicas existentes en las proteínas, de una forma estructural a otra, aunque con idéntica composición química, mientras un ser sigue con vida. Estudiando los aminoácidos remanentes en un fragmento óseo, y si se es consciente del ritmo al que se madura la racemización, se estipula la edad de ese hueso.

LA DENDROCRONOLOGÍA Y LA TERMOLUMINISCENCIA

En lo que Libby no acertó fue en pensar que la concentración de C14 en la atmósfera no se había modificado desde el pasado, lo cual desemparejaba los años del radiocarbono con los de nuestro calendario, especialmente alrededor del I milenio a. C. La falta de equivalencia se explica en la actualidad por la reducción de intensidad sufrida en el campo magnético de la Tierra, que redundó en un incremento de la radiación cósmica que golpeaba la atmósfera. El efecto de este fenómeno es que aproximadamente antes del 1000 a. C. los organismos vivos acusaron mayor cantidad de radiocarbono de lo que hoy recibimos. Así que los cálculos temporales errados del C14 se alinean con el calendario gracias a otra técnica de datación, la dendrocronología.

Los principios naturales en los que se basa se intuyeron hace siglos (cómo no, Leonardo da Vinci nos ha legado notas sueltas al respecto), pero el matemático Charles Babbage fue quien en 1838 se preguntó por qué no usar los patrones de crecimiento de los anillos de los árboles con objeto de concertar secuencias con fines cronológicos. Tras décadas de que el interrogante permaneciese sin contestación, en los años que siguieron a la depresión de 1929, el astrónomo americano Andrew Ellicott Douglass se lanzó a asignar fechas absolutas en yacimientos indígenas del suroeste americano, y asentó las nociones elementales de esta metodología, que en la década de 1960, combinándose con operaciones estadísticas e informáticas, tenía establecidas secuencias temporales cabales. Un corte transversal en el tronco de un árbol muestra cómo anualmente el crecimiento del mismo se imprime en la madera en forma de anillos de desigual espesor y color. Los ritmos de progresión de la vida del árbol dependen de las estaciones, de la temperatura o de las lluvias, factores que dictan entonces esa diversidad en las características de los anillos, aunque, lógicamente, la tendencia hacia una uniformidad se notará más en las mismas especies arbóreas que convivan en una zona geográfica específica. A partir de estos patrones, sólo hay que ajustar una secuencia cronológica continua en un espacio natural restringido relacionando las pautas de crecimiento de los árboles de semejante especie y añadiendo ejemplares cada vez más antiguos. Cuando salen a la luz vestigios de madera bien preservados en una excavación, el grosor de sus anillos se cuenta (con potentes microscopios y otros aparatos), después de lo cual se busca su coincidencia con los diagramas secuenciales concebidos para un territorio, que condensan miles de años de historia. Las secoyas norteamericanas y algunos abetos viven milenios. La dendrocronología del longevo *Pinus aristata,* procedente de California, llega a los cinco mil años. Reino Unido, Centroeuropa y Estados Unidos son los lugares donde se le ha dado mejor uso al sistema, y seguramente la dendrocronología rebase con facilidad las adscripciones temporales otorgadas a maderas de hace once mil años.

Las dataciones absolutas no afectan tan sólo a la materia orgánica, sino igualmente a la inorgánica. Un método de gran utilidad para este tipo de elementos es el de la termoluminiscencia, fundamentado, como el C14, en la radioactividad, pero a diferencia de este, aplicable en manufacturas de alfarería que tanto abundan en los yacimientos arqueológicos. Su alcance cronológico sobrepasa los cincuenta mil u ochenta mil años en los que se detiene el radiocarbono. La termoluminiscencia es la luz emitida, por ejemplo, por un fragmento cerámico, cuando se libera la energía acumulada en él por su sometimiento a una fuente de calor superior a los quinientos grados. Pero vayamos paso a paso. Después de la cocción inicial de la pieza a estas temperaturas, esta empieza a reunir

termoluminiscencia con el paso del tiempo. Esa energía no es otra cosa que el conjunto de electrones atrapados a un ritmo anual regular en el tejido cristalino que conforma la cerámica, junto a otras partículas radiactivas, de uranio, de torio o de potasio, responsables de ese aprisionamiento de los electrones. Al hablar de evidencias arqueológicas de una antigüedad nada despreciable, la concentración de electrones en las grietas minerales será por lo tanto enorme cuando las encuentra el arqueólogo, sea porque anualmente ha recibido fuertes dosis de radiaciones alfa, beta y gamma del subsuelo, sea por las ya contenidas por los minerales de la composición del recipiente. Ahora bien, si nuevamente calentamos la cerámica por encima de los quinientos grados, el reloj termoluminiscente vuelve a reajustarse a cero, al liberar esa energía, haciendo así practicable calcular dos datos: la cantidad de radiación recibida y la duración de esa exposición, datos de los que deriva la antigüedad del objeto.

LA «FASE HARRISIANA» DE LA ARQUEOLOGÍA: EDWARD C. HARRIS Y LA ESTRATIGRAFÍA ARQUEOLÓGICA

La arqueología de campo británica vivió de las rentas de las cuadrículas de Mortimer Wheeler y de su discípula Kathleen Kenyon hasta la década de 1960. Su sistema adolecía de defectos, pero en él prevalecía la documentación estratigráfica, cosa que no se puede decir de excavaciones que se daban contemporáneamente, por ejemplo, en Italia, cuya arqueología clásica privilegiaba la información arquitectónica y fechar las técnicas edilicias, pero absolutamente descontextualizadas de la relación estratigráfica de muros, pavimentos y estructuras. Antes de que Wheeler falleciera en 1976, los arqueólogos británicos –porque no sucedió lo mismo con los del resto de Europa– se mostraron escépticos hacia esta metodología de excavación: los anchos testigos que no se removían impedían la comprensión general del yacimiento, además de que podía darse la contingencia de que diversos elementos restasen ignorados atrapados en ellos, deformando la realidad arqueológica. A la par, la descoordinación en la velocidad de excavación de una cuadrícula a otra originaba que se desenterraran diferentes estratos contemporáneamente, afectando a esa visión de conjunto. Investigadores como Philip Barker comenzaban a fomentar la excavación en áreas abiertas, en superficies prolongadas en las que se inquiría uniformemente el orden en el que históricamente –y no sólo geológicamente– se habían ido depositando los estratos, los cuales se sacaban a la luz en toda su extensión, buscando sus contornos naturales.

En 1978, Edward C. Harris, un licenciado en Antropología por la Universidad de Columbia (Nueva York), natural de las Bermudas, leyó su tesis doctoral en la UCL (University College of London) bajo el título de *Principles of Archaeological Stratigraphy,* trabajo que en formato reducido se publicó en 1979. Desde principios de esa década excavaba en Winchester, en lo que terminó por instituirse como un importante laboratorio de la arqueología urbana. Durante años, los arqueólogos habían arremetido contra los yacimientos de la ciudad de manera asistemática, registrando miles y miles de estratos sin orden alguno, documentando sobre todo estructuras constructivas. En Lower Brook Street, Harris se encontró frente a diez mil unidades estratigráficas a las que encontrar un sentido, donde los eventos naturales se confundían con las intervenciones humanas. Era el año 1973, y el joven doctorando resolvió una manera de organizar y reconstruir la secuencia de ese cúmulo de noticias estratigráficas: la llamada matriz de Harris. Veamos en qué principios descansaba este «diagrama estratigráfico», término con que la rebautizó el arqueólogo italiano Andrea Carandini.

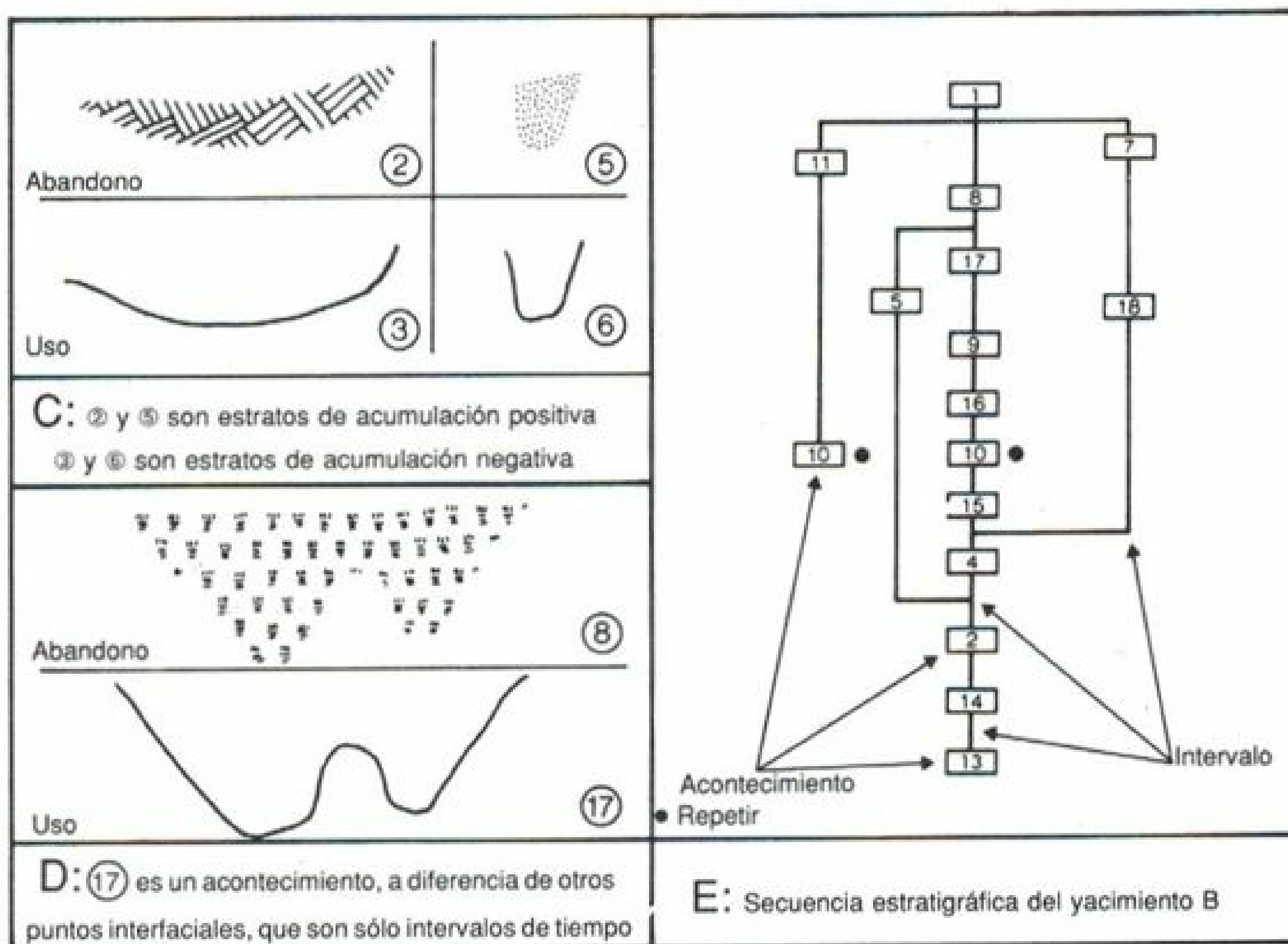
Como primera aportación, la tesis de fondo que defendía Harris es que la estratificación arqueológica difería de la estratificación geológica, introduciendo el factor humano en su formación, las zanjas, los fosos, los pozos, las estructuras y las interfaces, cuyo significado se comenta abajo. La obligación del arqueólogo descansaba en la habilidad para individuar y excavar en su totalidad las capas que se habían ido superponiendo en el suelo, en un orden inverso a su deposición (es decir, de la más moderna a la más antigua), y siguiendo los límites y las formas naturales de los estratos, siendo siempre conscientes de su secuencia temporal. Harris añadió unos cuantos conceptos nuevos en el vocabulario arqueológico, dos de los cuales los expertos emplean comúnmente en la actualidad. El primero, el de unidad estratigráfica (UE), resumía el sujeto de análisis básico durante la

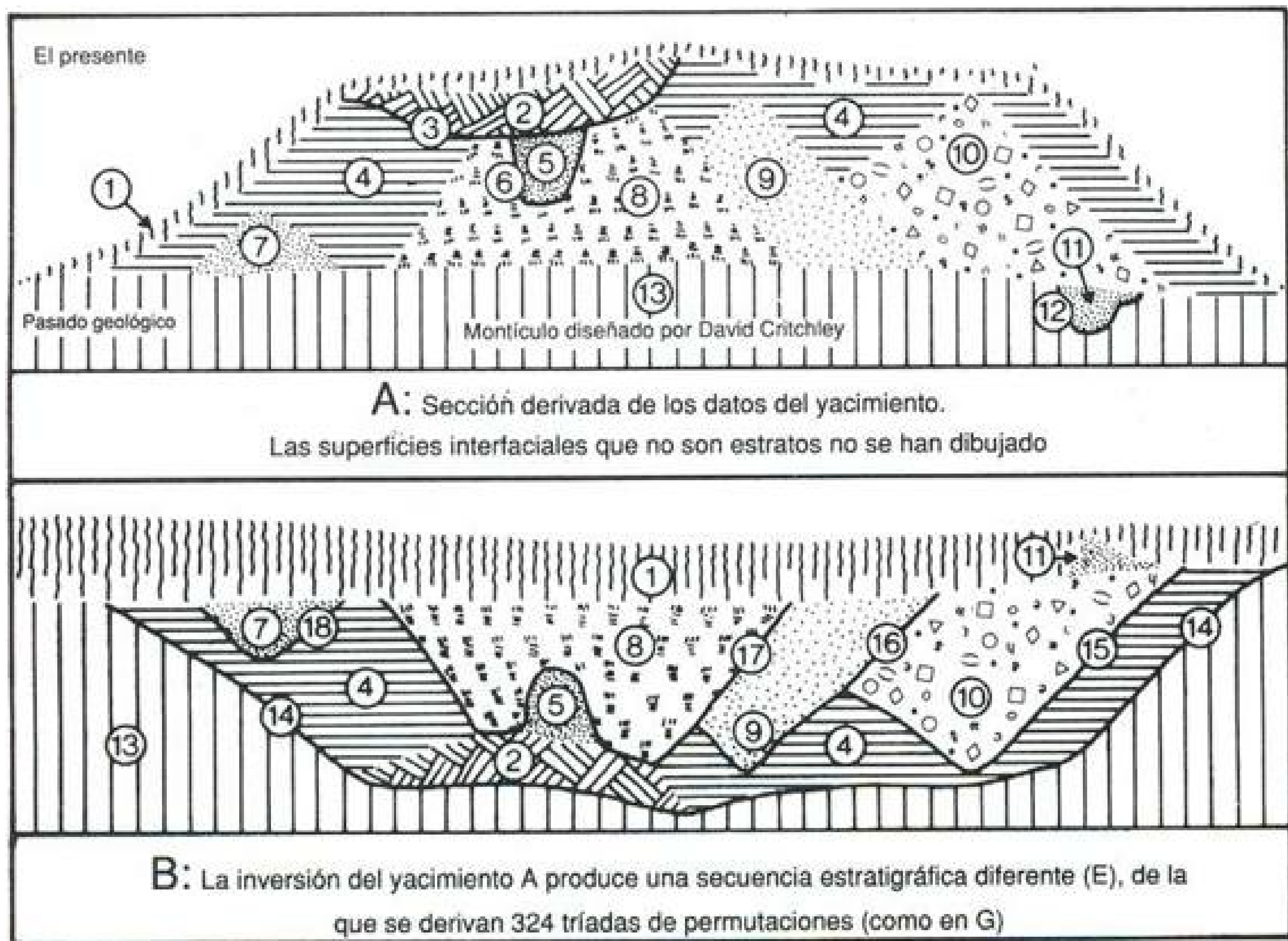
excavación, el estrato singular, sedimentario o antrópico, consistente en cualquier construcción humana. El segundo, la interfaz, era la faja superior originaria o techo de un estrato, la superficie de contacto con el depósito inmediatamente superior. Además de horizontal, podía ser vertical si, por ejemplo, hablamos de las interfaces de los muros. Además, Harris enunció unas leyes generales que regían la estratificación arqueológica, hasta su época poco atendidas o completamente obviadas, y que formularemos con las propias palabras con que las consignó en su glosario:

- *Ley de la continuidad original:* todo depósito arqueológico y todo elemento interfacial estará delimitado originalmente por una cuenca de deposición y su grosor irá disminuyendo progresivamente hacia los costados hasta acabar en una cuña; por lo tanto, si cualquier extremo de un depósito o elemento interfacial presenta una cara vertical, significa que se ha perdido parte de su extensión original, ya sea por excavación o por erosión, por lo que tal ausencia de continuidad debe tratar de aclararse.
- *Ley de la horizontalidad original:* cualquier estrato arqueológico depositado de forma no sólida tenderá hacia la posición horizontal. Los estratos con superficies inclinadas fueron depositados originalmente así o bien yacen así debido a la forma de una cuenca de deposición preexistente.
- *Ley de la sucesión estratigráfica:* el lugar exacto de una unidad de estratigrafía arqueológica se encuentra entre la más baja de las unidades que la cubren y la más alta de todas las unidades a las que cubre, teniendo contacto físico con ambas y siendo redundante cualquier otra relación de superposición.
- *Ley de la superposición:* en una serie de estratos y elementos interfaciales en su estado original, las unidades de estratificación superiores son más recientes y las inferiores son más antiguas, ya que se da por supuesto que una se deposita encima de la otra, o bien se crea como resultado de la extracción de una masa de estratificación arqueológica preexistente.

Desde la relación de Harris, una acertada interpretación histórica del yacimiento pasa por discernir correctamente su secuencia estratigráfica, indicadora de por sí de una cronología relativa. De hecho, esta podría ser una buena definición de «excavación», la obtención de la posición ordenada de los datos estratigráficos. Los depósitos, además, contienen elementos de la cultura material encerrados en ellos: cerámica, monedas, estructuras, así como restos orgánicos, huesos, restos de flora, que se estudian a fin de datar los estratos, y en el caso de los depósitos cerrados hasta otorgan cronologías absolutas al conjunto de objetos. A priori no todo resulta tan fácil como la teoría explica. Un pavimento artificial, de piedra o mosaico, se distingue sin problemas, pero en la tierra se deben saber reconocer las diferencias sutiles de textura y de color, que se manifiestan engañosas, o identificar la aglutinación de restos de mortero de cal o de grava. A veces la ley de la superposición estratigráfica se transgrede, cuando al profundizar en la tierra de un yacimiento desmantelado previamente encontramos que presenta una distribución estratigráfica invertida, al haber sido colocadas esas mismas capas en las zonas adyacentes pero de manera inversa. O fenómenos como la erosión y las inundaciones son capaces de remover estratos antiguos y situarlos sobre otros de formación reciente, en un contexto secundario. La acción de la fauna y del hombre tampoco es ajena a la perturbación estratigráfica. Por ello, lo ideal es tener una perspectiva contemporáneamente horizontal y vertical del sondeo arqueológico, mantener limpia la excavación, lo cual evidencia los cambios de texturas en el suelo, y cavar y documentar un estrato cada vez, completamente, hasta alcanzar la roca natural.

Ahora que nos hemos familiarizado con los principios de estratigrafía arqueológica, volvamos a esa matriz de Harris. No es más que un diagrama que describe e interpreta las relaciones entre los estratos excavados, visualizado en forma de esquema, y sin embargo como método de registro de la secuencia cronológica relativa no guarda precedentes. Así, codifica numéricamente las UE mediante una caja rectangular, unidas a las demás a través de líneas verticales y horizontales que especifican las relaciones existentes entre esas UE, cuáles se hallan por encima o por debajo, cuáles son similares porque están interrelacionadas o cuáles no demuestran conexión alguna. Los sedimentos o elementos antrópicos cercanos en el tiempo se representan, por supuesto, en la parte superior del diagrama, mientras que los más pretéritos figuran en la inferior.





Matriz de Harris (Harris, 1991). Gracias al diagrama de Harris los arqueólogos son capaces de articular sistemáticamente el orden estratigráfico en una excavación.

Como dijimos, la tesis de Harris vio la luz en 1979, y una segunda edición corregida y ampliada lo hizo en 1989. Para entonces, una serie de traducciones habían aparecido en las librerías, como la italiana de 1983. En sus páginas, Andrea Carandini coronaba de fama al investigador de las Bermudas al calificar de «fase harrisiana» a la arqueología que renacía en la década de 1980. *Principles of Archaeological Stratigraphy* condensaba el saber arqueológico que los científicos británicos se ocupaban de experimentar y propagar desde los tiempos de Wheeler, y la excavación en áreas abiertas, junto a la matriz de Edward Harris, devino la aportación de la isla al resto de la arqueología europea.

En España, el método Harris desembarcó en el decenio ulterior, en la década de 1990. La traducción del volumen al castellano data de 1991.

GRANDES DESCUBRIMIENTOS DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Reconozcámoslo: los hallazgos con mayúsculas no siempre han sido obra de los arqueólogos, pero el sueño de todo arqueólogo –o al menos una gesta a la que pocos renunciarían– es el de enlazar su nombre a un gran descubrimiento. El interés por el patrimonio histórico nacional y por los ancestros de nuestra especie, simultáneamente a la profesionalización, y en consonancia, al acrecentamiento de especialistas de la arqueología, ha marcado el apogeo de hallazgos a escala mundial, y de todos los períodos históricos y prehistóricos. Sería imposible dar cuenta detenida de la prolijidad de descubrimientos, pero indicaremos unos pocos de los que tuvieron mayor tirón mediático y académico en el momento en que se produjeron.

Los estudiosos de la religión neolítica estuvieron de suerte en las décadas de 1950 y 1960, durante la excavación de Çatal Hüyük (Turquía). El británico James Mellaart excavó los doce niveles de ocupación de un poblado de veintiuna hectáreas, con cronologías del 7000-5500 a. C., que presentaba una serie de llamativas particularidades. Una de ellas, que la defensa de la pequeña urbe se aseguraba mediante el hacinamiento de unas casas con otras, provocando que la circulación viaria se llevara a cabo por las techumbres, donde se localizaban los únicos accesos a las viviendas. Estas, construidas con ladrillos de barro, reflejaban una arquitectura doméstica uniforme, sin aparentes edificaciones públicas, ni religiosas, que apuntaba hacia la ausencia de un poder centralizado. Eso sí, ciertas casas, de planta semejante a las demás, contenían interesantes huellas rituales, pues se decoraban con pinturas murales esquemáticas, de temática cinegética o simbólica, y con cabezas de toro y de otros animales moldeadas en yeso en las paredes. A estos adornos se sumaban figurillas de arcilla, tanto masculinas como femeninas, juzgadas, en conjunción con los programas pictóricos, como propiciadores mágicos de la fertilidad en una comunidad prehistórica de agricultores. Bajo el suelo del hogar se enterraba a los muertos en un hoyo –los pueblos recién asentados que reclaman sus derechos sobre la tierra consagrando así a sus antepasados no han sido ajenos a esta costumbre–, recubiertos con sus bienes, no pocos de ellos de lujo y exóticos, dado que Çatal Hüyük se sospecha que jugó un papel destacado en el comercio de la obsidiana y de otras materias apetecibles en el Levante y Asia Central. Varios de los cuerpos se habían descabezado, y las calaveras, insufladas de vida gracias a un empaste revestido de ocre, se utilizaban en contextos sacros y ceremoniales.

Un hallazgo fortuito que tuvo lugar en 1991 aumentó el conocimiento que se poseía acerca de los hombres de la Edad del Cobre. La vertiginosa velocidad del viento y las bajas temperaturas conservaron hasta esa fecha el cadáver de un individuo que pereció de forma violenta, según el radiocarbono entre el 3350 y el 3150 a. C., en el glaciar Similaun, situado en los Alpes italianos. Dos excursionistas lo encontraron a una altitud de 3.210 metros sobre el nivel del mar, y al avisar de su descubrimiento enseguida se prospectó el valle de Ötz en busca de más pistas. Un chequeo médico completo a este hombre de hielo, apodado Ötzi, y las pruebas practicadas a sus posesiones llegaron a conclusiones reveladoras. El sujeto calcolítico contaba con unos cuarenta años de edad cuando le sobrevino la muerte, pero la senectud no fue la que segó su existencia. Los análisis de ADN realizados en las trazas de sangre de su armamento (un arco, catorce flechas con puntas de repuesto, un cuchillo de pedernal y un hacha de cobre) y de su vestimenta sacaron a la luz que sus últimos momentos hubieron de ser agónicos: al menos hirió a cuatro atacantes, dos de ellos con la misma

flecha, y otro con su puñal, pero a su vez recibió un flechazo (la punta quedó alojada en un pulmón) y diversas laceraciones en su cuerpo. No se sabe a ciencia cierta si pereció como resultado de estas heridas o por hipotermia, ni por qué ascendió a esos parajes, si porque huía de sus asaltantes, porque extravió a su partida de caza, o a los animales que conducía hacia tierras de pasto, o bien porque deseaba hacer acopio de minerales, como es el caso del cobre, que no escaseaba en los Alpes. Los datos que su cuerpo han tributado a la arqueología no cuesta definirlos como pasmosos: conocemos de lo que se alimentó ocho horas antes de expirar, los tatuajes que adornaban su muñeca, espalda y piernas (aquejado de artritis, quizá se los realizaron con intenciones mágicas para que sanara), y hasta se le han encontrado descendientes actuales en Austria gracias a los test genéticos.



Reconstrucción del equipamiento de Ötzi, el hombre de hielo (Forte y Siliotti, 1997). Los restos congelados de este hombre de la Edad del Cobre desvelaron que murió, seguramente, por las heridas causadas durante un enfrentamiento contra al menos cuatro contrincantes.

La importancia en la arqueología clásica de las fuentes antiguas grecorromanas convierte la excavación de emplazamientos mencionados en ellas, o donde han acontecido eventos históricos, en experiencias inolvidables para sus directores. Eso debió de sentir Manolis Andronikos, en 1977, al cruzarse con la tumba del rey Filipo II, padre de Alejandro Magno asesinado en el 336 a. C., cuando exploraba un cementerio macedónico en la localidad de Vergina. Otros miembros de la familia real se enterraban en ese conjunto de cuatro túmulos, pero aquel con la fachada realzada con un fresco en el que figuraba una cacería heroica ocultaba los restos de un monarca que había hecho historia. Andronikos penetró en sus dos salas, en cuyo interior, sendos *larnakes* de oro, protegidos dentro de sarcófagos marmóreos, contenían los restos cinerarios y de huesos de un hombre y de una mujer. Los vestigios óseos del primero habían sido envueltos en ricas telas doradas y púrpuras, y su calavera, aun fragmentaria, se prestaba a ejecutar reconstrucciones faciales. Los estudios mostraron el rostro de un varón de un solo ojo, hecho que coincidía con la noticia de que Filipo II se había quedado tuerto, víctima de una herida infligida en el transcurso de un asedio. El matrimonio regio fue sepultado con un ajuar digno de su estatus; una buena cantidad de los objetos, recipientes, armas, alhajas y varias de las hojitas de roble talladas en oro que componían la corona de los soberanos macedónicos, se quemaron en la pira funeraria. Por determinados indicios se discierne que en ella se inmolaron caballos, costumbre que se remontaba a la tradición homérica de los funerales de Patroclo cantados en la *Ilíada*. El mensaje que lanzaba la sepultura de Filipo II engranaba mediante un férreo nudo gordiano a la monarquía macedónica con el pasado heroico de los griegos a los que había sometido a su dominio en la batalla de Queronea (338 a. C.).



Fachada de la tumba II de Vergina, siglo IV a. C. (Andronikos, 1984). El padre de Alejandro Magno se enterró siguiendo el rito funerario ya descrito por Homero para los héroes griegos.

A mediados de la década de 1990, las felices perspectivas que Vergina había augurado para el futuro de la arqueología funeraria de época helenística sufrieron un revés suficiente como para echar por tierra la reputación de una arqueóloga. En 1995, la griega Liana Souvaltzi anunció al mundo que había descubierto la tumba de Alejandro Magno a veinticinco kilómetros de Siwa, oasis egipcio en el cual el caudillo macedónico había tomado conciencia de su propia personalidad divina. Allí, y no

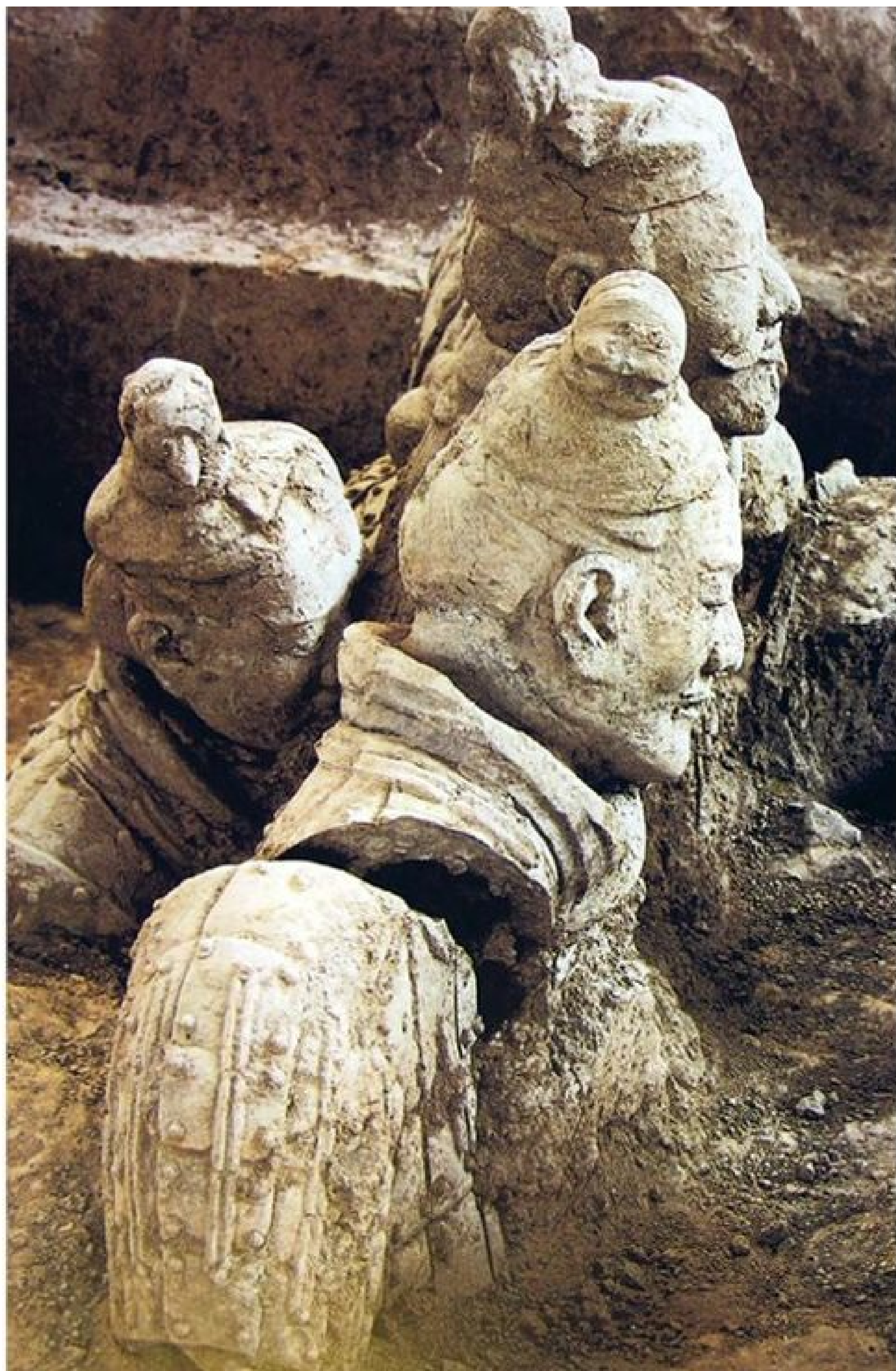
en los pasajes de la mezquita de Nabi Daniel de Alejandría, ni en el cementerio latino de la misma ciudad, ni en la basílica veneciana de San Marcos, como se ha llegado a sostener, había reposado el adalid de la victoria griega sobre el Imperio persa. La opinión de Souvaltzi se basaba en tres fragmentos de una placa de piedra, que traducidos interesadamente hacían alusión a un conquistador desaparecido en edad temprana, señor del mundo conocido. Expertos egipcios y griegos dieron al traste con las teorías de la arqueóloga helena, al datar no sólo la escritura sino el entero complejo en época romana, en torno al siglo II d. C. Las declaraciones de Souvaltzi a la prensa internacional, en las que aseguraba que «no le cabía la menor duda de que se trataba de la tumba de Alejandro», a las que añadía además que los griegos tenían que sentirse orgullosos de que unas manos griegas hubiesen encontrado este importante monumento, evocaban las etapas más sombrías de la arqueología clásica.

La literatura de la Antigüedad y la arqueología, asimismo, se dieron cita en la gran empresa de excavación que el Estado israelí promovió en la fortaleza de Masada, dirigida por Yigael Yadin desde 1963. El historiador judío Flavio Josefo narró la singladura de este peñón amurallado durante las guerras judaicas de finales del siglo I d. C.: de su construcción por Herodes el Grande, al oeste del Mar Muerto, a su ocupación por parte de los rebeldes zelotas que se opusieron a la dominación romana de Judea entre el 66 y el 73 d. C., concluyendo con su conquista a manos de la X legión que la asedió durante cuatro meses. Relata Josefo que el millar de zelotas que habitaba Masada, decididos a no rendirse, prefirieron suicidarse, incluidos mujeres y niños, y prender fuego a la ciudadela antes que entregarse a los invasores. Los arqueólogos dejaron a la vista numerosas estructuras de la Masada romana y bizantina, con sus lugares de habitación y sus palacios, los barracones para la guarnición y el arsenal, los edificios administrativos, las zonas de almacenamiento, las termas y cisternas de agua, la sinagoga, la iglesia

Un hallazgo accidental arrojó una información vital concerniente a diferentes citaciones del propio Josefo en las *Antigüedades judías* y en *La guerra de los judíos*. En las dos obras se aludía a una secta, la de los esenios, que en oposición a los saduceos y a los fariseos practicaba una forma de vida virtuosa, alternativa a la ley hebrea, dictada desde el Templo de Jerusalén. Apenas unas pocas noticias textuales daban razón de este grupo religioso, hasta que en 1947 un pastor beduino encontró en una gruta del desierto de Judea los manuscritos del mar Muerto. Los arqueólogos bíblicos, los investigadores de la filología semítica y los papirólogos que los estudiaron en los decenios ulteriores conocieron así la singularidad de los autores que los redactaron entre el siglo II a. C. y el I d. C., los esenios retirados en Qumrán, a orillas del mar Muerto. La secta contemporánea a Jesucristo abogaba por alejarse de la ritualidad del pueblo elegido radicándose en un área desértica, donde poder establecer una suerte de comunidad monacal aislada de la sociedad, y por ende, más próxima a Dios. Entre sus fundamentos privativos se contaban la práctica de la oración, la renuncia a los sacrificios sangrientos –como los ejecutados en el templo– o el mantenimiento de unas reglas de pureza y de castidad, que al cabo de un tiempo se relajaron. Algunas de sus normas de convivencia terminaron por ser heredadas por las congregaciones monacales cristianas, tales como la comunión de bienes o la elección de la austeridad, directamente de la pobreza, como una opción de vida.

Si en Occidente la arqueología funeraria ofrecía descubrimientos tan espectaculares como los enterramientos de Vergina, en Oriente, contemporáneamente, –y con ello terminamos–, resucitó un ejército de terracota polícromo que sobrepasaba los mil setecientos años de antigüedad, hoy patrimonio de la humanidad. Los hallazgos comenzaron en 1974, pero todavía en la década que abrió el siglo XXI se han continuado haciendo. A los siete mil guerreros que acompañaron al emperador Qin

Shihuangdi a su tumba de Xi'an (China) en el 210 a. C. se los ha proclamado la octava maravilla del mundo, dignidad que comparten con otros monumentos esparcidos por el globo. Habría que matizar que no compartían el túmulo de su señor, sino que se distribuyeron en orden de combate en tres fosos de distintas medidas y profundidad, no lejos de él. A los soldados que lo servirían en el más allá los comandaba un estado mayor para el que se reservó una de las cavidades: a seis metros de profundidad, sesenta y ocho jerarcas con su guardia de honor aguardaban expectantes la acción junto a un carro de guerra tirado por cuatro caballos. Las otras dos trincheras las ocupaban los miles de guerreros labrados a tamaño natural en formación, más de seiscientas monturas y un centenar de carros de guerra, estos fabricados en madera. Si no estamos frente a la octava maravilla, al menos sí frente a una de las atracciones turísticas de mayor peso del mundo. Los rasgos de cada soldado se moldearon personalizados, con la señalización de la diversificación de edades, de peinado, de tamaños –aunque predominan los tipos corpulentos–, y no menos de veinticinco estilos de barba poblaban sus rostros. Su trascendencia, sin embargo, supera las meras estadísticas y se adentra en la contribución a la historia de las costumbres y rituales funerarios, del armamento de la época, de las categorías militares de la hueste imperial, de los pueblos que la nutrían.





Excavación de los guerreros de Xi'an (Forte y Siliotti, 1997). Este ejército imperial de terracota descubierto en la década de 1970 es en la actualidad Patrimonio de la Humanidad.

LA ARQUEOLOGÍA Y LAS HERRAMIENTAS INFORMÁTICAS

A lo largo de las páginas de este libro se ha comprobado que una virtud de la arqueología es que jamás fue una disciplina estanca e impermeable, indiferente a lo que las demás ciencias tuvieran que sugerirle. Al revés, sus inspiraciones fueron, y continúan siendo, multidisciplinares, y siempre se ha ido actualizando, albergando un espíritu renovador. Del saqueo de tumbas y la caza de tesoros hasta el C14, el trecho que ha recorrido ha sido arduo, y desde luego no se ha visto todavía atrapada en un callejón sin salida: las nuevas tecnologías aplicadas a la arqueología traen consigo un soplo de aire fresco en la contemplación del pasado y en su interpretación, así como la oportunidad de ampliar tanto los contenidos como los puntos de vista en la investigación de la cultura material y de las sociedades antiguas. Y no solamente en el horizonte analítico, sino también en el pedagógico y en el divulgativo. La constante en la arqueología de los últimos cincuenta años ha sido ese rápido ritmo de crecimiento del uso de las herramientas informáticas. No obstante, esto no debe conllevar que el arqueólogo se sienta seducido ciegamente por el atractivo espejismo de las metodologías precursoras, ni caiga en su dependencia. El método es el medio, no el fin. Y aunque los especialistas dispongan de bases de datos, simuladores virtuales, sistemas de información estadísticos, cartografías digitales, vídeos e imágenes de una altísima calidad, los programas de CAD (*Computer-Aided Drawing,* destinados a facilitar el diseño técnico, los cálculos y las proyecciones estructurales o la composición arquitectónica tridimensional), etc., el factor humano es el que se halla detrás de todo ello, el arqueólogo es quien tiene que construir la historia suministrando la información a esos instrumentales de trabajo de formidable potencial. Pero dado que la excavación, por definición, es un proceso altamente destructivo, ya desde hoy, e igualmente sucederá así en el futuro, la informática jugará un papel elemental en la conservación, en la clasificación y en la explicación de los testimonios arqueológicos.

Antes de la era del ordenador ya se efectuaban análisis estadísticos en arqueología, pese a que suponían una tarea ardua y que llevaba tiempo, que raramente trascendía. Sobre todo en el ámbito de la geografía se intentaba comprender la interactuación humana con su entorno natural, y de qué manera los grupos lo organizaban, interés que a partir de la década de 1980 los arqueólogos hicieron suyo y abordaron con programas computarizados que mostraban pormenores espaciales, índices de distribución de artefactos o de asentamientos en el territorio, etc. En el siglo XXI, la gran ventaja de la informática gravita en su facilidad de crear modelos virtuales resultantes de su propiedad intrínseca de archivar y de operar con los datos cuantitativos introducidos en los ordenadores, hecho que ha revolucionado esta clase de estudios: son los SIG, los sistemas de información geográfica (en inglés, GIS). En pocas palabras, los SIG son aplicaciones o programas digitales que archivan, organizan, manejan y visualizan datos geográficos referenciados previamente y registrados en bases informáticas, presentados normalmente en forma de mapas en dos dimensiones. Es una especie de Google Earth, si se admite la comparación. Piénsese en que, a un nivel de menor informatización, es lo que los historiadores y los arqueólogos han realizado de toda la vida, pero manualmente, la representación en los mapas de procesos históricos, de acontecimientos, de progresos humanos, de cronologías... Los SIG, por supuesto, engloban una cantidad de información de mayor amplitud y complejidad que permite desarrollar exámenes profundos, de una extremada minuciosidad, a una

escala a opción del investigador, regional, nacional o continental. Además, identifican asociaciones recurrentes de áreas, de asentamientos, de piezas, que a simple vista resultarían imposibles de distinguir, o generan recreaciones gracias a los aspectos almacenados en ellos por el arqueólogo. La recopilación espacial de los datos proviene de GPS y estaciones totales, que el sistema incorpora digitalizados, los ordena y exhibe, mientras que una serie de herramientas permiten manipular esos testimonios gráficos y completar la base de datos, además de incrementarla a lo largo del estudio con toda la información arqueológica que se estime necesaria.

Sobre el fondo del plano digital, los yacimientos, los objetos, la geología, las densidades, la arquitectura, sea cual sea el patrón que se quiere reflejar, se concibe en forma de símbolos, líneas, colores. Y, a partir de esto, las perspectivas de su uso son infinitas, pues conjetura estándares estadísticos que afectan a las pautas de asentamiento de las gentes en un sitio –por ejemplo, a causa de las propiedades del suelo y su disposición para la agricultura, pero asimismo los cambios producidos en esas pautas a lo largo del tiempo–, a la funcionalidad de un núcleo poblacional, a la visibilidad y la relación entre yacimientos, la accesibilidad a los recursos, la capacidad de producción de un paraje, la distribución de materiales en una zona precisa, etc. En las bases de datos de los SIG, entonces, constarán las anomalías del paisaje moderno, las ruinas, las huellas de canalizaciones y de redes viarias largamente en desuso, los restos de hábitats y las divisiones agrarias, accesibles gracias a la arqueología del paisaje, evitando que la morfología de hoy en día no contamine la apreciación de la organización antigua del espacio. Con todo, los SIG no se han de venerar como oráculos informáticos, sino como técnicas de indudable utilidad que consienten experimentar con el comportamiento del hombre en relación con el territorio; pero como modelos que no son reales, sino que representan a la realidad, sobre la que el especialista acomoda sus deducciones, están sometidos a márgenes de error.

Dentro de la que ya se denomina arqueología virtual, las reconstrucciones informáticas en tres dimensiones (3D) cada día ganan más adeptos, en un mundo en que cualquier contexto que nos rodea se ha hecho susceptible de ser recreado virtualmente al ordenador en 3D. Del ámbito militar –las restituciones virtuales nacieron como un dispositivo que guiaba a los misiles a sus objetivos–, de las ciencias y de la medicina, al de la valorización y divulgación del patrimonio cultural, pasando por el de las actividades didácticas y de entretenimiento, dicha tecnología no podía dejar de transferirse a la arqueología, para la que la documentación histórica y la supervivencia de la información es una de sus prioridades.

En la ciencia que venimos exponiendo, su adopción ha proporcionado múltiples servicios. Su finalidad última reside en que recompone civilizaciones antiguas mediante la tecnología digital, un medio de comunicación de una imponente asombrosa riqueza visual: urbes, arquitecturas, monumentos, paisajes, individuos, útiles y vestigios materiales a partir de la información con la que cuenta el arqueólogo. Esta proviene del estado en que ahora se encuentran estos elementos, sumado a lo que revelan las excavaciones arqueológicas, los paralelismos culturales, la iconografía o las fuentes escritas; la conjunción de estas noticias deriva en la conversión en realidad virtual, lo más aproximadamente posible, de los resultados de la investigación arqueológica, de cómo fue la vida en tiempos remotos. En este sentido, los escenarios en 3D pueden resucitar la atmósfera de una casa pompeyana, sin mucho riesgo de equivocarse acerca de la policromía mural, de su mobiliario o de sus programas decorativos, o moldear informáticamente el rostro de una momia a través de un escaneado de la misma. Asimismo, la representación de la evidencia material a través de la gráfica

computarizada en 3D documenta en tiempo real los lugares que se excavan y que se hallan en fase de estudio, traspasando, por supuesto, los límites de la fotografía tradicional o del dibujo arqueológico.

SIG de dispersión de las iglesias tardoantiguas en el noroeste de la península ibérica (realizado por José Sánchez Pardo en 2013).Los Sistemas de Información Geográfica son una de las herramientas informáticas más utilizadas por los arqueólogos en nuestros días.

Obtener imágenes de los yacimientos, además, cuenta con una gama instrumental que incluye satélites, cámaras digitales, videocámaras, teléfonos móviles y UAV (*Unmanned Autonomous Vehicles,* pequeños helicópteros o plataformas voladoras a control remoto, o con planes de vuelo programados, que incorporan máquinas fotográficas para tomar vistas oblicuas u ortogonales), por citar sólo algunos mecanismos. Así, la simulación virtual constituye una herramienta más de interpretación, al preparar al arqueólogo el camino hacia una comprensión de la esencia del sujeto expuesto a la indagación. Su labor de protección de la pieza arqueológica también hay que ponerla de relieve: muchos objetos del pasado en materiales como el papiro, el barro, el metal, la madera o la piedra se revisan periódicamente, se manipulan, y corren el riesgo de sufrir desperfectos o de que los escritos incisos en ellos se empobrezcan –por ejemplo, las tablillas cuneiformes–, por lo que resulta vital contar con imágenes digitales y virtuales de alta resolución. Pero igualmente ayuda a divulgar entre el público zonas arqueológicas de difícil acceso o en un precario estado de conservación, que de otra manera difícilmente podrían darse a conocer, cuando no crea directamente vestigios desaparecidos para siempre de la faz de la tierra, pero cuya descripción ha sobrevivido en las fuentes textuales, la numismática o los repertorios iconográficos (es el caso del Faro de Alejandría).

En la actualidad, la arqueología no puede renunciar ni a su inclinación tecnológica ni a su multidisciplinaridad, tiene que seguir haciendo uso de los programas informáticos, de los

simuladores virtuales, de los multimedia y de la documentación digital, que han despejado el horizonte de las investigaciones de esta ciencia en relación con los seres humanos y las formas de vida antiguas. Pero ni los museos virtuales pueden sustituir a los físicos, ni a los arqueólogos les conviene eximirse de sus responsabilidades científicas confiándose ciegamente a los avances tecnológicos. Estos han transformado las bases del modo en que contemplamos las reliquias del pasado, los edificios, los yacimientos; pero la arqueología versa, además, sobre los aspectos no materiales, las ideologías, las existencias cotidianas, las creencias religiosas o los condicionantes sociales, así que hay que ser plenamente conscientes de las limitaciones de los recursos informáticos y, sobre todo, saber enunciar con un espíritu crítico los nuevos interrogantes que dirigimos al pasado a través de ellos.

Bibliografía

ACKERMAN, James S. Palladio. Madrid: Xarait Ediciones, 1987.

ALCINA FRANCH, José. Arqueólogos o anticuarios. *Historia antigua de la Arqueología en la América Española.* Barcelona: Ediciones del Serbal, 1995.

ALMAGRO-GORBEA, Martín, y MAIER ALLENDE, Jorge (eds.). *De Pompeya al Nuevo Mundo. La Corona española y la arqueología en el siglo XVIII.* Madrid: RAH - Patrimonio Nacional, 2012.

ALONSO RODRÍGUEZ, María del Carmen. «Las excavaciones arqueológicas en el siglo XVIII: el descubrimiento de las ciudades de Herculano, Pompeya y Estabia». En: *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo,* 1992; 3: 205-214.

ALONSO RODRÍGUEZ, María del Carmen. «La política cultural del reino de las Dos Sicilias y la publicación de los descubrimientos arqueológicos». En: *Revista de Historiografía,* 2012; 17: 65-74.

ANDRONICOS, Manolis. Vergina. *The royal tombs and the ancient city.* Atenas: Ekdotike Athenon S. A., 1984.

ARBAIZA BLANCO-SOLER, Silvia, y HERAS CASAS, Carmen. «Fernando Rodríguez y su estudio arqueológico de las ruinas romanas de Mérida y sus alrededores (1794-1797) ». En: *Academia,* 1998; 87, 1998: 309-366.

BACON, Edward (ed.). *The great archaeologists and their discoveries originally reported in the pages of The Illustrated London News.* Londres: Secker & Warburg, 1976.

BAHN, Paul G. (ed.). *The Cambridge illustrated History of Archaeology.* Cambridge: Cambridge University Press, 1996.

BAHRANI, Zainab; ÇELIK, Zeynep; y ELDEM, Edhem (eds.). *Scramble for the past. A story of Archaeology in the Ottoman Empire, 1753-1914*. Estambul: SALT - Garanti Kültür A. S., 2011.

BELOZERSKAYA, Marina. To wake the dead. *A renaissance merchant and the birth of Archaeology.* Nueva York – Londres: W. W. Norton & Company, 2009.

BELTRÁN FORTES, José, y DEAMOS, María Belén (eds.). «El clero y la arqueología española». En: II Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica. Sevilla: Universidad de Sevilla - Fundación El Monte, 2003.

BELTRÁN FORTES, José; CACCIOTTI, Beatrice; DUPRÉ, Xavier; y PALMA, Beatrice (eds.). *Illuminismo e*

Ilustración. Le antichità e i loro protagonisti in Spagna e in Italia nel XVIII secolo. Roma: L'Erma di Bretschneider, 2003.

—, y Deamos, María Belén (eds.). «El clero y la arqueología española». En: II Reunión Andaluza de Historiografía Arqueológica. Sevilla: Universidad de Sevilla - Fundación el Monte, 2003.

BENEDETTI, Benedetto; GAIANI, Marco; y REMONDINO, Fabio (eds.). *Modelli digitali 3D in archeologia: il caso di Pompei.* Pisa: Scuola Normale Superiore Pisa, 2010.

BERNARD, Paul. «L'oeuvre de la délégation archéologique française en Afghanistan (1922-1982)». En: *Compte-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* 2002; 4: 1287-1323.

BIANCHI BANDINELLI, Ranuccio. Introduzione all'archeologia classica come storia dell'arte antica. Bari: Laterza, 2007.

BLOT, Jean-Yves. Underwater Archaeology. *Exploring the world beneath the sea.* Londres: Thames and Hudson, 1996.

BOARDMAN, John. Archeologia della nostalgia. *Come i greci reinventarono il loro passato.* Milán: Bruno Mondadori, 2004.

BOWDEN, Mark (ed.). *Unravelling the landscape. An inquisitive approach to Archaeology.* Gloucestershire: Tempus Publishing Ltd., 1999.

BRADFORD, John. Ancient landscapes. *Studies in field Archeology.* Londres: G. Bell and Sons Ltd., 1957.

BROOK, Carolina, y CURZI, Valter. Roma e l'Antico. *Realtà e visione nel' 700.* Milán: Skira, 2010.

CACCIOTTI, Beatrice. «La collezione del VII marchese del Carpio tra Roma e Madrid». En: *Bollettino d'Arte,* 1994; 86-87: 133-196.

CANTO, Alicia María. La Arqueología española en la época de Carlos IV y Godoy. *Los dibujos de Mérida de don Manuel de Villena Moziño (1791-1794).* Madrid: Ediciones el Viso, 2001.

CARITONE DI AFRODISIA. Il romanzo di Calliroe. Milán: BUR. Classici greci e latini, 2008.

CARRASCO FERRER, Marta, y Elvira Barba, Miguel Ángel. Ex Roma lux. *La Roma Antigua en el Renacimiento y el Barroco.* Madrid: Electa España, S. A., 1997.

CASSON, Lionel. Viaggi e viaggiatori dell'Antichità. Milán: Mursia, 2008.

CASTLEDEN, Rodney. Mycenaeans. Londres – Nueva York: Routledge, 2005.

CERAM, C. W. *En busca del pasado (Historia gráfica de la arqueología).* Barcelona: Editorial Labor, 1959.

—, Gods, graves and scholars: the story of archaeology. Londres: Book Club Associates, 1971.

CHALLIS, Debbie. From the Harpy Tomb to the wonders of Ephesus. *British Archaeologists in the Ottoman Empire 1840-1880.* Londres: Gerald Duckworth & Co. Ltd., 2008.

CLAYTON, Peter A. The Rediscovery of Ancient Egypt. *Artists and travellers in the 19th Century*. Londres: Thames and Hudson, 1982.

COOK, Brian F. The Elgin Marbles. Londres: British Museum Publications Ld., 1984.

CUNLIFFE, Barry (ed.). *The Oxford Illustrated Prehistory of Europe.* Oxford – Nueva York: Oxford University Press, 1994.

D'AMBROSIO, Antonio (ed.). *Pompei. Gli scavi dal 1748 al 1860.* Milán: Electa, 2002.

DANIEL, Glyn. The first civilizations. *The Archeology of their origins.* Londres: Thames and Hudson, 1968.

—, Un siglo y medio de arqueología. México: Fondo de Cultura Económica, 1987.

DAWSON, Warren R., y UPHILL, Eric P. *Who was who in Egyptology.* Londres: Egypt Exploration Society, 1995 (3.ª ed.).

DÍAZ-ANDREU, Margarita (ed.). *Historia de la arqueología. Estudios.* Madrid: Ediciones Clásicas S. A., 2002.

—, *Arqueología y género*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2005.

—, *A world history of nineteenth-century Archaeology*. Nationalism, Colonialism, and the past. Oxford-Nueva York: Oxford University Press, 2007.

DOUKELLIS, Panagiotis N., y MENDONI, Lina G. (eds.). *Perception and evaluation of cultural landscapes.* Atenas – París: Boccard, 2004.

DUPRÉ RAVENTÓS, Xavier (ed.). *Las capitales provinciales de España. 2. Mérida. Colonia Augusta Emerita.* Roma: «L'Ema» di Bretcchneider, 2004.

EDWARDS, Douglas R., y MCCOLLOUGH, Thomas (eds.). *The Archeology of difference. Gender, ethnicity, class and the «other» in Antiquity.* Boston: American Schools of Oriental Research, 2007.

EMILIANI, Andrea. Leggi, bandi e provvedimenti per la tutela dei Beni Artistici e Culturali negli antichi stati italiani 1571-1860. Bolonia: Nuova Alfa Editoriale, 1996.

JUNCQUA-NAVEAU, Danièle. Encyclopaedia of underwater Archaeology. *Underwater Archaeology. History and metholodogy.* Londres: Periplus, 2003.

ESTRABÓN. Geografía. *Libros XI-XIV.* Madrid: Editorial Gredos, 2003.

FAGAN, Brian M. A brief history of Archeology. *Classical times to the twenty-first century.* New Jersey: Pearson Education, 2005.

FERNÁNDEZ MURGA, Félix. Carlos III y el descubrimiento de Herculano, Pompeya y Estabia. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 1989.

FLEMING, Stuart. Dating in Archaeology. *A guide to scientific techniques.* Londres: J. M. Dent & Sons Ltd., 1976.

FLINDERS, Petrie y WILLIAM, Matthew. Ten years' digging in Egypt 1881-1891. Menfis: General Books LLC™, 2012.

FORTE, Maurizio y SILIOTTI, Alberto (eds.). *Virtual Archaeology. Great discoveries brought to life though virtual reality.* Londres: Thames and Hudson, 1997.

FRANCESCHINI, Michele y VERNESI, Valerio. Statue di Campidoglio. *Diario di Alessandro Gregorio Capponi (1733-1746).* Roma: Edimond, 2005.

FRANÇOISE, Roland y Etienne. La antigua Grecia, historia de la arqueología helenística. Barcelona: Grupo Zeta, 1998.

GALLO, Giovanni; LA ROSA, Vincenzo; STANCO, Filippo, y TANASI, Davide (eds.). *Radamante al computer. Archeologia e informática nel mondo minoico: l'esperienza catanese.* Catania: Università di Catania, Centro di archeologia cretese, 2011.

GARCÍA SÁNCHEZ, Jorge. Los arquitectos españoles frente a la Antigüedad. *Historia de las pensiones de arquitectura en Roma (siglos XVIII y XIX).* Milán-Guadalajara: Hugony editore - Bornova, 2011.

GIARDINA, Andrea, y VAUCHEZ, André. Il mito di Roma. *Da Carlo Magno a Mussolini.* Roma – Bari: Editori

Laterza, 2008.

GILCHRIST, Roberta; CUNLIFFE, Barry; GOSDEN, Chris; y JOYCE, Rosemary A. (eds.). *The Oxford handbook of Archaeology.* Nueva York: Oxford University Press, 2009. p 1029-1047.

GUTIÉRREZ LLORET, Sonia. Arqueología. *Introducción a la historia material de las sociedades del pasado.* Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2001.

HALL, Mark A. «Romancing the stones: Archaeology in popular cinema». En: *European Journal of Archaeology* 2004; 7(2): 159-176.

HAMILAKIS, Yannis. The nation and its ruins: Antiquity, Archaeology, and national imagination in Greece. Nueva York: Oxford University Press, 2007.

HÄRKE, Heinrich (ed.). *Archaeology, ideology and society. The German experience.* Frankfurt – Main: Peter Lang, 2002.

HARRIS, Edward C. Principi di stratigrafia archeologica. Urbino: La Nuova Italia Scientifica, 1983.

—, *Principios de estratigrafía arqueológica*. Barcelona: Crítica, 1991.

HASKELL, Francis, y PENNY, Nicholas. El gusto y el arte de la Antigüedad. *El atractivo de la escultura clásica (1500-1900).* Madrid: Alianza Editorial, 1990.

HELLMANN, Marie-Christine, y FRAISSE, Philippe. Paris Rome Athenes. *Le voyage en Grèce des architectes français aux XIXe et XXe siècles.* París: École nationale supérieure des Beaux-Arts, 1986.

HERODOTO. Historia. *Libros I-II.* Madrid: Editorial Gredos, 1992.

HOFFMANN, Paola. Le ville di Roma e dei dintorni. Roma: Newton & Compton editori, 2001.

JAMES, Peter. Siglos de oscuridad. *Desafío a la cronología tradicional del mundo antiguo.* Barcelona: Crítica, 1993.

JENKINS, Ian. Archaeologists & aesthetes in the sculpture galleries of the British Museum 1800-1939. Londres: British Museum Press, 1992.

JIMÉNEZ DÍEZ, José Antonio. Historiografía de la pre y protohistoria de la península ibérica en el siglo XIX. Tesis doctoral leída en la UCM en 2002.

JONSSON, Marita. La cura dei monumenti alle origini. *Restauro e scavo di monumenti antichi a Roma 1800-1830.* Estocolmo: Svenska Institutet i Rom, 1986.

KELLY, Jason M. The society of dilettanti. *Archaeology and identity in the British Enlightenment.* Londres: Yale University Press, 2009.

KOLDEWEY, Robert. The excavations at Babylon. Londres: MacMillan and Co., 1914.

KORFMANN, Manfred O. Troia / Wilusa. *General background and a guided tour prepared by the Director of the excavations.* Çanakkale–Tübingen: Troia Foundation, 2005.

LANCIANI, Rodolfo. Storia degli scavi di Roma e notizie intorno le collezioni romane di antichità (1000-1530). Roma: Quasar, 1898.

LARA PEINADO, Federico. La civilización sumeria. Madrid: Historia 16. Biblioteca de Historia, 1999.

LUZÓN, José María. «Isabel de Farnesio y la Galería de Esculturas de San Ildefonso». En: *El Real*

Sitio de la Granja de San Ildefonso. Retrato y escena del rey. Madrid: Patrimonio Nacional, 2000. p. 203-219.

—, *El Westmorland*. Recuerdos del Grand Tour. (ed.). Madrid: Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2002.

MACGILLIVRAY, Joseph Alexander. Minotaur. *Sir Arthur Evans and the Archaeology of the Minoan myth.* Londres: Jonathan Cape, 2000.

MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito. Sanz de Sautuola y el descubrimiento de Altamira. *Consideraciones sobre las pinturas.* Santander: Fundación Marcelino Botín, 2000.

MALLOWAN, Max. Mallowan's Memoirs. *Agatha and the Archaeologist.* Londres: HarperCollins Publishers, 2010.

MANACORDA, Daniele, y FRANCOVICH, Riccardo (eds.). *Diccionario de Arqueología. Temas, conceptos y métodos.* Barcelona: Crítica, 2001.

MARTÍN VALENTÍN, Francisco J. «Notas para una historia de la egiptología en España». En: *Boletín de la Asociación Española de Egiptología,* 1992-1994; 4-5: 173-195.

MATTHIAE, Paolo. Prima lezione di archeologia orientale. Bari: Laterza, 2008.

MCGEOUGH, Kevin. «Heroes, mummies, and treasure: Near Eastern Archaeology in the Movies». En: *Near Eastern Archaeology,* 2006; 69(3-4): 174-185.

MORA, Gloria, y DÍAZ-ANDREU, Margarita (eds.). *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España.* Málaga: Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-CSIC, 1997.

MORA, Gloria. Historias de mármol. *La arqueología clásica española en el siglo XVIII.* Madrid: CSIC, 1998.

MORRIS, Ian. Historia y cultura. *La revolución de la arqueología.* Barcelona: Edhasa, 2007.

NÚÑEZ, Diego. El darwinismo en España. Madrid: Castalia, 1977.

OREJAS, Almudena. «Arqueología del paisaje: historia, problemas y perspectiva». En: *Archivo Español de Arqueología,* 1991; 64: 191-230.

—, «Arqueología del paisaje: de la reflexión a la planificación». En: Archivo Español de Arqueología, 1995; 68: 215-224.

PALMA VENETUCCI, Beatrice. Dallo scavo al collezionismo. *Un viaggio nel passato dal Medioevo all'Ottocento.* Roma: De Luca Editori d'Arte s.r.l., 2007.

PAOLO FIORE, Francesco (ed.). *La Roma di Leon Battista Alberti. Umanisti, architetti e artisti alla scoperta dell'antico nella città del Quattrocento.* Milán: Skira editore, 2005.

PAPINI, Massimiliano. Città sepolte e rovine nel mondo greco e romano. Roma - Bari: Editori Laterza, 2011.

PAVOLINI, Carlo. Ostia. Roma–Bari: Laterza, 2006.

POMA, Gabriella (ed.). *Le fonti per la storia antica.* Bolonia: Il Mulino, 2008.

RASPI SERRA, Joselita (ed.). *Paestum idea e immagine. Antologia di testi critici e di immagini di Paestum 1750-1836.* Modena: Franco Cosimo Panini Editore, 1990.

RENFREW, Colin, y BAHN, Paul. Archaeology. *Theories, methods and practice.* (4.ª ed.). Londres: Thames & Hudson, 2004.

RESZLER, André. Il mito di Atene. *Storia di un modeloo culturale europeo*. Milán–Turín: Mondadori, 2007.

RIBERO RADA, Juan del. Los cuatro libros de arquitectura de Andrea Palladio. (Traducidos del italiano al castellano por Juan del Ribero Rada). León: Junta de Castilla y León - Universidad de León, 2003.

SCHNAPP, Alain. The discovery of the past. Nueva York: Harry N. Abrams, Inc., 1997.

SCHUCHHARDT, Carl. Schliemann's excavations. Chicago: Ares Publishers Inc., 1974.

SILIOTTI, Alberto. Viajeros y exploradores. *El descubrimiento del Antiguo Egipto*. Barcelona: Folio, 2005.

SØRENSEN, Marie Louise Stig. «The Archaeology of Gender». BINTLIFF, John, A Companion to Archaeology.Oxford: Blackwell Publishing, 2004. p. 75-91.

STIEBING, William H. Uncovering the past. *A history of Archaeology*. Nueva York: Prometheus Books, 1993.

TRIGGER, Bruce G. A history of Archaeological thought. (2.ª ed.). Cambridge–Nueva York: Cambridge University Press, 2006.

VALLESPÍ PÉREZ, Enrique. «Sobre el descubrimiento de las pinturas rupestres levantinas: los testimonios de los tres protagonistas del Calapatá (S. Vidiella, H. Breuil y J. Cabré en 1906-1909). En: *Cuadernos de Arqueología,* 2006; 14: 59-68.

VIDA, María del Carmen. «The Italian scene: approaches to the study of gender». En: WHITEHOUSE, Ruth D. (ed.). *Gender and Italian Archaeology. Challenging the stereotypes*. Londres, UCL–University of London, 1998. p. 15-22.

VIVANT DENON, Dominique. Sin mañana. *Viaje al Bajo y al Alto Egipto durante las campañas del general Bonaparte*. Gerona: Atalanta, 2005.

VV. AA. *Albert Gabriel. Un architecte français à Délos au temps de la Grande Fouille 1908-1911.* Mykonos: EFA, 2008.

VV. AA. «Arqueología, patrimonio y desarrollo urbano. Problemáticas y soluciones». En: Actas del Seminario de Girona, 3 de julio de 2009. Gerona: Ayuntamiento de Gerona e Instituto de Investigación Histórica de la Universidad de Gerona, 2010.

VV. AA. *Report on the situation of urban archaeology in Europe.* Estrasburgo: Council of Europe Publishing, 1999.

WAXMAN, Sharon. Saqueo. *El arte de robar arte*. Madrid: Turner Publicaciones S. L., 2011.

WHEELER, Mortimer. Archaeology from the Earth. Londres: Penguin Books, 1956.

—, *Chārsada*. A metropolis of the North-West frontier. Oxford: Oxford University Press, 1962.

WILTON, Andrew, y Bignamini, Ilaria. Grand Tour. *The lure of Italy in the eighteenth century*. Londres: Tate Gallery Publishing, 1996.

WOOLLEY, Leonard. Ur excavations. *The royal cemetery. A report on the Predynastic and Sargonid graves excavated between 1926 and 1931*. Londres: The Trustees of the Two Museums, 1934.

—, Digging up the past. Londres: Penguin Books Limited, 1937.

Agradecimientos

Los caminos del mundo académico y universitario, de la dedicación a la arqueología, a las humanidades o a la escritura son espinosos, inciertos, azarosos, en ocasiones decepcionantes, pero después de muchos años todavía los sigo transitando. Sin duda esto no habría sido posible sin el apoyo y la compañía de innumerables compañeros, amigos y mentores que lo han hecho posible, y ni que decir tiene de la familia, que soporta con paciencia los disgustos, los reniegos, las idas y venidas, pero que también disfruta las alegrías y los logros, que son tanto suyos como míos.

José María Luzón me introdujo en el mundo de la arqueología y a él es mi principal agradecimiento en este espacio. Igualmente quiero recordar como parte de este libro a los «romanos» con los que he compartido años de mi vida, Andrea, Arantxa, Arianna, Beatrice, Blanca, Cándido, Carmela, David, Elena, Francesco, Igor, Irene, Isabel, Jesús, Lucio, Mariano, Nuria, Ricardo, Trini, Vincenzina y al desaparecido Xavier; a los «délicos» Ana, Iván, Juanpe y Margarita; a los «londinenses» Cristina, José, Leticia y Silvia, los últimos en compartir mis andanzas literarias.

Los capítulos finales del libro los escribí fuera de España, acogido por Ignacio de la Torre en the University College de Londres, a quien le doy las gracias por sus entretenidos almuerzos. Mi agradecimiento, en especial, a Amparo, por haber sido un poquito de cada uno de esos lugares y de otros muchos.

Colección Breve Historia…

- Breve historia de los samuráis, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- Breve historia de los vikingos, Manuel Velasco
- Breve historia de la Antigua Grecia, Dionisio Mínguez Fernández
- Breve historia del Antiguo Egipto, Juan Jesús Vallejo
- Breve historia de los celtas, Manuel Velasco
- Breve historia de la brujería, Jesús Callejo
- Breve historia de la Revolución rusa, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de la Segunda Guerra Mundial, Jesús Hernández
- Breve historia de la Guerra de Independencia española, Carlos Canales
- Breve historia de los íberos, Jesús Bermejo Tirado
- Breve historia de los incas, Patricia Temoche
- Breve historia de Francisco Pizarro, Roberto Barletta
- Breve historia del fascismo, Íñigo Bolinaga
- Breve historia del Che Guevara, Gabriel Glasman
- Breve historia de los aztecas, Marco Cervera
- Breve historia de Roma I. *Monarquía y República,* Bárbara Pastor
- Breve historia de Roma II. *El Imperio,* Bárbara Pastor
- Breve historia de la mitología griega, Fernando López Trujillo
- Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la conquista del Oeste, Gregorio Doval
- Breve historia del salvaje oeste. *Pistoleros y forajidos.* Gregorio Doval
- Breve historia de la Guerra Civil Española, Íñigo Bolinaga
- Breve historia de los cowboys. Gregorio Doval
- Breve historia de los indios norteamericanos, Gregorio Doval
- Breve historia de Jesús de Nazaret, Francisco José Gómez
- Breve historia de los piratas, Silvia Miguens
- Breve historia del Imperio bizantino, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de la guerra moderna, Françesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de los Austrias, David Alonso García
- Breve historia de Fidel Castro, Juan Carlos Rivera Quintana
- Breve historia de la carrera espacial, Alberto Martos
- Breve historia de Hispania, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de las ciudades del mundo antiguo, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del Homo Sapiens, Fernando Díez Martín
- Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol, Borja Pelegero Alcaide
- Breve historia del Kung-Fu, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung
- Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos, Ana Martos Rubio
- Breve historia del Socialismo y el Comunismo, Javier Paniagua
- Breve historia de las cruzadas, Juan Ignacio Cuesta

- Breve historia del Siglo de Oro, Miguel Zorita Bayón
- Breve historia del rey Arturo, Christopher Hibbert
- Breve historia de los gladiadores, Daniel P. Mannix
- Breve historia de Alejandro Magno, Charles Mercer
- Breve historia de las ciudades del mundo clásico, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia de España I, las raíces, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de España II, el camino hacia la modernidad, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la alquimia, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de las leyendas medievales, David González Ruiz
- Breve historia de los Borbones españoles, Juan Granados
- Breve historia de la Segunda República española, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la Guerra del 98, Carlos Canales y Miguel del Rey
- Breve historia de la guerra antigua y medieval, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- Breve historia de la Guerra de Ifni-Sáhara, Carlos Canales y Miguel del Rey
- Breve historia de la China milenaria, Gregorio Doval
- Breve historia de Atila y los hunos, Ana Martos
- Breve historia de los persas, Jorge Pisa Sánchez
- Breve historia de los judíos, Juan Pedro Cavero Coll
- Breve historia de Julio César, Miguel Ángel Novillo López
- Breve historia de la medicina, Pedro Gargantilla
- Breve historia de los mayas, Carlos Pallán
- Breve historia de Tartessos, Raquel Carrillo
- Breve historia de las Guerras carlistas, Josep Carles Clemente
- Breve historia de las ciudades del mundo medieval, Ángel Luis Vera Aranda
- Breve historia del mundo, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de la música, Javier María López Rodríguez
- Breve historia del Holocausto, Ramon Espanyol Vall
- Breve historia de los neandertales, Fernando Díez Martín
- Breve historia de Simón Bolívar, Roberto Barletta
- Breve historia de la Primera Guerra Mundial, Álvaro Lozano
- Breve historia de Roma, Miguel Ángel Novillo López
- Breve historia de los cátaros, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de Hitler, Jesús Hernández
- Breve historia de Babilonia, Juan Luis Montero Fenollós
- Breve historia de la Corona de Aragón, David González Ruiz
- Breve historia del espionaje, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- Breve historia de los vikingos (reedición), Manuel Velasco
- Breve historia de Cristóbal Colón, Juan Ramón Gómez Gómez
- Breve historia del anarquismo, Javier Paniagua
- Breve historia de Winston Churchill, José Vidal Pelaz López
- Breve historia de la Revolución Industrial, Luis E. Íñigo Fernández
- Breve historia de los sumerios, Ana Martos Rubio
- Breve historia de Cleopatra, Miguel Ángel Novillo

- Breve historia de Napoleón, Juan Granados
- Breve historia de al-Ándalus, Ana Martos Rubio
- Breve historia de la astronomía, Ángel Cardona
- Breve historia del islam, Ernest Y. Bendriss
- Breve historia de Fernando el Católico, José María Manuel García-Osuna Rodríguez
- Breve historia del feudalismo, David Barreras y Cristina Durán
- Breve historia de la utopía, Rafael Herrera Guillén
- Breve historia de Francisco Franco, José Luis Hernández Garvi
- Breve historia de la Navidad, Francisco José Gómez
- Breve historia de la Revolución francesa, Iñigo Bolinaga
- Breve historia de Hernán Cortés, Francisco Martínez Hoyos
- Breve historia de los conquistadores, José María González Ochoa
- Breve historia de la Inquisición, José Ignacio de la Torre Rodríguez

PRÓXIMAMENTE…

- Breve historia del Arte, Carlos Javier Taranilla
- Breve historia del comic, Gerardo Vilches Fuentes
- Breve historia del Antiguo Egipto, Ana María Vázquez Hoys
-

Índice

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de la...

ARQUEOLOGÍA

Jorge García Sánchez

Breve historia de la Arqueología descubre el devenir de la humanidad, el rastro que ha dejado a lo largo de miles de años archivado en la tierra, en depósitos sedimentarios anteriores a que el hombre fuese hombre, bajo las arenas de regiones sacudidas por invasiones y catástrofes, olvidado en espesas junglas o en el fondo de los mares.

Su autor, Jorge García, muestra los acontecimientos que han tenido a nuestra especie como principal protagonista, además de los entresijos de una materia cuyos objetivos no siempre fueron altruistas, pues antes de ser una ciencia transcurrieron siglos de coleccionismo abusivo, de expoliaciones colonialistas y de destrucción masiva de las antigüedades, incluso de su reclusión forzada en museos.

Conozca los manuscritos renacentistas que comenzaron a rememorar la monumentalidad de Roma; penetrará en los túneles horadados en Pompeya y Herculano a fin de burlar la tragedia ocasionada por la erupción del Vesubio; acompañe a Heinrich Schliemann a las excavaciones de Troya y de Micenas, o a Arthur Evans a las de las ruinas palaciegas de la mítica Creta; redescubra la tumba del joven faraón Tutankhamon junto a Howard Carter y las pinturas de Altamira con Marcelino Sanz de Sautuola. Asimismo, el autor aclara cuáles son los más revolucionarios métodos de datación cronológica, qué tácticas de excavación se emplean en la actualidad y cuáles son los descubrimientos soñados por los arqueólogos.

